FALLING FOR EVERGREEN

Figures and Feelings



LIZ JACOBSON

Figures and Feelings

Falling for Evergreen

Libro 5

Liz Jacobson

Derechos de autor 2025 por Liz Jacobson.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es casualidad y no intencional.

Table of Contents

No table of contents entries found.

Acerca de este libro

Él calcula todo en una hoja de cálculo. Quiere preservar lo que no se puede medir. Cuando la historia se encuentra con la eficiencia en Evergreen Falls, los números no cuadran, ¿o sí?

Se suponía que el año sabático de Ben Watson sería de seis meses de paz para desarrollar su revolucionario algoritmo de eficiencia. El histórico Evergreen Falls Inn parecía el refugio perfecto y tranquilo, hasta que descubrió que su habitación carecía de enchufes eléctricos adecuados, el Wi-Fi era errático y la sobrina del posadero estaba decidida a bloquear todas sus sugerencias de mejora.

Jenna Miller sueña con algún día tener su propio alojamiento y desayuno. Dirigir la posada de su tío es un campo de entrenamiento ideal, especialmente cuando puede proteger su encanto histórico de los tipos corporativos que no entienden el valor de los pisos crujientes y los accesorios antiguos. Cuando un atractivo experto en eficiencia se registra para una estadía prolongada, ella está decidida a evitar que transforme el tesoro victoriano en un hotel moderno y estéril.

Mientras Ben y Jenna se enfrentan por la preservación y la modernización, descubren una aritmética inesperada: los polos opuestos que se roban mutuamente la paz mental podrían sumarse y formar algo que valga la pena multiplicar. Pero cuando el año sabático de Ben termina y la realidad del negocio los llama, tendrán que calcular si sus sentimientos valen el riesgo de cambiar sus ecuaciones de vida cuidadosamente planeadas.

En el balance del amor, los activos más valiosos son a veces aquellos que no se pueden cuantificar, y el camino más eficiente hacia la felicidad no siempre es el más directo.

Capítulo 1
Ben

Sé que he perdido antes de que Timothy hable siquiera. La ligera vacilación cuando encuentra mi mirada. La tensión infinitesimal en las comisuras de su boca. El cambio casi imperceptible en su postura, inclinándose lejos de mí en lugar de hacia mí. Estas microexpresiones comunican más que las palabras, y he pasado años entrenándome para leerlas en negociaciones y reuniones con clientes.

—Ben, has hecho un trabajo excepcional este trimestre —Timothy ajusta su Rolex, un gesto nervioso que nunca le he señalado—. Solo el acuerdo Anderson superó las proyecciones en un veintisiete por ciento.

Mantengo mi sonrisa profesional, esa que muestra precisamente el número correcto de dientes para transmitir confianza sin agresividad. Por dentro, estoy calculando las formas en que esta conversación podría desarrollarse, ejecutando modelos de probabilidad como algoritmos en el fondo de mi consciencia.

Mis materiales de presentación permanecen perfectamente ordenados frente a mí: los resultados trimestrales, el plan de crecimiento estratégico, el análisis de mercado que me tomó tres noches consecutivas en vela completar. Las ventanas de suelo a techo de la sala de conferencias enmarcan el distrito financiero de Boston, un telón de fondo perfecto para lo que debería haber sido mi momento de ascenso profesional.

—Tus habilidades analíticas no tienen paralelo —continúa Timothy, cada cumplido hundiendo más el cuchillo—. El equipo ejecutivo elogia constantemente tu atención al detalle y pensamiento estratégico.

—Lo agradezco —digo, con voz medida y equilibrada—. Siempre he creído que los resultados hablan por sí mismos.

Timothy endereza la pila de papeles ya perfecta frente a él. —Lo hacen, Ben, absolutamente lo hacen. Lo que hace esta decisión particularmente difícil.

Aquí viene. Lo observo como si estuviera examinando un espécimen bajo el cristal, anotando clínicamente mis propias respuestas fisiológicas: aumento de la frecuencia cardíaca, ligera constricción en el pecho, el comienzo de una cefalea tensional formándose en mis sienes.

—Hemos decidido ascender a Melissa Chambers a Vicepresidenta Senior.

El tiempo parece detenerse. Melissa Chambers, quien lleva dos años menos que yo en la empresa. Cuyas proyecciones de mercado he corregido discretamente en al menos tres ocasiones diferentes. Quien pasó por alto el fallo crítico en la propuesta Westridge que nos habría costado millones si no lo hubiera detectado durante mi triple verificación rutinaria.

—Ya veo. —Mi voz permanece estable, sin revelar ninguno de los cálculos que pasan por mi cabeza—. ¿Puedo preguntar sobre el razonamiento detrás de esta decisión?

Timothy se inclina hacia adelante, los codos sobre la mesa, las manos entrelazadas: su postura de explicación. —Melissa aporta cierto... dinamismo interpersonal al rol. La junta directiva considera que está mejor posicionada para representar la cultura evolutiva de la empresa. Más conectada con el equipo. Más accesible.

Traducción: Se ríe de los chistes del CEO y organiza happy hours.

—Por supuesto —digo, ya reformulando este revés en datos procesables—. Agradezco tu transparencia.

Timothy me estudia con una expresión que no puedo categorizar inmediatamente. ¿Preocupación? ¿Decepción? —Ben, ¿cuándo fue la última vez que tomaste vacaciones?

La pregunta me toma desprevenido, algo raro. —Utilicé tres días durante el fin de semana del Día de los Caídos para visitar a mi hermana.

—Eso fue hace siete meses. Y aún estabas respondiendo correos electrónicos y atendiendo llamadas.

—Las necesidades del cliente no operan según un horario —digo, comprobando reflexivamente mi reloj. Tengo otra reunión en veinte minutos para la que necesito prepararme.

Timothy suspira. —El equipo ejecutivo y yo hemos estado discutiendo esto, y creemos que deberías considerar tomar un período sabático.

Se me hiela la sangre. —Un período sabático.

—Seis semanas. Con pago completo. Una oportunidad para desconectarte, recargarte. —Intenta una sonrisa que no llega a sus ojos—. Para reconectar contigo mismo.

En terminología corporativa, esto no es una oportunidad, es una advertencia. Un período sabático es lo que ofrecen antes de los paquetes de indemnización. Es cuidados paliativos profesionales.

—Agradezco la sugerencia —digo cuidadosamente—, pero con la implementación de Westridge y la fusión Richardson...

—Ya reasignados —interrumpe Timothy suavemente—. Ben, esto no es una petición. Tus métricas de rendimiento son excelentes, pero tus colegas informan que te has vuelto cada vez más... intenso. El departamento de recursos humanos tiene preocupaciones sobre tu equilibrio entre vida laboral y personal.

Mis dedos se tensan imperceptiblemente alrededor de mi bolígrafo. —No sabía que mi equilibrio entre vida y trabajo estaba dentro del ámbito de competencia de RRHH, siempre que mi desempeño exceda las expectativas.

—Lo está cuando envías correos electrónicos a las tres de la mañana. Cuando no has tomado un día por enfermedad en cuatro años a pesar de ese episodio de bronquitis el invierno pasado. Cuando tres analistas junior diferentes han solicitado transferencias porque no pueden cumplir con tus estándares. —La expresión de Timothy se suaviza marginalmente—. Tienes veintiséis años, Ben. A este ritmo, te agotarás antes de los treinta.

Quiero señalar que su preocupación sería más convincente si no estuviera emparejada con pasarme por alto para un ascenso. En cambio, recalculo. Ajusto estrategias. Seis semanas fuera sin duda descarrilarían mi trayectoria profesional, pero rechazarlo podría acelerar aún más mi declive.

—¿Cuándo comenzaría este período sabático?

—El próximo lunes. —Timothy desliza una carpeta a través de la mesa—. RRHH ha compilado algunos recursos sobre retiros de bienestar, programas de meditación...

Alcanzo reflexivamente la carpeta, ya planeando cómo minimizar el daño. Seis semanas es excesivo, pero tal vez pueda negociar cuatro. O trabajar de forma remota durante parte del tiempo. O...

—¿Y Ben? —La voz de Timothy se endurece ligeramente—. Tu portátil de la empresa y el acceso al correo electrónico serán suspendidos durante este tiempo.

Este pronunciamiento final cae como un golpe físico. Me han dejado efectivamente en el banquillo. Apartado. El equivalente profesional de que te pidan sentarte en el rincón y pensar en lo que has hecho.

—Entiendo —digo, aunque no lo hago. No completamente. ¿Cómo la atención meticulosa al detalle y la búsqueda implacable de la excelencia se convirtieron en pasivos en lugar de activos?

Mientras recojo mis materiales con eficiencia practicada, Timothy añade: —Esto no es un

castigo, Ben. Es una inversión en tu futuro con la empresa.

Asiento, sin confiar en mí mismo para hablar más, y salgo de la sala de conferencias con la postura perfectamente recta. La carpeta se siente inexplicablemente pesada en mi mano, como si contuviera no folletos de retiros de bienestar sino el peso del fracaso profesional.

Nunca antes había fallado. No estoy completamente seguro de cómo procesarlo.

De repente, mi oficina se siente extraña, como si la estuviera viendo a través de los ojos de otra persona. Las paredes están desnudas excepto por mi MBA enmarcado y una impresión minimalista del puerto de Boston que Emma insistió que necesitaba "para demostrar que eres humano". Mi escritorio solo contiene mi portátil, un cuaderno con pestañas codificadas por colores y un solo bolígrafo: negro, de punta de fieltro, 0,5 mm. Todo en su lugar.

Cierro la puerta —algo que rara vez hago— y me hundo en mi silla ergonómica, diseñada para mantener una postura óptima durante jornadas laborales de doce horas. La cefalea tensional que comenzó en la oficina de Timothy se ha intensificado, un dolor sordo detrás de mis ojos con el que me he familiarizado cada vez más durante los últimos meses.

Seis semanas. Mil ocho horas. Más de medio millón de minutos de tiempo sin estructurar que se extienden ante mí como un vasto terreno sin mapear.

Aflojo ligeramente mi corbata —un gesto inconsciente que noto con sorpresa— y paso una mano por mi cabello habitualmente impecable. Mi reflejo en la pantalla oscurecida del ordenador muestra un rostro que apenas reconozco: sombras bajo mis ojos, líneas de tensión alrededor de mi boca, una palidez que habla de demasiadas horas bajo luces fluorescentes.

Enciendo mi portátil, con la intención de reorganizar mis archivos de proyecto para quien se haga cargo en mi ausencia, pero me encuentro escribiendo "impacto profesional período sabático" en la barra de búsqueda. Los resultados no son alentadores: "¿Suicidio o salvador profesional?", "Cómo explicar lagunas laborales a futuros empleadores", "Regresando del período sabático: gestionando expectativas".

Mi teléfono vibra con un mensaje entrante.

Emma: Me enteré del ascenso. Lo siento, hermanito. Ellos se lo pierden.

Miro la pantalla, preguntándome cómo las noticias viajan tan rápido. Emma trabaja tres pisos más abajo en Marketing, un departamento que siempre he encontrado frustradamente impreciso, aunque nunca se lo diría.

Ben: Las noticias vuelan.

Emma: La asistente de Timothy está saliendo con Jordan de Creatividad. ¿Estás bien?

La simplicidad de su pregunta hace que mi garganta se tense inesperadamente. ¿Estoy bien? Según medidas objetivas —salud física, estabilidad financiera, credenciales profesionales— sí. Por alguna métrica intangible que no puedo cuantificar con precisión, aparentemente no.

Ben: Bien. Ocupado. Hablamos después.

Pongo el teléfono boca abajo y vuelvo a mi investigación. Según Harvard Business Review, los períodos sabáticos pueden "rejuvenecer a los ejecutivos que enfrentan agotamiento y conducir a un pensamiento innovador". Según Business Insider, también pueden "descarrilar el impulso y enviar señales de desconexión a la gerencia".

Un golpe en mi puerta interrumpe mi análisis. Sin esperar respuesta, Melissa Chambers entra, su expresión cuidadosamente equilibrada entre simpatía y entusiasmo.

—¡Ben! Acabo de enterarme de tu período sabático. ¡Qué emocionante!

La estudio, notando la nueva confianza en su postura. Su traje es elegante pero accesible:

azul marino con sutiles rayas, combinado con tacones sensatos y un collar llamativo que probablemente sirve como iniciador de conversación en eventos de networking.

—Felicidades por el ascenso —digo, mi tono neutral y profesional—. La cuenta Westridge requerirá un monitoreo cuidadoso durante la fase de implementación. El panel de análisis que diseñé debería ayudar con eso.

Melissa parpadea, desviada de su guion. Claramente esperaba resentimiento o entusiasmo forzado, no una transferencia técnica. —Yo... sí, por supuesto. Gracias.

—La fusión Richardson tiene varias contingencias incorporadas en la sección 4.3 del contrato. Las he documentado en la unidad compartida. —Me vuelvo hacia mi portátil, una clara despedida.

En lugar de irse, Melissa avanza más en mi oficina. —Escucha, Ben... sé que esto debe ser decepcionante. Pero todos piensan que este período sabático podría ser realmente bueno para ti.

Todos. El juicio colectivo de colegas que organizan ligas de fútbol fantasy y traen galletas caseras a las reuniones. Los mismos colegas que dependían de mi análisis para evitar errores de cálculo catastróficos en el mercado pero encontraban desconcertante mi falta de interés en los partidos de fútbol de sus hijos.

—Estoy seguro de que lo será —digo, sin levantar la vista de mi pantalla.

Mientras Melissa se mantiene torpemente en la puerta, Kevin, del equipo de analistas junior, pasa, mira dentro y acelera el paso. He visto esa reacción antes: la ligera dilatación de los ojos, la rápida retirada. Es la misma mirada que me dio el mes pasado cuando le devolví su evaluación de mercado incompleta con treinta y siete comentarios y una solicitud de revisión completa.

—Bueno... si necesitas algo... —dice Melissa.

—No lo necesito. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía, y me obligo a añadir —: Pero gracias.

Después de que se va, presiono mis dedos contra mis sienes, tratando de aliviar el dolor de cabeza que ahora martillea. La oficina de repente se siente demasiado brillante, demasiado ruidosa: el zumbido del sistema de climatización, el sonido distante de risas desde la sala de descanso, el suave ping de correos electrónicos llegando a mi bandeja.

No puedo concentrarme. Por primera vez en mi carrera profesional, no puedo traducir los datos ante mí en patrones significativos. La realización es tanto impactante como aterradora, como descubrir que un principio matemático fundamental ya no se aplica.

Mi mirada cae sobre la carpeta de RRHH que Timothy me dio, aún sin abrir. Con un suspiro resignado, la abro y comienzo a escanear el contenido con el mismo enfoque metódico que aplico a los objetivos de adquisición.

Retiros de bienestar. Centros de meditación. Inmersiones de yoga. Cada opción parece más inverosímil que la anterior. No puedo imaginarme pasando seis semanas cantando o asumiendo posiciones físicas improbables en busca de "atención plena".

Hacia el fondo de la carpeta, un simple folleto llama mi atención. "Posada Evergreen Falls", dice el encabezado de buen gusto sobre una imagen de un edificio victoriano restaurado rodeado de árboles maduros. "Un retiro tranquilo en el corazón de la región montañosa de Texas".

Algo sobre la elegante simplicidad del diseño me atrae. A diferencia de las otras opciones con sus promesas huecas de "transformación" y "despertar", esta simplemente ofrece alojamientos cómodos, desayuno y discreción. Sin actividades grupales. Sin socialización forzada.

Lo aparto como una posibilidad y continúo revisando el contenido de la carpeta, pero encuentro mi atención repetidamente atraída por el folleto de Evergreen Falls. Parece la opción

menos objetable: un lugar tranquilo para trabajar de forma remota (independientemente de las restricciones de Timothy) y estrategizar mi regreso.

Mi teléfono vibra de nuevo.

Emma: ¿Cena esta noche? ¿7pm? Traeré comida tailandesa de ese lugar que finges no gustar pero del que siempre comes.

Dudo, luego escribo:

Ben: Sí. Necesito tu opinión sobre algo.

Mientras dejo mi teléfono, me doy cuenta de que he tomado una decisión que no alcancé conscientemente. Voy a tomar el período sabático. No porque Timothy y RRHH piensen que lo necesito, sino porque una retirada estratégica me permite reagruparme y regresar más fuerte.

Usaré estas seis semanas para analizar dónde falló mi enfoque, optimizar mis estrategias interpersonales y desarrollar un plan integral para restablecer mi trayectoria profesional. Transformaré este revés en un punto de datos, no en una definición.

Con nueva resolución, comienzo a organizar mis archivos y crear documentos detallados de traspaso. Si me van a dejar de lado, me aseguraré de que nadie pueda cuestionar mi profesionalismo o compromiso en mi ausencia.

El dolor de cabeza continúa martillando detrás de mis ojos, pero lo ignoro, como he ignorado cada señal de advertencia física durante los últimos dos años: el insomnio, la tensión en mis hombros, los momentos ocasionales en que mi visión se vuelve borrosa por mirar hojas de cálculo durante demasiado tiempo.

Seis semanas. Es solo un parpadeo en una carrera que abarca décadas. Una pequeña corrección de curso, no un descarrilamiento.

Al menos eso es lo que me digo mientras capto mi reflejo nuevamente —corbata torcida, hombros caídos, ojos inyectados en sangre— y por un breve momento, no reconozco a la persona que me devuelve la mirada.

Mi apartamento, como mi oficina, es un estudio de eficiencia minimalista. Área de estar de concepto abierto con muebles aerodinámicos seleccionados por su soporte ergonómico más que por su atractivo estético. Cocina con electrodomésticos de nivel profesional que rara vez uso para más que preparar batidos de proteínas y comidas simples que pueden consumirse mientras trabajo. Dormitorio que no contiene nada más que una cama de plataforma, una mesita de noche y una pequeña lámpara.

El espacio se mantiene a una temperatura controlada de exactamente 21 grados durante todo el año. Sin plantas que requieran mantenimiento, sin obras de arte que puedan provocar respuestas emocionales no deseadas, sin fotografías excepto una sola imagen enmarcada de Emma y yo en su graduación universitaria.

Emma se desparrama en mi sofá, sus zapatos quitados a pesar de mis repetidas solicitudes de que respete mi política de no zapatos. Está a mitad de su Pad Thai, mientras mi curry Massaman permanece mayormente intacto junto a mi portátil. El aroma de hierba de limón y leche de coco llena el espacio, haciendo que el apartamento se sienta menos estéril que de costumbre.

—Necesitas comer —dice, gesticulando con su tenedor—. La comida generalmente es necesaria para la existencia humana continua.

—Estoy planificando —respondo, sin levantar la vista de mi pantalla donde estoy investigando Evergreen Falls, Texas. Población 11.942. Industrias principales: turismo, agricultura, pequeñas empresas. Temperatura promedio en diciembre: máxima de 16,7°C,

mínima de 5°C. Aceptable.

Emma deja su envase y cruza hacia la cocina, regresando con un vaso de agua que coloca firmemente junto a mi portátil. —La hidratación también es innegociable. ¿Cuándo fue la última vez que bebiste algo que no fuera café?

Tomo el agua sin levantar la vista. —¿Planeando qué? ¿Cómo trabajar durante un período de descanso obligatorio? —Su tono es ligero, pero reconozco la preocupación debajo. Mi hermana siempre ha sido más perceptiva de lo que le doy crédito.

—No es obligatorio. Es fuertemente recomendado.

—Lo mismo en lenguaje corporativo. —Se mueve para posarse en el brazo de mi silla, mirando mi pantalla—. ¿Posada Evergreen Falls? ¿Es ahí donde vas?

—Lo estoy considerando. Parece ofrecer una interrupción e intervención mínimas. Alojamientos privados, sin actividades grupales, distancia razonable de los principales centros urbanos si surgen emergencias con clientes.

La expresión de Emma se suaviza. —Ben, el punto de un período sabático es alejarte completamente del trabajo. Descansar. Reiniciarte.

—El punto de este período sabático —corrijo—, es demostrar cumplimiento con las recomendaciones de RRHH mientras me preparo para regresar en una posición más fuerte.

—Dios, incluso haces que las vacaciones suenen como una operación militar. —Pasa una mano por su cabello corto, recientemente teñido de un tono azul que nunca sería aceptable en mi departamento—. ¿Se te ha ocurrido que tal vez, solo tal vez, realmente necesitas este descanso?

Finalmente la miro. —¿Porque me han pasado por alto para un ascenso que me gané en favor de alguien que organiza mejores happy hours?

—Porque te ves como una mierda, hermanito. —Toca el espacio entre mis cejas—. Tienes un surco permanente aquí. Has perdido peso. Cuando te envié un mensaje ayer sobre el cumpleaños de mamá, respondiste con proyecciones trimestrales para un cliente.

—¿Lo hice?

—Sí. Y cuando te lo señalé, dijiste que 'volverías con datos corregidos' en lugar de simplemente decir 'lo siento, mensaje equivocado'. —Suspira, metiendo sus piernas debajo de ella en el brazo de la silla—. Los seres humanos normales no hablan así, Ben.

Vuelvo a mi portátil, incómodo con su evaluación. —Los seres humanos normales no se convierten en ejecutivos senior a los veintiséis.

—No, y la mayoría de los ejecutivos senior tampoco se queman antes de los treinta. —Cierra suavemente mi portátil—. Lo que pasó con el ascenso de Melissa apesta. No es justo. Pero tal vez... tal vez este período sabático es realmente lo que necesitas.

—Lo que necesito es entender qué métricas no cumplí para poder superarlas el próximo trimestre.

—Tal vez la métrica es ser una persona, no solo una máquina de análisis. —La voz de Emma es suave—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo porque lo disfrutabas?

La pregunta me toma desprevenido, y me encuentro incapaz de formular una respuesta inmediata, una experiencia inusual e incómoda.

Emma sonríe tristemente ante mi silencio. —Eso es lo que pensaba.

—Disfruto mi trabajo —digo finalmente.

—Eres bueno en tu trabajo. Eso no es lo mismo. —Recoge mi curry apenas tocado y lo coloca directamente frente a mí—. Come. Luego hablaremos sobre esta posada, que en realidad parece bastante agradable. Edificio histórico, encanto de pueblo pequeño, desayunos aparentemente increíbles según esta reseña.

A regañadientes tomo un bocado de curry, dándome cuenta de que no he comido desde una barra de proteínas a las 6 de la mañana. El sabor es complejo y satisfactorio, y de repente tomo conciencia de lo hambriento que estoy realmente. Tres bocados más tarde, me ralentizo lo suficiente para decir: —Crees que debería ir.

—Creo que seis semanas en un lugar tranquilo podrían ser exactamente lo que necesitas. Lejos de Boston. Lejos de la oficina. —Emma gesticula alrededor del espacio prístino—. Lejos de tu apartamento que parece una sala de exposición de muebles en lugar de un hogar. —Recoge un cojín decorativo y lo abraza contra su pecho—. No creo que hayas movido este cojín desde que te lo compré hace dos años.

—Estoy ocupado. Los accesorios decorativos no cumplen ningún propósito funcional.

—Tampoco la alegría, supongo, pero la mayoría de las personas aún quieren algo en sus vidas. —Toca el folleto de la Posada Evergreen Falls—. Resérvalo. Seis semanas. Sin correo electrónico del trabajo, sin llamadas de clientes. Solo... sé.

El concepto es tan extraño que apenas puedo comprenderlo. ¿Solo... ser? ¿Sin objetivos, metas, entregables? La idea crea una sensación hueca en mi pecho que no puedo identificar del todo.

—Necesitaré empacar eficientemente —digo finalmente, una aceptación indirecta que hace que la expresión de Emma se ilumine—. El clima de Texas es variable en diciembre. La estratificación sería lógica.

—Claro, concéntrate en la estrategia de embalaje. —Pone los ojos en blanco, pero está sonriendo—. Esa es la parte importante.

—El folleto menciona senderos para caminar cerca. —Desplazo más fotos en el sitio web—. Debería empacar calzado apropiado.

—¿Tienes botas de senderismo? —Emma suena genuinamente sorprendida.

—No, pero puedo adquirir algunas antes de la partida.

Ella se ríe, un sonido que de alguna manera hace que mi apartamento estéril se sienta más como un hogar. —Eres increíble. Pero me alegro de que vayas.

Más tarde, después de que Emma se va, me encuentro de pie en el centro de mi dormitorio, observando el espacio con nueva conciencia. No hay nada personal aquí. Sin fotografías, sin recuerdos, sin evidencia de que un ser humano específico ocupe este espacio en lugar de un profesional masculino genérico de 25 a 35 años.

Las palabras de mi ex prometida resuenan inesperadamente en mi mente: "Es como vivir con el plano de una persona en lugar de un hombre real". Dijo eso durante nuestra última discusión, hace tres años, cuando me devolvió mi anillo y salió de mi vida. Había analizado exhaustivamente ese fracaso de relación, categorizándolo como un desajuste de prioridades y preferencias de estilo de vida. No me había permitido considerar que quizás la falla estaba más fundamentalmente en mi enfoque de la existencia misma.

Alexandra quería espontaneidad, romance, disponibilidad emocional, cualidades que encontré ineficientes e imprecisas. Cuando sugirió escapadas de fin de semana sin itinerarios o conversaciones durante la cena que no giraran en torno al avance profesional, lo vi como tiempo perdido. Tal vez fui yo quien se perdió algo esencial.

Abro mi armario y saco mi equipaje: de alta calidad, práctico, con compartimentación óptima para un embalaje eficiente. Seis semanas. Cuarenta y dos días de tiempo sin estructurar extendiéndose ante mí como un territorio inexplorado sin mapas ni guías.

El pensamiento es aterrador.

El sitio web de la Posada Evergreen Falls promete Wi-Fi confiable y servicios de negocios, a

pesar de su carácter histórico. Podré mantener conexiones indirectas con la oficina, incluso con mi acceso oficial revocado. Puedo usar este tiempo para desarrollar una estrategia más integral para el avance, quizás incluso explorar oportunidades en empresas competidoras.

Abro mi calendario digital, codificado por colores, meticulosamente organizado para máxima productividad, y miro el espacio en blanco que ahora representa las próximas seis semanas de mi vida. Nunca he tenido tanto tiempo sin programar desde que comencé mi carrera profesional. Incluso en la universidad, mantuve estructuras rigurosas alrededor de horarios de estudio, horas de pasantía y oportunidades de networking.

Por un momento, el vacío parece expandirse, consumiendo la pantalla y desencadenando una respuesta de ansiedad visceral que se manifiesta como opresión en mi pecho y frecuencia cardíaca elevada. Me obligo a respirar profundamente, aplicando el mismo enfoque analítico a mi respuesta fisiológica que aplicaría a una fluctuación del mercado.

Esto es simplemente una recalibración estratégica. Un ajuste temporal para lograr resultados óptimos a largo plazo.

Reservo la habitación en la Posada Evergreen Falls para las seis semanas completas, seleccionando su suite premium con un área de estar separada que puede funcionar como espacio de trabajo. Solicito una habitación alejada de las áreas comunes para minimizar la interrupción por ruido e interferencias. Noto que su servicio de desayuno comienza a las 7 a.m., aceptable, aunque más tarde que mi comienzo habitual del día a las 5:30 a.m.

Al completar la reserva, un curioso sentido de finalidad se asienta sobre mí. Por primera vez en mi vida adulta, estoy desviándome de mi curso cuidadosamente trazado sin un mapa detallado para el viaje que tengo por delante.

Me digo a mí mismo que esto es simplemente un desvío menor, no un destino. Que usaré este tiempo para refinar mis habilidades, fortalecer mi estrategia y regresar a Boston listo para reclamar mi trayectoria profesional.

Pero mientras comienzo a empacar metódicamente —camisas de vestir en un compartimento, ropa casual (raramente usada) en otro, artículos de higiene personal en estuches precisamente ordenados— no puedo silenciar la pequeña voz que hace una pregunta para la que no tengo algoritmo de respuesta:

¿Y si Timothy y Emma tienen razón? ¿Y si me estoy quemando? ¿Y si hay algo fundamentalmente ausente en mi enfoque de la vida que no puede resolverse con mejor análisis o programación más eficiente?

Aparto el pensamiento y me concentro en la tarea entre manos. Una camisa perfectamente doblada tras otra, cada elemento en su posición óptima para prevenir arrugas y utilización del espacio. Sin embargo, por una vez, la rutina familiar no trae consuelo. Mis manos se detienen sobre una camisa casual que rara vez uso, una que Alexandra me compró, afirmando que el azul "resaltaba mis ojos". Casi nunca pienso en ella, habiendo archivado esa relación bajo "proyectos completados, resultados no exitosos".

Mi teléfono suena con un correo electrónico de confirmación de la Posada Evergreen Falls, dándome la bienvenida a su "santuario de paz" y prometiendo discreción y comodidad durante mi estadía.

Seis semanas en un pueblo pequeño que nunca he visitado, en un estado que solo he visto durante viajes de negocios a áreas metropolitanas importantes, rodeado de personas que probablemente miden el éxito con métricas completamente diferentes a las mías.

Miro la maleta perfectamente organizada, mi kit de artículos de tocador meticulosamente ordenado, mi vestuario meticulosamente seleccionado: todas las señas de un hombre que cree

que el control equivale al éxito.

Por primera vez, me pregunto si he estado resolviendo la ecuación incorrecta todo el tiempo.

A pesar de mis mejores esfuerzos por racionalizar, emerge una sola verdad incómoda: no tengo absolutamente ni idea de lo que estoy haciendo o quién soy más allá de los algoritmos y hojas de cálculo detrás de los cuales me he escondido.

Capítulo 2
Jenna

El sol de la mañana se filtra a través del montante de vidrieras de la posada, proyectando patrones de colores brillantes sobre el pulido mostrador de recepción. He estado aquí desde las seis, aunque mi turno técnicamente no comienza hasta las siete. Hay algo pacífico en la posada antes de que los huéspedes bajen a desayunar—solo el distante tintineo del Chef Mike en la cocina y los suaves crujidos del edificio mientras se calienta bajo la luz de diciembre.

Arrastro mi marcador fluorescente sobre un pasaje de mi libro de texto—"Prácticas Sostenibles en Gestión Hotelera"—y hago una anotación en el margen. Mi examen parcial es en tres días, y el Profesor Winters es famoso por preguntas que van más allá de la memorización hacia la aplicación práctica.

La puerta principal suena, y deslizo mi libro de texto bajo el mostrador con facilidad practicada. La señora Henderson, una de nuestras clientas habituales, entra envuelta en una bufanda de cachemira y dejando tras de sí el aroma a Chanel.

—¡Buenos días, Jenna! —exclama, desenrollando su bufanda—. Un día precioso para ser diciembre, ¿verdad?

—Clima perfecto para hacer senderismo —coincido, ya sacando sus mapas de senderos favoritos del cajón—. Dave mencionó que estaba interesada en el sendero Whisper Creek hoy. He marcado los miradores que no querrá perderse.

Las cejas de la señora Henderson se elevan con agradable sorpresa.

—Siempre vas un paso adelante, querida. ¿Cómo recuerdas estas cosas?

Deslizo los mapas sobre el mostrador con un paquete de mezcla de frutos secos—su tentempié preferido para las caminatas.

—Es mi trabajo recordar lo que importa a nuestros huéspedes.

Lo que no digo es que he estado catalogando mentalmente las preferencias de los huéspedes desde que tenía diecinueve años y estaba aterrorizada de cometer un error. Que crear sistemas para seguir estos detalles fue mi manera de compensar cuando los empleados más veteranos dudaban de mis capacidades. Que recordar que a la señora Henderson le gusta la mezcla de frutos secos con arándanos extra pero sin cacahuetes no es solo un buen servicio—es la prueba de que pertenezco aquí a pesar de mi edad.

El teléfono suena mientras la señora Henderson se dirige al comedor.

—Posada Evergreen Falls, le habla Jenna. ¿En qué puedo ayudarle?

Mientras atiendo una consulta de reserva, realizo múltiples tareas a la vez registrando las tarjetas de comentarios de ayer en nuestro sistema de retroalimentación. La mayoría menciona a la "encantadora joven de recepción" o la "deliciosa rubia con las recomendaciones útiles". Nunca "la recepcionista competente" o "la empleada conocedora". Siempre descriptores que enfatizan mi apariencia primero, capacidades después.

Dave emerge de la oficina trasera, taza de café en mano, mientras termino la llamada. A los cuarenta, con su pelo sal y pimienta y mangas perpetuamente arremangadas, encarna la mezcla perfecta de profesional y accesible que he intentado emular.

—¿Temprano otra vez? —pregunta, aunque ambos sabemos que es una pregunta retórica. Nunca he llegado tarde en los tres años que he trabajado aquí.

—Preparación para el examen parcial —explico, señalando mi libro de texto parcialmente escondido—. La Profesora Winters no espera por nadie.

Dave se apoya contra el mostrador, tomando un sorbo lento de café.

—¿Sabes? La mayoría de mi personal usa su tiempo libre para, no sé, ¿dormir? ¿Socializar? ¿Lo que sea que hacen normalmente los veinteañeros?

—Sobrevalorado —respondo, organizando las carpetas de registro del día—. Además, este título es mi boleto para que Wildflower Cottage se convierta en algo más que solo un sueño.

Algo se suaviza en la expresión de Dave. Ha sido mi mayor apoyo desde que compartí mi plan de negocio con él, utilizando sus décadas de experiencia en hostelería para ayudar a refinar mi visión en lugar de descartarla como tantos otros han hecho.

—Hablando de planes —dice—, tenemos un huésped de larga estancia que llega mañana. Seis semanas en la Suite Hemingway.

Mi pulso se acelera con una emoción inesperada. Las estancias largas significan turnos constantes, ingresos predecibles y —lo más importante— menos variables en mi planificación financiera cuidadosamente calibrada.

—¿Corporativo o vacacional? —pregunto, ya calculando mentalmente las horas adicionales que puedo trabajar durante este período.

—Un poco de ambos, parece. Algún tipo ejecutivo en año sabático. Un tipo de finanzas de Boston, según la reserva. Seis semanas pagadas por adelantado, tarifa premium. —Los ojos de Dave se arrugan con diversión—. Ya solicitó la habitación más silenciosa e información detallada sobre servicios empresariales locales. Suena como una verdadera alegría.

—O alguien que sabe lo que quiere —replico, sintiendo una extraña chispa de afinidad con este huésped desconocido que planifica las cosas con anticipación.

—Mmm. —Dave no parece convencido—. Bueno, lo estoy asignando a tus turnos. Manejas a los estirados mejor que nadie.

Probablemente debería sentirme ofendida de que "manejar a huéspedes estirados" se haya convertido en mi especialidad, pero es innegablemente cierto. Mi capacidad para tener paciencia con personas difíciles es directamente proporcional a lo desesperadamente que necesito mi cheque de pago para financiar mis sueños empresariales.

—Por mí está bien —digo, ya imaginando el acolchado extra en mi cuenta de ahorros para el B&B—. Más horas significan más dinero para el fondo del pago inicial.

Dave me observa pensativo.

—¿Cuánto más necesitas?

Dudo, y luego decido ser concreta.

—He ahorrado 68.000 dólares. La propiedad victoriana necesita 95.000 para un pago inicial, así que me faltan unos 27.000. Seis semanas de turnos extra definitivamente ayudan a cerrar esa brecha.

Él asiente, pareciendo impresionado.

—Es un progreso sustancial. Bueno, el señor Benjamin Mitchell de Boston está a punto de convertirse en tu nuevo mejor amigo. Intenta no asustarlo con tu conocimiento enciclopédico de los senderos para caminatas de Evergreen Falls.

—Me contendré —prometo, mientras Dave regresa a su oficina.

Saco mi teléfono y envío un mensaje rápido a Tessa: ¡Reserva de huésped por seis semanas = turnos extra = más cerca de Wildflower Cottage! ¿Café más tarde para celebrar?

Su respuesta llega casi inmediatamente: The Roasted Bean @ 2pm. Traeré muffins y folletos de lugares para bodas porque EQUILIBRIO, Jenna Davis. Todo trabajo hace de Jack un chico aburrido y de ti una solterona aburrida antes de tiempo.

Pongo los ojos en blanco pero no puedo reprimir una sonrisa. Los intentos de Tessa por inyectar "diversión" en mi estilo de vida "solo-trabajo-sin-juego" son implacables, aunque

equivocados. Lo que ella no entiende es que construir este negocio es mi diversión. Cada paso más cerca de Wildflower Cottage se siente más emocionante que cualquier cita o fiesta a la que haya intentado arrastrarme.

Guardando mi teléfono, vuelvo a prepararme para el día que me espera, programando mentalmente cuándo estudiaré entre registros y cuántas horas de sueño puedo sacrificar para investigar opciones de menú de desayuno sostenible para mi plan de negocio.

Con una reserva de seis semanas en el horizonte, cada minuto cuenta más que nunca.

—Tu obsesión está alcanzando nuevas alturas —declara Tessa mientras se desliza en la silla frente a mí en The Roasted Bean. Mira la extensión de papeles que cubren la pequeña mesa—. Esto es una intervención.

—Es una tarea de clase —protesto, aunque los listados de propiedades escondidos entre mis notas de gestión hotelera socavan un poco mi defensa—. La profesora Winters quiere un plan de negocio integral para un proyecto hotelero de nuestra elección. Estoy siendo eficiente desarrollando algo que realmente puedo usar.

Tessa coloca una caja de panadería en el único centímetro cuadrado de mesa no cubierto por mis papeles. El aroma de sus característicos muffins de arándanos con streusel se escapa, distrayéndome momentáneamente de mi trabajo.

—La eficiencia sería salir con alguien con experiencia en desarrollo inmobiliario que pudiera ayudarte con todo esto —dice, agitando una mano hacia mis materiales mientras me acerca un café—. Dos pájaros de un tiro.

Acepto el café con gratitud pero ignoro por completo su sugerencia sobre citas.

—La tarea es para el viernes, y necesito acertar con las proyecciones financieras. La profesora Winters tiene ejecutivos hoteleros reales revisando nuestro trabajo.

—Jenna. —La voz de Tessa cambia de burlona a seria—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo por diversión? ¿Algo no relacionado con la posada o la escuela o tu plan de negocio?

Abro la boca para responder, luego la cierro otra vez cuando me doy cuenta de que no tengo una respuesta lista.

—Vi una película la semana pasada —finalmente ofrezco.

—Déjame adivinar, ¿algo sobre un encantador B&B o un programa de renovación?

Mi silencio confirma su sospecha.

Tessa suspira, abriendo la caja de panadería y prácticamente forzándome a tomar un muffin.

—Tienes veintisiete, no setenta y siete. Tu plan de negocio puede sobrevivir a que tengas una vida real junto a él.

—Tengo una vida —replico, partiendo un trozo de muffin—. Tengo la posada, mis clases, mis planes para Wildflower Cottage...

—Tienes trabajo, más trabajo y trabajo futuro —interrumpe ella—. Cuando Sean terminó las cosas, no solo te lanzaste a tus planes de negocio, construiste una fortaleza con ellos.

Giro un mechón de mi cabello rubio hasta los hombros, un hábito nervioso que nunca he superado. La mención de Sean crea una punzada familiar que me he vuelto experta en ignorar. Era un compañero estudiante de gestión hotelera que recibió una oferta de trabajo en Dubái, y me informó que mi "lindo sueñito de B&B" era demasiado provinciano para alguien con verdadero potencial.

—Esto no tiene que ver con Sean —digo, enderezando mi postura—. Se trata de crear algo

significativo que sea mío. Algo que he diseñado y construido desde cero.

Tessa se ablanda.

—Lo sé. Y vas a ser brillante en ello. Solo no quiero que te pierdas la vida mientras la planificas.

Miro mis papeles cuidadosamente organizados, las pestañas codificadas por colores que marcan diferentes secciones de mi plan de negocio.

—No me estoy perdiendo nada. Solo estoy... priorizando.

Tessa saca una carpeta de su bolso.

—Bien. Pero mientras obsesionas con tu plan de negocio, al menos mira estas opciones de lugares para la boda Sullivan. Le prometí a James que obtendría tu opinión ya que conoces cada posada y espacio para eventos en cincuenta kilómetros a la redonda.

Esta es una oferta de paz que puedo aceptar. El prometido de Tessa, James, un ex crítico gastronómico que se enamoró tanto de ella como de sus postres, valora mi experiencia hotelera a pesar de conocerme principalmente como "la amiga adicta al trabajo de Tessa".

—Rosewood tiene la mejor comida pero una acústica terrible —digo, examinando el folleto que me ha entregado—. Edison tiene terrenos preciosos pero su coordinadora es una pesadilla para trabajar con ella. Honestamente, ¿todavía creo que deberías considerar Evergreen Falls Inn. Dave te daría precio de amigos y familia, y el Chef Mike colaboraría en un menú que complementara tus postres.

Tessa me lanza una mirada significativa.

—¿Ves? Sabes precisamente qué hace que estos lugares funcionen o no porque has estado estudiando esta industria desde que tenías diecinueve años. Sabes más sobre dirigir un negocio hotelero exitoso que la mitad de las personas con títulos elegantes y credenciales corporativas.

Reconozco la charla motivacional disfrazada de conversación casual.

—Y aun así, cada oficial de préstamos con quien he hablado todavía quiere saber si mi padre o esposo serán cofirmantes.

—Dinosaurios —descarta Tessa—. Pero hablando de hombres potencialmente útiles, ¿algún huésped nuevo interesante en la posada?

—Dave mencionó que tenemos una reserva de seis semanas llegando mañana. Algún ejecutivo de Boston en año sabático.

Tessa se anima.

—¿Ejecutivo soltero?

—No tengo ni idea, ni me importa —digo firmemente, organizando mis notas en una pila más ordenada—. Lo que me importa es que seis semanas de turnos garantizados me acercan exactamente 2.340 dólares a mi meta de pago inicial. Suponiendo que no se marche antes.

Tessa pone los ojos en blanco pero no insiste más.

—Necesito regresar a la panadería. Intenta recordar que hay más en la vida que hojas de cálculo y planes de negocio, ¿de acuerdo? ¿Por mí?

Asiento, aunque ambas sabemos que volveré a mis proyecciones financieras en el momento en que se vaya.

—¿Y Jenna? —añade, deteniéndose en la mesa—. Eres brillante en lo que haces. Cualquiera que no pueda ver eso no merece tu tiempo, ni profesional ni personalmente.

Mientras se marcha, me quedo con sus palabras, apreciando el sentimiento aunque sabiendo que no cambia la realidad. El mundo me mira y ve a una bonita recepcionista rubia, no a la futura propietaria del Bed & Breakfast Wildflower Cottage. Cambiar esa percepción requerirá más que confianza: requerirá logros concretos que nadie pueda desestimar.

Reúno mis materiales y dejo suficiente dinero para cubrir ambos cafés, ignorando el mensaje de protesta de Tessa que llega momentos después. Los pequeños gestos de independencia importan, incluso si solo los noto yo.

Mi cabaña se encuentra en el extremo oriental de Evergreen Falls, lo suficientemente cerca de la posada para un desplazamiento conveniente, pero lo bastante lejos para sentirse separada de mi lugar de trabajo. El pequeño bungaló de los años 40 necesita actualizaciones—los armarios de la cocina son originales en el peor sentido posible, y los azulejos del baño han visto décadas mejores—pero el alquiler es razonable, y al propietario no le importan mis constantes mediciones y anotaciones de ideas de mejora "para un amigo".

En realidad, cada mejora que catalogo mentalmente va a mi planificación empresarial para Wildflower Cottage. ¿Qué cambiaría? ¿Cuánto costaría? ¿Cómo mejoraría la experiencia del huésped?

Esta noche, estoy probando una receta potencial para el desayuno—panqueques de ricotta y limón con compota de arándanos—mientras reviso listados de propiedades que he imprimido. La casa victoriana que he estado observando durante meses todavía está disponible, su precio de venta sin cambios desde el verano. Mi aplicación de alertas inmobiliarias también marcó un nuevo listado: una casa de campo histórica con tres acres en las afueras del pueblo. Necesita una renovación extensa pero tiene "buena estructura" según el anuncio.

La victoriana costaría $375.000, requiriendo ese pago inicial de $95.000 que mencioné a Dave. La casa de campo está listada en $310.000 pero necesita al menos $80.000 en reparaciones inmediatas. He calculado todos los ángulos financieros posibles, y ambas siguen frustradamente justo fuera de mi alcance.

Deslizo los panqueques en un plato, analizando su textura y presentación con ojo crítico. ¿Se fotografiarían bien para el sitio web? ¿Son lo suficientemente distintos de los desayunos estándar para convertirse en un plato distintivo? ¿Es la compota demasiado dulce?

Mi teléfono suena con el tono de mi madre, y cambio al altavoz mientras anoto notas en la tarjeta de la receta.

—Hola, mamá.

—¡Jenna! Empezaba a pensar que habías olvidado que tu familia existe. —Su tono es bromista pero lleva una corriente subyacente de preocupación genuina.

—Solo ocupada con exámenes parciales y trabajo —explico, tomando un bocado de panqueque. Demasiado limón, no suficiente ricotta—. ¿Cómo está la espalda de papá?

—Mejor desde que comenzó la nueva fisioterapia —responde—. Incluso está hablando de ayudar con la siembra de primavera.

—Dile que no se exceda —advierto, haciendo notas en mi tarjeta de receta—. La granja seguirá allí si necesita tiempo extra de recuperación.

Sigue un breve silencio, y prácticamente puedo escucharla debatiendo si abordar un tema familiar. Elige sumergirse.

—Frank Henderson mencionó que no has ido a una cena comunitaria en meses.

Suspiro para mis adentros. Frank Henderson—miembro del consejo municipal, chismoso notorio, y fuente principal de inteligencia de mi madre sobre mi vida cuando estoy demasiado ocupada para llamar regularmente.

—He estado estudiando —digo simplemente, sin mencionar que las cenas comunitarias inevitablemente incluyen preguntas bien intencionadas pero agotadoras sobre mis relaciones o la

falta de ellas.

—Todo trabajo y nada de diversión, Jenna —dice mi madre, haciendo eco del sentimiento anterior de Tessa—. La vida es más que...

—Mi plan de negocio —termino por ella—. Lo sé, mamá. Pero esto es importante para mí. Estoy cerca de tener suficiente para un pago inicial, y con este nuevo huésped a largo plazo en la posada, puedo tomar turnos extra que...

—Solo nos preocupamos —interrumpe suavemente—. Tu padre y yo queremos que seas feliz, no solo exitosa.

—Soy feliz —insisto, mirando alrededor a mi cocina cubierta de listados de propiedades, proyecciones de negocio, y pruebas de recetas—. Esto es lo que quiero.

Otra pausa.

—Tu hermano llamó ayer —dice, cambiando el tema—. La bebé está empezando a gatear.

Sonrío a pesar de mí misma, agradecida por el cambio de conversación.

—¿Envió videos? Quiero ver a mi sobrina en acción.

Mientras mi madre me pone al día sobre noticias familiares, continúo haciendo notas sobre mi receta de panqueques. Para cuando nos despedimos, he ajustado los ingredientes y planeado cuándo probaré la versión revisada. El Chef Mike me ha permitido el uso ocasional de la cocina de la posada durante las horas libres, otra pequeña amabilidad que acerca mi sueño incrementalmente a la realidad.

Después de terminar la cena, extiendo mis planes de negocio por todo el suelo de la sala de estar. Los listados de propiedades forman una sección, el desarrollo de recetas otra, las proyecciones financieras una tercera. Reviso el saldo de mi cuenta de ahorros, añadiendo los ingresos proyectados de la próxima reserva de huésped de seis semanas.

Acerco mi portátil, abriendo el documento donde he delineado cada paso necesario para transformar una propiedad en el B&B Wildflower Cottage. El plan de negocio para mi tarea de clase es una versión simplificada de este documento maestro, que detalla todo, desde requisitos de zonificación hasta estrategias de marketing y procedimientos operativos diarios.

Esto no es un capricho o un lindo pasatiempo. Es una empresa comercial meticulosamente investigada y cuidadosamente planificada hacia la cual he estado trabajando durante años. El hecho de que se alinee con mi pasión personal no lo hace menos legítimo.

A medida que se acerca la medianoche, mis ojos se vuelven pesados, pero sigo adelante, refinando proyecciones financieras hasta que los números se vuelven borrosos. Cuando finalmente cedo ante el agotamiento, establezco tres alarmas—una para mi hora regular de despertar, más dos de respaldo porque el turno de mañana incluye conocer al nuevo huésped de larga estancia, y las primeras impresiones importan.

Antes de meterme en la cama, reviso la notificación en el calendario de mi teléfono: "Nueva llegada - Benjamin Mitchell - estancia de 6 semanas". Seis semanas que me acercan mensurablemente a que Wildflower Cottage se convierta en realidad.

Me quedo dormida rodeada de las manifestaciones físicas de mi sueño, sin darme cuenta de que el huésped de mañana cuestionará todo lo que creo saber sobre negocios, hospitalidad y sobre mí misma.

Capítulo 3
Ben

Diviso el cartel de Evergreen Falls cinco minutos más tarde de lo que mi GPS había calculado inicialmente, una ineficiencia que se suma a la creciente tensión entre mis omóplatos. El sistema de navegación insistió en dirigirme por lo que consideraba "carreteras panorámicas" en lugar de la ruta más directa, otro recordatorio de que me estoy alejando cada vez más de la eficiencia ordenada de mi vida cotidiana.

El pueblo parece congelado en alguna época pasada: tiendas con toldos a rayas, una auténtica glorieta en lo que supongo es la plaza del pueblo, peatones que realmente saludan a los vehículos que pasan. Es como conducir hasta un set de película diseñado para evocar nostalgia por los pueblos pequeños, completo con decoraciones navideñas que parecen excesivas para principios de diciembre.

Miro mi reloj: 3:17 PM. Trece minutos de retraso respecto a mi hora de llegada proyectada.

Según mi investigación, el Evergreen Falls Inn fue construido originalmente en 1897 como residencia privada antes de ser convertido en posada en la década de 1950. La arquitectura victoriana está innegablemente bien conservada, con su porche envolvente y complicados adornos de pan de jengibre pintados en un elegante verde bosque y crema. Mi mente racional aprecia el significado histórico mientras que mi parte impulsada por la eficiencia cataloga inmediatamente las ineficiencias de mantenimiento y los probables problemas de calefacción.

Estaciono en el área designada para huéspedes, observando que los espacios no están numerados ni asignados, lo que crea potencial para conflictos o confusión durante la ocupación máxima. La grava cruje bajo mis zapatos italianos de cuero mientras recupero mi maleta y mi portátil del maletero. He empacado eficientemente para las seis semanas: todo lo que necesito, nada superfluo.

Las escaleras del porche crujen ligeramente bajo mi peso. Otro elemento para mi registro mental de mantenimiento. La pesada puerta de madera se abre a un área de recepción que logra ser a la vez pintoresca y bien equipada, con suelos de madera pulida y un sustancial mostrador de recepción hecho de lo que parece ser madera recuperada.

No hay nadie en el mostrador.

Un pequeño letrero de madera dice "Vuelvo en 5 minutos" en letra cursiva, acompañado de un anticuado timbre de mesa.

Inaceptable. Miro mi reloj nuevamente. 3:19 PM. Confirmé mi llegada por correo electrónico ayer. La falta de preparación es precisamente el tipo de ineficiencia operativa que nunca toleraría en mi departamento.

Toco el timbre una vez, el sonido resuena en el silencioso vestíbulo. Cuando nadie aparece inmediatamente, lo toco de nuevo con un poco más de fuerza. Examino el área de recepción, rediseñando mentalmente el flujo de trabajo. Observo que el ordenador de escritorio parece adecuado pero tiene al menos dos años. Los registros de huéspedes en papel sugieren un mantenimiento de registros redundante. Los folletos carecen de organización intuitiva.

3:21 PM. Seis minutos de tiempo productivo desperdiciados. Podría haber estado desempacando, configurando mi estación de trabajo, revisando los protocolos de correo electrónico con Emma para comunicaciones de emergencia. En cambio, estoy parado en un vestíbulo vacío, el silencio interrumpido solo por el tictac de un antiguo reloj de pie que probablemente pierde dos minutos por día.

Me aclaro la garganta ruidosamente, aunque no hay nadie que pueda oírlo.

El sonido de pasos rápidos finalmente rompe el silencio, y una joven se apresura a través de una puerta detrás del mostrador de recepción, ligeramente sin aliento. Su largo cabello rubio está recogido en una coleta ordenada, aunque varios mechones se han escapado para enmarcar su rostro. Lleva una simple blusa azul con el logotipo de la posada bordado en el bolsillo, y su sonrisa parece practicada pero genuina.

—Siento mucho la espera —dice, alisando sus manos por el frente de su blusa—. Tuvimos una pequeña situación en la cocina que requirió toda nuestra atención.

Observo el libro de texto parcialmente visible debajo del mostrador (algo sobre gestión de hostelería) y la forma en que rápidamente lo empuja más lejos de la vista. Una estudiante, entonces. Ayuda a tiempo parcial. Eso explica la falta de profesionalismo.

—No es un comienzo auspicioso para una estancia de seis semanas —observo, con un tono neutral pero preciso.

Su sonrisa permanece fija, pero algo destella en sus ojos, una grieta momentánea en el barniz profesional—. Usted debe ser el señor Mitchell. Lo estábamos esperando.

—Claramente no esperándome a la hora de registro confirmada.

Ella toma un respiro medido, tecleando eficientemente en el ordenador—. De nuevo, me disculpo por el retraso. Tuvimos una situación inesperada con los soufflés del Chef Mike para la cena de esta noche. A veces las operaciones en pueblos pequeños requieren flexibilidad.

—Ineficiencia con otro nombre —murmuro, lo suficientemente alto para que me escuche.

Sus dedos se detienen momentáneamente en el teclado, y me encuentro calculando mentalmente el punto exacto de presión en el que la cortesía profesional cede ante la ofensa personal. Sus ojos se encuentran con los míos directamente por primera vez, azules claros y sorprendentemente firmes.

—Le he asignado la Suite Hemingway como solicitó, señor Mitchell. Es nuestro alojamiento más privado, ubicado en el ala este lejos de las áreas comunes —mantiene su tono profesional, aunque detecto un ligero tensamiento alrededor de su boca—. La suite incluye una sala de estar separada que puede funcionar como espacio de trabajo, acceso premium a Wi-Fi y características de insonorización como se indica en sus especificaciones.

—Excelente. —Coloco mi tarjeta corporativa en el mostrador—. ¿Y los servicios empresariales por los que pregunté?

—Todo detallado en su paquete de bienvenida. —Procesa mi tarjeta con movimientos eficientes—. La biblioteca de abajo ofrece espacio de trabajo adicional si necesita un cambio de escenario. El centro de negocios tiene capacidades de impresión y escaneo disponibles las veinticuatro horas con la llave de su habitación.

Asiento, apreciando la minuciosidad de su respuesta a pesar de su evidente irritación conmigo. Mientras continúa procesando mi registro, la observo más cuidadosamente, revisando mi evaluación inicial. A pesar de su juventud, maneja el proceso de registro con precisión experimentada. Sus movimientos son económicos, sus explicaciones concisas. Quizás la ineficiencia de los pueblos pequeños no ha infectado completamente a todos.

Noto un pequeño pin en su solapa, un emblema de una escuela de negocios que reconozco de una conferencia que di el año pasado. No solo estudia hostelería, sino que busca credenciales empresariales serias. Un detalle inesperado que no se alinea con mis suposiciones.

—Su suite incluye desayuno servido de 7 a 10 AM —continúa—. Si necesita un servicio más temprano, podemos organizar una opción continental a partir de las 6. —Levanta la mirada, y me sorprende encontrarla estudiándome con igual evaluación—. Me parece que es usted madrugador, señor Mitchell.

La precisión de su observación es inesperada—. 5:30, típicamente.

—Lo he anotado en su perfil. El Chef Mike puede tener café y un desayuno ligero listo a las 6 —prepara mi tarjeta llave con precisión metódica—. Aunque puede que encuentre que su horario se ajusta naturalmente a nuestro ritmo más lento aquí.

—Poco probable.

Su sonrisa cambia ligeramente, volviéndose más genuina en su sutil desafío—. El tiempo funciona de manera diferente en los pueblos pequeños, señor Mitchell. Especialmente durante la temporada navideña.

Antes de que pueda responder adecuadamente a esta declaración ilógica, ella comprueba algo en su pantalla y su expresión cambia—. Oh.

—¿Problema? —pregunto, ya calculando alojamientos alternativos si es necesario.

Ella duda, la máscara profesional se desliza momentáneamente—. Parece que tenemos un pequeño problema con su habitación. El huésped anterior tuvo un registro de salida tardío, y el servicio de limpieza todavía está finalizando la preparación.

Mi mandíbula se tensa—. ¿Cuánto tiempo?

—Aproximadamente cuarenta y cinco minutos —se endereza ligeramente, como preparándose para la confrontación—. Dave, el propietario, ha autorizado la cena complementaria esta noche por las molestias.

—No he viajado hasta aquí por una cena complementaria, Srta...?

—Davis. Jenna Davis —me mira directamente—. Y aunque entiendo su frustración, señor Mitchell, a veces las circunstancias requieren adaptación. Incluso en Boston, imagino.

El comentario directo me toma desprevenido. La mayoría del personal de servicio ofrecería disculpas apaciguadoras, no un reproche sutil—. En Boston, señorita Davis, las reservas confirmadas se respetan como confirmadas.

—Y en Evergreen Falls, señor Mitchell, priorizamos la calidad sobre los horarios rígidos. ¿Preferiría una habitación que no ha sido preparada adecuadamente según sus especificaciones, o serían aceptables cuarenta y cinco minutos en nuestra biblioteca con refrigerios complementarios mientras nos aseguramos de que todo sea perfecto?

Su pregunta presenta la elección lógica con tal precisión que me encuentro sorprendentemente desarmado. Ha reformulado el retraso no como ineficiencia sino como compromiso con la calidad, un valor contra el que no puedo argumentar razonablemente.

—La biblioteca será suficiente —concedo, notando la satisfacción fugaz en su expresión.

—Excelente elección —emerge de detrás del mostrador, señalando hacia una puerta al otro lado del vestíbulo—. Yo misma le mostraré el camino y organizaré los refrigerios. Su equipaje puede permanecer aquí de manera segura hasta que su habitación esté lista.

La sigo a través del vestíbulo, notando que a pesar de su pequeña estatura, se mueve con propósito confiado. El libro de texto que vi anteriormente tiene más sentido ahora: no es simplemente una recepcionista sino una estudiante de gestión hotelera, probablemente trabajando para financiar su educación. Esto contextualiza su actitud defensiva sobre las operaciones de la posada. Es su campo de entrenamiento.

—La biblioteca recibe la mejor luz natural a esta hora del día —explica mientras entramos en una habitación panelada de madera llena de estanterías. Sillones de cuero están dispuestos alrededor de una chimenea, con varias mesas colocadas cerca de las ventanas—. La contraseña del Wi-Fi está en su paquete de bienvenida, y hay un enchufe dedicado para cada área de asientos.

El espacio está innegablemente bien diseñado tanto para la comodidad como para la

funcionalidad—. Aceptable.

Ella inclina la cabeza ligeramente, estudiándome con una franqueza inesperada—. Sabe, señor Mitchell, la mayoría de los huéspedes aprecian nuestro encanto histórico y servicio personalizado. Esas son características, no ineficiencias.

—La ineficiencia disfrazada de encanto sigue siendo ineficiencia, señorita Davis.

—Y la eficiencia sin humanidad es solo maquinaria —dice esto ligeramente, pero sus ojos transmiten una convicción más profunda—. Haré que le traigan refrigerios en breve. Siéntase libre de seleccionar cualquier material de lectura que le interese.

Mientras se gira para irse, mi mente analítica continúa catalogando puntos de datos sobre Jenna Davis. Principios o mediados de sus veinte años. Educación en progreso. Comportamiento profesional a pesar de reacciones personales. Sorprendentemente adepta al posicionamiento sutil en la conversación. Vale la pena señalarlo.

—Señorita Davis —la llamo, sorprendiéndome a mí mismo.

Ella se detiene en la puerta—. ¿Sí?

—Prefiero té a café. Earl Grey si está disponible.

Su expresión cambia casi imperceptiblemente: sorpresa seguida de una reevaluación—. Por supuesto, señor Mitchell. Lo anotaré en su perfil de huésped.

Cuando se marcha, me encuentro momentáneamente distraído de la configuración de mi portátil. Algo sobre nuestro intercambio se siente sin resolver, un problema sin parámetros claros. En mi experiencia profesional, puedo identificar y resolver casi cualquier desafío empresarial en minutos de análisis. Sin embargo, no puedo categorizar inmediatamente por qué esta breve interacción con una recepcionista de un pueblo pequeño ha captado mi atención analítica.

Quizás es simplemente que la ineficiencia me irrita, especialmente cuando se defiende como virtud. O quizás es el desafío inesperado en sus ojos azules cuando se negó a aceptar mi evaluación de su lugar de trabajo.

Abro mi portátil y creo un nuevo documento titulado "Observaciones de año sabático: Día 1" y comienzo a escribir, apartando a la curiosa recepcionista de mi mente. Tengo seis semanas de tiempo sin estructurar para navegar. Las interacciones personales con el personal son irrelevantes para mis objetivos.

Sin embargo, encuentro mis dedos vacilando sobre el teclado, mi precisión habitual momentáneamente comprometida mientras recuerdo el sutil cambio en la expresión de Jenna Davis, de cortesía profesional a desafío personal. Un punto de datos sin un significado claro.

Por ahora.

Veinte minutos después de revisar informes de la industria que he descargado para acceso sin conexión, la puerta de la biblioteca se abre. Espero a Jenna Davis con los refrescos prometidos, pero en su lugar, entra un hombre de unos cuarenta años. Camisa de franela con mangas enrolladas, jeans casuales y una confianza tranquila que sugiere propiedad en lugar de empleo.

—Señor Mitchell —dice, extendiendo su mano—. Dave Hanson. Soy el dueño de este lugar. Quería darle la bienvenida personalmente y disculparme por el retraso de la habitación.

Me pongo de pie y estrecho su mano, notando el agarre firme y el contacto visual directo—. Benjamin Mitchell. No es necesaria ninguna disculpa. La biblioteca es adecuada para mis necesidades inmediatas.

Dave sonríe, una expresión que llega a sus ojos de una manera que sugiere calidez genuina

en lugar de obligación profesional—. Veo que Jenna lo ha acomodado. Mencionó que prefiere Earl Grey; tenemos una mezcla local que podría disfrutar.

Un camarero entra con una bandeja de té, colocándola en la mesa junto a mí. La atención al detalle es inesperada: temperatura de preparación adecuada, temporizador incluido, miel en lugar de azúcar procesada.

—Su habitación debería estar lista en unos veinte minutos —continúa Dave—. Jenna mencionó que estará con nosotros durante seis semanas. Eso es más largo que nuestras estancias habituales.

—Un año sabático impuesto por la empresa —explico, manteniendo los detalles al mínimo —. Necesitaba un lugar tranquilo con conectividad confiable y mínimas interrupciones.

Dave asiente, pareciendo entender lo que no estoy declarando explícitamente—. Bueno, encontrará mucha paz y tranquilidad aquí, especialmente en la Suite Hemingway. Aunque espero que nos acompañe ocasionalmente en eventos comunitarios. Hacemos una celebración navideña bastante impresionante en estas zonas.

—Agradezco la invitación, pero mi objetivo principal es el trabajo enfocado y la planificación estratégica.

—Por supuesto —la expresión de Dave no revela ni decepción ni sorpresa—. Jenna mencionó que es de Boston. ¿Finanzas corporativas, adivinó ella?

La percepción de la recepcionista me sorprende ligeramente—. Sector tecnológico. Desarrollo de negocios y estrategia.

—Bueno, nos alegra tenerlo, sea cual sea el motivo que lo trae aquí —Dave señala la bandeja de té—. Disfrute de sus refrigerios. Jenna le avisará cuando su habitación esté lista. Y la oferta de cena complementaria sigue en pie; el Chef Mike está preparando un menú especial de degustación esta noche que vale la pena experimentar.

Después de que se va, sirvo el té, notando el tiempo de infusión adecuado indicado en el pequeño reloj de arena proporcionado. A pesar de mi irritación con el registro tardío, me encuentro reluctantemente impresionado por la atención al detalle en esta pequeña cortesía. El té es realmente excelente: notas complejas de bergamota y una profundidad sutil que las variedades producidas en masa no tienen.

Vuelvo a mi trabajo, pero encuentro mis pensamientos regresando intermitentemente a las breves interacciones con Jenna Davis y Dave Hanson. Hay una eficiencia operativa en su hospitalidad que contradice mi evaluación inicial, no la sistematización rígida que valoro en entornos corporativos, sino una adaptabilidad flexible que parece únicamente calibrada para huéspedes individuales.

Es un modelo de negocio interesante, aunque en última instancia menos escalable que los protocolos estandarizados.

Tomo nota para observar estos patrones operativos durante mi estancia, puramente como un ejercicio intelectual. Comprender diversos enfoques de gestión podría resultar valioso cuando regrese a mi puesto.

Un suave golpe interrumpe mis pensamientos, y Jenna Davis aparece en la puerta, con la tarjeta llave en mano—. Su suite está lista, señor Mitchell. Me disculpo nuevamente por el retraso.

—No es necesaria ninguna disculpa —me encuentro diciendo, haciendo eco de mi respuesta a Dave—. El té es excepcional.

Algo como sorpresa parpadea en su rostro, rápidamente reemplazada por compostura profesional—. Me alegra que haya cumplido con sus estándares. Si me sigue, le mostraré su

alojamiento.

Mientras recojo mis pertenencias, me encuentro extrañamente curioso acerca de esta joven que mantiene tal profesionalismo compuesto a pesar de mi comportamiento admitidamente crítico. ¿Qué impulsa a alguien de su edad a tal dedicación en un papel de hospitalidad en un pueblo pequeño? ¿Qué ambiciones yacen bajo la superficie pulida?

No es que importe. Tendremos una interacción mínima durante mi estancia.

—¿Listo, señor Mitchell?

—Guíe el camino, señorita Davis.

La Suite Hemingway supera mis expectativas, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Ubicada al final de un pasillo tranquilo en el ala este, cuenta con techos altos, pisos originales de madera suavizados por alfombras elegantes y ventanas que ofrecen vistas de las colinas circundantes sin líneas de visión directa a las áreas públicas.

Jenna se mueve a través del espacio con eficiencia practicada, demostrando características y comodidades—. La sala de estar puede funcionar como espacio de trabajo como solicitó. Hemos proporcionado una silla de escritorio ergonómica e iluminación adicional. La señal Wi-Fi es más fuerte cerca de la ventana de la bahía, pero adecuada en todo el espacio.

Examino el dormitorio: cama king-size con ropa de cama de alta calidad, mesitas de noche con enchufes convenientemente ubicados, cortinas opacas que sugieren oscuridad genuina para calidad de sueño óptima. El baño cuenta tanto con una bañera para remojar como con una ducha separada de lluvia, accesorios modernos incongruente pero eficazmente integrados en la arquitectura histórica.

—El termostato es ajustable por habitación —continúa, indicando un panel discreto—. Aunque la naturaleza histórica del edificio significa que la regulación de temperatura podría no ser tan precisa como está acostumbrado.

—Anotado —coloco mi bolsa de portátil en el escritorio, ya configurando mentalmente mi espacio de trabajo—. ¿Y los horarios de limpieza?

—Servicio diario entre las 10 y la 1, a menos que solicite lo contrario. Para estancias más largas, típicamente establecemos tiempos y frecuencia preferidos —recupera una carpeta encuadernada en cuero del escritorio—. Todo está detallado aquí, incluyendo horarios de comidas, servicios locales y contactos de emergencia.

Examino la carpeta, notando la organización metódica y atención al detalle—. Esto parece completo.

—Nos esforzamos por ser minuciosos —su tono sigue siendo profesional, pero detecto un indicio de orgullo—. Su equipaje será traído en un momento. ¿Hay algo más que necesite, señor Mitchell?

Debería simplemente despedirla, pero me encuentro extrañamente obligado a continuar la conversación—. Se refirió a "operaciones de pueblos pequeños" anteriormente. ¿Ha trabajado en otros lugares para hacer la comparación?

La pregunta claramente la sorprende. Duda, luego responde con franqueza inesperada—. He hecho prácticas en propiedades en Austin y San Antonio, pero mi experiencia es principalmente aquí. Estoy completando mi licenciatura en Gestión Hotelera mientras desarrollo mi plan de negocios.

—¿Plan de negocios?

Ella cambia su peso ligeramente, una mano moviéndose inconscientemente para tocar el pin

de la escuela de negocios en su solapa—. Sí. Estoy desarrollando planes para restaurar una propiedad histórica a unos veinte minutos fuera del pueblo. Un bed and breakfast con algunas ofertas únicas que lo diferencian de los alojamientos estándar en el área.

Sus ojos se iluminan mientras habla, revelando una pasión que la transforma de meramente competente a genuinamente convincente. El cambio es sorprendente: la cortesía profesional dando paso al entusiasmo auténtico.

—¿Qué diferenciadores ha identificado en su análisis de mercado? —pregunto, sorprendiéndome con un interés genuino.

—Yo... —se detiene, como si de repente recordara nuestros roles respectivos—. Eso es probablemente más detalle del que está interesado, señor Mitchell. Pero agradezco la pregunta.

La repentina retirada es intrigante: un movimiento calculado para mantener los límites profesionales, o quizás la protección de un concepto de negocio que es reacia a compartir con un extraño. De cualquier manera, sugiere un pensamiento estratégico más allá de su papel aparente.

Antes de que pueda indagar más, un golpe en la puerta señala la llegada de mi equipaje. Jenna utiliza la interrupción para retirarse a un territorio profesional más seguro.

—El menú de degustación del Chef Mike comienza a las 6:30, pero el comedor abre a las 5:30 si prefiere un servicio más temprano —dice, moviéndose hacia la puerta—. ¿Nos acompañará esta noche?

—No he decidido.

Ella asiente, aceptando mi falta de compromiso—. Bueno, si decide cenar en otro lugar, hay una guía de restaurantes locales en su carpeta. Aunque debo advertirle que se recomiendan reservaciones para Harvest Table los fines de semana.

Mientras se prepara para irse, la cortesía profesional me obliga a reconocer la calidad del servicio a pesar del retraso inicial—. Señorita Davis, si bien el proceso de registro tuvo margen de mejora, su atención al detalle posteriormente ha sido... satisfactoria.

Sus cejas se levantan ligeramente, y la comisura de su boca se tuerce en lo que podría ser diversión—. Un gran elogio, de hecho, señor Mitchell. Anotaré sus comentarios en nuestros protocolos de mejora continua.

La sutil ironía en su tono me sorprende con una pequeña sonrisa, una respuesta involuntaria que rápidamente suprimo. Ella lo nota, sin embargo, y por un breve momento, algo cambia en nuestra dinámica: reconocimiento mutuo de lo absurdo de nuestro esgrima formal.

—Disfrute su estancia, señor Mitchell —dice, y detecto un sentimiento genuino bajo la formulación profesional—. Evergreen Falls tiene una forma de sorprender a las personas, incluso a aquellas que llegan con expectativas firmemente fijadas.

Después de que se va, comienzo a desempacar con mi precisión metódica habitual, pero encuentro mis pensamientos regresando a Jenna Davis y su críptico comentario de despedida. Había algo como un desafío en sus palabras, como si hubiera identificado mi escepticismo hacia los encantos de los pueblos pequeños como un guante personal para superar.

Poco probable que tenga éxito, pero interesante de todos modos.

Coloco mi portátil en el escritorio y comienzo a configurar mi espacio de trabajo temporal, determinando la ubicación óptima para máxima productividad. Seis semanas en este pueblo pequeño, interactuando con locales como Jenna Davis y Dave Hanson. No es mi entorno preferido, pero manejable.

Mientras organizo mis pertenencias, me encuentro mirando ocasionalmente hacia la puerta donde Jenna había estado, su profesionalismo compuesto ocasionalmente fracturándose para revelar vislumbres de algo más complejo debajo: inteligencia, ambición y una confianza

tranquila que parece estar en desacuerdo con su juventud y entorno.

Una anomalía. Un rompecabezas.

Sacudo el pensamiento y me concentro en establecer mi rutina. Jenna Davis es simplemente una empleada en mi alojamiento temporal, no una variable que requiera análisis. Cualesquiera aspiraciones empresariales que alberga son irrelevantes para mis objetivos aquí.

Tengo mi propia trayectoria profesional para recalibrar. Todo lo demás es meramente ruido de fondo para ser filtrado.

Sin embargo, a medida que se acerca la noche y considero mis opciones de cena, me encuentro inesperadamente inclinado a aceptar la oferta del menú de degustación del Chef Mike. Puramente por eficiencia, me digo a mí mismo. No hay necesidad de investigar opciones de comida locales cuando hay cocina aceptable disponible en las instalaciones.

No tiene nada que ver con la curiosidad sobre las operaciones de este establecimiento, o su recepcionista sorprendentemente intrigante con ambiciones empresariales.

Nada en absoluto.

Capítulo 4
Ben

El comedor del Evergreen Falls Inn tiene poco parecido con los refinados establecimientos de Boston que frecuento para cenas de negocios. No hay diseño minimalista elegante, ni iluminación estratégicamente tenue para crear intimidad artificial. En cambio, el espacio se siente genuinamente acogedor: suelos de madera original suavizados por alfombras, mesas espaciadas para facilitar la conversación en lugar de maximizar la capacidad, ventanas que enmarcan el paisaje nocturno en lugar de horizontes metropolitanos.

He elegido una mesa en la esquina con buena visibilidad tanto de la entrada como del resto de la sala, un hábito adquirido en innumerables comidas de negocios donde el posicionamiento estratégico es tan importante como la conversación misma. La camarera, una mujer mayor con modales eficientes, coloca un menú frente a mí sin la excesiva formalidad ni el entusiasmo forzado típico de los establecimientos corporativos.

—El menú de degustación del chef Mike esta noche es algo especial —dice, con un tono que sugiere una recomendación genuina en lugar de una técnica de venta—. Cinco platos, cada uno destacando ingredientes locales. Está particularmente orgulloso del venado.

—Lo probaré —respondo, tomando una decisión rápida basada en la eficiencia más que en la preferencia. No hay necesidad de perder tiempo analizando opciones cuando hay una experiencia curada disponible.

Ella sonríe y se marcha sin demorarse innecesariamente. Otro punto de eficiencia operativa que no esperaba. Observo la sala con desapego profesional, analizando los flujos de trabajo y patrones de servicio como lo haría con una operación comercial bajo consideración para adquisición.

El primer plato llega puntualmente: una delicada sopa con una compleja superposición de sabores que me toma por sorpresa. La base terrosa de champiñones da paso a sutiles notas herbales, terminando con un toque de acidez que equilibra la riqueza. No había anticipado este nivel de sofisticación culinaria en una posada de pueblo pequeño. La inesperada calidad me obliga a recalibrar mis suposiciones, un proceso que se está volviendo irritantemente frecuente desde mi llegada.

Al otro lado de la sala, una pareja mayor ríe suavemente con su camarera sobre lo que parece ser una broma interna. En otra mesa, una familia con hijos adolescentes mantiene una conversación real en lugar de mirar sus teléfonos. El comedor vibra con una energía confortable: conexión genuina en lugar de las redes sociales performativas de las cenas corporativas.

—¿Disfrutando de la sopa?

Levanto la mirada para encontrar a Dave Hanson de pie junto a mi mesa, su actitud casual desmintiendo la atención que he notado en su operación.

—Supera las expectativas —reconozco.

Dave asiente, sin sorprenderse. —Mike se formó en Le Cordon Bleu antes de agotarse en la escena restaurantera de Nueva York. Tenemos suerte de tenerlo.

Un dato interesante: otro profesional altamente capacitado que elige este pequeño pueblo en lugar de oportunidades metropolitanas. ¿Qué variables impulsan tales decisiones? La pregunta despierta un interés inesperado en mí.

—Noté que observabas el flujo del servicio —continúa Dave, mostrando más percepción de la que le había acreditado—. ¿Algo que podríamos mejorar?

La solicitud directa de crítica me toma por sorpresa. La mayoría de los dueños de negocios

prefieren la adulación a la evaluación honesta.

—Tu proporción de camareros por cliente es eficiente —me encuentro diciendo—. Aunque el tiempo de servicio de bebidas podría optimizarse para reducir viajes redundantes.

En lugar de ponerse a la defensiva, Dave parece genuinamente interesado. —Buen ojo. Hemos estado trabajando en eso, de hecho. Jenna desarrolló un protocolo de servicio el año pasado que ha ayudado a optimizar las operaciones significativamente.

La mención de Jenna me sorprende. —¿La recepcionista creó sus protocolos de servicio?

La expresión de Dave cambia sutilmente, algo entre diversión y leve reproche. —Jenna desempeña muchas funciones aquí. Ha estado implementando sistemas de su programa de gestión hotelera que han mejorado nuestra eficiencia aproximadamente un veinte por ciento durante el último año.

Recalibro nuevamente, añadiendo esta información a mi evaluación en desarrollo de Jenna Davis. No simplemente una estudiante trabajando en recepción, sino alguien que aplica activamente conocimientos teóricos para mejorar negocios prácticos. Inesperadamente interesante.

—Su plan de negocios debe ser bastante completo, entonces —comento, preguntándome inmediatamente por qué he seguido este tema.

—Es impresionante —confirma Dave—. Pero dejaré que ella te lo cuente si así lo decide. Disfrute su cena, Sr. Mitchell.

Mientras se aleja, vuelvo mi atención a la comida, pero descubro que mis pensamientos se desvían hacia Jenna Davis y su enfoque sorprendentemente profesional de lo que había descartado como un trabajo de estudiante. Llega el segundo plato: una ensalada perfectamente ejecutada con ingredientes que deben ser de origen local dada su excepcional frescura. La textura crujiente y los sabores vibrantes sugieren una cosecha realizada hace horas en lugar de días.

Observo a los demás comensales, principalmente parejas y pequeños grupos inmersos en conversaciones relajadas. El ambiente carece de la tensión de networking y posicionamiento de estatus de los establecimientos de Boston. Nadie intenta impresionar a nadie. Hay algo casi inquietantemente genuino en las interacciones.

Para cuando llega el plato de venado, he identificado varias eficiencias operativas en el modelo de servicio de la posada que beneficiarían a las grandes cadenas hoteleras, aunque probablemente se resistirían a implementarlas debido a los requisitos de estandarización corporativa. La personalización aquí crea una lealtad que las métricas corporativas a menudo no logran capturar en su análisis.

Es un modelo de negocio interesante, aunque no uno que se escale efectivamente.

El venado en sí es notable: tierno sin ser blando, sazonado para realzar en lugar de enmascarar los sabores naturales. El aroma terroso mezclado con especias sutiles crea una experiencia que es tanto rústica como refinada.

Al terminar la inesperada experiencia culinaria, me encuentro reluctantemente impresionado. El chef Mike aparece brevemente durante el servicio del postre: un hombre de unos cuarenta años con la intensidad común a los profesionales culinarios serios, pero sin la arrogancia que suele acompañarla.

—El venado fue excepcional —le digo, ofreciendo un reconocimiento profesional en lugar de un elogio efusivo.

—Gracias —responde simplemente—. Granja local, prácticas sostenibles. Mi trabajo es más fácil cuando los ingredientes tienen integridad.

Una elección interesante de palabras: integridad en los ingredientes. Como si los productos

alimenticios pudieran poseer cualidades éticas. Sin embargo, algo en su evaluación directa resuena conmigo. Los insumos de calidad determinan la calidad del resultado, independientemente de la industria.

—¿Qué te trajo de Nueva York a Evergreen Falls? —me encuentro preguntando, inesperadamente curioso sobre su trayectoria profesional.

Él considera la pregunta cuidadosamente. —Me cansé de cocinar para personas que no saboreaban su comida —dice finalmente—. Aquí, la gente realmente experimenta lo que creo. Notan la diferencia entre lo bueno y lo excepcional. Eso es más importante para mí que las estrellas Michelin o las críticas.

Su respuesta tiene más peso del que su simplicidad sugiere: una recalibración de valores profesionales basada en un impacto significativo en lugar de validación externa. No del todo diferente al sabático prescrito por Timothy para mí, aunque nunca admitiría el paralelo en voz alta.

Regreso a mi suite con la inesperada constatación de que he disfrutado la velada, no meramente tolerándola como una solución eficiente para alimentarme. Los sabores de la cena cuidadosamente elaborada por el chef Mike permanecen agradablemente, y las conversaciones han proporcionado datos de observación más interesantes de lo que anticipé inicialmente. Quizás este sabático forzado podría producir algún valor después de todo.

Mi espacio de trabajo temporal toma forma con precisión metódica. Portátil posicionado para un ángulo de pantalla óptimo y mínimo resplandor. Cuaderno alineado perfectamente con el borde del escritorio. Bolígrafos organizados por tipo y color. La familiaridad de esta rutina trae confort en medio de las circunstancias desorientadoras de mi sabático forzado.

El área del escritorio ha sido dispuesta cuidadosamente: iluminación posicionada para reducir la fatiga visual, silla ergonómica ajustada para anticipar aparentemente mis requisitos de altura. Estos detalles sugieren más atención a las necesidades del huésped de lo que esperaría en un establecimiento pequeño. Otra suposición que requiere ajuste.

Me conecto a la red Wi-Fi de la posada, gratamente sorprendido por su robusta velocidad. A pesar de las restricciones de Timothy en mis cuentas corporativas, he establecido acceso VPN para emergencias. No estoy completamente desconectado, simplemente operando con capacidad reducida. El pensamiento proporciona un ligero consuelo.

Mi bandeja de entrada no contiene nada que requiera atención inmediata; Emma claramente ha interceptado comunicaciones críticas como prometió. Debería sentir alivio ante esta pausa forzada de las demandas constantes, sin embargo, la ausencia crea un vacío inquietante. Sin el flujo constante de problemas que requieren soluciones, ¿cuál es exactamente mi función?

Cierro el cliente de correo electrónico y me encuentro abriendo un nuevo documento sin decidir conscientemente hacerlo. "Emprendimientos Hoteleros Pequeños: Análisis de Mercado" aparece como encabezado antes de que reconozca plenamente mi intención. Me digo a mí mismo que esto es meramente un ejercicio intelectual; comprender el mercado local podría proporcionar contexto para mis observaciones durante este sabático forzado.

Una búsqueda rápida revela tendencias actuales en alojamientos boutique, con particular enfoque en propiedades históricas readaptadas para la hospitalidad moderna. El sector muestra interesantes patrones de crecimiento, particularmente en regiones a poca distancia en coche de áreas metropolitanas importantes. Los consumidores valoran cada vez más la autenticidad y la conexión con el lugar, métricas difíciles de cuantificar en modelos de negocio tradicionales pero claramente influyentes en las decisiones de compra.

Anoto varios factores relevantes para una potencial operación de B&B: ventajas de

designación histórica, sostenibilidad como diferenciador de mercado, valor experiencial impulsando precios premium. Mis dedos se mueven rápidamente sobre el teclado, organizando información como lo haría para cualquier análisis empresarial.

Es solo cuando me encuentro calculando proyecciones financieras específicas basadas en tasas de ocupación regionales que reconozco lo que estoy haciendo. Estoy analizando el concepto de negocio de Jenna Davis sin que me lo hayan pedido. Sin ninguna razón profesional para hacerlo.

Cierro el archivo abruptamente, incómodo con este comportamiento poco característico. Mi interés es puramente académico, un ejercicio intelectual para ocupar mi mente profesionalmente sin desafíos durante este sabático obligatorio. Nada más.

Sin embargo, me encuentro preguntándome sobre los detalles de su plan. ¿Qué propiedad ha identificado? ¿Qué estrategia de diferenciación de mercado ha desarrollado? ¿Qué obstáculos financieros quedan antes de la implementación?

Preguntas sin relevancia para mi situación u objetivos. Las hago a un lado, centrándome en cambio en revisar informes de la industria que he descargado para análisis offline. Esto, al menos, sirve a mi desarrollo profesional en lugar de satisfacer una inexplicable curiosidad sobre las aspiraciones empresariales de una recepcionista de pueblo pequeño.

El dolor de cabeza que se ha convertido en mi constante compañero se intensifica a medida que avanza la noche. La presión detrás de mis sienes pulsa al ritmo de mi latido cardíaco, una manifestación física del estrés que he aprendido a ignorar hábilmente. Quizás un cambio de escenario podría ayudar. La biblioteca parecía propicia para el trabajo concentrado anteriormente y, casi a medianoche, debería estar vacía.

Reúno mis materiales con eficiencia practicada y bajo las escaleras, buscando no comodidad sino simplemente un entorno diferente en el cual seguir funcionando a pesar de la incomodidad física. Al cerrar la puerta tras de mí, me doy cuenta de que he dejado atrás los remedios habituales para mis persistentes dolores de cabeza, otra pequeña indicación de mi inusual distracción esta noche.

La biblioteca no está vacía.

Jenna Davis se sienta en una mesa cerca de la chimenea, rodeada de libros de texto, cuadernos y lo que parecen ser listados de propiedades. Su comportamiento profesional se ha suavizado ligeramente en lo que claramente pensó que era un momento privado: su cabello parcialmente liberado de su estilo profesional, su postura menos formal aunque todavía concentrada. Está tomando notas con intensa concentración, materiales de referencia organizados a su alrededor en un sistema que reconozco como metódico más que aleatorio.

No ha notado mi entrada, permitiéndome un momento de observación no detectada. El libro de texto más cercano a ella está abierto en un capítulo sobre proyecciones financieras para emprendimientos hoteleros, no material introductorio sino conceptos avanzados que involucran estructuras de costos variables y modelado de ingresos estacionales. Sus notas muestran un enfoque sistemático para analizar el material, con aplicaciones a escenarios específicos anotadas en los márgenes.

Esto no es un estudio casual sino un serio desarrollo profesional. Otro punto de datos que requiere integración en mi evaluación evolutiva de Jenna Davis.

El aroma de libros antiguos y madera pulida llena la biblioteca, creando una atmósfera de enfoque académico que se adapta a la hora tardía. Un sutil toque de canela sugiere la selección anterior de té de Jenna.

Ella levanta la mirada repentinamente, sobresaltada por mi presencia. —Sr. Mitchell. No

esperaba que nadie usara la biblioteca a esta hora.

—Yo tampoco —respondo, manteniendo la distancia profesional—. Puedo encontrar otro espacio de trabajo.

—No es necesario. —Gesticula hacia la gran sala—. Hay espacio suficiente para ambos. Solo estaba terminando algunos trabajos del curso.

Selecciono una mesa lo suficientemente distante para evitar una proximidad incómodamente cercana, pero lo bastante cerca como para ver la proyección financiera en la que está trabajando. Las cifras llaman mi atención: costos de adquisición de propiedades, estimaciones de renovación, proyecciones de gastos operativos.

—Su cálculo para el impuesto sobre la propiedad parece estar subestimado aproximadamente en un quince por ciento —comento antes de considerar completamente si debería involucrarme.

Jenna levanta la mirada, sorprendida. —¿Disculpe?

—Las propiedades históricas en esta región típicamente conllevan tasas de impuestos más altas debido a los desencadenantes de reevaluación durante la conversión comercial —explico, indicando la cifra relevante en su hoja de cálculo—. Su proyección utiliza tasas comerciales estándar sin el ajuste de designación histórica.

Ella me estudia por un momento, como evaluando si mi comentario está destinado a ser crítica o asistencia. Luego mira sus cálculos.

—Tiene razón —reconoce sin ponerse a la defensiva—. He estado utilizando promedios del condado en lugar de tasas específicas de conversión histórica. —Hace una anotación, luego mira hacia arriba—. ¿Tiene experiencia con el desarrollo de propiedades históricas?

—No, pero los principios de evaluación fiscal variable se aplican a través de las categorías de propiedades. Revisé los datos de varianza regional hoy temprano como parte de un ejercicio de análisis de mercado.

—Un "ejercicio de análisis de mercado" —repite, con una pequeña sonrisa jugando en las comisuras de su boca—. Eso es lo que la mayoría de las personas hacen en vacaciones, por supuesto.

Su suave burla arranca una pequeña sonrisa de mí en respuesta. —Encuentro relajante el análisis de datos.

—Por supuesto que sí. —Ordena sus papeles con eficiencia practicada—. ¿Puedo preguntar por qué estaba investigando la tributación de propiedades históricas en Evergreen Falls?

La pregunta me obliga a reconocer mi actividad de investigación anterior, que parece cada vez más difícil de justificar como puramente académica. —Curiosidad profesional. Entender las condiciones del mercado regional proporciona contexto para mis observaciones durante esta estadía.

Ella asiente, aunque su expresión sugiere que no cree completamente mi explicación. —Bueno, si tiene otras observaciones sobre mis cálculos, me interesaría escucharlas. Las proyecciones financieras son cruciales para mi solicitud de préstamo.

El reconocimiento directo de sus aspiraciones empresariales crea una apertura que me encuentro inesperadamente inclinado a seguir. —¿Cuál es su línea temporal proyectada para el punto de equilibrio?

—Tres años para operaciones básicas, cinco para recuperar las inversiones de renovación, siete para rentabilidad completa incluyendo costos iniciales de propiedad —responde sin vacilación, su dominio de los números impresionantemente inmediato—. Eso asumiendo un 62% de ocupación promedio en el primer año, aumentando a 78% para el tercer año mediante marketing dirigido y diferenciación de servicios.

—Ambicioso —comento, analizando sus proyecciones contra los estándares de la industria.

—Realista —contrarresta con confianza—. He estado siguiendo las tasas de ocupación regional para propiedades similares durante los últimos dieciocho meses. La mayoría se estabiliza entre 72-80% para el tercer año si están adecuadamente posicionadas y comercializadas.

Su respuesta revela un análisis más sofisticado del que esperaba. —¿Cuál es su estrategia de diferenciación?

Ella duda momentáneamente, como sopesando si compartir información propietaria. Luego abre una carpeta y extrae un documento pulcramente organizado.

—Wildflower Cottage se centrará en tres diferenciadores clave —explica, entregándome el papel—. Autenticidad histórica combinada con comodidades modernas, experiencias culinarias de origen local más allá de las ofertas estándar de B&B, y coordinación de actividades personalizadas que conecta a los huéspedes con los activos naturales y culturales de la región.

Escaneo el documento, notando la minuciosidad de su análisis de mercado y posicionamiento competitivo. El concepto está bien desarrollado, con propuestas de valor claras e identificación del público objetivo. Mucho más profesional de lo que anticipé.

—Sus estimaciones de salvamento para características arquitectónicas originales son optimistas —observo, señalando un elemento específico—. La restauración histórica típicamente excede las proyecciones iniciales en un 30-40% debido a problemas estructurales imprevistos y requisitos de fabricación personalizada.

En lugar de ponerse a la defensiva, pregunta: —¿Qué porcentaje de contingencia recomendaría incorporar al presupuesto de renovación?

—Mínimo 35% para una estructura de esa edad, particularmente con historial de mantenimiento desconocido.

Ella hace una nota, ajustando sus cifras con cálculos rápidos. —Eso extendería mi cronograma del punto de equilibrio aproximadamente ocho meses.

—Pero proporcionaría expectativas más realistas para potenciales inversores o prestamistas —añado—. Las proyecciones creíbles que reconocen los costos verdaderos son más convincentes que los escenarios optimistas que ignoran las probabilidades estadísticas.

Nuestra conversación se desplaza hacia un análisis financiero detallado, con Jenna haciendo preguntas específicas e inteligentes que revelan tanto su conocimiento como sus limitaciones. Comprende los principios empresariales fundamentales pero carece de experiencia con las realidades matizadas de la implementación de proyectos, una brecha común entre el conocimiento académico y la aplicación práctica.

—Su enfoque es sorprendentemente minucioso —reconozco, dándome cuenta demasiado tarde de cómo podría sonar el calificativo.

La expresión de Jenna cambia sutilmente. —Sorprendentemente para usted, quizás. Pero he estado desarrollando este plan de negocios durante tres años mientras completaba mi título. No es un capricho ni un pasatiempo.

Reconozco la actitud defensiva en su tono; claramente está acostumbrada a que sus aspiraciones sean descartadas. —No pretendía insinuar lo contrario. Sus proyecciones financieras muestran una consideración seria de las realidades del mercado, lo cual es poco común en emprendimientos hoteleros en etapa inicial.

Su postura se relaja ligeramente. —Gracias. Agradezco la retroalimentación, especialmente de alguien con su experiencia empresarial.

El simple reconocimiento crea un momento inesperado de rapport profesional. Hemos pasado

temporalmente más allá de nuestra fricción inicial para participar en un análisis empresarial directo, un dominio donde estoy cómodo y donde ella claramente desea establecer competencia.

—Debería dejarle volver a su trabajo —dice, recogiendo sus materiales—. Gracias por los comentarios sobre los cálculos fiscales y la planificación de contingencia.

—Fue meramente una observación —respondo, incómodo con la gratitud por lo que fue esencialmente una corrección.

Ella se pone de pie, sus materiales organizados con movimientos eficientes. —Aun así, lo agradezco. La retroalimentación de una fuente objetiva es valiosa. —Hace una pausa, luego añade—: Sabe, Sr. Mitchell, para alguien en un sabático relacionado con el estrés, parece tener problemas para alejarse del modo trabajo.

La observación es inesperadamente perspicaz, tomándome desprevenido. —Encuentro el análisis más relajante que las actividades de ocio tradicionales.

—Tal vez eso sea parte del problema —sugiere suavemente, sin el tono crítico que podría esperar—. En fin, buenas noches. Espero que mejore su dolor de cabeza.

Parpadeo sorprendido. —No mencioné ningún dolor de cabeza.

—No necesitó hacerlo. La tensión en sus sienes y la forma en que ha estado masajeando el puente de su nariz son indicadores bastante claros. —Ofrece una pequeña sonrisa—. El té de manzanilla con miel local podría ayudar. Puedo hacer que le envíen un poco si lo desea.

La oferta de asistencia se siente extrañamente personal, creando una incomodidad que no puedo categorizar inmediatamente. Mi pulso se acelera ligeramente, una respuesta autonómica a una reducción inesperada en la distancia profesional. —No será necesario.

—Por supuesto. —Asiente, moviéndose hacia la puerta, el aroma de su sutil perfume brevemente perceptible mientras pasa—. Buenas noches, Sr. Mitchell.

—Buenas noches, Srta. Davis.

Después de que se va, permanezco en la mesa, inesperadamente distraído por nuestra interacción. Jenna Davis continúa desafiando mi evaluación inicial, demostrando agudeza empresarial junto con sus habilidades interpersonales observadas anteriormente. La combinación es... poco común en mi experiencia.

Más intrigante es su aparente capacidad para leer señales físicas que creía estar ocultando efectivamente. Pocas personas en mi círculo profesional notan o reconocen indicadores de estrés, sin embargo, ella identificó mi dolor de cabeza a partir de sutiles señales conductuales.

Intento recentrarme en mi trabajo pero encuentro que mis pensamientos vuelven a su plan de negocios. El concepto tiene mérito, aunque varios aspectos se beneficiarían de un análisis más riguroso. Las proyecciones financieras necesitan ajustes para dar cuenta de contingencias realistas, pero su estrategia de posicionamiento de mercado muestra una visión genuina de las preferencias evolutivas de viajeros de ingresos más altos que buscan experiencias auténticas.

Nada de lo cual es relevante para mi situación u objetivos.

Cierro mi portátil, reconociendo que es poco probable ser productivo en este punto. Mientras regreso a mi suite, me encuentro preguntándome si la cocina todavía tendrá té de manzanilla disponible, luego descarto inmediatamente el pensamiento. Tengo mis propios remedios para dolores de cabeza por estrés, desarrollados a lo largo de años de desempeño corporativo de alta presión.

Sin embargo, mientras me preparo para dormir en la inusual quietud de la Suite Hemingway, me encuentro recalculando mentalmente las proyecciones financieras de Jenna con provisiones de contingencia más realistas. Un ejercicio puramente intelectual, me digo a mí mismo. Nada más que una mente analítica buscando problemas que resolver durante la inactividad forzada.

Ciertamente no tiene nada que ver con la determinación en sus ojos mientras ajustaba sus cálculos, ni con la inteligencia estratégica detrás de sus preguntas comerciales, ni con el atisbo de vulnerabilidad cuando defendió sus aspiraciones empresariales.

Nada en absoluto.

Capítulo 5
Ben

Mi alarma rompe el silencio previo al amanecer exactamente a las 5:30 AM. Por un momento desorientador, no reconozco mi entorno—las texturas desconocidas de la Suite Hemingway reemplazando el minimalismo estilizado de mi apartamento en Boston. Entonces la memoria se reafirma: año sabático, Evergreen Falls, seis semanas de inactividad forzada.

Me levanto inmediatamente, la memoria muscular impulsándome a través de una rutina matutina que he optimizado durante años. Quince minutos para la higiene personal, diez minutos para vestirme con ropa debidamente planchada (casual de negocios en lugar de mi traje habitual, una concesión al entorno), cinco minutos para revisar los objetivos del día.

Excepto que los objetivos de hoy siguen frustrantemente indefinidos.

Instalo mi portátil en el escritorio antiguo junto a la ventana, posicionándolo para una visibilidad óptima de la pantalla mientras minimizo el resplandor. La habitación permanece oscura, las cortinas opacas bloqueando efectivamente los primeros indicios del amanecer. Prefiero trabajar en condiciones de iluminación controladas—otra pequeña eficiencia que la mayoría de las personas pasan por alto.

Mi conexión VPN se establece después de un breve retraso, permitiéndome acceso limitado a los recursos corporativos a pesar de las restricciones de Timothy. Reviso la cuenta de correo electrónico encriptada que Emma y yo establecimos para emergencias, esperando encontrar una crisis que exija mi regreso. La bandeja de entrada permanece vacía, excepto por el breve mensaje de Emma: "Deja de revisar los correos del trabajo. En serio, Ben. Solo ha pasado UN día".

La conexión Wi-Fi inesperadamente se ralentiza, interrumpiendo mi intento de descargar informes de mercado para análisis sin conexión. Una pequeña pero irritante desviación del rendimiento óptimo. Cierro la conexión y la reabro, tamborileando impaciente con los dedos sobre el escritorio.

Mi atención se desplaza hacia el persistente dolor sordo detrás de mis ojos—la jaqueca que se ha convertido en mi compañera casi constante durante los últimos meses. Busco automáticamente el té Earl Grey del que he llegado a depender, antes de recordar que no estoy en mi apartamento con sus suministros precisamente organizados.

Esta dependencia de un ritual matutino específico es ineficiente. Tomo nota mental de conseguir mi propio suministro de té en lugar de depender de las provisiones de la posada. Otro elemento para el cada vez más necesario viaje al pueblo que he estado evitando.

A las 5:57 AM, bajo las escaleras, esperando encontrar los espacios públicos vacíos. La recepcionista—Jenna—había ofrecido servicio de desayuno continental a las 6 AM después de notar mis hábitos madrugadores. Un detalle que mencioné solo una vez durante el registro, pero que aparentemente merecía atención.

Encuentro al Chef Mike ya trabajando en el comedor, preparando un despliegue simple pero adecuado: fruta fresca, yogur, granola, pastelería y una prensa francesa de café. Más significativamente, un servicio de té apropiado con Earl Grey infusionándose a la temperatura precisamente correcta.

—Buenos días —dice sin levantar la vista mientras acomoda un plato de melón en rodajas—. Imaginé que bajarías exactamente a las seis. Jenna mencionó que eres madrugador.

Me sorprende este seguimiento de lo que esencialmente fue un comentario pasajero. En contextos de hospitalidad corporativa, dicho servicio personalizado típicamente requiere múltiples solicitudes y escaladas gerenciales.

—Esto es... minucioso —reconozco, examinando la configuración.

El Chef Mike se encoge de hombros.

—Los lugares pequeños como este se mantienen competitivos recordando los detalles. Las grandes cadenas tienen marketing sofisticado; nosotros tenemos atención real a las preferencias de los huéspedes —señala el té—. Jenna dijo Earl Grey, infusionado exactamente cuatro minutos. Hay miel en lugar de azúcar procesada.

Me sirvo una taza, notando el color adecuado que indica el tiempo correcto de extracción. El sabor lo confirma—robusto sin volverse amargo, notas complejas de bergamota correctamente equilibradas.

—Es adecuado —digo, aunque en realidad es superior a mi taza matutina habitual.

El Chef Mike simplemente asiente, aparentemente no sorprendido por mi entusiasmo limitado.

—Disfrútalo. Avísame si necesitas algo más.

Mientras regresa a la cocina, tomo asiento junto a la ventana, el comedor por lo demás vacío a esta hora. El té es sorprendentemente efectivo para mitigar mi dolor de cabeza. Hago otra nota mental para analizar las variables específicas que diferencian esta preparación de mi enfoque habitual.

Abro mi portátil, preparado para usar este tiempo tranquilo de manera eficiente a pesar del entorno inusual.

—¿Madrugador, eh? No tenemos muchos de esos.

Levanto la vista para encontrar a Dave Hanson acercándose a mi mesa, llevando su propia taza de café. Su atuendo casual—camisa de franela con mangas arremangadas, vaqueros desgastados—contrasta fuertemente con mi camisa abotonada planchada y pantalones chinos. Sin embargo, se comporta con la tranquila confianza de alguien cómodo en su dominio profesional.

—Madrugar maximiza las horas productivas —respondo.

Dave señala la silla frente a mí.

—¿Te importa si me uno?

La solicitud interrumpe mi flujo de trabajo planeado, pero rechazarla sería contraproducente para mantener relaciones funcionales con el propietario del establecimiento.

—Si lo deseas.

Se sienta, tomando un sorbo lento de su café.

—Entonces, un día en tu año sabático. ¿Cómo va?

—Procede según los parámetros.

Las cejas de Dave se levantan ligeramente.

—Eso suena... técnico —me estudia con una perspicacia inesperada—. Sabes, la mayoría de las personas toman años sabáticos para alejarse de la mentalidad profesional, no solo reubicarla en un entorno diferente.

Cierro mi portátil, reconociendo que la productividad será limitada durante esta interacción.

—Mi año sabático tiene objetivos diferentes.

—¿Cuáles son?

La franqueza de su pregunta me toma por sorpresa. La mayoría de las personas mantendrían una distancia cortés en lugar de indagar.

—Recalibración estratégica. Reevaluación profesional. Prepararme para mi regreso con una perspectiva mejorada.

Dave se recuesta, su expresión pensativa en lugar de crítica.

—Así que estás usando este tiempo para trabajar en trabajar mejor.

La simplificación es reductiva pero no del todo inexacta.

—Esencialmente.

Él asiente, pareciendo procesar esto.

—Yo solía ser así. Trabajé para un importante grupo hotelero—director regional de operaciones, catorce propiedades, nunca tomaba vacaciones. Pensaba que todo el sistema colapsaría sin mi atención constante.

Esta revelación altera mi evaluación de Dave Hanson. No simplemente un posadero de pueblo pequeño sino alguien con experiencia en hospitalidad corporativa.

—¿Qué cambió?

—Me colapsé yo en su lugar. Evento cardíaco inducido por estrés a los treinta y ocho —lo dice sin autocompasión, como simple hecho—. Lo mejor que me ha pasado, aunque no habría dicho eso en aquel momento.

Me encuentro inesperadamente interesado en su trayectoria profesional.

—¿Y elegiste comprar esta propiedad?

—La heredé, de hecho. Era de mis abuelos, y había estado mayormente vacía durante años. Volví para gestionar la venta y me di cuenta... —mira alrededor del comedor con genuina apreciación— Me di cuenta de que había valor aquí más allá de las proyecciones trimestrales. Calidad de vida. Conexión con el lugar y las personas. Propósito más allá de la promoción.

Su sinceridad carece de la cualidad ensayada de las declaraciones de misión corporativas—sin palabras de moda ni tópicos, solo una evaluación directa. A pesar de mí mismo, lo encuentro refrescante.

—Interesante giro profesional —reconozco.

—Hablando de conectar con el lugar y las personas —continúa Dave—, hay una cena comunitaria esta noche en el ayuntamiento. Nada elegante—estilo potluck, mayormente lugareños. Pensé que quizás querrías asistir, conocer Evergreen Falls más allá de la posada.

Mi instinto inmediato es declinar. Las reuniones sociales sin un objetivo definido o componente de networking estructurado son usos ineficientes del tiempo.

—Agradezco la invitación, pero tengo trabajo que completar.

La expresión de Dave permanece neutral, pero algo en sus ojos sugiere que esperaba esta respuesta.

—El trabajo seguirá ahí mañana. Parte del valor de un año sabático es experimentar nuevas perspectivas. Incluso si tu objetivo es puramente el avance profesional, entender las dinámicas diversas de la comunidad tiene aplicaciones empresariales.

Su enmarcación de la invitación en términos de valor profesional potencial es sorprendentemente efectiva. Además, observar interacciones sociales de pueblo pequeño podría proporcionar datos contextuales para entender el enfoque operativo de la posada.

—Un punto válido —concedo—. ¿A qué hora comienza este evento?

—Seis y media. Vestimenta casual, no necesitas traer comida ya que eres visitante. Puedo llevarte si quieres.

Sopeso las variables—perspicacias comerciales potenciales contra tiempo lejos del trabajo enfocado.

—Asistiré. Pero conduciré separadamente para mantener flexibilidad de horario.

—Me parece justo —dice Dave, levantándose—. Jenna también estará allí, por cierto. Presentará algún tipo de proyecto de escuela de negocios al consejo municipal después.

Este punto de datos adicional desplaza el análisis costo-beneficio aún más hacia la asistencia.

Observar la presentación comercial de Jenna podría proporcionar información sobre sus capacidades profesionales más allá de su rol de recepcionista.

—Estaré allí —confirmo, ya calculando mentalmente el tiempo óptimo de llegada y duración de la estadía.

Dave sonríe, aparentemente complacido por mi decisión.

—Genial. Quizás te sorprenda lo que encuentres.

Mientras se aleja, reabro mi portátil, pero encuentro mis pensamientos inesperadamente desviados hacia la consideración de lo que podría implicar una cena comunitaria de pueblo pequeño, y qué perspicacias podría revelar la presentación de Jenna sobre su agudeza empresarial.

Puramente desde una perspectiva de análisis profesional, por supuesto.

El Salón Comunitario de Evergreen Falls se asemeja a todos los edificios municipales de pueblo pequeño que he encontrado durante viajes de negocios—arquitectura funcional, mobiliario anticuado, tablones de anuncios comunitarios cubiertos con folletos para eventos locales. Lo que lo distingue son las personas llenando el espacio con una energía palpable que no se siente ni forzada ni superficial.

Llego exactamente a las 6:35 PM, calculado para evitar tanto la incómoda llegada temprana como la entrada tardía disruptiva. La sala ya está llena con aproximadamente setenta residentes de demografía variada, agrupados alrededor de mesas cargadas de platos caseros. El nivel de ruido—conversaciones, risas, el tintineo de los utensilios para servir—crea un fondo acústico que se registraría como disruptivo en un entorno corporativo pero que de alguna manera se siente apropiado aquí.

El salón en sí tiene un cierto encanto desgastado bajo la funcionalidad—vigas de madera atravesando el techo, antiguas fotografías del pueblo alineando las paredes, grandes ventanas que proporcionarían luz natural durante reuniones diurnas. Alguien se ha esforzado con la decoración, con arreglos de flores silvestres en cada mesa y cuerdas de luces blancas cálidas cruzándose por encima del espacio.

Me posiciono cerca de la entrada, manteniendo distancia de observación mientras minimizo la interacción social innecesaria. Mi atuendo business casual—pantalones azul marino, camisa celeste abotonada, sin corbata—parece formal comparado con las opciones de ropa relajada que me rodean. Otro error de cálculo que requiere ajuste.

—¡Viniste! —Dave se acerca, llevando un plato de comida—. No estaba seguro de que lo harías.

—Dije que asistiría —respondo, ligeramente confundido por su sorpresa. En mi experiencia, los compromisos confirmados se cumplen a menos que surjan prioridades que los sustituyan.

Dave sonríe.

—Vamos, te presentaré a algunos. ¿Ya has comido?

Antes de que pueda manifestar mi preferencia por mantenerme como observador, él me guía hacia las mesas del bufé. La variedad de comida carece de la presentación precisa del catering corporativo, pero ofrece una impresionante diversidad, toda aparentemente casera en lugar de preparada comercialmente. El aroma es complejo: reconfortantes platos sustanciosos, panes recién horneados y algo con canela que me recuerda inesperadamente a las visitas de mi infancia a casa de mi abuela.

—Ben Mitchell, te presento a Eleanor Blackwood, nuestra alcaldesa —dice Dave, presentándome a una mujer de unos cincuenta y tantos años con un elegante corte bob plateado y ojos perspicaces—. Ben se alojará en la posada durante seis semanas. Año sabático corporativo.

—Bienvenido a Evergreen Falls —dice ella, con un apretón de manos firme y seguro—. ¿A qué se dedica, señor Mitchell?

—Desarrollo de negocios y estrategia para una empresa tecnológica en Boston.

—Interesante. Actualmente estamos trabajando en actualizar la infraestructura tecnológica del pueblo. ¿Alguna idea sobre la implementación de banda ancha rural?

La pregunta transforma nuestra interacción de una cortesía social a una discusión sustancial, un cambio bienvenido. Me encuentro explicando enfoques eficientes para actualizaciones tecnológicas municipales, basándome en estudios de caso de proyectos similares que he analizado.

La alcaldesa Blackwood escucha con genuino interés, haciendo preguntas específicas que demuestran un sorprendente conocimiento técnico. —Debería hablar con Marcus, que está allí —dice, señalando hacia un hombre alto junto a la mesa de postres—. Él está en nuestro comité de tecnología y podría beneficiarse de alguien con su experiencia.

Miro a Dave, quien me da un gesto alentador. Respirando hondo, me dirijo hacia Marcus, cambiando conscientemente de mi típico modo de observación silenciosa a un compromiso activo. Esto no es un evento corporativo de networking planificado con objetivos claros, pero me encuentro extrañamente motivado para probar cómo mi experiencia podría aplicarse en este entorno.

—¿Marcus? La alcaldesa Blackwood sugirió que me presentara. Soy Ben Mitchell.

El hombre se gira, revelando un rostro amable con gafas de montura metálica. —El invitado de Dave desde Boston, ¿verdad? Eleanor mencionó que sabes algo sobre infraestructura de banda ancha.

En cuestión de momentos, estamos inmersos en una conversación sobre los desafíos de conectividad rural, con Marcus describiendo barreras geográficas y financieras específicas que enfrenta el pueblo. Me encuentro dibujando diagramas en una servilleta, delineando enfoques de implementación por fases que maximizarían la cobertura mientras minimizan los requisitos iniciales de capital.

—Eso realmente tiene sentido —dice Marcus, examinando mi boceto en la servilleta—. La mayoría de los consultores con los que hemos hablado simplemente nos dicen que los pueblos pequeños no pueden sostener la inversión.

—No se trata solo de densidad poblacional —explico, encontrando una satisfacción inesperada al aplicar mis conocimientos a un problema concreto—. Se trata de la ubicación estratégica de nodos y el aprovechamiento creativo de la infraestructura existente.

Me doy cuenta de que varias personas se han reunido a nuestro alrededor, escuchando con genuino interés. La ausencia de política corporativa y poses es refrescante; estas personas simplemente quieren soluciones prácticas a desafíos reales. Hay algo satisfactorio en esta aplicación directa de experiencia sin capas de complejidad organizacional.

A medida que la conversación continúa, Dave ocasionalmente me guía hacia otros con preguntas comerciales. Cada presentación sigue un patrón similar: las formalidades sociales iniciales rápidamente dan paso a conversaciones sustanciales sobre desafíos empresariales o cuestiones operativas.

Un propietario de tienda local describe problemas de gestión de inventario; me encuentro sugiriendo soluciones prácticas basadas en principios de optimización de cadena de suministro. Una mujer que planea abrir un estudio de yoga pregunta sobre estrategia de precios; le detallo modelos variables basados en expectativas de mercado metropolitano versus rural. Cada interacción fluye más naturalmente de lo que anticipé, emergiendo la experiencia profesional sin

esfuerzo consciente.

Los problemas que enfrentan estos pequeños empresarios son diferentes de los desafíos corporativos: más inmediatos, sin capas de burocracia, y a menudo limitados por recursos significativamente reducidos. Sin embargo, encuentro una satisfacción inesperada al abordarlos, quizás porque las soluciones producen un impacto directo y visible en lugar de mejoras incrementales de eficiencia que podrían pasar desapercibidas en un entorno corporativo.

Durante una breve pausa, observo la sala, encontrando un contentamiento sorprendente en estas aplicaciones prácticas de mi conocimiento. Mi mirada se posa en Jenna Davis, de pie al otro lado del salón con un pequeño grupo. Se ha transformado desde su atuendo profesional de la posada; esta noche lleva un vestido azul profundo que complementa su coloración, su cabello rubio suelto en lugar de recogido en su habitual estilo práctico.

El cambio es... notable desde una perspectiva observacional. No meramente una mejora estética, sino una representación visual de dimensiones de su carácter más allá de su rol profesional. La comprensión de que la he estado interpretando únicamente a través de un lente profesional limitado es ligeramente inquietante.

Más significativa es su expresión mientras observa mi interacción con el propietario de la tienda. Sorpresa, seguida de algo parecido a una reevaluación. Nuestras miradas se encuentran brevemente, y siento un impulso inesperado de demostrar que soy más que el estereotipo corporativo crítico que probablemente asume que soy.

Vuelvo mi atención al propietario de la tienda, elaborando técnicas de previsión de inventario específicas para negocios estacionales. —La clave está en identificar patrones de reconocimiento en tus datos históricos, y luego aplicar variables ponderadas para indicadores económicos locales.

—Eso realmente tiene sentido —dice, luciendo impresionado—. Deberías dar seminarios sobre estos temas. La mayoría de los consejos comerciales que recibo son demasiado vagos o demasiado complicados para implementar.

—La implementación es, efectivamente, donde la mayoría de los planes estratégicos fracasan —coincido—. La brecha de ejecución típicamente proviene de...

—¡Ben! —interrumpe Dave, acercándose con un plato—. No has comido. Prueba algo del brisket ahumado de Mike antes de que se acabe.

El plato que me entrega contiene una selección cuidadosamente curada, presumiblemente su evaluación de elementos que cumplen con estándares de calidad. La interrupción de mi conversación es ligeramente irritante, pero acepto el plato con el reconocimiento apropiado.

—Gracias.

—Veo que has estado haciendo amigos —observa Dave, asintiendo hacia el propietario de la tienda que ha pasado a otra conversación.

—Simplemente abordando cuestiones prácticas de negocios.

La expresión de Dave sugiere que encuentra mi respuesta divertida, aunque he expresado un simple hecho. —Así es como la gente establece conexiones aquí. Ayudándose mutuamente. —Hace un gesto alrededor de la sala—. ¿Notas algo sobre cómo interactúa todo el mundo?

Observo las dinámicas más cuidadosamente. A diferencia de los eventos corporativos de networking donde las interacciones suelen ser estratégicas y transaccionales, estas conversaciones parecen genuinamente enfocadas en desafíos compartidos y soluciones colaborativas.

—Los límites sociales y profesionales parecen más permeables —observo—. Las comunidades de interés se forman orgánicamente en lugar de hacerlo a través de una alineación

departamental estructurada.

Dave se ríe. —Ahí está ese lenguaje técnico de nuevo. Pero sí, la gente aquí desempeña múltiples roles. Marcus trabaja en el comité de tecnología, pero también es nuestro profesor de ciencias en el instituto y dirige el teatro comunitario. Eleanor era abogada corporativa antes de convertirse en alcaldesa. Todos contribuyen con diferentes conocimientos según sea necesario.

Su explicación enmarca la dinámica comunitaria en términos que tienen sentido organizacional, aunque con una estructura claramente no corporativa. Antes de que pueda analizar esto más a fondo, la alcaldesa Blackwood se acerca al pequeño podio instalado en la parte delantera de la sala.

—Antes de continuar con nuestra cena, me gustaría invitar a Jenna Davis a presentarnos brevemente su proyecto de la escuela de negocios, que creo interesará a muchos de ustedes.

Jenna se mueve hacia el frente de la sala con una confianza compuesta que contrasta con el entorno casual. Organiza sus materiales con precisión eficiente, una cualidad que también he notado en su trabajo en la posada.

—Gracias, alcaldesa Blackwood —comienza, con voz clara y firme—. Como muchos de ustedes saben, actualmente estoy completando mi licenciatura en Gestión Hotelera con especialización en Administración de Empresas. Para mi proyecto final, he estado desarrollando un plan de negocios integral para un bed and breakfast boutique que serviría tanto como tributo al carácter histórico de Evergreen Falls como catalizador económico para nuestro sector turístico.

La pantalla detrás de ella muestra una presentación diseñada profesionalmente, no el esfuerzo amateur que esperaba, sino una presentación pulida que sería aceptable en contextos corporativos. Sus diapositivas muestran proyecciones financieras, análisis de mercado, posicionamiento competitivo y renderizaciones arquitectónicas de una propiedad victoriana restaurada.

—El propuesto Wildflower Cottage se centraría en tres diferenciadores clave en el mercado —continúa, avanzando a una diapositiva con propuestas de valor claramente articuladas—. Autenticidad histórica combinada con comodidades modernas, experiencias culinarias de origen local más allá de las ofertas estándar de un B&B, y coordinación de actividades personalizadas que conectan a los huéspedes con los activos culturales y naturales regionales.

Su análisis de brechas de mercado es sorprendentemente exhaustivo, identificando oportunidades que otros establecimientos hoteleros han pasado por alto. Las proyecciones financieras parecen realistas en lugar de optimistamente infladas, un defecto común en presentaciones empresariales. Ha tenido en cuenta las fluctuaciones estacionales, incorporado una planificación de contingencia apropiada y desarrollado sólidas proyecciones de flujo de caja.

Lo que particularmente me impresiona es su dominio de los datos financieros, el tipo de análisis cuantitativo que no habría esperado de alguien a quien había categorizado principalmente como proveedora de servicios de hospitalidad. Su uso flexible de diferentes enfoques de modelado financiero sugiere una comprensión sofisticada de la planificación empresarial que desafía mis suposiciones iniciales sobre su experiencia. La comprensión de que la he subestimado basándome en observaciones limitadas es profesionalmente incómoda, un error metodológico que típicamente evito.

Me encuentro mentalmente tomando nota de áreas donde su enfoque podría fortalecerse, no porque sea fundamentalmente defectuoso, sino porque muestra un potencial que vale la pena refinar. Su comprensión de la dinámica del mercado hotelero es intuitiva más que basada en datos, pero sus instintos parecen acertados.

—Con un punto de equilibrio proyectado en el tercer año y retorno completo de inversión

para el séptimo año, Wildflower Cottage representa no solo un sueño personal sino un modelo de negocio sostenible que podría servir como plantilla para el desarrollo del turismo patrimonial en toda la región —concluye.

La audiencia responde con genuino entusiasmo, no mera cortesía sino interés sustancial. Varios asistentes hacen preguntas informadas sobre su modelo de negocio, que ella responde con precisión confiada. Noto que no hace referencia a notas, lo que indica un dominio completo de su material.

—¿Y qué tan avanzada está en convertir este plan en realidad? —pregunta alguien.

Un momentáneo destello de vulnerabilidad cruza su expresión antes de recuperar su compostura profesional. —He identificado varias propiedades potenciales y he estado construyendo mis reservas de capital. Actualmente estoy aproximadamente un 28% por debajo del pago inicial necesario, pero con ahorros continuos y potencialmente asegurando un préstamo para desarrollo de pequeñas empresas, proyecto poder adquirir una propiedad dentro de dieciocho meses.

La determinación en su voz es inconfundible. Esto no es un proyecto estudiantil o un ejercicio hipotético; es un plan cuidadosamente desarrollado que tiene toda la intención de implementar. Me encuentro inesperadamente impresionado por su compromiso y claridad de propósito.

Mientras su breve presentación concluye y la gente regresa a sus conversaciones, proceso esta nueva información, recalibrando mi evaluación de Jenna Davis una vez más. No simplemente una recepcionista con aspiraciones empresariales, sino alguien con una visión empresarial genuina desarrollando estrategias concretas de implementación.

Permanezco en modo observación, pero encuentro mi atención repetidamente atraída hacia Jenna mientras discute su presentación con varios miembros de la comunidad. Su animación al describir su concepto revela una pasión típicamente ausente en contextos corporativos donde el entusiasmo se modera para mantener la distancia profesional.

—¿Impresionado? —pregunta Dave, apareciendo a mi lado con una brusquedad perturbadora.

—Su análisis es sorprendentemente minucioso —reconozco—. Aunque varios aspectos de sus proyecciones financieras podrían beneficiarse de pruebas de estrés más rigurosas.

Dave asiente, aparentemente no sorprendido por mi respuesta analítica. —Jenna ha estado trabajando en este plan durante años. Comenzó como un proyecto de clase pero evolucionó a algo mucho más concreto. Está determinada a hacerlo realidad.

—¿Ha asegurado algún compromiso de inversión?

—Está intentando hacerlo independientemente. No quiere comprometer su visión trayendo socios que podrían presionar por la estandarización sobre la autenticidad. —Dave me dirige una mirada evaluativa—. Es joven pero extremadamente capaz. Ha ayudado a dirigir las operaciones de la posada desde que tenía veintiún años. Implementó nuestro sistema de reservas, agilizó los protocolos de servicio, aumentó nuestras calificaciones en reseñas un 18%. La mayoría de las mejoras en eficiencia operativa de los últimos cinco años provinieron de sus sugerencias.

Esto constituye datos significativos que requieren integración en mi comprensión de Jenna. Veintisiete años, gestionando responsabilidades profesionales mientras completaba su educación, desarrollando un plan de negocios sustancial con intención de implementación práctica. Mi evaluación inicial, basada en observaciones limitadas y suposiciones inconscientes, queda corregida por evidencia empírica.

—Subestimé sus capacidades —admito, sorprendiéndome con la franqueza de mi

reconocimiento. Para alguien que se enorgullece de evaluaciones precisas y conclusiones basadas en datos, esta admisión se siente incómodamente como un fracaso profesional: reconocer que he permitido que impresiones superficiales anulen la práctica analítica adecuada.

—La mayoría lo hace —dice Dave simplemente—. Es el pelo rubio y la sonrisa. Ven la superficie y pasan por alto la sustancia.

Su comentario golpea incómodamente cerca de mi propio error. Como alguien que regularmente critica a otros por análisis empresariales superficiales, me encuentro culpable de los mismos atajos cognitivos que ridiculizo en colegas. El reconocimiento es tanto humillante como profesionalmente preocupante; si puedo malinterpretar a alguien como Jenna tan completamente, ¿qué otros puntos ciegos analíticos podría tener?

—Su concepto de negocio parece viable con la estructura de capital apropiada —observo, volviendo al territorio más cómodo de la evaluación empresarial.

—Lo es —coincide Dave—. Pero los emprendedores de pequeñas ciudades enfrentan barreras más altas para la financiación, especialmente las mujeres jóvenes con garantías limitadas. Los bancos ven su edad antes que su plan de negocios.

Reconozco la validez de su observación. El sesgo de inversión es un fenómeno documentado que afecta desproporcionadamente a las empresarias, otro punto de datos típicamente pasado por alto en modelos teóricos de eficiencia del mercado.

—Me recuerda algunas de las ineficiencias del mercado que he observado en la asignación de capital de riesgo —señalo—. El análisis estadístico es bastante claro sobre las disparidades de financiación basadas en género, aunque los factores causales son complejos.

Dave me dirige una mirada evaluativa. —Sabes, esa mente analítica tuya podría ser útil para alguien que intenta navegar esas barreras.

Antes de que pueda responder a su sugerencia implícita, se aleja para saludar a otro miembro de la comunidad, dejándome con un pensamiento inesperado para procesar.

A medida que avanza la noche, mantengo mi posición de observación mientras proceso esta comprensión recalibrada de Jenna Davis. Cuando ella se acerca a la mesa de refrigerios cerca de donde estoy parado, me encuentro inesperadamente motivado a reconocer su presentación.

—Su plan de negocios demuestra una profundidad sorprendente —digo mientras ella selecciona un vaso de agua.

Ella levanta la mirada, claramente sorprendida por mi comentario. —Gracias, señor Mitchell. No me di cuenta de que asistía esta noche.

—Dave sugirió que podría proporcionar comprensión contextual de la comunidad.

Sus cejas se levantan ligeramente. —¿Y lo hizo?

—Proporcionó varios puntos de datos inesperados para consideración.

Una pequeña sonrisa juega en las comisuras de su boca. —¿Es eso lenguaje corporativo para "me equivoqué sobre las operaciones de pueblos pequeños"?

—Es un reconocimiento de que las evaluaciones iniciales requieren ajustes cuando surge nueva información —respondo, encontrando su desafío directo inesperadamente refrescante en lugar de irritante—. Su presentación fue ejecutada profesionalmente.

—Un gran elogio —dice, aunque su tono sugiere una leve ironía más que gratificación genuina—. Aunque estoy segura de que identificó numerosos defectos en mi enfoque.

—Tres áreas principales de mejora —confirmo—. Su planificación de contingencia para sobrecostos de construcción es optimista aproximadamente en un doce por ciento según los promedios de restauración histórica. Su estrategia de diversificación de ingresos podría beneficiarse de factores de ajuste estacional. Y su plazo de equilibrio no tiene plenamente en

cuenta las posibles fluctuaciones de las tasas de interés durante los próximos treinta y seis meses.

En lugar de ponerse a la defensiva, inclina la cabeza, considerando mi evaluación. —Puntos válidos, especialmente sobre las contingencias de construcción. He estado trabajando con promedios históricos para renovaciones estándar en lugar de propiedades específicamente patrimoniales.

Su disposición a aceptar comentarios analíticos sin emoción es inesperada y... profesionalmente impresionante. —Su estrategia de posicionamiento en el mercado es sólida —añado, sintiendo un impulso inusual de equilibrar la crítica con el reconocimiento de fortalezas —. El enfoque en la autenticidad como diferenciador se alinea con las tendencias emergentes en la hospitalidad experiencial.

Su expresión cambia de leve sorpresa a apreciación cautelosa. —Gracias. He estado siguiendo esas tendencias durante los últimos tres años.

Una mujer mayor se acerca, interrumpiendo nuestra conversación con preguntas sobre la presentación de Jenna. Ella se disculpa con un breve asentimiento en mi dirección, dejándome con la inusual sensación de una conversación concluida prematuramente.

Mientras me preparo para abandonar el evento, habiendo extraído suficiente valor observacional, me encuentro revisando mis interacciones con un desapego analítico que se siente menos satisfactorio de lo habitual. La cena comunitaria proporcionó un compromiso profesional inesperado, con múltiples individuos buscando perspectivas prácticas empresariales que yo podía proporcionar fácilmente. Los problemas eran diferentes de los desafíos corporativos: más inmediatos, más concretos, con soluciones que tendrían un impacto directo en los medios de vida de las personas en lugar de efectos incrementales en métricas trimestrales.

Más significativamente, forzó una reevaluación sustancial de Jenna Davis: sus capacidades, su trayectoria profesional, su agudeza empresarial. La revisión de mi impresión inicial indica un error metodológico en mi enfoque: permitir que datos limitados formen una evaluación concluyente en lugar de mantener una distancia analítica apropiada.

Regreso a la Suite Hemingway con esta conciencia incómoda, junto con el reconocimiento igualmente inquietante de que me encuentro interesado en examinar los detalles del plan de negocios de Jenna no meramente por curiosidad analítica sino por interés genuino en su visión empresarial. Es profesionalmente desorientador darme cuenta de que podría encontrar aplicación para mis habilidades ayudándola a refinar su enfoque, una oportunidad de resolución de problemas concretos durante lo que se suponía sería un período forzado de desvinculación profesional.

La satisfacción que experimenté al abordar los desafíos empresariales de la comunidad sugiere que mis habilidades de resolución de problemas no necesitan limitarse a contextos corporativos para proporcionar valor, y quizás más significativamente, para proporcionar satisfacción personal. Esto representa una desviación sustancial de mi marco establecido de identidad profesional, una que requiere un examen cuidadoso.

Una desviación de los patrones estándar que justifica un análisis adicional.

Capítulo 6
Ben

La suave luz de la biblioteca crea un ambiente propicio para el trabajo productivo, una agradable sorpresa en este entorno por lo demás anticuado. He reorganizado nuestro espacio de trabajo para una eficiencia óptima: materiales de referencia a la izquierda, proyecciones financieras en el centro y la documentación original del plan de negocio de Jenna a la derecha. La organización metódica proporciona una sensación de control que me ha faltado desde que Timothy esencialmente me exilió a este retiro en un pueblo pequeño.

Al otro lado de la mesa, Jenna Davis revisa las notas preliminares que he hecho sobre sus finanzas, su expresión oscilando entre una concentración pensativa y una irritación apenas disimulada. El ligero pliegue entre sus cejas se profundiza cuando llega a mis cálculos sobre contingencias de renovación.

—Has aumentado mi presupuesto de construcción en un treinta y ocho por ciento —dice, levantando la vista de la hoja de cálculo. Su tono sigue siendo profesional, pero detecto el desafío subyacente.

—Las propiedades históricas consistentemente superan las estimaciones iniciales de renovación —explico, manteniendo mi voz uniforme—. Treinta y ocho por ciento representa el promedio estadístico de sobrecostes para estructuras de la era victoriana con historiales de mantenimiento desconocidos.

Ella golpea su bolígrafo contra el papel.

—He basado mis números en presupuestos reales de contratistas locales que se especializan en renovaciones históricas.

—Contratistas que tienen todo el incentivo para proporcionar estimaciones iniciales optimistas para asegurar su negocio —contraargumento—. Los datos no mienten, señorita Davis. En propiedades de esta edad, surgen problemas estructurales inesperados en el noventa y tres por ciento de los proyectos de renovación.

Jenna deja el bolígrafo con precisión controlada.

—¿Y en qué porcentaje de esos casos la propiedad ya había sido inspeccionada minuciosamente por alguien íntimamente familiarizado con los métodos de construcción históricos?

—Supongo que se refiere a usted misma.

—He pasado los últimos tres años catalogando problemas estructurales típicos en propiedades victorianas en un radio de cincuenta millas. He acompañado a inspectores, consultado con conservacionistas y desarrollado una comprensión integral de las áreas problemáticas más probables —saca una carpeta de su pila y la desliza hacia mí—. Estos son informes de evaluación detallados para la propiedad que estoy considerando, incluyendo análisis de cimientos y evaluación eléctrica.

Abro la carpeta, examinando los documentos con creciente sorpresa. El nivel de detalle excede las inspecciones estándar previas a la compra, mostrando un enfoque metódico que no había esperado. Los informes están profesionalmente ejecutados, con una clara identificación de posibles problemas y los costes de remediación asociados.

—Sus proyecciones financieras para costes de renovación siguen rozando la fantasía en lugar de la realidad, señorita Davis —digo, aunque con menos certeza que antes.

Sus ojos destellan con una combinación de frustración y determinación.

—Los números sin significado son solo matemáticas, señor Mitchell. Esto no es solo un

negocio para mí; es preservar una parte importante de la historia mientras la hago viable para el futuro. Wildflower Cottage fue construida en 1886 y cuenta con carpintería original de arce y montantes de vidrieras que me niego a comprometer, incluso si eso significa ajustar otras partes del presupuesto.

—El apego emocional a las decisiones empresariales conduce a ineficiencias financieras —respondo automáticamente, haciendo eco de los principios que han guiado mi carrera.

—Y el desapego clínico conduce a espacios sin alma que los huéspedes soportan en lugar de disfrutar —contraataca rápidamente—. Las "ineficiencias encantadoras" que usted critica son precisamente lo que diferencia las experiencias boutique de las cadenas corporativas.

La franqueza de su desafío es inesperada pero no inoportuna. Pocas personas en mi círculo profesional cuestionarían tan abiertamente mi análisis. Su confianza sugiere una convicción genuina más que una postura defensiva.

—Su estrategia de diferenciación de mercado tiene mérito —reconozco, cambiando el enfoque a un área donde su enfoque muestra mayor promesa—. El énfasis en elementos históricos auténticos combinados con comodidades modernas apunta a un grupo demográfico específico dispuesto a pagar tarifas premium por autenticidad percibida.

—Autenticidad real —corrige—. No percibida. Esa es toda la base de mi modelo de negocio. El porche envolvente con balaustradas originales contará con asientos privados para que los huéspedes disfruten del servicio de desayuno al amanecer. Los ventanales de la sala con vidrieras del período correcto se convertirán en rincones de lectura con estaciones de carga ocultas para comodidad moderna.

La estudio por un momento, notando el sutil cambio en su postura: erguida pero no rígida, confiada sin arrogancia. Un mechón de su cabello cae sobre su mejilla mientras se inclina hacia adelante para enfatizar su punto, y observo su gesto inconsciente de colocarlo detrás de su oreja. A pesar de nuestro desacuerdo, me encuentro respetando su negativa a ceder en puntos que considera fundamentales para su visión.

—Establecemos un punto intermedio en la planificación de contingencias —sugiero, pasando a la siguiente hoja de cálculo—. Sus proyecciones actuales incluyen solo un quince por ciento para problemas inesperados. Los datos históricos sugieren un mínimo del treinta y cinco por ciento. ¿Consideraría un veinticinco por ciento como un compromiso razonable?

Ella duda, luego asiente.

—Puedo trabajar con ese ajuste. Extendería la línea de tiempo de equilibrio aproximadamente cuatro meses, lo cual es manejable.

Mientras recalcula los números con movimientos rápidos y practicados, me encuentro recalibrando mi evaluación de sus capacidades una vez más. Su alfabetización financiera excede lo que esperaría de alguien en su posición, sugiriendo una inversión educativa sustancial más allá de su papel de recepcionista.

—Su comprensión del modelado de flujo de efectivo es sorprendentemente sofisticada —observo.

—No suene tan sorprendido, señor Mitchell —dice sin levantar la vista de sus cálculos—. Algunos de nosotros logramos aprender los fundamentos empresariales fuera de las salas de juntas corporativas.

El ligero filo en su tono sugiere que inadvertidamente la he ofendido. Una inesperada sensación de arrepentimiento me impulsa a aclarar mi intención.

—No estaba expresando incredulidad en sus capacidades, simplemente reconociendo que sus habilidades se extienden más allá de lo que su puesto actual podría sugerir.

Ahora sí me mira, estudiándome con una expresión que combina escepticismo con una cuidadosa evaluación.

—Gracias, supongo.

Continuamos trabajando en su plan de negocio, mi análisis destacando áreas de mejora mientras ella defiende elementos que considera esenciales para su visión. Nuestro intercambio mantiene la distancia profesional pero desarrolla un ritmo de desafío y respuesta que se siente inesperadamente satisfactorio, un compromiso intelectual que he estado extrañando desde que Timothy me relegó.

A medida que avanza la sesión, noto que el cielo se oscurece a través de las ventanas de la biblioteca. Hemos estado trabajando durante casi tres horas sin interrupción, un nivel de productividad enfocada que no había anticipado en este entorno.

—Sus proyecciones de ingresos para el primer año son agresivas pero potencialmente alcanzables con una ejecución de marketing adecuada —digo, revisando la sección final de su plan—. Aunque cuestiono si ha tenido en cuenta adecuadamente la variación estacional en esta región.

Jenna asiente, sacando otra carpeta de su bolso.

—He rastreado las tasas de ocupación de propiedades comparables durante un período de tres años. Los ajustes estacionales están incluidos en el apéndice C.

Me entrega la carpeta y se levanta para recuperar materiales de referencia de una estantería cercana, moviéndose con la eficiente certeza de alguien familiarizado con cada aspecto de su entorno. Mientras busca el libro específico, me encuentro observándola con un desapego analítico que se siente cada vez más forzado.

La parte lógica de mi cerebro cataloga datos observables: sus habilidades organizativas, su dominio de conceptos financieros, su clara articulación de la estrategia empresarial. Sin embargo, algo más, algo menos cuantificable, registra la determinación en sus movimientos, el compromiso inquebrantable con una visión que claramente ha pasado años refinando.

Cuando regresa con el libro de referencia, nuestros dedos se tocan brevemente mientras me lo entrega. El contacto momentáneo crea una interrupción inesperada en mis pensamientos normalmente ordenados, una breve respuesta fisiológica que envía una sacudida de conciencia a través de mí que inmediatamente intento clasificar como irrelevante y descartar.

—Debo revisar algo —dice de repente, recogiendo algunos papeles. Sus mejillas parecen ligeramente sonrojadas, aunque podría ser simplemente el reflejo de la cálida iluminación de la biblioteca—. Siéntase libre de revisar los datos de ocupación. Regresaré en breve.

Cuando sale de la biblioteca, suelto un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. La soledad temporal proporciona un espacio bienvenido para recalibrar mi enfoque, que ha sido excepcionalmente propenso a divagar durante nuestra sesión.

Dirijo mi atención a los datos de ocupación, notando rápidamente la metódica recopilación de patrones regionales y ajustes reflexivos para la variación estacional. Su análisis muestra una sofisticación genuina, aunque identifico varias áreas donde enfoques estadísticos más rigurosos fortalecerían sus conclusiones.

A pesar de mí mismo, descubro que estoy deseando discutir estos refinamientos con ella, no meramente para demostrar métodos analíticos superiores, sino porque su receptividad a los comentarios sustantivos sugiere un deseo genuino de optimizar su modelo de negocio en lugar de simplemente defenderlo.

La constatación es profesionalmente desorientadora. Estoy acostumbrado a colegas que ven las críticas como amenazas en lugar de oportunidades para mejorar. La disposición de Jenna para

incorporar sugerencias válidas mientras defiende firmemente su visión central representa un enfoque refrescante del discurso profesional.

Mientras espero su regreso, hago notas adicionales sobre posibles mejoras a sus proyecciones financieras, diciéndome a mí mismo que esto es meramente una cortesía profesional, un ejercicio intelectual para ocupar mi sabático forzado, en lugar de una inversión genuina en su éxito empresarial.

Una evaluación más honesta, que me resisto a reconocer incluso para mí mismo, podría reconocer una motivación diferente, menos racional para mi continuo compromiso con su plan de negocio.

La Suite Hemingway proporciona un retiro bienvenido después de la extensa sesión con Jenna Davis. He organizado mi espacio de trabajo con precisión característica: portátil posicionado para ergonomía óptima, notas de nuestra reunión clasificadas en categorías para análisis posterior, una tetera fresca de Earl Grey reposando según mis preferencias exactas.

Sin embargo, a pesar de este entorno cuidadosamente estructurado, me encuentro incapaz de concentrarme en los informes de la industria que he descargado para revisión. Mis pensamientos continúan volviendo al plan de negocio de Jenna, específicamente, a elementos que creo podrían fortalecerse sustancialmente mediante un modelado financiero más sofisticado.

Abro una nueva hoja de cálculo y comienzo a crear una proyección de flujo de caja revisada que incorpora distribuciones estadísticas para tasas de ocupación en lugar de porcentajes fijos. La actividad es reconfortante en su familiaridad, permitiendo que mi mente analítica procese variables metódicamente mientras aborda la distracción persistente de pensamientos sobre Wildflower Cottage.

Después de una hora de trabajo enfocado, he desarrollado un modelo integral que tiene en cuenta la variabilidad estacional mientras crea una planificación de contingencia más realista. Los resultados sugieren que su concepto es viable con la estructura de capital adecuada y la gestión de riesgos, una conclusión que trae una satisfacción inesperada.

Guardo el archivo, luego hago una pausa, contemplando si compartir estas proyecciones con Jenna. La justificación racional sería la cortesía profesional, proporcionando un análisis valioso basado en mi experiencia. Una evaluación más honesta podría reconocer una motivación diferente.

La energía inquieta que típicamente me impulsa hacia la productividad constante se siente diferente esta noche, menos enfocada en avanzar mi propia trayectoria profesional y más dirigida hacia resolver un problema específico y concreto. Ayudar a Jenna a refinar su modelo de negocio ofrece resultados inmediatos y tangibles en lugar del progreso corporativo incremental que he perseguido durante años.

Me recuesto en mi silla, permitiéndome un raro momento de reflexión no estructurada. Hay algo inesperadamente refrescante en el enfoque de Jenna hacia su empresa, la mezcla de análisis cuidadoso y pasión genuina por su concepto. A diferencia del entusiasmo teatral común en entornos corporativos, su compromiso se siente auténtico, basado tanto en conocimiento práctico como en visión personal.

Durante nuestra sesión, cuando habló sobre preservar elementos históricos mientras aseguraba la viabilidad financiera, su expresión cambió, animada por la convicción pero moderada por el pragmatismo. Me recordó algo que casi había olvidado: la satisfacción de construir algo significativo en lugar de simplemente optimizar estructuras existentes.

Al principio de mi carrera, antes de que los objetivos trimestrales y las trayectorias de promoción consumieran mi enfoque, experimenté una motivación similar: crear modelos de negocio que resolvieran problemas reales en lugar de simplemente incrementar márgenes de beneficio. Algo sobre la determinada búsqueda de Jenna de su visión ha despertado ese recuerdo, creando preguntas incómodas sobre mi trayectoria profesional actual.

La realización es lo suficientemente desorientadora como para que cierre el modelo financiero y me traslade a la ventana, buscando distancia de esta línea de pensamiento inesperada. La vista nocturna de Evergreen Falls no ofrece ninguna visión particular, simplemente un escenario diferente para mis reflexiones cada vez más conflictivas.

Me encuentro admitiendo que la madurez y el impulso de Jenna me recuerdan a mí mismo a su edad, antes de que el avance corporativo se convirtiera en su propio objetivo autosostenible. El paralelismo crea una empatía inesperada que complica mi intento de mantener el desapego profesional.

Más preocupante es el reconocimiento de que estoy esperando nuestra próxima sesión, no meramente como un ejercicio intelectual sino como una interacción que encuentro genuinamente interesante. Esto representa una desviación de los límites profesionales cuidadosamente mantenidos que típicamente establezco.

Regreso a mi escritorio y cierro el modelo financiero que he creado para el negocio de Jenna, diciéndome que una participación excesiva en sus planes sería poco profesional y potencialmente engañosa. Estoy aquí temporalmente, sin conexión significativa con este pueblo o sus habitantes. Crear falsas expectativas de consulta continua sería irresponsable.

Sin embargo, mientras me preparo para dormir, encuentro que mis pensamientos vuelven a la determinación en la expresión de Jenna cuando defiende elementos de su concepto de negocio que considera esenciales. La convicción apasionada detrás de sus planes cuidadosamente estructurados representa algo cada vez más raro en mi experiencia profesional: una creencia genuina en el valor de lo que está construyendo en lugar de simplemente avanzar en métricas corporativas.

Una conciencia que me resisto a reconocer sugiere que mi interés en su concepto de negocio podría extenderse más allá de la curiosidad profesional hacia algo más personal. La posibilidad es lo suficientemente desconcertante como para que activamente redirija mis pensamientos hacia consideraciones más seguras y racionales.

Estoy aquí para recalibración profesional, no para enredarme con empresas empresariales de pueblo pequeño. Cualquier compromiso intelectual que el negocio de Jenna presente es simplemente una distracción temporal durante este sabático forzado, nada más significativo.

Este firme recordatorio no me convence completamente, pero proporciona suficiente tranquilidad para permitirme concentrarme en revisar los informes de la industria que he descuidado. La disciplina profesional siempre ha sido mi atributo más confiable. No permitiré que un cambio temporal en el entorno interrumpa patrones bien establecidos.

El comedor a las 6:45 AM ofrece precisamente el ambiente de productividad tranquilo que prefiero: escasamente poblado, eficientemente atendido, con suficiente luz natural para una lectura cómoda. Estoy revisando notas de la sesión de ayer con Jenna, identificando áreas donde su plan de negocio podría fortalecerse aún más mediante un análisis financiero más sofisticado.

—¿Puedo acompañarlo?

Levanto la mirada para encontrar a Jenna de pie junto a mi mesa, sosteniendo un plato de

desayuno y lo que parece ser su plan de negocio revisado. Está vestida con su atuendo profesional habitual, una blusa azul marino con el logotipo de la posada y pantalones bien planchados, pero algo en ella parece menos formalmente compuesto que durante nuestra sesión de trabajo. Quizás es el ligero desorden de su cabello, como si hubiera estado pasando los dedos por él mientras trabajaba.

—Por supuesto —respondo, señalando la silla vacía frente a mí.

Ella coloca su plato y materiales con precisión metódica, organizándolos de una manera que sugiere una organización habitual más que un esfuerzo consciente.

—He estado implementando algunos de los cambios que discutimos ayer —dice, abriendo su carpeta—. Quería obtener su retroalimentación sobre las proyecciones financieras ajustadas.

Me sorprende su iniciativa; la mayoría de las personas requieren al menos un día para procesar críticas sustanciales, particularmente sobre proyectos profundamente personales. Su respuesta inmediata a las recomendaciones sugiere una dedicación inusual a la mejora práctica en lugar de un apego emocional a conceptos originales.

—He adoptado el veinticinco por ciento de contingencia para costes de renovación —continúa, deslizando una hoja de cálculo revisada hacia mí—. Y he recalculado el cronograma de punto de equilibrio en consecuencia. La extensión de cuatro meses es manejable dentro de mi estrategia de implementación general.

Reviso sus ajustes, notando tanto la precisión técnica como el enfoque metódico para incorporar retroalimentación.

—Estas revisiones parecen sólidas —reconozco—. Aunque noto que ha mantenido sus proyecciones de ocupación originales a pesar de mi sugerencia de que podrían ser optimistas.

—Tengo datos que respaldan esas proyecciones —responde sin ponerse a la defensiva—. Las propiedades comparables que he rastreado muestran un rendimiento consistente dentro de mi rango objetivo, particularmente cuando se tiene en cuenta mi diferenciación de marketing planificada.

Saca otro documento de su carpeta: un análisis competitivo detallado que muestra tasas de ocupación para propiedades similares dentro de un radio de cincuenta millas. La investigación es impresionantemente exhaustiva, con anotaciones reflexivas sobre factores que impactan el rendimiento de cada propiedad.

—Su análisis es más completo de lo que esperaba —admito, estudiando el documento.

Una ligera tensión aparece en su expresión.

—¿Más completo de lo que esperaba de alguien como yo, quiere decir?

El comentario me toma por sorpresa, tanto por la franqueza del desafío como por la implicación de que la estoy subestimando basándome en alguna categoría predeterminada. La acusación se siente incómodamente precisa, provocando un deseo inusual de aclarar mi intención.

—Quise decir que su investigación excede lo que incluyen la mayoría de los planes de negocios pequeños, independientemente de la industria o los antecedentes del fundador —explico cuidadosamente—. El nivel de detalle sugiere una inversión significativa en un análisis de mercado adecuado.

Ella me estudia por un momento, como evaluando la sinceridad de mi respuesta.

—He estado desarrollando este plan durante tres años mientras completaba mi título —dice finalmente—. No es un proyecto casual.

—Claramente no —estoy de acuerdo, volviendo al análisis competitivo—. Su enfoque muestra un rigor inusual para un concepto en etapa temprana.

Mientras continuamos revisando sus revisiones, el Chef Mike se acerca a nuestra mesa con un plato que no era parte del bufet de desayuno estándar.

—Buenos días, Jenna. Probé esa nueva receta de pastelería que sugeriste; pensé que te gustaría probar la versión tres —coloca un plato que contiene lo que parece ser algún tipo de bollo con un complejo aroma de cítricos y especias.

—Gracias, Mike —responde con genuino aprecio—. Esperaba probar algunos ajustes de recetas antes de incluirlos en la planificación del menú de Wildflower Cottage.

El Chef Mike nota mi atención y asiente hacia el plato.

—Jenna ha estado ayudando a desarrollar nuestras ofertas de desayuno durante el último año. Las calificaciones de satisfacción de los huéspedes aumentaron un catorce por ciento después de implementar sus sugerencias.

Miro a Jenna con renovada sorpresa.

—¿También contribuye al desarrollo del menú?

El Chef Mike se ríe.

—Jenna hace todo por aquí excepto arreglar la fontanería, y estoy bastante seguro de que también podría manejar eso si se lo pidiéramos.

Después de que se marcha, me encuentro reevaluando el papel de Jenna en la posada una vez más.

—Sus responsabilidades parecen extenderse significativamente más allá de las funciones de recepción.

Ella parte el bollo por la mitad, examinando la textura con atención crítica antes de ofrecerme la otra porción. Sus dedos rozan los míos mientras lo acepto, y noto su momentánea vacilación ante el contacto.

—He estado manejando la programación y capacitación del personal durante dos años, y he ayudado a Dave a implementar varias mejoras operativas. La recepción es oficialmente donde trabajo, pero en la práctica, mi rol es más flexible.

—Ese nivel de iniciativa es poco común —observo, tratando de ignorar la calidez persistente de su toque—. La mayoría de las personas mantienen límites estrictos alrededor de sus responsabilidades oficiales.

—La mayoría de las personas no están utilizando su empleo como laboratorio práctico para su futuro negocio —responde con franqueza inesperada—. Todo lo que aprendo aquí informa directamente mis planes para Wildflower Cottage.

Su enfoque estratégico me impresiona: usar el empleo actual para desarrollar habilidades y probar conceptos para empresas futuras muestra una inteligencia práctica que a menudo falta en las ambiciones empresariales. Me recuerda a mi propia carrera temprana, cuando aproveché cada asignación para desarrollar capacidades más allá de mi posición oficial.

Dudo, característicamente reacio a compartir información personal, pero encontrándome con ganas de reconocer nuestra experiencia compartida. La sensación es lo suficientemente extraña como para que casi redirija la conversación hacia un territorio más seguro.

—Tenía veintitrés años cuando reestructuré una división fallida —me encuentro diciendo finalmente, la revelación personal sorprendiéndome incluso a mí—. Todos asumían que era el interno hasta que empezaba a hablar.

Jenna levanta la mirada de sus notas, un interés genuino reemplazando la reserva profesional que típicamente mantiene.

—¿Cómo manejó eso?

—Me aseguré de que mi análisis fuera irrefutable —respondo, incómodo con la

vulnerabilidad que el recuerdo todavía evoca—. Los datos no se preocupan por la autoridad percibida; o resisten el escrutinio o no lo hacen.

Ella asiente con una comprensión que se siente como reconocimiento más que simple aceptación.

—He estado manejando la programación del personal de la posada desde que tenía veintiún años. La mayoría de los huéspedes todavía piden "hablar con mi jefe" cuando hay un problema —una ligera sonrisa toca sus labios—. Dave comenzó a decirles que yo soy la jefa para esos asuntos.

Esta experiencia compartida crea una conexión inesperada, una comprensión mutua de demostrar capacidad a pesar de las suposiciones de otros. El momento se siente personalmente revelador de una manera que contradice mis límites profesionales habituales. Me encuentro estudiando la sutil animación en sus características mientras habla, la intensidad enfocada en sus ojos que sugiere tanto inteligencia como determinación.

—Su plan de negocio demuestra un pensamiento significativo con respecto a los flujos de trabajo operativos —digo, deliberadamente cambiando a un territorio más seguro y analítico—. Aunque noto que su estrategia de integración tecnológica podría beneficiarse de una planificación de implementación más concreta.

Ella acepta el cambio de tema sin comentarios, girando hacia la sección relevante de su plan. Mientras volvemos al análisis empresarial, me encuentro más comprometido de lo que he estado desde que llegué a Evergreen Falls. Hay algo genuinamente satisfactorio en aplicar mi experiencia a problemas concretos en lugar de abstracciones, ayudando a refinar un concepto de negocio real en lugar de optimizar modelos teóricos.

Sin embargo, debajo de este compromiso profesional, me inquieta la conexión personal momentánea que compartimos. Revelar incluso ese pequeño detalle sobre mi carrera temprana representa una desviación de mi típica compartimentación entre dominios profesionales y personales.

Cuando Jenna se excusa para prepararse para su turno, me quedo con sentimientos complicados que resisten una categorización ordenada. Su perspicacia empresarial claramente excede mi evaluación inicial, requiriendo una revisión sustancial de mis suposiciones sobre sus capacidades. Más preocupante es mi creciente interés en su éxito, un interés que se siente menos como cortesía profesional desapegada y más como inversión genuina en los resultados.

Me digo a mí mismo que este compromiso es simplemente un ejercicio intelectual para ocupar mi sabático forzado, un problema conveniente para resolver durante el aislamiento profesional temporal. La alternativa, que estoy desarrollando un interés genuino en Jenna Davis más allá de su plan de negocio, es demasiado problemática para considerarla.

Mientras recojo mis materiales para regresar a la Suite Hemingway, refuerzo firmemente mis límites profesionales. Continuaré proporcionando análisis objetivo de su concepto de negocio como cortesía, nada más. La inversión emocional en su éxito empresarial o en la propia Jenna sería irracional dada mi presencia temporal en Evergreen Falls.

Sin embargo, al pasar por la recepción y notar que está involucrada en una conversación con huéspedes que llegan, la genuina calidez de su bienvenida combinada con el procesamiento eficiente de sus necesidades, encuentro mi resolución menos cierta de lo que preferiría. Algo sobre Jenna Davis desafía mi desapego profesional cuidadosamente construido de maneras tanto inquietantes como inesperadamente atractivas.

No son solo sus capacidades profesionales las que han captado mi atención. Es la combinación de inteligencia práctica con pasión genuina, su evaluación realista de las realidades

empresariales junto con un compromiso inquebrantable con su visión. Es la forma en que escucha atentamente antes de responder reflexivamente, la determinación sutil en su postura cuando defiende elementos fundamentales para su concepto, los momentos fugaces cuando la reserva profesional da paso al entusiasmo auténtico.

Una complicación que no había anticipado en este retiro obligatorio, y una que no estoy completamente seguro de cómo manejar mientras me encuentro ya planificando temas para nuestra próxima sesión de trabajo.

Capítulo 7
Jenna

—Me han subestimado durante toda mi carrera —dice Ben, sorprendiéndome con esta confesión personal—. A los veintitrés años, cerré mi primer acuerdo de adquisición. El consejo pensó que yo era el asistente tomando notas hasta que comencé la presentación.

Levanto la mirada de mis proyecciones financieras, olvidando momentáneamente nuestro desacuerdo sobre las contingencias de renovación. —Te entiendo. La semana pasada un huésped pidió hablar con "quien realmente estuviera a cargo" después de que le dijera que estábamos completamente ocupados.

Algo parecido al reconocimiento parpadea en los ojos de Ben. —Frustrante.

—Indignante —corrijo, luego hago una pausa—. Espera... ¿veintitrés? Eso es impresionante.

Él se encoge ligeramente de hombros. —Simplemente apliqué principios estándar de valoración. Las matemáticas no son particularmente complejas.

Casi sonrío ante su característico comedimiento. —Solo brillantez y perspicacia empresarial precoz. Nada especial.

Por un momento, creo ver el fantasma de una sonrisa cruzar su rostro. Luego desaparece, y volvemos a debatir si mi presupuesto de renovación es tremendamente optimista o su aumento propuesto es innecesariamente cauteloso.

Pero algo ha cambiado entre nosotros.

Y no estoy completamente segura de cómo me siento al respecto.

Seis semanas de turnos. Seis semanas de propinas. Seis semanas de ingresos estables para añadir al fondo de Wildflower Cottage mientras termino mis exámenes finales.

Echo un vistazo al plan de negocios extendido sobre mi cama, con números que parecen burlarse de mí. Treinta y ocho por ciento más para contingencias de renovación. Eso es lo que Ben sugirió ayer, y aunque odio admitirlo, probablemente tenga razón.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Tessa: Emergencia de café. Necesito amiga. ¿Bean en 20?

Respondo rápidamente: Ahogándome en finanzas revisadas. ¿Posponemos?

La respuesta llega inmediatamente: Él te infectó, ¿verdad? El robot corporativo contagió tu cerebro. Se requiere intervención.

No puedo evitar sonreír. Posponer diversión por razones prácticas no me convierte en robot.

Sí lo hace. Está bien, trae tus aburridos papeles. Traeré muffins para compensar el tedio.

Veinte minutos después, estoy instalada en nuestra mesa habitual de la esquina en The Roasted Bean, el rico aroma del café mezclándose con el olor de los muffins de manzana con canela de Tessa.

—Entonces —dice Tessa, deslizándose en el asiento frente a mí—, cuéntame sobre el Señor América Corporativa y su efecto en tu plan de negocios.

Tomo un sorbo de mi chai latte. —No es lo que esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que pensé que era otro estirado con complejo de superioridad.

—¿Y ahora? —Tessa parte un muffin por la mitad, y el vapor se eleva desde el centro.

Miro fijamente mi taza. —Es brillante. Frustrante pero brillante. Echó un vistazo a mis proyecciones financieras e identificó debilidades con las que he estado luchando durante meses.

—¿Y esto te molesta porque...?

—¡Porque es tan presumido al respecto! Mira todo a través de este lente fríamente analítico como si las emociones no tuvieran lugar en las decisiones de negocios.

—Mientras que tú...

—Yo tengo visión. Entiendo que lo que hace especial a Wildflower Cottage no puede reducirse a hojas de cálculo y márgenes de beneficio. —Extiendo mis proyecciones revisadas—. Mira esto. Quiere que aumente mi contingencia de renovación en un treinta y ocho por ciento.

Tessa estudia los números, su expresión inusualmente seria. —¿Está equivocado?

—Esa es la parte exasperante. No está equivocado. —Golpeo con el dedo el cronograma revisado de punto de equilibrio—. Pero esto retrasa todo casi ocho meses.

—Mejor planificarlo ahora que sorprenderse después —señala Tessa—. Entonces, ¿qué es lo que realmente te molesta de sus aportes?

Dudo. —Supongo que... estoy acostumbrada a que la gente descarte mi plan de negocios como un pequeño sueño bonito. Pero Ben no lo está desestimando. Se lo toma en serio... lo suficientemente en serio como para criticarlo a fondo.

—¿Y eso es... malo?

—Es desconcertante. Me trata como una empresaria capaz, no solo como una recepcionista rubia con ideas por encima de su posición. —Miro por la ventana—. No estoy acostumbrada a que me vean así.

La expresión de Tessa se suaviza. —Oh, cariño. Has estado luchando tan duro por el reconocimiento que no sabes qué hacer cuando alguien realmente te lo da.

La observación da en el blanco. —Tal vez. O tal vez no confío en sus motivos. ¿Por qué le importaría mi plan de negocios?

—¿Porque está aburrido? ¿Porque es un sabelotodo? ¿Porque ayudarte le hace sentirse importante mientras está en este sabático forzado? —Tessa se encoge de hombros—. O tal vez genuinamente piensa que tu idea tiene mérito.

—Lo llamó "sorprendentemente minucioso" —digo, haciendo comillas con los dedos.

Tessa se ríe. —Bueno, hablaste de poner luces centelleantes en el porche envolvente.

—Eso es ambiente, no purpurina —protesto, pero ahora también estoy sonriendo—. Bien. Admitiré que sus aportes son valiosos, incluso si su forma de comunicarlos deja algo que desear.

—¿Entonces vas a seguir trabajando con él?

Asiento. —Se ofreció a ayudar a refinar la sección de análisis de mercado esta noche.

—Solo ten cuidado —advierte Tessa—. Los hombres como él no están acostumbrados a los pueblos pequeños. Pasan por aquí, dejan su huella, y vuelven directamente a sus vidas reales.

—Esto no es personal —le aseguro—. Es estrictamente profesional. Él me ayuda a pulir mi plan de negocios, y yo ayudo a aliviar su aburrimiento.

Tessa me da una mirada que dice que no me cree. —Solo recuerda, Jenna. Los corazones son cosas complicadas. No siempre saben la diferencia entre negocios y placer.

—El mío sí —digo firmemente—. Esto se trata de Wildflower Cottage. Nada más.

Pero mientras regreso a la posada, no puedo evitar preguntarme por qué me siento tan nerviosa por nuestra reunión de esta noche.

La biblioteca de Evergreen Falls Inn brilla con la cálida luz de las lámparas mientras cae la noche. He llegado temprano para organizarme, disponiendo mis materiales en pulcros montones: análisis de mercado a la izquierda, proyecciones financieras en el centro, especificaciones de la

propiedad a la derecha.

Oigo los pasos de Ben antes de verlo, medidos y decididos como todo lo demás en él. Se detiene en la entrada, explorando la habitación antes de que su mirada se pose en mí.

—Has estado revisando las proyecciones —observa, tomando asiento frente a mí.

—Así es. —Deslizo la hoja de cálculo actualizada hacia él—. He implementado un veinticinco por ciento de contingencia para el presupuesto de renovación. Es un compromiso entre mi quince por ciento original y tu treinta y ocho sugerido.

Sus cejas se levantan ligeramente mientras revisa mis cálculos. —Un punto medio razonable —reconoce—. Aunque noto que has mantenido las proyecciones de ocupación originales.

—Tengo los datos para respaldarlas. —Saco mi carpeta de investigación, abriéndola en la pestaña con análisis competitivo—. He estado rastreando las tasas de ocupación de propiedades similares en un radio de ochenta kilómetros durante los últimos dieciocho meses.

Ben toma la carpeta, estudiándola con sorprendente intensidad.

—Tu análisis es más completo de lo que esperaba —dice después de un momento.

Algo dentro de mí se eriza. —Más completo de lo que esperabas de alguien como yo, ¿quieres decir?

Sus ojos se encuentran con los míos, sorprendidos. —Me refería a cualquier empresa de hospitalidad en fase inicial, independientemente de los antecedentes del fundador. La mayoría de los planes de negocio que reviso carecen de este nivel de detalle.

—Oh.

—La segmentación demográfica es sólida —continúa—. Aunque tus proyecciones de ocupación entre semana para los meses de temporada baja podrían beneficiarse de estrategias de precios variables más agresivas.

Y así, sin más, estamos inmersos en la discusión, debatiendo niveles de precios y enfoques de marketing estacional. A pesar de nuestras diferentes perspectivas, hay un ritmo en nuestro intercambio: su precisión analítica complementa mi conocimiento específico de la industria.

—El calendario de eventos estacionales es un fuerte diferenciador —dice Ben, revisando mis materiales de marketing—. Asociarse con artesanos locales para talleres añade valor más allá del alojamiento básico.

—También crea integración comunitaria —añado—. Los huéspedes aprecian las experiencias locales auténticas, y proporciona fuentes de ingresos adicionales durante períodos más lentos.

Ben asiente, tomando nota. —¿Has calculado el diferencial de margen de beneficio entre los ingresos solo por alojamiento y estas ofertas complementarias?

Vacilo. —No en detalle. Me he estado centrando primero en el modelo principal de ingresos.

Sin comentarios, abre su portátil y crea una nueva hoja de cálculo, sus dedos volando sobre el teclado mientras construye un modelo complejo para calcular márgenes de contribución variables. Observo, fascinada tanto por su habilidad técnica como por el hecho de que está haciendo esto sin que se lo hayan pedido.

—Esto te ayudará a optimizar tu estrategia de precios —explica, girando la pantalla hacia mí —. Puedes ajustar las variables para ver cómo diferentes combinaciones afectan la rentabilidad general.

Me inclino para estudiar el modelo, y nuestros hombros se rozan. El breve contacto envía un calor inesperado a través de mí. —Esto es... increíblemente útil. Gracias.

Él se encoge de hombros, pero noto un ligero ablandamiento alrededor de sus ojos. —Es una aplicación directa de análisis empresarial estándar.

—Tal vez para ti —digo—. Pero a mí me habría llevado semanas desarrollar algo tan

sofisticado.

Por un momento, algo casi como vergüenza cruza sus rasgos. —La experiencia, no la inteligencia, marca la diferencia. Tu comprensión de los conceptos subyacentes es evidente.

El cumplido, entregado en su tono pragmático, se siente más genuino que miles de elogios entusiastas.

Continuamos trabajando, profundizando en las proyecciones financieras. A medida que avanza la noche, noto cambios sutiles en el comportamiento de Ben: la forma en que se inclina hacia adelante cuando explica conceptos complejos, cómo su voz pierde su borde formal cuando discute ideas que encuentra intrigantes.

—Tu enfoque sobre la preservación histórica como diferenciador de mercado es particularmente sólido —dice, revisando mis planes de renovación de la propiedad—. Aunque cuestiono la viabilidad económica de restaurar los detalles originales de las ventanas frente a reemplazos energéticamente eficientes que imiten la estética.

—No se trata solo de estética —explico, sacando el estudio de la propiedad—. Los vitrales originales son parte de lo que hace que esta propiedad sea especial. Reemplazarlos podría ahorrar dinero inicialmente, pero disminuiría la auténtica experiencia histórica por la que los huéspedes pagan tarifas premium.

Ben frunce el ceño. —El sentimiento no debería anular la realidad económica.

—No es sentimiento, es estrategia —contraargumento—. Los elementos históricos auténticos son fundamentales para la identidad de marca. Son lo que distingue a Wildflower Cottage de las cadenas de hoteles corporativos con sus habitaciones intercambiables.

Me estudia durante un largo momento. Finalmente, dice: —Te apasiona esto.

—Por supuesto que sí. Esto no es solo un negocio para mí, es preservar una parte importante de nuestro patrimonio arquitectónico mientras lo hacemos económicamente viable para el futuro.

Para mi sorpresa, Ben no discute inmediatamente. En cambio, pregunta: —¿Cuánto tiempo llevas desarrollando este plan?

—Tres años —admito—. Comencé a investigar propiedades históricas durante mi segundo año de universidad. La casa victoriana ha sido mi enfoque durante los últimos dieciocho meses.

Asiente lentamente. —Eso explica la minuciosidad. —Después de una pausa, añade—: La mayoría de las personas no mantendrían este nivel de compromiso durante tres años sin ver un progreso concreto.

—La mayoría de la gente no entiende la diferencia entre un sueño y una meta —digo—. Los sueños son lo que deseas. Las metas son por lo que trabajas, incluso cuando el progreso es lento.

Algo cambia en su expresión, un destello de reconocimiento, quizás incluso respeto. —Una perspectiva admirable —dice en voz baja.

El reloj de pie en la esquina da las once, sobresaltándonos a ambos. No me había dado cuenta de lo tarde que era.

—Debería irme —digo, recogiendo mis materiales—. Tengo turno temprano mañana.

Ben mira su reloj, también sorprendido por la hora. —Por supuesto.

Mientras organizo mis papeles, una nota cae al suelo. Ben la recoge, sus ojos escaneando el listado de la propiedad. —¿Esta es la casa victoriana que buscas?

Asiento, tomando el papel de él. —Ha estado en el mercado durante ocho meses. El precio de venta es firme, pero espero que el período prolongado de listado pueda hacerlos más flexibles.

—La ubicación parece óptima para tu concepto —observa—. A poca distancia de la plaza del pueblo pero con suficiente privacidad para un ambiente de retiro.

—Sí, exactamente. —Siento un aleteo de emoción—. El porche envolvente tiene balaustres

originales, y las ventanas saledizas serían perfectos rincones de lectura. —Me detengo, sintiéndome de repente cohibida—. Lo siento, tiendo a emocionarme demasiado cuando hablo de esto.

—No hay necesidad de disculparse por la pasión hacia tu negocio —dice Ben—. Es... refrescante en comparación con la ambición calculada que típicamente encuentro en entornos corporativos.

El inesperado cumplido me deja momentáneamente sin palabras.

Mientras nos preparamos para salir de la biblioteca, Ben vacila. —Tu plan de negocios tiene un mérito genuino —dice, las palabras pareciendo cuidadosamente elegidas—. Con la capitalización y ejecución adecuadas, el concepto parece viable.

—Gracias —digo suavemente—. Y gracias por tu ayuda. Tu perspectiva es... valiosa.

Asiente una vez, todavía formal pero de alguna manera diferente que antes. —Tal vez podríamos continuar mañana por la noche. Hay varios aspectos de la estrategia de marketing que se beneficiarían de un mayor desarrollo.

—Me gustaría eso —digo, sorprendida por lo mucho que lo digo en serio.

Mientras caminamos hacia la escalera principal, nuestros pasos cayendo en una sincronización inesperada, no puedo evitar preguntarme qué diría Tessa si pudiera vernos ahora: el robot corporativo y la soñadora decidida, encontrando un terreno común inesperado.

—Buenas noches, señor Mitchell —digo cuando llegamos al punto donde nuestros caminos se separan.

—Ben —corrige en voz baja—. Si vamos a seguir colaborando en tu plan de negocios, tal vez podríamos prescindir de las formalidades.

La simple petición se siente significativa de alguna manera. —Buenas noches, Ben —digo, probando el sonido de su nombre.

—Buenas noches, Jenna —responde, y escuchar mi nombre en su voz crea un extraño aleteo en mi pecho que inmediatamente atribuyo a la satisfacción profesional. Nada más.

El amanecer se filtra por la ventana de mi cocina mientras mido harina para muffins de prueba, mi mente todavía procesando la sesión de ayer con Ben. La receta —limón y arándanos con un toque de cardamomo— es un posible elemento distintivo para el menú de desayuno de Wildflower Cottage.

Añado los ingredientes húmedos, batiendo mientras recuerdo los comentarios de Ben sobre el "apego emocional a las decisiones empresariales". La ironía es que sus aportes están mejorando realmente mi plan, haciéndolo más fuerte, más viable.

Mi teléfono suena con un mensaje de Dave: Huésped en 302 solicita salida temprana. ¿Puedes venir a las 7 en lugar de las 8?

Respondo rápidamente: Sin problema. Llevaré muffins de prueba. Guarda uno para que Mike lo pruebe.

A las 6:45, estoy entrando por la puerta trasera de la posada, una cesta de muffins aún calientes en una mano y mi investigación de la propiedad en la otra. La luz temprana de la mañana pinta el área de recepción en suave oro, motas de polvo bailando en la quietud antes de que comience el día.

Acabo de instalarme detrás del mostrador cuando oigo pasos medidos en las escaleras. Ben aparece con su habitual camisa y pantalones planchados, luciendo perfectamente arreglado a pesar de la hora temprana. Sus pasos vacilan ligeramente cuando me ve.

—Buenos días —digo, dejando a un lado mis papeles—. Te has levantado temprano.

—Mantengo rutinas consistentes independientemente de la ubicación —responde, luego parece corregirse—. Buenos días.

Noto la ligera tensión alrededor de sus ojos, la forma en que sus dedos presionan brevemente contra su sien. —¿Dolor de cabeza? —pregunto antes de poder detenerme.

Parece sorprendido por la observación. —Malestar menor. Nada significativo.

—Tenemos té de menta en el comedor —sugiero—. Podría ayudar.

Ben me estudia por un momento, como si tratara de descifrar mi motivación. —Gracias por la recomendación —dice finalmente.

Un silencio incómodo cae entre nosotros, ni profesional ni personal, solo incierto.

—He estado revisando tus sugerencias sobre la estrategia de diferenciación de marketing —digo—. Tu punto sobre enfatizar paquetes de experiencia para reservas fuera de temporada tiene sentido.

Algo cambia en su expresión, una relajación sutil, un retorno a territorio más cómodo. —La variación estacional requiere modelos de precios flexibles.

Levanto la cesta de muffins. —¿Te gustaría probar mi último experimento? Potencial elemento distintivo para el menú de desayuno.

Parece momentáneamente desconcertado por la oferta. —Yo... sí, gracias.

Le entrego un muffin, todavía caliente del horno. Lo toma con cuidado, examinándolo con la misma atención analítica que le da a las hojas de cálculo.

—Los protocolos de prueba estándar incorporan muestreo ciego —dice, sorprendiéndome con lo que casi suena como humor seco—. No debería saber que es tu creación antes de evaluarla.

—Demasiado tarde —respondo, sonriendo a pesar de mí misma—. Mis variables de influencia ya han contaminado tu grupo de muestra.

La comisura de su boca se contrae, no exactamente una sonrisa, pero casi. —Un fallo metodológico significativo.

Da un mordisco, y me encuentro observando su reacción. Su expresión permanece cuidadosamente controlada, pero noto el ligero ensanchamiento de sus ojos, la forma en que hace una pausa antes de dar un segundo mordisco.

—El cardamomo es inesperado pero complementario con el limón —dice finalmente—. La textura es óptima: suficiente humedad sin excesiva densidad.

Viniendo de Ben, esto constituye un elogio efusivo. —¿Entonces te gusta?

Lo considera, como si estuviera traduciendo una respuesta emocional a una evaluación analítica. —Excede los parámetros de calidad para ofertas comparables. El perfil de sabor es... distintivo de manera positiva.

No puedo evitar reírme. —¿Alguien te ha dicho alguna vez que hablas como un informe empresarial?

Algo parpadea en sus ojos, quizás autoconsciencia. —Me han informado que mi estilo de comunicación puede ser... clínico —reconoce.

—No es una crítica —digo, sorprendiéndome con la comprensión de que lo digo en serio—. Es solo interesante cómo nos expresamos de manera diferente, incluso cuando podríamos estar sintiendo lo mismo.

Ben termina el muffin, quitando una miga de sus dedos con movimientos precisos. —Tu plan de negocios muestra un considerable potencial —dice, cambiando de tema—. Con la estructura de capital adecuada y la ejecución, Wildflower Cottage podría establecer una ventaja competitiva

sostenible en el mercado regional.

—Gracias —digo, reconociendo que esta es su manera de ofrecer estímulo—. Eso significa mucho, especialmente viniendo de alguien con tu experiencia.

Asiente una vez, formal pero de alguna manera menos rígido que antes. —Debería proceder al desayuno. Gracias por el muffin.

—De nada. Y... estoy deseando que llegue nuestra sesión de esta noche.

Ben se detiene, algo ilegible cruzando sus rasgos. —Yo también —dice en voz baja, antes de continuar hacia el comedor.

Dave aparece desde la oficina trasera, arqueando una ceja mientras sigue mi mirada. —¿Teniendo conversaciones civilizadas con el Señor América Corporativa ahora?

Dirijo mi atención al ordenador. —Estamos trabajando juntos en mi plan de negocios. Tiene algunas ideas útiles.

—Ajá —dice Dave, claramente sin creer que esa sea toda la historia—. ¿Y le traes muffins caseros porque...?

—Investigación de mercado —digo con afectación—. Necesito comentarios objetivos sobre posibles elementos del menú.

—Por supuesto —Dave asiente con exagerada seriedad—. Muy profesional.

Sacudo la cabeza, pero no discuto más. Porque la verdad es que, en algún punto entre acalorados debates sobre planificación de contingencias y momentos inesperados de conexión, algo ha comenzado a cambiar. No romance (no soy tan ingenua como para imaginar eso), sino algo más complejo que el antagonismo profesional con el que comenzamos.

Sea lo que sea, me digo que no importa. Ben Mitchell está aquí temporalmente, y mis objetivos son permanentes. Su experiencia es útil para mi plan de negocios, nada más.

Al menos, eso es lo que sigo diciéndome mientras me encuentro pensando en nuestra sesión nocturna con más frecuencia de la que me gustaría admitir.

Capítulo 8
Jenna

Mientras Ben me ayuda a preparar mi presentación para la clase, su respeto genuino por mi visión hace que mis defensas flaqueen momentáneamente. No estoy acostumbrada a que me tomen tan en serio, especialmente alguien con sus credenciales.

—Tu análisis competitivo es minucioso —dice, señalando mi gráfico que compara las cinco propiedades similares en un radio de ochenta kilómetros—. Aunque recomendaría categorizar los diferenciadores de mercado más específicamente para destacar tu propuesta única de valor.

Asiento, tomando notas en el margen de mi plan de negocio. Durante las últimas tres noches, hemos trabajado juntos en la biblioteca de la posada, refinando mi concepto de Wildflower Cottage, transformándolo de una tarea de profesor en algo digno de presentar a un banco.

—¿Y estás seguro de que un veinticinco por ciento de contingencia es suficiente para el presupuesto de renovación? —pregunto, refiriéndome a nuestro compromiso anterior.

Sus labios se aprietan mientras lo considera.

—Es el mínimo absoluto que recomendaría para una propiedad de esa antigüedad.

La forma en que lo dice —como si realmente le importara que yo tenga éxito— hace que algo revolotee en mi pecho. Aparto ese sentimiento de inmediato. Esto es negocio, no personal. Y en apenas unas semanas, Ben Mitchell volverá a su vida corporativa en Boston, mi plan de negocio será mejor gracias a su aportación, y todo volverá a la normalidad.

Al menos eso es lo que me sigo diciendo.

—¿Jenna? —la voz de Tessa interrumpe mis pensamientos—. ¿Tierra llamando a Jenna? Tu chai se está enfriando.

Parpadeo, enfocándome en la expresión preocupada de mi amiga al otro lado de la mesa en The Roasted Bean. Tessa ha sido mi amiga más cercana desde la escuela culinaria, cuando nos unimos por nuestros sueños compartidos de emprendimiento. Ahora ella posee la pastelería más exitosa del pueblo mientras yo sigo trabajando para conseguir mi B&B.

—Lo siento. Solo estaba pensando en mi presentación para el profesor Winters —digo, envolviendo la taza con mis manos para sentir su calor.

Tessa entrecierra los ojos, poco convencida.

—Has estado en otro mundo desde que te sentaste. Y has removido ese chai tantas veces que me sorprende que quede algo de líquido.

Bajo la mirada hacia mi bebida apenas tocada, avergonzada de que me hayan pillado soñando despierta.

—El profesor Winters invitó a expertos de la industria para evaluar nuestros proyectos finales. Necesito clavar esta presentación.

—Mmm-hmm —Tessa parte un trozo de su scone de arándanos—. ¿Y qué tal va tu consultor corporativo? ¿Sigue criticando tus "ineficiencias"?

Mis mejillas se calientan de manera delatora.

—Ben ha sido de gran ayuda, en realidad. Sus comentarios han fortalecido varias áreas débiles en mis proyecciones financieras.

—¿Ben, dices? ¿Ya no es "Sr. Mitchell"? —Las cejas de Tessa se elevan con alarmante rapidez—. Vaya, cómo cambian las cosas en una semana.

—Es una colaboración profesional —insisto, concentrándome intensamente en remover mi

chai—. Él tiene experiencia empresarial que yo no tengo, y yo entiendo mejor la industria de la hospitalidad. Es mutuamente beneficioso.

—Mutuamente beneficioso —repite Tessa lentamente, con sus labios temblando—. Qué descripción tan absolutamente romántica.

—¡No tiene nada de romántico! —Mi voz sale más fuerte de lo que pretendía, haciendo que un cliente cercano nos mire. Bajo el tono—. Estamos trabajando en un plan de negocios. Eso es todo.

—¿Entonces me estás diciendo que no has notado sus ojos? ¿O cómo cambia toda su actitud cuando está explicando algo que le apasiona? —Tessa se inclina hacia delante—. ¿O cómo te observa cuando estás mirando tus notas?

Me quedo congelada con la taza a medio camino de mis labios.

—Él no me observa.

—Oh, cariño —La expresión de Tessa se suaviza con lástima afectuosa—. Pasé por la biblioteca anoche para ver si querías cenar algo. Estabais tan absortos en lo que fuera que estuvierais trabajando, que ni siquiera me notasteis en la puerta. Y créeme, no solo estaba mirando tu plan de negocios.

—Te estás imaginando cosas —insisto, aunque un pequeño destello de algo (¿curiosidad? ¿esperanza?) se enciende dentro de mí. Lo extingo inmediatamente—. Además, ¿qué importaría? Se va en cinco semanas. De vuelta a Boston y a su poderosa vida corporativa.

La sonrisa de Tessa se desvanece.

—Eso es exactamente lo que me preocupa. Sé lo mucho que significa Wildflower Cottage para ti. Solo ten cuidado de no permitir que alguien temporal tenga demasiada influencia sobre tus sueños permanentes.

Sus palabras tocan una fibra sensible. ¿He estado demasiado ansiosa por incorporar las sugerencias de Ben? ¿Su perspectiva corporativa ha estado diluyendo mi visión?

—Estoy siendo cuidadosa —digo, más para tranquilizarme a mí misma que a Tessa—. Sus aportaciones son valiosas, pero este sigue siendo mi plan de negocio. Mi visión.

Tessa extiende la mano a través de la mesa, apretando la mía.

—Bien. Porque nunca te he visto iluminarte al hablar de algo como lo haces cuando describes Wildflower Cottage. Odiaría ver tu sueño convertirse en el proyecto corporativo de otra persona.

Mientras camino de regreso a mi cabaña, el aire fresco de otoño llena mis pulmones, despejando mi cabeza un poco. Las hojas naranjas y doradas crujen bajo mis botas, y me encuentro preguntándome qué pensará Ben de los colores otoñales de nuestro pequeño pueblo en comparación con los de Boston. Entonces me doy cuenta: este es exactamente el tipo de pensamiento sobre el que Tessa me advirtió. Wildflower Cottage debe seguir siendo mi visión, independientemente de la presencia temporal de Ben en mi vida.

Mi cocina huele a limón, cardamomo y arándanos mientras saco otra tanda de prueba de scones del horno. La receta es un posible elemento distintivo para el desayuno de Wildflower Cottage, aunque Ben sugirió que me concentrara en perfeccionar tres ofertas principales en lugar de las siete que había planeado.

—Menú simplificado, mayor calidad de ejecución, mejores márgenes de beneficio —murmuro, imitando su tono preciso mientras transfiero los scones a una rejilla para que se enfríen.

Mi plan de negocio está abierto sobre la encimera, con notas adhesivas de colores marcando las páginas donde he integrado las sugerencias de Ben. La sección financiera ha experimentado la transformación más dramática: contingencias realistas reemplazando mis proyecciones optimistas, fluctuaciones de ingresos estacionales modeladas con más cuidado, costos iniciales reevaluados.

Pero al pasar las páginas, me doy cuenta de que me he mantenido firme en los elementos más importantes. El porche envolvente con sus balaustres originales permanece, a pesar de la sugerencia de Ben de que reconstruirlo sería más rentable que restaurarlo. Los tragaluces de vidrieras se quedan, aunque él calculó la ineficiencia energética. El rincón de la biblioteca con sus estanterías del suelo al techo sobrevivió a su recomendación de "un uso más práctico del espacio".

He escuchado su experiencia sin renunciar a mi visión.

Mordiendo un scone aún tibio, hago anotaciones en la tarjeta de recetas. Más cardamomo, un poco menos de limón. La textura es perfecta: exterior crujiente, interior tierno. Me imagino sirviendo estos en el porche envolvente de Wildflower Cottage mientras los huéspedes contemplan el amanecer sobre el valle.

Esa imagen —mi imagen— no ha cambiado, a pesar de todas las aportaciones de Ben. Él me está ayudando a refinar el camino para llegar allí, pero el destino sigue siendo exclusivamente mío.

Reúno mis materiales en mi bolsa, satisfecha con esta revelación. La sesión de esta noche se centrará en la sección de marketing de mi plan de negocios, un área donde sospecho que nuestros enfoques diferirán significativamente. He preparado contraargumentos para lo que anticipo serán sus sugerencias de estandarizar, simplificar y racionalizar.

En el negocio de la hospitalidad, algunas ineficiencias no son defectos, son características. Los toques personales, la personalización, los detalles que podrían parecer excesivos para un analista corporativo son exactamente lo que distinguirá a Wildflower Cottage de los hoteles de cadena.

Solo necesito hacer que Ben entienda que a veces la decisión económicamente más sensata no es la más humana.

—Tu análisis demográfico objetivo carece de especificidad —dice Ben, revisando mi sección de marketing—. Has identificado a "parejas profesionales que buscan experiencias auténticas", pero eso es demasiado amplio para una orientación efectiva.

Estamos sentados en nuestra mesa habitual en la biblioteca de la posada, rodeados de hojas de cálculo, investigación de competidores y mis especificaciones de la propiedad. Afuera, ha caído la oscuridad, haciendo que la biblioteca se sienta más íntima con su cálida luz de lámpara y el suave tictac del reloj de pie.

—Lo he desglosado más en la página doce —respondo, alcanzando la sección relevante en el mismo momento que lo hace Ben.

Nuestros dedos se rozan, y una sacudida inesperada me recorre. Me retiro como si me hubiera quemado, tirando mi bolígrafo al suelo. Cuando me agacho para recogerlo, noto que mi mano tiembla ligeramente.

¿Qué me pasa?

—Has categorizado por nivel de ingresos y origen geográfico —continúa Ben, aparentemente no afectado por el breve contacto—, pero la segmentación conductual sería más efectiva. ¿Qué

experiencias específicas están buscando? ¿Qué puntos de dolor están tratando de abordar? ¿Son principalmente escapistas, exploradores o entusiastas?

Lo miro fijamente, olvidando momentáneamente mi compostura profesional.

—Eso es... realmente perspicaz.

Una esquina de su boca se levanta en lo que casi podría ser una sonrisa.

—La segmentación del mercado es fundamental para las estrategias de marketing dirigidas. No es particularmente innovador.

—No, pero aplicar categorías de psicología del consumidor a huéspedes de hospitalidad es algo que la mayoría de los pequeños B&B no consideran. —Acerco mi cuaderno y anoto algunas notas—. Normalmente segmentamos por pareja versus familia, aniversario versus escapada regular, ese tipo de cosas.

—Ya lo estás haciendo intuitivamente —observa Ben—. Cuando mencionaste crear rincones de lectura en las ventanas o ofrecer servicio de desayuno privado en el porche, estabas abordando deseos específicos de los huéspedes: soledad, personalización, apreciación estética.

Levanto la vista, sorprendida por su percepción.

—¿Realmente estabas escuchando todo eso?

La casi sonrisa aparece de nuevo.

—Contrariamente a tu evaluación inicial, no descarto ideas simplemente porque prioricen la experiencia sobre la eficiencia.

Por alguna razón, este pequeño reconocimiento se siente más significativo que su asistencia técnica con las proyecciones financieras.

—¿Es eso lo que pensabas que yo creía de ti?

La expresión de Ben cambia, volviéndose más medida.

—Tu reacción inicial a mis sugerencias sobre contingencias de renovación sugería que me veías como... exclusivamente enfocado en la optimización numérica.

—¿Te refieres a cuando te acusé de no tener alma? —Hago una mueca ante el recuerdo.

—Creo que tus palabras exactas fueron "el desapego clínico lleva a espacios sin alma" —corrige, pero no hay aspereza en su tono.

—Lo siento por eso —digo, sorprendiéndonos a ambos con mi franqueza—. Estaba a la defensiva. No estoy acostumbrada a que mi plan de negocios sea cuestionado tan directamente.

—No es necesaria ninguna disculpa. Tu defensa fue sustantiva, no meramente emocional. —Organiza los papeles ante él con movimientos precisos—. Tu comprensión de la experiencia del huésped como diferenciador es bastante sofisticada.

Viniendo de Ben, esto constituye un elogio efusivo. Siento una ridícula chispa de orgullo, algo cálido desplegándose en mi pecho.

—A las personas de mi edad a menudo se les descarta como inexpertos o ingenuos sobre las realidades empresariales —admito, expresando algo que rara vez reconozco en voz alta—. Especialmente a las mujeres con antecedentes en la industria de servicios.

Ben me estudia por un momento, su expresión ilegible.

—Tenía veintitrés años cuando dirigí mi primera adquisición importante —dice inesperadamente—. La junta asumió que era el asistente de alguien hasta que comencé la presentación.

Este vistazo a su experiencia me sorprende.

—¿Cómo lo manejaste?

—Me aseguré de que mi análisis fuera impecable. Los datos no requieren autoridad para ser válidos.

Asiento, reconociendo una experiencia compartida a pesar de nuestros mundos diferentes.

—He estado ayudando a Dave a implementar sistemas operativos desde que tenía veintiún años. Los huéspedes todavía piden "hablar con un gerente" cuando les digo algo que no quieren escuchar.

—Su subestimación es su desventaja, no la tuya —dice Ben simplemente.

Algo cambia en la habitación, un cambio sutil en la atmósfera entre nosotros. Hemos pasado de la colaboración profesional a algo que se acerca al entendimiento mutuo. Me encuentro sentándome más erguida, repentinamente consciente de lo personal que se ha vuelto nuestra conversación.

—Deberíamos ver las estrategias de marketing estacional —sugiero, dirigiéndonos deliberadamente a un territorio más seguro—. He esbozado campañas para las cuatro principales temporadas turísticas de nuestra región.

Ben asiente, aceptando el cambio en la conversación.

—Tu oferta de invierno es particularmente fuerte. El énfasis en las chimeneas y los rincones de lectura aborda efectivamente el mercado de "retiro acogedor".

Mientras se gira hacia la página relevante, noto un cambio sutil en su postura: la ligera relajación de sus hombros, la forma en que se inclina hacia adelante con genuino interés. Me estoy sintonizando con sus microexpresiones, los pequeños indicios que señalan cuándo está realmente comprometido versus cuando simplemente está siendo educado.

—He incorporado flexibilidad en la promoción de primavera —explico, señalando mi calendario borrador—. Como el clima puede ser impredecible, cada paquete incluye opciones de actividades tanto interiores como exteriores.

—Planificación de contingencia en marketing —señala Ben—. Enfoque innovador.

Hace un gesto hacia un gráfico que he creado, su manga retrocediendo para revelar su muñeca y un vistazo de lo que parece ser una leve cicatriz. Me encuentro preguntándome sobre su origen, luego inmediatamente redirijo mi atención a sus palabras reales.

—Tu estrategia de precios para períodos fuera de temporada podría beneficiarse de un modelado más dinámico —está diciendo—. Considera precios variables basados en pronósticos de demanda en lugar de tarifas estacionales fijas.

Estoy a punto de responder cuando mi teléfono vibra con un mensaje. Miro hacia abajo para ver un texto de Tessa: ¿Cómo va todo con el robot corporativo? ¿Ya ha calculado el ROI de respirar?

Solo entonces me doy cuenta de que hemos estado trabajando durante más de tres horas sin descanso. La biblioteca se ha vuelto silenciosa a nuestro alrededor, el resto de la posada acomodándose en las rutinas nocturnas mientras nosotros hemos estado absortos en estrategias de segmentación de mercado y modelos de precios.

—Probablemente debería terminar —digo, de repente cohibida por lo completamente que he perdido la noción del tiempo—. Tengo un turno temprano mañana.

Ben mira su reloj, pareciendo genuinamente sorprendido por la hora.

—Por supuesto. Hemos logrado un progreso significativo en la sección de marketing.

Mientras recogemos nuestros materiales, me encuentro reacia a terminar la sesión. Lo cual es precisamente por qué debería hacerlo: este es exactamente el tipo de apego sobre el que Tessa me advirtió.

—Gracias por tu ayuda con esto —digo, manteniendo mi tono profesional mientras coloco los papeles en mi carpeta—. Tu perspectiva ha sido valiosa.

—Tu concepto de negocio tiene mérito —responde, su entrega formal de alguna manera no

disminuyendo el peso del cumplido—. Con la ejecución adecuada, Wildflower Cottage podría establecer una ventaja competitiva sostenible en el mercado regional.

Caminamos juntos hacia la escalera principal, nuestros pasos cayendo en sorprendente sincronización. La posada está tranquila, excepto por el sonido distante de comensales tardíos en el restaurante y el suave crujido del antiguo edificio asentándose.

—¿Misma hora mañana? —pregunta Ben cuando llegamos al punto donde nuestros caminos divergen: yo hacia la puerta principal, él hacia la escalera que conduce a la Suite Hemingway.

Debería declinar. Establecer un límite. Protegerme de lo que sea esta extraña atracción.

—Sí —me escucho decir en cambio—. Traeré el análisis revisado de segmentación de mercado.

Él asiente, aparentemente satisfecho con este plan puramente profesional.

—Buenas noches, Jenna.

—Buenas noches, Ben.

Mientras camino hacia mi coche, respiro profundamente el fresco aire nocturno, tratando de aclarar mi mente. El cielo está despejado, las estrellas visibles más allá de las luces exteriores de la posada, recordándome cómo quiero que se sientan los huéspedes cuando salgan de Wildflower Cottage en una noche clara. Conectados a tierra pero parte de algo vasto y hermoso.

Esta es una relación profesional con fecha de vencimiento. En unas pocas semanas, Ben volverá a Boston, y tendré un plan de negocios más sólido gracias a su aporte. Nada más.

Me lo repito todo el camino a casa, casi creyéndomelo cuando llego a la puerta de mi cabaña.

Pero cuando cierro los ojos para dormir esa noche, no son proyecciones financieras o estrategias de marketing lo que veo, sino la forma en que la expresión de Ben se suavizó cuando habló de ser subestimado, la conexión inesperada en ese momento de experiencia compartida.

Y eso es mucho más peligroso que cualquier desacuerdo sobre contingencias de renovación.

Capítulo 9
Ben

Miro fijamente a mi pantalla, actualizando las proyecciones financieras ampliadas que he creado para el concepto de B&B de Jenna. Tras tres semanas en Evergreen Falls Inn, he encontrado una satisfacción inesperada al refinar estos modelos más allá de lo que ella solicitó. El sonido de la lluvia contra las ventanas de la Suite Hemingway proporciona un relajante telón de fondo mientras reviso los números. La propiedad victoriana renovada muestra un ROI prometedor con mis cálculos de contingencia ajustados, particularmente cuando se considera el precio premium que sus auténticos elementos históricos podrían exigir.

Un golpe en mi puerta interrumpe mi concentración.

Miro mi reloj—7:32 PM, fuera del horario normal de limpieza. Al abrir la puerta, encuentro a Jenna allí, con una carpeta apretada contra su pecho, su expresión inusualmente vacilante.

—Sr. Mitch... Ben —se corrige—. Disculpe por molestarlo después de horas de trabajo.

—No es molestia —respondo, notando su tensión—. ¿Hay algún problema con el alojamiento?

—No, nada de eso. —Cambia ligeramente su peso—. Tengo una... petición profesional. Mañana por la mañana, hay una conferencia en mi universidad sobre emprendimiento en hostelería. La ponente es Victoria Hammond, quien transformó una propiedad histórica en Vermont en una cadena de hoteles boutique reconocida a nivel nacional.

Reconozco el nombre inmediatamente. Hammond Hospitality Group mantiene un balance impresionante mientras preserva la integridad arquitectónica—una combinación rara en la industria.

—Específicamente estará hablando sobre estrategias de financiación para propiedades históricas —continúa Jenna—. Considerando sus comentarios sobre mi plan de negocio, pensé que podría resultarle interesante.

La invitación me toma por sorpresa. Nuestra colaboración se ha limitado a sesiones nocturnas en la biblioteca—un entorno controlado con límites profesionales claros.

—La sesión comienza a las 10 AM —añade—. Entiendo si está ocupado.

Debería declinar. Sin embargo, me encuentro inesperadamente intrigado por la oportunidad de observar a Jenna en su entorno académico.

—Agradecería ver la educación en hostelería en aplicación práctica —me escucho decir—. Proporciona comprensión contextual para su enfoque de negocio.

Su expresión se ilumina inmediatamente. —¡Genial! Normalmente salgo alrededor de las 9:15. ¿Prefiere seguirme en su coche, o...?

—Yo puedo conducir —ofrezco—. No necesitamos dos vehículos.

—Perfecto. ¿Nos vemos en el lobby a las 9:15?

Asiento. —Seré puntual.

Después de que se va, regreso a mi portátil, pero encuentro mi concentración alterada. Cierro los modelos financieros y en su lugar investigo la trayectoria empresarial de Victoria Hammond, diciéndome a mí mismo que esta preparación maximizará el valor informativo de la conferencia.

Si soy completamente honesto—una proposición cada vez más complicada—mi interés va más allá de la curiosidad profesional. Algo sobre ver el mundo académico de Jenna, entender otra dimensión de su desarrollo profesional, tiene un atractivo inesperado.

Un acontecimiento preocupante, pero que puedo racionalizar como un análisis contextual exhaustivo. Nada más.

La mañana trae cielos despejados después de la lluvia de ayer. Llego al lobby a las 9:10, cinco minutos antes de nuestra hora acordada. Jenna ya está esperando, su apariencia sutilmente transformada de su atuendo habitual de la posada. Lleva vaqueros oscuros y un blazer ajustado sobre una blusa azul que combina con sus ojos, su cabello rubio peinado en ondas sueltas en lugar de su práctica coleta de trabajo. El colgante de piedra pulida en su garganta atrae la atención hacia su clavícula.

—Llegas temprano —dice, sonriendo.

—Al igual que tú.

—Riesgo profesional. Soy patológicamente puntual. —Ajusta la bolsa mensajero sobre su hombro—. ¿Listo?

Caminamos hacia mi coche de alquiler, y abro automáticamente la puerta del pasajero—un gesto que se siente extrañamente personal en este contexto. Ella se desliza dentro con un agradecimiento murmurado, y capto el tenue aroma de algo floral mientras cierro la puerta tras ella. El sutil perfume persiste en mi consciencia mientras camino hacia el lado del conductor.

Introduzco la dirección del campus en el sistema de navegación y salgo del estacionamiento de la posada. El silencio entre nosotros se siente cargado de una manera que nuestras sesiones en la biblioteca no han tenido. Sin hojas de cálculo y planes de negocio entre nosotros, soy incómodamente consciente de su presencia a mi lado—el ritmo de su respiración, el ligero movimiento cuando coloca su cabello detrás de la oreja.

—El campus está a unos veinte minutos —dice, rompiendo el silencio—. La conferencia de Hammond es parte de una serie sobre innovación en hostelería. La profesora Winters —mi asesora— lo organizó después de que Victoria se hospedara en la posada el año pasado.

—Has aprovechado estratégicamente las conexiones de la posada para tu educación —observo—. Eso demuestra ingenio.

Me mira, pareciendo sorprendida por el cumplido. —Intento ver todo como una potencial oportunidad de aprendizaje. Creciendo en un pueblo pequeño, aprendes a sacar el máximo provecho de los recursos disponibles.

—Un enfoque pragmático.

—No todos lo ven así —dice, mirando por la ventana—. Mi ex pensaba que me estaba "conformando" al planear abrir un B&B en Evergreen Falls en lugar de buscar un puesto corporativo en Austin o Houston.

Esta revelación personal me toma por sorpresa. —Tu plan de negocio demuestra más visión empresarial que la que ofrecerían muchos puestos corporativos en hostelería.

Se gira hacia mí, con genuina sorpresa en su expresión. —Eso es... exactamente cómo me siento. Pero la mayoría de la gente escucha "B&B de pueblo pequeño" e imagina algo pintoresco y limitado. No ven la estrategia de negocio, la diferenciación de mercado, el potencial de crecimiento.

—La mayoría de la gente carece de profundidad analítica —digo simplemente.

Ella ríe—un sonido genuino que crea una calidez inesperada en mi pecho. —Eso podría ser lo más amable que me has dicho, Ben.

Me encuentro deseando escuchar esa risa de nuevo, un deseo completamente irracional que inmediatamente suprimo. —Simple observación factual.

Mientras nos acercamos al campus, Jenna comienza a señalar edificios e instalaciones con evidente orgullo. La universidad comunitaria es modesta en comparación con mi experiencia universitaria, pero el edificio de gestión hotelera es sorprendentemente moderno, con una entrada de cristal elegante.

—El departamento consiguió una importante donación hace cinco años —explica Jenna mientras estaciono—. Han renovado completamente las instalaciones. Espera a ver la cocina de pruebas.

Mientras caminamos hacia el edificio, observo cómo cambia la postura de Jenna—hombros hacia atrás, paso alargado. Saluda a varios estudiantes que pasan con familiaridad natural, presentándome simplemente como "un consultor de negocios que está ayudando con mi plan de B&B". La designación se siente tanto precisa como extrañamente inadecuada.

Dentro, las instalaciones son realmente impresionantes para una universidad comunitaria—aulas modernas, equipamiento de nivel profesional y una atmósfera de serio propósito académico. Los pasillos zumban con conversaciones, y el aroma de pasteles recién horneados se desprende de una de las cocinas de enseñanza que pasamos. Jenna me guía hacia un auditorio ya medio lleno de estudiantes y profesores.

—La profesora Winters reserva asientos en la primera fila para sus estudiantes avanzados —explica Jenna, guiándome hacia el frente—. Dice que el éxito en la hostelería requiere ser visible y estar comprometido, no esconderse en la parte trasera.

Una mujer de unos cincuenta años con cabello gris acero en un bob preciso nota nuestra llegada. Su traje a medida y postura confiada sugieren a alguien acostumbrada tanto a la autoridad académica como al respeto de la industria.

—¡Jenna! Excelente puntualidad. ¿Y has traído un invitado? —Su voz tiene la precisión nítida de alguien que espera que se cumplan sus estándares.

—Profesora Winters, este es Benjamin Mitchell. Se está hospedando en la posada durante su año sabático de su posición corporativa en Boston. Ha estado ayudando a revisar mi plan de negocio para Wildflower Cottage.

La profesora Winters me evalúa con ojos afilados que parecen valorar mis credenciales profesionales en una sola mirada. —¿Sector financiero?

—Desarrollo de negocio y estrategia para una empresa tecnológica —respondo.

Asiente con aprobación. —Siempre es valioso obtener perspectivas externas. El proyecto de Jenna tiene un potencial excepcional—uno de los planes más completos que he visto en veinte años de enseñanza. —Su tono lleva el peso de alguien que no prodiga elogios casualmente—. Su enfoque de preservación histórica en particular muestra una notable visión de mercado.

Miro a Jenna, notando el ligero rubor en sus mejillas. —Su enfoque es inusualmente minucioso —coincido, descubriendo que lo digo sinceramente.

—Grandes elogios desde Boston —dice la profesora Winters con una mirada conocedora que me hace sentir inexplicablemente incómodo—. Victoria está a punto de comenzar. Disfruten la conferencia.

Mientras tomamos asiento, soy agudamente consciente de Jenna a mi lado, con su cuaderno abierto y bolígrafo preparado. El enfoque profesional en su expresión me recuerda a mí mismo a una edad similar—la determinación de extraer el máximo valor de cada oportunidad de aprendizaje.

Victoria Hammond toma el podio, una presencia imponente cerca de los sesenta con elegante cabello plateado y el porte confiado de alguien acostumbrada a salas de juntas. Su presentación es nítida, basada en datos y sorprendentemente técnica—centrándose en estructuras creativas de financiación para propiedades históricas, ventajas fiscales de las clasificaciones de preservación y modelos operativos escalables.

A mi lado, Jenna toma notas rápidamente, ocasionalmente resaltando puntos clave o añadiendo anotaciones en los márgenes. Encuentro mi atención dividida entre la presentación de

Hammond y la respuesta comprometida de Jenna. No está simplemente registrando información —está procesándola activamente, haciendo conexiones con su propio proyecto, identificando estrategias aplicables. Mi hombro ocasionalmente roza el suyo mientras ambos nos inclinamos hacia adelante durante puntos particularmente relevantes, cada contacto enviando una corriente inesperada a través de mí.

Cuando Hammond abre el turno de preguntas, la mano de Jenna está entre las primeras en levantarse. Su pregunta sobre equilibrar la preservación histórica auténtica con los requisitos modernos de sostenibilidad es articulada y específica, enmarcada dentro del contexto de los plazos de ROI.

Hammond parece genuinamente impresionada. —Esa es precisamente la tensión que navegamos a diario. El mercado valora cada vez más tanto la autenticidad como la sostenibilidad, pero los requisitos de capital para lograr ambos pueden ser prohibitivos. —Se lanza a una explicación detallada de enfoques de implementación por fases que podrían aplicarse directamente a la propiedad victoriana de Jenna.

Durante las preguntas y respuestas, Jenna hace dos preguntas más, cada una demostrando una comprensión sofisticada del material. Otros estudiantes la miran con evidente respeto, y me encuentro inesperadamente... ¿orgulloso? Una respuesta irracional, ya que sus logros no tienen conexión conmigo, pero no puedo negar la impresión.

Cuando concluye la conferencia, la profesora Winters llama a Jenna para que se una a un pequeño grupo que habla con Hammond. Ella me mira disculpándose, pero le hago un gesto para que vaya adelante, contento de observar desde la distancia.

En este entorno, entre académicos y profesionales de la industria, Jenna se mueve con confianza y naturalidad. No hay nada de la actitud defensiva que ocasionalmente he notado cuando discute su plan de negocio conmigo. Aquí, su experiencia es reconocida en lugar de cuestionada, su juventud irrelevante frente a su obvia competencia.

Me veo obligado a reconocer que mi evaluación inicial de ella fue fundamentalmente errónea —coloreada por suposiciones sobre su papel en la posada y su edad, en lugar de una evaluación objetiva de sus capacidades. El reconocimiento es profesionalmente incómodo, sugiriendo puntos ciegos en mi enfoque analítico que me he enorgullecido de eliminar.

—La cocina de pruebas es mi lugar favorito en el campus —dice Jenna, guiándome por un amplio corredor después de la conferencia—. Tenemos tiempo de laboratorio programado dos veces por semana para desarrollo y prueba de recetas.

El entusiasmo en su voz es contagioso, creando una ligereza inesperada en mi propio ánimo. —Tu plan de negocio mencionaba platos de desayuno distintivos como parte de tu estrategia de diferenciación.

—¡Exactamente! He estado desarrollando recetas que destacan ingredientes locales mientras mantienen la autenticidad histórica. Los scones de limón con cardamomo que probaste son un ejemplo.

Pasa su identificación por una puerta marcada "Laboratorio de Innovación Culinaria", revelando una cocina de última generación que no desentonaría en un restaurante de alto nivel. Múltiples estaciones de cocina, equipamiento profesional y sofisticados aparatos de prueba llenan el espacio. La sala vibra con energía—estudiantes con batas blancas trabajando en varias estaciones, el sonido rítmico de cuchillos sobre tablas de cortar, el siseo de algo salteándose. El complejo aroma de hierbas, pasteles horneándose y azúcar caramelizándose crea un ambiente

inmediatamente acogedor.

—Esto es... impresionante —reconozco, genuinamente sorprendido por la calidad de las instalaciones.

—Tenemos asociaciones con varios restaurantes y hoteles regionales —explica Jenna, moviéndose con confianza por el espacio—. Los estudiantes desarrollan recetas y conceptos que a veces son implementados por nuestros socios de la industria.

Se detiene en una estación de trabajo que claramente le pertenece—meticulosamente organizada, con contenedores etiquetados y un pequeño cuaderno cubierto de notas manuscritas.

—Aquí es donde he estado desarrollando el menú de desayuno de Wildflower Cottage —dice, abriendo el cuaderno para revelar detalladas iteraciones de recetas, análisis de costos y bocetos de presentación.

Me inclino más cerca para examinar las páginas, notando el enfoque metódico para el refinamiento de recetas. Nuestros hombros casi se tocan mientras ambos nos inclinamos sobre el cuaderno, y capto ese aroma floral nuevamente—algo como lavanda con toques de vainilla. —Has incluido tiempos de producción y escalado de lotes. Eso es notablemente minucioso.

—No se trata solo de crear comida deliciosa —dice—. Se trata de desarrollar recetas que puedan ejecutarse consistentemente en un entorno de negocio real, considerando costos de ingredientes, tiempo de preparación y capacidades del personal.

Mientras continúa explicando su proceso, observo cuán diferente se comporta aquí—sin rastro de la actitud defensiva que ocasionalmente emerge durante nuestras revisiones del plan de negocio. En este entorno, su experiencia es manifiesta, su confianza natural en lugar de afirmada.

—El proveedor de cardamomo es local —está diciendo, sus dedos trazando un diagrama de cadena de suministro—. Lo cual apoya nuestro compromiso con el abastecimiento regional mientras proporciona un perfil de sabor distintivo que diferencia nuestras ofertas de desayuno de los B&B estándar.

—La consistencia de tu integración de marca es notable —comento, genuinamente impresionado por la meticulosidad de su enfoque—. Desde la preservación arquitectónica hasta el desarrollo del menú, tu planificación muestra una cohesión notable.

Me mira, con sorpresa evidente en su expresión. —Gracias. Eso es... exactamente lo que busco.

Nuestras miradas se encuentran, y algo cambia en la atmósfera entre nosotros—un momento de conexión genuina más allá de la evaluación profesional. Me vuelvo agudamente consciente de nuestra proximidad física mientras ambos nos inclinamos sobre su cuaderno, su hombro casi tocando el mío. Los ruidos de la cocina parecen desvanecerse ligeramente, dejándonos en una burbuja momentánea de enfoque compartido.

—¡Jenna! No esperaba verte aquí hoy.

Ambos nos enderezamos cuando un profesor con uniforme de chef se acerca, rompiendo el momento. El hombre de mediana edad tiene un comportamiento enérgico y harina cubriendo una manga de su uniforme.

—Chef García —lo saluda Jenna—. Estaba mostrándole a Ben las instalaciones después de la conferencia de Victoria Hammond. Ben, este es el profesor García, quien enseña innovación culinaria.

—Ah, ¿su marido está interesado en nuestro programa? —pregunta el profesor con una sonrisa amistosa.

Las mejillas de Jenna se sonrojan inmediatamente a un rosa profundo. —Oh, no... Ben no es... nosotros no somos... —Toma aire, sus dedos inconscientemente jugueteando con el borde de

su cuaderno—. Ben se está hospedando en la posada. Es un consultor de negocios que ha estado ayudando con mi plan para Wildflower Cottage.

Me encuentro inusualmente sin palabras, una sensación inusual que no puedo categorizar inmediatamente. Mi cuello se siente repentinamente ajustado, y soy consciente de un calor que se extiende por mi nuca. —Simplemente proporcionando retroalimentación sobre proyecciones financieras —logro decir, mi voz sonando extrañamente formal incluso para mis propios oídos.

El profesor García mira entre nosotros, una mirada conocedora cruzando sus rasgos. —Bueno, tienes suerte de contar con asesoramiento experto —le dice a Jenna—. Tu concepto tiene un potencial excepcional. Su integración de preservación histórica con prácticas hoteleras contemporáneas es bastante innovadora.

—He notado lo mismo —coincido, recuperando mi compostura.

El profesor se demora un momento, mirándonos con interés no disimulado antes de mencionar próximas sesiones de prueba de recetas. La suposición errónea flota en el aire entre nosotros, ni completamente descartada ni reconocida.

Después de que se dirige a otra estación, Jenna y yo nos quedamos en un silencio incómodo. Los sonidos de la cocina parecen volver precipitadamente—un temporizador sonando, estudiantes riendo en otra estación, el rítmico corte de verduras.

—Lo siento por ese malentendido —dice finalmente Jenna, colocando su cabello detrás de la oreja—. Campus pequeño... la gente tiende a hacer suposiciones.

—No hay necesidad de disculparse —respondo, estudiando su expresión—. Fue una inferencia lógica basada en información limitada.

Me mira, con una sonrisa tirando de la comisura de su boca. —Esa podría ser la respuesta más típica de Ben Mitchell posible.

—¿Qué quieres decir?

—Convertir un momento social incómodo en un análisis de datos. —No hay crítica en su tono, solo suave diversión.

No estoy acostumbrado a que la gente encuentre humor en mis tendencias analíticas—mis colegas típicamente las encuentran intimidantes o desagradables. La respuesta de Jenna es... refrescante.

Vuelve a mostrarme su proceso de desarrollo de recetas, pero algo ha cambiado sutilmente entre nosotros. La suposición del profesor ha introducido una nueva conciencia que ninguno de nosotros reconoce directamente, pero ambos parecemos ser conscientes de ello—una corriente de posibilidad fluyendo bajo nuestras interacciones profesionales.

Mientras recorremos el resto de las instalaciones, me encuentro notando detalles que normalmente no notaría—la forma en que sus manos gesticulan expresivamente cuando explica las prácticas de turismo sostenible que están estudiando, cómo sus ojos se iluminan cuando habla del componente de investigación histórica de su programa, la luz atrapada en su cabello mientras pasamos por el atrio iluminado por el sol.

El viaje de regreso a Evergreen Falls es más silencioso que nuestro trayecto matutino, pero el silencio se siente cómodo en lugar de tenso. Jenna ocasionalmente señala puntos de referencia o comparte anécdotas sobre sus experiencias académicas, pero por lo demás parece contenta con la quietud.

A través de las ventanillas del coche, el follaje otoñal crea un caleidoscopio de colores contra el telón de fondo de las montañas. El sol de la tarde tiñe todo con una cálida luz dorada que

suaviza el paisaje y se refleja en el cabello de Jenna cuando se gira para señalar un marcador histórico.

—Esa granja fue uno de los asentamientos originales —explica—. Influyó en algunas de mis decisiones de preservación de diseño para Wildflower Cottage.

Considero su perfil mientras mira por la ventana—la determinación evidente en su expresión, la inteligencia detrás de su planificación. La estudiante confiada que interactúa con líderes de la industria, la meticulosa desarrolladora de recetas con visión creativa y sentido práctico para los negocios, la colega respetada entre profesores y estudiantes—estas dimensiones de su identidad crean una imagen más completa que desafía mi evaluación inicial.

Mientras nos acercamos a la posada, se gira hacia mí. —Gracias por venir hoy. Espero que no haya sido demasiado aburrido para ti.

—Al contrario —respondo sinceramente—. Fue informativo observar la educación en hostelería en la práctica. Tu programa es más riguroso de lo que anticipé.

—Y soy más competente de lo que esperabas —añade con sorprendente franqueza, mirándome a los ojos.

Sostengo su mirada, sintiendo una inusual compulsión hacia la honestidad. —Sí. Subestimé tanto tu preparación académica como tu perspicacia empresarial. Fue un error en mi evaluación.

Me estudia por un momento, luego sonríe—una expresión genuina que llega a sus ojos. —Ese podría ser el cumplido más significativo que he recibido. La mayoría de la gente nunca admitiría que estaban equivocados.

—La evaluación precisa de datos requiere ajustar conclusiones cuando surge nueva información —digo, entrando en el estacionamiento de la posada—. Sería irracional mantener una evaluación incorrecta cuando la evidencia la contradice.

Ella ríe suavemente. —De alguna manera haces que admitir un error suene como la cosa más lógica del mundo.

—Lo es.

Mientras estaciono y apago el motor, ninguno de nosotros se mueve para salir del coche inmediatamente. El momento parece suspendido, como si temporalmente hubiéramos salido de nuestros patrones establecidos. El sol de la tarde proyecta un resplandor dorado a través del parabrisas, iluminando motas de polvo que bailan entre nosotros, creando una intimidad inesperada en el espacio confinado.

—¿Estarías interesada en continuar nuestro trabajo en el plan de negocio esta noche? —pregunto, sorprendiéndome con la iniciativa—. He desarrollado algunos modelos financieros adicionales que podrían ser útiles para tu presentación a la profesora Winters.

—Me gustaría —dice, su sonrisa calentando algo en mi pecho—. ¿En la biblioteca a las siete?

—Allí estaré.

Mientras sale del coche con un pequeño gesto de despedida, permanezco sentado un momento, procesando la inesperada complejidad de mi respuesta a los eventos del día. Ver a Jenna en su entorno académico no solo ha ajustado mi evaluación profesional de sus capacidades —ha cambiado algo más fundamental en cómo la percibo.

La suposición errónea del profesor sobre nuestra relación debería haber sido simplemente un momento social incómodo para descartar. En cambio, me encuentro inesperadamente preocupado por ello, repasando la interacción en mi mente con una atención poco característica. La imagen de sus mejillas sonrojadas y momentáneo desconcierto permanece conmigo, junto con el curioso hecho de que el malentendido no se sintió tan inapropiado como lógicamente debería

haberlo sido.

La realización es profesionalmente preocupante. Siempre me he enorgullecido de una evaluación con claridad, de separar respuestas emocionales de conclusiones analíticas. Mi capacidad para mantener distancia objetiva ha sido fundamental para mi éxito profesional. Sin embargo hoy, viendo a Jenna navegar con confianza por su mundo académico, me encontré respondiendo no solo intelectualmente sino emocionalmente—sintiendo admiración, respeto y algo mucho menos fácil de categorizar.

Este año sabático estaba destinado a una recalibración estratégica de carrera, no a desarrollar interés personal en una recepcionista de pueblo pequeño con ambiciones empresariales, independientemente de lo impresionantes que puedan ser esas ambiciones.

Sin embargo, mientras finalmente salgo del coche y me dirijo hacia la Suite Hemingway, no puedo negar la extraña anticipación que siento sobre nuestra sesión nocturna. Una anticipación que tiene menos que ver con el refinamiento del plan de negocio y más con la persona detrás de él—un acontecimiento que no estoy completamente preparado para analizar.

Al menos no todavía.

Capítulo 10
Jenna

La mañana del Festival de la Cosecha amanece fresca y despejada, con ese aire otoñal perfecto que enrojece las mejillas y hace visible la respiración en pequeñas y efímeras nubes. He estado despierta desde las cinco, repasando mentalmente listas mientras mido la harina para los scones de arándano y naranja que aportaré al puesto de la posada. El festival ha sido una tradición de Evergreen Falls durante más de un siglo: una celebración de cosechas locales, artesanías y comunidad que transforma nuestra plaza en un mundo de luces centelleantes, decoraciones rústicas y aromas entremezclados de canela, manzanas y humo de leña.

He participado desde que era lo suficientemente alta para ayudar a mi madre a colocar piñas en el puesto familiar. Ahora, mientras coloco cuidadosamente el último lote de scones en mi recipiente, estoy pensando en qué elementos del festival podrían funcionar bien como eventos de temporada en Wildflower Cottage. La demostración de prensado de sidra de manzana sería perfecta para los fines de semana de octubre, atrayendo a excursionistas de Austin en busca de experiencias rurales "auténticas" para fotografiar en Instagram.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Tessa: ¡No olvides las tarjetas de presentación para tu exposición! El año pasado tres personas pidieron tu información de contacto después de probar esos scones.

Sonrío y saco las sencillas tarjetas color crema del cajón de mi escritorio. Son discretas pero elegantes: "Wildflower Cottage Bed & Breakfast, Próxima Apertura" con mi información de contacto debajo. Un poco prematuro, quizás, pero Dave me animó a comenzar a crear reconocimiento de marca. "El marketing comienza antes de que exista el negocio", había dicho, y me he tomado el consejo en serio.

Al llegar a la plaza del pueblo una hora antes de la apertura oficial del festival, encuentro el habitual caos organizado de la instalación. Los voluntarios están colocando luces entre farolas, los vendedores están organizando sus exhibiciones, y la alcaldesa Blackwood dirige todo con un portapapeles en mano. El aire huele a café y posibilidades: esa mezcla particular de anticipación y energía nerviosa que precede a los eventos comunitarios.

Me dirijo hacia el puesto de la posada, donde Dave ya está organizando una exposición de folletos y fotos. —Buenos días, rayito de sol —me saluda cuando me ve—. ¿Son esos los famosos scones?

—Recién salidos del horno —confirmo, dejando mis recipientes—. ¿Dónde quieres que los coloque?

—En el centro del escenario, obviamente. Son nuestra arma secreta. —Señala un soporte para pasteles antiguo que ha traído de la posada—. Usa esto, combina con nuestro estilo vintage.

Mientras arreglo los scones, noto a alguien inesperado acercándose a nuestro puesto. Ben Mitchell, vestido con lo que supongo es su versión de ropa informal: jeans oscuros y una camisa con las mangas enrolladas, luciendo simultáneamente fuera de lugar y extrañamente atractivo entre las camisas de franela y los vaqueros bien gastados de los voluntarios habituales.

—Señor Mitchell —lo saluda Dave con evidente sorpresa—. No esperaba verlo en la preparación. La mayoría de los huéspedes prefieren llegar cuando hay algo que ver realmente.

—Pensé que podría ofrecer ayuda —dice Ben, recorriendo con la mirada nuestro puesto medio montado con precisión analítica—. El cableado para la iluminación de su exposición parece subóptimo. La configuración actual crea tensión innecesaria en los puntos de conexión.

Reprimo una sonrisa ante su evaluación característicamente técnica. —¿Estás diciendo que

nuestras luces podrían fundir un fusible?

Sus ojos se encuentran con los míos, y detecto el más leve indicio de diversión. —Esa sería la interpretación coloquial, sí.

—Bueno, entonces —dice Dave—, siéntete libre de optimizar nuestro cableado subóptimo. Jenna, ¿por qué no le muestras a Ben dónde están guardados los cables de extensión mientras voy a buscar la cafetera a la camioneta?

Y así, sin más, me encuentro trabajando junto a Benjamin Mitchell, estratega corporativo y experto en eficiencia, colocando luces alrededor de una exhibición de calabazas y calabacines.

—Me sorprende que estés participando —admito mientras le entrego otra cadena de luces—. Los festivales de pueblo pequeño no parecen tu hábitat natural.

Él se concentra en sujetar firmemente el cable antes de responder. —La observación de costumbres locales proporciona un valioso contexto cultural.

—¿Así que nos estás estudiando como un antropólogo? —No puedo evitar bromear.

—Eso implicaría un desapego científico —dice, estirándose para ajustar una bombilla errante —. Simplemente estoy... participando.

Algo en su manera de decirlo hace que lo mire más de cerca. Hay una sutil tensión en sus hombros, como si esta interacción casual requiriera un esfuerzo concentrado.

—¿Has estado alguna vez en un festival de cosecha? —pregunto, repentinamente curiosa.

Él duda. —Mi familia no participaba en reuniones recreativas de esta naturaleza.

La frase formal no esconde el indicio de algo casi nostálgico en su tono. Antes de que pueda responder, su manga se sube ligeramente cuando alcanza algo por encima de su cabeza, revelando un delgado reloj plateado y el borde de lo que parece una cicatriz desvaneciéndose en su antebrazo.

—¿Eso fue por un accidente? —pregunto antes de poder contenerme, señalando hacia su brazo.

Mira hacia abajo, ajustando inmediatamente su manga. —Una aventura infantil. Mi hermana me convenció de que trepar a un árbol en nuestro patio trasero sería 'divertido' a pesar de las obvias inestabilidades estructurales en las ramas inferiores.

La imagen de un joven Ben Mitchell siendo persuadido a trepar árboles por una hermana entusiasta es tan inesperadamente entrañable que siento algo cálido desplegarse en mi pecho.

—¿Qué edad tenías? —pregunto, entregándole otra cadena de luces.

—Ocho. Emma tenía diez y se consideraba una experta trepadora a pesar de evidencias previas que indicaban lo contrario. —Un fantasma de sonrisa toca sus labios—. Se había roto el brazo seis semanas antes intentando escalar el roble del vecino.

Me río. —Suena como mi hermano. Siempre me convencía para unirme a sus planes, que generalmente terminaban con uno de nosotros en urgencias.

—¿Tienes hermanos? —Su pregunta lleva un interés genuino, sorprendiéndome.

—Un hermano —digo—. Ahora es agente de extensión agrícola, analizando muestras de suelo y rendimientos de cultivos con el mismo entusiasmo que antes aplicaba a la construcción de columpios de cuerda cuestionables.

—Una mente científica canalizada productivamente —observa Ben, asegurando la última cadena de luces—. No muy distinto a tu enfoque en la gestión de la hospitalidad.

La observación —enmarcando mi trayectoria profesional como científicamente orientada en lugar de meramente orientada al servicio— me toma por sorpresa. La mayoría de las personas ven la hospitalidad como un trabajo "blando", todo sentimientos y mínimo intelecto. La perspectiva de Ben reconoce la base analítica de lo que hago.

—Supongo que el análisis de datos existe en todos los campos —digo, probando la conexión entre nosotros—. Tú analizas tendencias de mercado; yo analizo preferencias de huéspedes y optimización de experiencias.

—Las metodologías son más similares que diferentes —está de acuerdo, retrocediendo para evaluar nuestra instalación de luces completa—. Aunque sospecho que tus resultados crean una satisfacción más inmediata.

Mientras continuamos trabajando, nuestra conversación fluye con una facilidad inesperada. Ben comparte fragmentos sobre su rápido ascenso en su empresa: seleccionado para un programa acelerado de liderazgo recién salido de la universidad, promovido tres veces en cuatro años, conocido por transformar departamentos en problemas mediante análisis sistemático.

A mi vez, le cuento sobre cómo ayudé a mi familia a llegar a fin de mes después de que el accidente de construcción de mi padre lo dejó incapacitado para trabajar durante casi dos años. Cómo comencé a trabajar a los diecisiete, descubrí que tenía talento para la hospitalidad y finalmente me pagué los estudios mientras desarrollaba mi concepto de B&B.

—Tu perseverancia es... admirable —dice mientras terminamos de colocar calabazas alrededor del puesto—. La mayoría de las personas habrían abandonado metas tan ambiciosas frente a limitaciones financieras.

—Terca, me llama mi madre —respondo con una sonrisa—. Pero he querido mi propio lugar desde que trabajé en mi primer empleo en un hotel en la secundaria. Algunos sueños no se desvanecen, solo se vuelven más detallados con el tiempo.

Por un momento, algo casi como nostalgia cruza sus facciones. —Una envidiable claridad de propósito.

Antes de que pueda responder, Dave regresa con la cafetera, y nos vemos arrastrados a los preparativos finales mientras el festival abre oficialmente.

A media tarde, el Festival de la Cosecha está en pleno apogeo. La tranquila preparación de la mañana se ha transformado en una celebración vibrante. Los niños corren entre los puestos con dedos pegajosos de manzana, los músicos locales se turnan en el pequeño escenario, y el aroma a palomitas de caramelo y barbacoa llena el aire. Nuestro puesto ha estado constantemente ocupado, con Dave encantando a potenciales huéspedes mientras yo atiendo consultas sobre reservas para las fiestas en la posada.

He perdido de vista a Ben entre la multitud del festival. Una parte de mí se pregunta si se retiró a la tranquilidad de su suite cuando la muchedumbre creció, volviendo a sus modelos financieros e informes industriales.

El pensamiento apenas se ha formado cuando lo veo en profunda conversación con Marcus en el puesto de la cervecería, examinando lo que parece ser un esquema dibujado a mano para ampliar las instalaciones de producción. Ben está señalando algo en el papel, su expresión animada de una manera que raramente veo durante nuestras sesiones de plan de negocios. Sus hombros están relajados, y gesticula con las manos mientras habla, algo muy distinto a su habitual comportamiento contenido.

—Parece que tu consultor corporativo está haciendo amigos —observa la profesora Winters, apareciendo a mi lado con inquietante sigilo.

—Está lleno de sorpresas —respondo con cautela, volviéndome para enfrentar a mi asesora académica. Sus ojos agudos no se pierden nada, y me encuentro enderezando la postura instintivamente—. No esperaba verte aquí, profesora. Pensé que estabas en Houston para la

conferencia de hospitalidad.

—Regresé temprano. No podía perderme la competencia de sidra de manzana de Eleanor. —Me mira con característica perspicacia—. ¿Cómo va progresando el proyecto final? La presentación a los representantes de la industria es en tres semanas.

—En camino —le aseguro, alisando el borde de un folleto en nuestra mesa de exposición—. He estado incorporando investigación sobre fluctuaciones de demanda estacional y refinando las proyecciones financieras.

—¿Con ayuda de tu consultor?

Asiento, reacia a admitir cuánto ha fortalecido la aportación de Ben mi plan. —Ha proporcionado una perspectiva útil sobre planificación de contingencias y posicionamiento en el mercado.

—Interesante que alguien de su entorno muestre tanto interés en una empresa de hospitalidad a pequeña escala.

—Es más un ejercicio intelectual para él —explico, sintiéndome repentinamente a la defensiva. La sugerencia de que podría haber algo más en el interés de Ben hace que mi corazón lata un poco más rápido, y no estoy lista para examinar por qué—. Una oportunidad de resolución de problemas durante su año sabático.

—¿Es eso lo que te dijo? —Su tono es suave pero su mirada penetrante.

Antes de que pueda responder, el profesor Lambert del departamento de finanzas se une a nosotras, martini en mano a pesar de la hora temprana. —¡Jenna! Justo la estudiante que esperaba ver. Necesito hablar contigo sobre esa propiedad victoriana que has estado considerando.

Su voz demasiado alta se extiende mucho más allá de nuestro círculo inmediato, atrayendo miradas de los asistentes al festival cercanos. Lambert siempre ha visto mi concepto de B&B como un pasatiempo divertido en lugar de un plan de negocios serio, sus alentadores gestos apenas disfrazando su escepticismo.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto educadamente, consciente de que la profesora Winters observa nuestra interacción. Mi estómago se tensa con la familiar ansiedad que surge cada vez que Lambert discute mis planes de negocio.

—Wilson de bienes raíces me estaba diciendo que están considerando bajar el precio de venta. Al parecer, la designación histórica está causando complicaciones para los compradores potenciales que buscan hacer renovaciones significativas. —Sorbe su bebida, ajeno a mi repentino interés intenso—. Por supuesto, para proyectos estudiantiles como el tuyo, estas consideraciones prácticas no son realmente relevantes. El ejercicio teórico es lo que importa en tu caso.

Siento que mis hombros se tensan. Después de años de ser desestimada por profesores como Lambert —hombres que ven mis sueños como lindas diversiones en lugar de metas alcanzables —, su condescendencia toca un nervio particularmente sensible. —No es teórico, profesor. Estoy trabajando activamente para comprar y renovar la propiedad.

Lambert ríe indulgentemente. —Una ambición admirable, sin duda. Aunque los estudiantes con aspiraciones comerciales poco realistas podrían beneficiarse más enfocándose en puestos corporativos alcanzables después de la graduación. La victoriana requiere una inversión de capital sustancial más allá del precio de compra; los costos de restauración por sí solos excederían los parámetros típicos de préstamos para pequeñas empresas.

El calor sube a mis mejillas. La desestimación es tan casual, tan confiada en su evaluación de mis capacidades. Aprieto las manos debajo de la mesa del puesto, recordando todos los

desprecios similares que he soportado desde que compartí mis sueños de B&B.

Antes de que pueda formular una respuesta que no ponga en peligro mi posición académica, una voz familiar se une a la conversación.

—En realidad, los costos de restauración para propiedades victorianas en esta región son altamente manejables con una planificación de contingencia adecuada. —Ben aparece a mi lado, su tono fríamente autoritario—. La propiedad que la señorita Davis ha identificado presenta un valor excepcional dada su ubicación e integridad arquitectónica.

Lambert parpadea, claramente desconcertado por el preciso comportamiento corporativo de Ben. Se para un poco más derecho, bajando ligeramente la mano que sostiene la bebida.

—El modelo de reutilización adaptativa descrito en su plan de negocios demuestra una comprensión sofisticada tanto de los requisitos de preservación histórica como de las estrategias de diferenciación de mercado —continúa Ben, su voz llevando la confiada autoridad de alguien acostumbrado a presentaciones en salas de juntas—. Sus proyecciones financieras incluyen amortiguadores de capitalización apropiados para complicaciones de renovación inesperadas, con un cronograma de punto de equilibrio que refleja las mejores prácticas de la industria.

Las cejas de la profesora Winters se elevan fraccionalmente mientras Ben procede a delinear elementos específicos de mi investigación de mercado que incluso ella no había apreciado completamente. Su análisis enmarca mi concepto de negocio no como el sueño de una estudiante sino como una oportunidad de inversión viable respaldada por una investigación rigurosa.

La expresión de Lambert cambia de condescendencia a confusión y luego a respeto reticente. —Parece bastante familiarizado con los detalles del proyecto de Jenna, señor...?

—Mitchell —proporciona Ben—. Benjamin Mitchell. He estado consultando sobre emprendimientos de hospitalidad durante mi año sabático.

La deliberada vaguedad de su descripción lo transforma ante los ojos de Lambert de asistente aleatorio del festival a potencial persona influyente de la industria. El profesor endereza sutilmente su postura, reconfigurando la jerarquía académica en tiempo real.

—Perspectiva interesante —logra decir Lambert—. Aunque mantengo que los proyectos estudiantiles se benefician de expectativas realistas.

—Estoy completamente de acuerdo —responde Ben con perfecta cortesía corporativa—. Por eso el análisis detallado de la señorita Davis sobre propiedades competitivas y proyecciones de ingresos merece una consideración seria. Su enfoque ejemplifica la toma de decisiones basada en datos que su departamento presumiblemente fomenta.

La sutil reprimenda deja a Lambert momentáneamente sin palabras. La profesora Winters ni se molesta en ocultar su diversión.

—Bueno —dice finalmente Lambert—, debería circular. Jenna, discutiremos más sobre tu proyecto en el seminario de la próxima semana. —Se retira con dignidad fabricada hacia el puesto de degustación de vinos.

Un silencio incómodo sigue a su partida, roto cuando la profesora Winters dice secamente: —Eso fue bastante efectivo, señor Mitchell. ¿Está aceptando solicitudes para sus servicios de consultoría? Varios de mis colegas podrían beneficiarse de ajustes de perspectiva similares.

Ben parece repentinamente consciente de su inesperado papel como mi defensor. —Simplemente corregí tergiversaciones fácticas. El concepto de negocio de la señorita Davis se sostiene por sus propios méritos.

La profesora Winters lo estudia con inquietante intensidad antes de volverse hacia mí. —Interesantes aliados has encontrado, Jenna. Espero ver cómo esto influye en tu presentación final. —Con un asentimiento conocedor, sigue el camino de Lambert hacia el puesto de vino.

Sola con Ben, me encuentro momentáneamente sin palabras. Su detallada defensa de mi plan de negocios sugiere que ha estado prestando mucha más atención de lo que nuestras sesiones formales indicarían.

—No tenías que hacer eso —digo finalmente.

—La competencia profesional debe ser reconocida independientemente de la edad o posición —responde, como si esto lo explicara todo. Su postura sigue siendo formal, pero hay algo en sus ojos —¿preocupación, quizás?— que no coincide con su tono profesional.

—Aun así. Gracias. —Las palabras parecen inadecuadas para la cálida oleada de gratitud que se expande en mi pecho—. No muchas personas toman en serio mis planes de negocio.

Asiente una vez, aceptando mi agradecimiento con característica economía. —Tu respuesta a su desprecio demostró una admirable contención. En contextos corporativos, tal contención a menudo es estratégicamente ventajosa.

No puedo evitar sonreír ante su intento de replantear la interacción como una lección de negocios. —¿Es esa tu manera de decir que lo manejé bien?

La comisura de su boca tiembla. —Extremadamente bien. Aunque tu expresión sugería que estabas contemplando contramedidas más directas.

—Brevemente consideré derramar sidra de manzana en su chaqueta de tweed —admito—. Pero la limpieza en seco es cara, y estoy ahorrando para una victoriana.

Esto provoca una sonrisa real de Ben, breve pero genuina. La visión crea un curioso aleteo en mi estómago que inmediatamente atribuyo a la adrenalina residual de la confrontación.

—Tu plan de negocios merece una consideración más seria de la que recibió —dice, volviendo su tono a la evaluación profesional—. El modelado financiero es particularmente sólido para un concepto en etapa temprana.

—Grandes elogios desde Boston —bromeo, intentando aligerar la inesperada intimidad del momento.

Su expresión cambia, algo casi vulnerable parpadea en sus rasgos antes de que regrese su habitual máscara compuesta. —Meramente observación factual.

Un anuncio desde el escenario del festival me salva de formular una respuesta. La alcaldesa Blackwood está pidiendo voluntarios para ayudar a preparar el entretenimiento nocturno. Ben mira en esa dirección, luego de vuelta a mí.

—¿Te gustaría continuar ayudando con los preparativos del festival? —pregunta con una cortesía formal que no oculta del todo lo que suena como interés genuino.

Debería volver al puesto de la posada. Debería mantener la distancia profesional. Debería recordar que Ben Mitchell se irá en unas semanas, volviendo a su vida corporativa en Boston donde los festivales de pueblos pequeños y los B&B victorianos son curiosidades irrelevantes en el mejor de los casos.

—Me gustaría —me oigo decir en cambio.

Mientras caminamos hacia el área del escenario para ayudar a organizar sillas, siento un sutil cambio en la atmósfera entre nosotros; no una transformación dramática, sino el tranquilo reconocimiento de que algo ha cambiado. Ben Mitchell defendió mi perspicacia empresarial y capacidades profesionales ante un profesor desdeñoso sin que se le pidiera. Es el tipo de apoyo que rara vez he experimentado, particularmente de alguien con sus credenciales.

La realización es a la vez reconfortante y peligrosa, creando posibilidades que no estoy segura de estar lista para considerar.

La tarde transforma el festival en algo mágico. El crepúsculo se posa sobre Evergreen Falls, trayendo consigo una nueva energía mientras las familias con niños pequeños comienzan a marcharse y las parejas y grupos de amigos llegan para las festividades nocturnas. Las luces centelleantes delinean los puestos y se entrelazan entre las ramas de los árboles. Los faroles proyectan cálidos charcos dorados de iluminación a través de la plaza. La temperatura ha bajado lo suficiente para justificar la sidra caliente y la fogata comunitaria que marca la culminación del festival.

Me encuentro al borde de la reunión, observando cómo los niños tuestan malvaviscos bajo cuidadosa supervisión mientras los adultos forman círculos de conversación. La banda local se ha instalado cerca del fuego, tocando versiones acústicas de canciones familiares que se mezclan con el crepitar de las llamas y el murmullo de la conversación.

—Esto es a lo que te referías —dice Ben, apareciendo a mi lado con dos tazas humeantes. Me entrega una: sidra de manzana con una ramita de canela, la bebida emblemática del festival —. Sobre cómo los pueblos pequeños crean experiencias que la hospitalidad corporativa intenta replicar.

Acepto la taza, sorprendida de que recordara nuestra conversación de hace semanas. —Sí, exactamente. La autenticidad no se puede fabricar. —Doy un sorbo, el calor de la sidra extendiéndose por mi cuerpo mientras observo su perfil iluminado por la luz del fuego. Sus bordes habituales parecen más suaves bajo esta luz.

Permanecemos en un cómodo silencio, observando cómo se desarrolla la celebración comunitaria. Ben parece más relajado de lo que nunca lo he visto, su tensión habitual parcialmente disuelta por el calor de la fogata y el simple placer del momento.

—Tu pueblo tiene un atractivo innegable —reconoce, su mirada recorriendo la escena—. La cohesión social crea ventajas de eficiencia que los ejercicios corporativos de creación de equipos intentan generar con éxito limitado.

Me río suavemente. —Esa podría ser la forma más Ben Mitchell posible de decir que lo estás pasando bien.

Me mira, con algo casi juguetón en su expresión. —No llegaría tan lejos.

—Por supuesto que no. Simplemente estás realizando una investigación antropológica.

—Precisamente.

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, ninguno de los dos aparta la vista. La luz del fuego se refleja en sus ojos, transformando su habitual frialdad analítica en algo más complejo. Me vuelvo agudamente consciente de nuestra proximidad, del ligero frío otoñal que hace más notorio el calor que irradia entre nosotros. Su hombro está a centímetros del mío, y puedo detectar el tenue aroma de su colonia mezclándose con el humo de leña.

El momento se extiende, equilibrado al borde de algo indefinido, hasta que la voz de la alcaldesa Blackwood atraviesa nuestra burbuja privada.

—¡Ben! ¡Justo el hombre que necesitamos! —Se acerca con determinación, portapapeles apretado contra el pecho—. Las luces del escenario están fallando, y he oído que lograste reorganizar todo el cableado del puesto de Dave esta mañana.

Ben se endereza, recuperando su compostura profesional. —Simplemente optimicé la configuración existente.

—Perfecto. Eso es exactamente lo que necesitamos. La banda quiere tocar una sesión más, pero la mitad de nuestras luces del escenario están apagadas. ¿Puedes echarles un vistazo?

Espero que él decline educadamente —los ejecutivos corporativos no suelen solucionar problemas de iluminación de festivales—, pero me sorprende nuevamente.

—Evaluaré la situación —acepta, dejando su sidra. Me mira—. Si me disculpas.

Lo observo mientras sigue a Eleanor hasta el escenario, moviéndose con característica precisión entre la multitud. En cuestión de momentos, está examinando la configuración de la iluminación, dirigiendo a los voluntarios con inesperada autoridad mientras ajustan conexiones y prueban circuitos. Se arremanga, revelando sus antebrazos mientras alcanza una caja de conexiones, sus movimientos confiados y enfocados.

Tessa aparece a mi lado, su mirada siguiendo la mía. —Vaya, vaya. El Robot Corporativo tiene profundidades ocultas.

—Ha estado lleno de sorpresas hoy —admito.

—Me di cuenta. Incluyendo una defensa bastante apasionada de cierto plan de negocios. —Me da un codazo en el hombro—. El pueblo ya está hablando de ello. Aparentemente, el profesor Lambert fue directo al puesto de vino después.

Gimo. —Perfecto. Justo lo que necesito antes de las presentaciones finales.

—¿Estás bromeando? Es exactamente lo que necesitas. Nada valida un concepto de negocio como que el Señor América Corporativa lo respalde públicamente. —Tessa me estudia con sospechosa intensidad—. ¿Qué está pasando con ustedes dos, de todos modos? La semana pasada era el enemigo de la ineficiencia, y hoy está recableando nuestro festival y defendiendo tu honor.

—Solo está siendo profesional —insisto, aunque la explicación suena débil incluso para mis oídos—. Y creo que disfruta resolviendo problemas, sea cual sea la forma que adopten.

—Ajá. —El escepticismo de Tessa es palpable—. ¿Y la forma en que te mira cuando estás concentrada en otra cosa? ¿También es resolución de problemas?

Siento que el calor sube a mis mejillas. —Él no me mira.

—Oh, cariño. —La expresión de Tessa se suaviza con lástima afectuosa—. Absolutamente lo hace. Justo como tú lo has estado observando toda la noche.

Antes de que pueda formular una negación, las luces del escenario se iluminan repentinamente, bañando el área con una cálida luz dorada. Un vítore surge de la multitud mientras los miembros de la banda vuelven a sus posiciones. Al borde del escenario, Ben acepta un apretón de manos de la alcaldesa, su expresión modestamente desestimando su clara apreciación.

Mientras regresa hacia nosotras, noto cómo los habitantes del pueblo se apartan fácilmente para dejarlo pasar, ofreciéndole sonrisas y asentimientos que sugieren aceptación en lugar de la curiosidad cautelosa que mostraron cuando llegó por primera vez. De alguna manera, en el transcurso de un solo día, Ben Mitchell ha pasado de forastero a participante en nuestra comunidad.

—Crisis evitada —dice al reunirse con nosotras, su tono objetivo aunque detecto un indicio de satisfacción bajo él.

—Nuestro héroe —bromea Tessa—. Salvando el Festival de la Cosecha un circuito a la vez. —Mira entre nosotros, una sonrisa conocedora jugando en sus labios—. Bueno, debería encontrar a James antes de que se coma todas las palomitas de caramelo. Ben, ha sido esclarecedor verte en acción hoy.

Mientras ella se aleja, Ben levanta una ceja. —Tu amiga tiene un estilo conversacional inusual.

—Tessa cree en decir exactamente lo que está pensando —explico—. Es simultáneamente su mejor y más aterradora cualidad.

—Ineficiente pero refrescante —observa, reclamando su sidra—. La comunicación

corporativa típicamente involucra significativamente más subtexto.

La banda comienza a tocar una versión lenta y acústica de una canción popular, y las parejas se dirigen hacia el área frente al escenario. La música envuelve la plaza, mezclándose con el crepitar del fuego y las conversaciones murmuradas para crear una banda sonora que se siente quintesencialmente otoñal de pueblo pequeño.

—¿Cómo va progresando tu presentación para la profesora Winters? —pregunta Ben, volviendo al fundamento profesional de nuestra relación.

—Casi lista —digo, agradecida por el territorio familiar—. He incorporado la mayoría de tus sugerencias para la sección financiera y refinado la estrategia de marketing basada en nuestras discusiones.

—Si quieres revisar la versión final antes de la entrega, estoy disponible.

Su oferta parece sincera, extendiendo nuestra colaboración más allá de nuestro acuerdo inicial. —Lo agradecería. ¿Quizás mañana por la noche en la biblioteca?

Asiente, y caemos en un cómodo silencio mientras la música continúa. La extraña tensión de antes permanece, transformada pero no disminuida. De pie junto a Ben mientras el festival llega a su fin, me sorprende lo natural que se siente su presencia, como si perteneciera a este momento, a este pueblo, a mi lado.

El pensamiento es inesperadamente peligroso. Ben Mitchell no se quedará. Este año sabático es temporal, una breve interrupción en su trayectoria corporativa. Cualquier conexión que estemos desarrollando —profesional, amistosa o algo indefinido— tiene fecha de caducidad.

Debería recordar eso. Necesito recordar eso.

Pero mientras está de pie a mi lado a la luz del fuego, observando la celebración de nuestro pequeño pueblo con interés sin reservas, todas mis advertencias cuidadosamente construidas se vuelven cada vez más difíciles de mantener.

Capítulo 11
Ben

El pronóstico del tiempo proyectaba cielos despejados durante toda la tarde—una evaluación que confirmé personalmente antes de que comenzara el festival. Sin embargo, las nubes oscuras que ahora se acumulan sobre el borde oriental del recinto del festival sugieren un error meteorológico significativo. Miro hacia arriba, calculando mentalmente la probabilidad de precipitación basada en la densidad de las nubes y los patrones de viento.

—Parecen amenazantes —observa Jenna, siguiendo mi mirada mientras navegamos entre los puestos de vendedores con nuestro carrito de entregas. Estamos transportando suministros adicionales a los puestos exteriores—productos de papel, utensilios para servir y manteles de repuesto—una tarea para la que nos ofrecimos conjuntamente después de que la alcaldesa Blackwood mencionara la necesidad.

—Sistema meteorológico inesperado moviéndose desde el este —confirmo, notando el aumento de la velocidad del viento—. Los modelos meteorológicos deben haber pasado por alto el cambio de presión.

Jenna ríe suavemente.

—O tal vez el clima simplemente hace lo que quiere a veces.

Estoy a punto de explicar la imprecisión científica de atribuir agencia a las condiciones atmosféricas cuando las primeras gotas pesadas comienzan a caer, golpeando el suelo con fuerza audible.

—Deberíamos entregar estos suministros rápidamente —sugiero, aumentando nuestro ritmo hacia la fila más externa de puestos—. La precipitación parece estar intensificándose rápidamente.

Logramos entregar la mitad de nuestros suministros antes de que la lluvia pase de gotas dispersas a un genuino aguacero. El agua corre por mi cuello y empapa mi camisa con notable rapidez. El cabello rubio de Jenna se vuelve lacio y resbaladizo, adhiriéndose a su rostro en mechones húmedos. Los suministros restantes en nuestro carrito están convirtiéndose rápidamente en insalvables.

—¡Por aquí! —grita Jenna sobre la creciente lluvia, señalando hacia una pequeña estructura en el borde del recinto del festival—. ¡El cobertizo del jardinero!

Abandonando el resto de nuestras entregas, corremos hacia el refugio, Jenna ligeramente adelante. La estructura es más sustancial que un cobertizo típico—un pequeño edificio anexo con paredes de madera desgastadas y un techo metálico inclinado que amplifica la lluvia en una sinfonía percusiva.

Jenna llega primero a la puerta, luchando con el pestillo oxidado antes de empujarla. La sigo de cerca, la repentina ausencia de lluvia creando una desorientación momentánea mientras cerramos la puerta contra la tormenta.

—Bueno —dice Jenna, sin aliento por nuestra carrera—, adiós al clima perfecto para el festival.

El espacio interior es significativamente más pequeño de lo que parecía desde fuera—tal vez unos cuatro metros cuadrados, lleno de equipos de jardinería, sillas plegables y diversos suministros de mantenimiento. La única iluminación proviene de una pequeña ventana cubierta con una década de acumulación de polvo y telarañas, proyectando una luz tenue y difusa que crea más sombras que claridad.

Me vuelvo agudamente consciente de nuestra proximidad en el espacio confinado. Jenna está

a menos de sesenta centímetros, con su blusa adherida a sus hombros y gotas de agua deslizándose por su cuello. Obligo a mi mirada a dirigirse a otro lugar, enfocándome en un rastrillo apoyado contra la pared lejana con innecesaria intensidad.

—El radar no mostraba ningún sistema de tormenta esta mañana —digo, sacando mi teléfono para verificar la aplicación del clima. La señal está predeciblemente ausente—. Probablemente estamos experimentando una anomalía meteorológica localizada.

—O el universo decidió que no habíamos tenido suficientes situaciones inesperadas últimamente —responde Jenna, exprimiendo el agua de su cabello con eficiencia práctica.

Mi propia ropa se adhiere incómodamente, el agua de mi camisa empapada acumulándose en mi cintura. Jenna nota mi incomodidad y señala una pila de toallas relativamente limpias en un estante cercano.

—Preparación para el festival comunitario —explica, entregándome una—. Dave siempre almacena suministros de emergencia aquí afuera.

Acepto la toalla con un gesto de agradecimiento, secando cuidadosamente mi rostro y tratando de absorber algo de la humedad de mi camisa. La tarea práctica proporciona una distracción bienvenida de mi inesperada conciencia de la presencia de Jenna en este espacio confinado.

—¿Cuánto tiempo suelen durar estas tormentas localizadas? —pregunto, buscando datos para establecer expectativas razonables.

Jenna se encoge de hombros, el gesto casual atrayendo mi atención hacia la curva de su hombro.

—Podrían ser veinte minutos, podrían ser dos horas. Así es el clima de Texas para ti—completamente impredecible.

Impredecible—un concepto que he pasado mi vida profesional minimizando a través de análisis rigurosos y planificación de contingencias. Sin embargo, aquí estoy, atrapado por un clima impredecible en un lugar no planificado con la única persona en Evergreen Falls que desafía consistentemente mi categorización analítica.

Un trueno retumba por encima, sorprendentemente cerca. Jenna salta ligeramente ante el sonido, desplazándose inconscientemente más cerca de mí en el pequeño espacio. Detecto el leve aroma de algo floral—su champú, quizás—mezclado con la versión más terrosa humedecida por la tormenta.

—¿No te gustan las tormentas eléctricas? —pregunto, notando su reacción.

—En realidad, me encantan —dice, sorprendiéndome—. Solo que no cuando estoy atrapada en un cobertizo con alguien que probablemente está calculando la probabilidad estadística de rayos.

La precisión de su evaluación me toma desprevenido, y me encuentro ofreciendo una sonrisa genuina.

—Una en 1.222.000 para esta región, en realidad.

Su risa llena el pequeño espacio, de alguna manera iluminándolo y calentándolo a la vez.

—Por supuesto que conoces las probabilidades exactas.

La lluvia se intensifica, golpeando contra el techo metálico con creciente insistencia. No será un breve chaparrón. Nos enfrentamos a al menos treinta minutos de confinamiento basado en la aparente intensidad de la tormenta.

Treinta minutos en estrecha proximidad con Jenna Davis—una perspectiva que crea un curioso aleteo de anticipación que no estoy completamente preparado para analizar.

—¿Cuál es la peor parte de verse obligado a tomarse un tiempo libre? —pregunta Jenna después de que nos hemos acomodado lo más cómodamente posible en un par de sillas plegables que rescatamos de debajo de una lona. La lluvia continúa sin cesar, creando un ritmo constante de fondo contra el techo.

La franqueza de su pregunta me pilla desprevenido.

—No he analizado la experiencia lo suficientemente a fondo como para determinar las desventajas relativas.

La expresión de Jenna sugiere que no cree en mi evasiva.

—Vamos, en serio. Pasaste de ser un estratega corporativo de alto poder a voluntario de festival en un pueblo pequeño. Debe haber algo que extrañes.

El genuino interés en su voz desarma mi habitual evasión.

—El propósito —admito, sorprendiéndome a mí mismo con la franqueza—. En entornos corporativos, los objetivos están claramente definidos. Los problemas tienen soluciones medibles. El progreso es cuantificable.

—¿Y aquí todo se siente...?

—Nebuloso —proporciono tras una breve consideración—. Sin métricas definidas para el éxito.

Jenna asiente pensativamente.

—Puedo ver eso. Aunque creo que aquí también hay métricas, solo que diferentes.

—¿Como cuáles?

—Conexión comunitaria. Satisfacción personal. Las relaciones que construyes —hace un gesto entre nosotros—. Hace tres semanas, probablemente no te habrías imaginado defendiendo mi plan de negocios ante el profesor Lambert o ayudando a recablear la iluminación del festival.

La observación es inesperadamente perspicaz.

—Cierto. Esas actividades no formaban parte de mi itinerario de año sabático proyectado.

—Y sin embargo aquí estás —dice con una ligera sonrisa—. Encontrando nuevas formas de aplicar tus habilidades.

Su comentario provoca una realización inesperada: he experimentado más satisfacción genuina ayudando con problemas prácticos en Evergreen Falls que la que he sentido en meses de logros corporativos. Explicar modelos financieros complejos a Jenna, optimizar la configuración eléctrica del festival, incluso sugerir mejoras de ruta para la distribución de la cervecería de Marcus—estas aplicaciones tangibles de mi conocimiento han proporcionado un impacto inmediato y visible en lugar de mejoras incrementales de eficiencia que quizás nunca serían notadas.

—¿Tu rol corporativo te proporciona esa misma satisfacción? —pregunta Jenna, pareciendo seguir mi línea de pensamiento con inquietante precisión.

Considero formular una respuesta estándar sobre la realización profesional, pero en su lugar me encuentro respondiendo honestamente.

—Con menos frecuencia que antes. Al principio de mi carrera, el desarrollo de soluciones creaba una satisfacción genuina. Ahora... —hago una pausa, articulando algo que apenas me he reconocido a mí mismo—. Ahora, gran parte de mi trabajo implica optimizar procesos que quizás no necesitan optimización, creando resultados marginalmente mejorados principalmente para justificar la existencia de mi departamento.

La admisión se siente peligrosamente personal, pero la expresión de Jenna no contiene ningún juicio, solo una consideración reflexiva. Un trueno retumba de nuevo en lo alto, más cerca esta vez, iluminando brevemente el pequeño espacio con el relámpago que lo acompaña.

—Entiendo la sensación de tener que demostrar tu valor —dice después de un momento—. Todos los días entro en reuniones donde la gente ve mi edad y apariencia antes de ver mis capacidades. Tengo que trabajar el doble para obtener la mitad del reconocimiento.

—Una asignación ineficiente de esfuerzo —observo—. Tu perspicacia empresarial merece reconocimiento equivalente independientemente de factores demográficos.

Me mira con una calidez inesperada.

—Eso podría ser lo más bonito que alguien me ha dicho profesionalmente.

—Es meramente una evaluación factual —respondo, incómodo con su gratitud por simplemente declarar lo obvio.

—Aun así significa algo, viniendo de alguien con tu experiencia. —Se mueve ligeramente, su rodilla casi pero no del todo tocando la mía en el espacio confinado—. Entonces, si tu rol actual no te proporciona satisfacción, ¿qué lo haría?

La pregunta me pilla completamente desprevenido, tan directa, tan fundamentalmente desafiante para mi trayectoria profesional que nunca me he permitido considerarla.

—No he explorado vías profesionales alternativas.

—Tal vez deberías —sugiere ella—. Claramente tienes habilidades que aplican más allá de la estrategia corporativa. He visto cómo solucionas problemas aquí—cuestiones prácticas e inmediatas que realmente impactan en la vida de las personas.

Su observación resuena incómodamente con pensamientos que he estado evitando desde que Timothy me apartó. ¿Y si mi camino profesional cuidadosamente trazado ha estado llevando a un destino que ya no deseo? ¿Y si las métricas que he usado para medir el éxito han sido fundamentalmente defectuosas?

—¿Y tú? —pregunto, redirigiendo la conversación—. ¿Dirigir un B&B representa verdaderamente la aplicación óptima de tus capacidades?

En lugar de ofenderse, considera la pregunta seriamente.

—No se trata solo de dirigir un B&B, se trata de crear algo que preserve la historia mientras construye comunidad. Algo que es mío desde los cimientos hasta las tejas del techo. —Su expresión se anima, sus manos gesticulando expresivamente—. Cada decisión, cada detalle, cada momento de la experiencia del huésped... todo diseñado para crear pertenencia y conexión. Esa es la diferencia entre trabajar para la visión de otra persona y construir la tuya propia.

La pasión en su voz crea una tensión inesperada en mi pecho. ¿Cuándo fue la última vez que sentí un propósito tan claro en mis propias actividades profesionales?

—Tu convicción es... convincente —admito.

—Eso es porque es auténtica —responde simplemente—. No estoy tratando de escalar alguna escalera corporativa o impresionar a accionistas. Estoy construyendo algo en lo que creo.

Un relámpago destella de nuevo, iluminando su rostro en marcado relieve—la determinación en sus ojos, la ligera elevación de su barbilla, la convicción en su expresión. Me encuentro estudiando estos detalles con una atención típicamente reservada para el análisis de datos críticos.

—¿Y tú, Ben? —pregunta suavemente—. ¿En qué crees realmente?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones que no estoy preparado para abordar. ¿En qué creo más allá de las métricas de eficiencia y la optimización del rendimiento? ¿Qué valores fundamentales guían mis decisiones más allá del avance profesional?

—Creo en aplicar capacidades para lograr resultados óptimos —digo finalmente, consciente de que mi respuesta suena hueca incluso para mis propios oídos.

La expresión de Jenna no contiene ningún juicio, solo una tranquila comprensión.

—¿Y qué resultado te haría genuinamente feliz?

La franqueza de su pregunta crea una respuesta emocional inesperada—una constricción en mi garganta, una presión detrás de mis costillas. Puedo calcular la asignación óptima de capital para adquisiciones de nueve cifras, pero no puedo responder fácilmente qué me traería realización personal.

—No he dedicado suficiente análisis a esa pregunta —admito.

—Tal vez eso sea algo en lo que pensar durante tu año sabático —sugiere ella—. En lugar de planear tu regreso a algo que no te satisface completamente.

Un trueno estalla directamente sobre nosotros, sobresaltándonos a ambos. Jenna instintivamente extiende la mano, tocando brevemente mi antebrazo antes de controlarse y retirarla. El contacto momentáneo envía una corriente inesperada a través de mí, mucho más disruptiva que la electricidad de la tormenta.

La lluvia ha comenzado a disminuir, golpeando contra el techo con insistencia decreciente. Sin embargo, ninguno de nosotros hace ademán de marcharse, como si la conversación hubiera creado su propio campo gravitatorio, manteniéndonos en este espacio extrañamente íntimo.

—¿Por qué Wildflower Cottage? —pregunto, genuinamente curioso sobre la elección del nombre—. La propiedad es victoriana, no una arquitectura estilo cabaña.

La expresión de Jenna se suaviza, volviéndose más personal que profesional.

—Es en parte por mi abuela. Ella tenía este pequeño jardín lleno de flores silvestres—completamente indómitas, creciendo donde querían. Todo el mundo le decía que era desordenado, que debería plantar en filas adecuadas, pero ella insistía en que las flores silvestres necesitaban libertad para encontrar su propio lugar.

—¿Y la conexión con tu concepto de negocio?

—Un recordatorio de que algunas cosas hermosas no pueden ser forzadas a categorías ordenadas o entornos controlados. —Me mira directamente a los ojos—. Eso incluye las experiencias. Los mejores recuerdos que la gente se lleva de los viajes no son los encuentros de servicio perfectamente ejecutados, son los momentos inesperados que tocan algo real.

Sus palabras resuenan inesperadamente, creando conexiones con mi propia experiencia en Evergreen Falls. Los momentos más memorables no han sido los servicios eficientemente entregados, sino las conexiones humanas inesperadas—la tranquila sabiduría de Dave, la apasionada filosofía alimentaria del chef Mike, la determinación de Jenna por construir algo auténtico.

—Tu abuela suena notablemente perspicaz —observo.

—Lo era. Solía decir que las personas también son como flores silvestres—florecen mejor cuando tienen espacio para crecer hacia lo que las nutre, no cuando son forzadas a la idea de otro sobre dónde pertenecen.

La metáfora crea una introspección inesperada. ¿He estado creciendo hacia lo que realmente me nutre, o simplemente ocupando la posición que se esperaba que ocupara?

Un relámpago ilumina el pequeño espacio nuevamente, resaltando brevemente los contornos del rostro de Jenna—la curva pensativa de su boca, el ligero surco de concentración entre sus cejas. En este momento de claridad, me sorprende cuán completamente he revisado mi evaluación de ella desde nuestro primer encuentro. No meramente sus capacidades profesionales, que son sustanciales, sino su carácter fundamental—su resiliencia, su determinación, su compromiso auténtico de construir algo significativo.

—Tu visión de negocio es genuinamente impresionante —digo, las palabras inadecuadas para expresar mi evaluación real—. No meramente el concepto en sí, sino tu dedicación a su implementación a pesar de obstáculos significativos.

Ella me estudia por un momento, como evaluando la sinceridad de mi declaración.

—Gracias. Eso significa mucho, especialmente de alguien que inicialmente lo descartó como ineficiente e impráctico.

—Estaba operando con datos insuficientes —admito—. Un error metodológico que normalmente no cometo.

Su boca se curva en una sonrisa.

—¿Es eso hablar corporativo para "me equivoqué contigo"?

—Esencialmente, sí.

Su sonrisa se ensancha, creando una calidez inesperada en mi pecho. Estamos sentados más cerca de lo que la interacción profesional típicamente garantiza, rodillas casi tocándose en el espacio limitado. Me vuelvo agudamente consciente de su proximidad—el sutil aroma floral de su cabello humedecido por la lluvia, el ligero rubor en sus mejillas por nuestra conversación, la forma en que sus ojos reflejan la tenue luz que se filtra a través de la ventana polvorienta.

—Yo también me equivoqué contigo —admite suavemente—. Pensé que eras solo otro robot corporativo con hojas de cálculo en lugar de alma.

—Una evaluación inicial comprensible basada en datos de interacción limitados —respondo, aunque sus palabras crean un dolor inesperado. ¿Es así como otros me perciben? ¿Un autómata sin alma optimizando procesos sin conexión humana?

La expresión de Jenna se suaviza.

—Pero eso no es quien eres en absoluto, ¿verdad? No cuando estás ayudando a Dave con el sistema de reservas de la posada o recableando las luces del festival o defendiendo mi plan de negocios ante ese profesor horrible.

Su percepción crea una curiosa vulnerabilidad, como si estuviera viendo aspectos de mí que he ocultado deliberadamente bajo la competencia profesional.

—Simplemente aplico capacidades donde se necesitan.

—No —dice con suave certeza—. Ayudas a las personas. Solo lo enmarcar en términos técnicos porque se siente más seguro que admitir que te importa.

La precisión de su observación es sorprendente. ¿Cuándo desarrolló Jenna Davis una comprensión tan precisa de mi marco psicológico?

Un trueno retumba de nuevo, más distante ahora mientras la tormenta comienza a alejarse. Sin embargo, la atmósfera entre nosotros se siente cada vez más cargada, un potencial eléctrico que no puedo cuantificar con métricas estándar. Jenna se mueve ligeramente, su rodilla rozando la mía con el movimiento. Ninguno de los dos se aparta del contacto.

La vulnerabilidad compartida de nuestra conversación ha creado algo nuevo entre nosotros—una conexión que trasciende la evaluación profesional o el conocido casual. Mientras los ojos de Jenna se encuentran con los míos, me sorprende lo claramente que puedo leer las emociones allí, a pesar de mi dificultad típica para interpretar tales señales no verbales. Hay calidez, curiosidad, y algo más difícil de categorizar—una chispa de posibilidad.

—El comité del festival se estará preguntando qué nos pasó —dice, su voz ligeramente más baja que antes, creando un tono inesperadamente íntimo.

—Estadísticamente, asumirán que buscamos refugio de la precipitación —respondo, mi propia voz sonando extraña a mis oídos—más profunda, menos medida.

—Probablemente —está de acuerdo, sin hacer ademán de levantarse. Sus ojos mantienen los

míos con una franqueza inesperada, una pregunta en ellos que no puedo decodificar inmediatamente.

La tormenta ha cambiado algo en este pequeño refugio, como si la lluvia hubiera disuelto los límites cuidadosos que hemos mantenido durante tanto tiempo. La distancia que he mantenido—profesional, medida—se siente menos como sabiduría ahora y más como una fachada frágil, vulnerable ante la atracción que no puedo nombrar. Jenna está sentada frente a mí, y el espacio entre nosotros se siente vivo, cargado con una energía silenciosa que desafía la explicación.

Me inclino ligeramente hacia adelante, atraído por un impulso que no puedo comprender completamente, mi respiración entrecortándose mientras me muevo. Ella me refleja, sus labios separándose lo suficiente para revelar un atisbo de vulnerabilidad, y el aire se vuelve tenso. Cada centímetro que cerramos amplifica la opresión en mi pecho, un extraño y urgente dolor que nunca antes había sentido. Su presencia llena la habitación—su aroma, empapado de lluvia y ligeramente dulce, envolviéndome—y es todo lo que puedo hacer para quedarme quieto.

Sus ojos revolotean cerrados, y nos acercamos, tan cerca ahora que su aliento roza mi piel, cálido e irregular. Mis pensamientos se dispersan, reemplazados por una abrumadora conciencia de su boca—suave, invitante, a meros centímetros de distancia. Quiero conocerla, sentir su calidez contra la mía, detenerme allí y dejar que el mundo se desvanezca. Mis manos tiemblan levemente a mis costados, anhelando alcanzarla, y su siguiente exhalación roza mi mejilla, un susurro de tentación que casi me deshace.

La puerta se abre de golpe con un repentino gemido de bisagras viejas, derramando luz gris en la penumbra, y el momento se fractura, dejándome sin aliento, el anhelo no expresado todavía pesado en el aire.

—¡Aquí están! —Una voluntaria del festival que reconozco de la carpa principal está en la puerta, con el impermeable goteando—. ¡Todos les han estado buscando! La alcaldesa necesita ayuda con el sistema de sonido antes de que comience la música de nuevo.

Jenna retrocede inmediatamente, el momento fragmentándose en una incómoda conciencia de nuestro entorno. Un rubor se extiende por sus mejillas mientras se levanta, enderezando su blusa aún húmeda con manos ligeramente temblorosas.

—Nos atrapó el aguacero —explica, su voz excesivamente animada—. Solo estábamos esperando a que pasara lo peor.

Yo también me pongo de pie, agradecido por años de entrenamiento corporativo en mantener una expresión compuesta independientemente del estado interno.

—Estábamos a punto de regresar al área principal del festival.

La voluntaria mira entre nosotros, una sonrisa conocedora jugando en las comisuras de su boca.

—Bueno, entonces el momento es perfecto. La tormenta ha pasado en su mayoría, y Eleanor está teniendo un colapso por los micrófonos.

Mientras la seguimos de regreso hacia los terrenos del festival, mantengo una distancia cuidadosa de Jenna, mis pensamientos en un desorden sin precedentes. Lo que acaba de suceder en ese cobertizo desafía la categorización racional. Más preocupante es el persistente arrepentimiento de que nuestro momento fuera interrumpido—un sentimiento totalmente en desacuerdo con los límites profesionales que siempre he mantenido.

Los terrenos del festival están mojados pero recuperándose, los charcos reflejando el cielo mientras las nubes comienzan a separarse. Los voluntarios se apresuran, secando bancos y reorganizando exhibiciones perturbadas por el viento. Los asistentes al festival comienzan a emerger de varios refugios hacia el sol posterior a la tormenta. Los miembros de la banda local

están verificando su equipo en el escenario principal, mientras los vendedores de comida vuelven a encender sus parrillas. Todo parece ligeramente alterado por el paso de la tormenta, incluyendo, al parecer, la distancia cuidadosamente mantenida entre Jenna Davis y yo.

Ella camina ligeramente adelante, hablando con la voluntaria sobre los requisitos del sistema de sonido. Su postura revela una tensión que no había observado antes, sugiriendo que está similarmente afectada por nuestro momento interrumpido.

Debería estar analizando esta situación objetivamente—calculando factores de riesgo, evaluando posibles consecuencias, determinando correcciones apropiadas para mantener límites profesionales. En cambio, me encuentro observando cómo la luz del sol comienza a atravesar las nubes y atrapar su cabello, contando los días restantes en mi año sabático con un arrepentimiento inesperado, y preguntándome por qué el curso de acción más lógico de repente se siente completamente equivocado.

Capítulo 12
Jenna

El aula de la universidad comunitaria vibra con la energía previa a la presentación. La profesora Winters ajusta el proyector mientras los estudiantes se acomodan en sus asientos. Mis notas cuidadosamente organizadas y los materiales de la presentación están desplegados frente a mí en el podio, pero mis manos no dejan de temblar ligeramente.

He practicado esta presentación del plan de negocio de Wildflower Cottage tantas veces que podría recitarlo dormida, pero hoy es diferente. Hoy no se trata solo de una calificación; se trata de los representantes de la industria que la profesora Winters ha invitado: promotores hoteleros, prestamistas para pequeñas empresas e inversores locales que potencialmente podrían ayudar a transformar mi sueño del papel a la realidad.

—Tres minutos, señorita Davis —dice la profesora Winters, revisando su reloj con una precisión que de alguna manera hace que mi pulso se acelere aún más.

Examino la sala, observando las caras familiares de mis compañeros y las menos familiares de los profesionales visitantes. Sus expresiones van desde cortésmente interesadas hasta impasiblemente evaluadoras, recordándome a cada funcionario bancario que alguna vez ha cuestionado mi capacidad basándose en mi edad.

Mientras los últimos asistentes entran, mi corazón se sobresalta cuando veo una figura familiar deslizándose silenciosamente en la última fila. Ben. Está vestido con su atuendo habitual de negocios informal, pero algo en verlo aquí, fuera de nuestro contexto establecido de la posada o las sesiones de trabajo, crea un extraño aleteo en mi pecho.

No había mencionado que vendría. De hecho, no hemos hablado apropiadamente desde el festival y aquel momento casi culminado bajo la lluvia en el cobertizo de almacenamiento que ninguno de los dos ha reconocido.

Nuestras miradas se cruzan brevemente a través del aula, y él ofrece un ligero asentimiento —profesional, contenido, pero de alguna manera transmitiendo apoyo. El simple gesto me estabiliza de una manera que no esperaba.

—Bienvenidos a todos —comienza la profesora Winters, dirigiéndose a la sala con su característica autoridad—. Hoy tenemos el privilegio de escuchar una propuesta de negocio completa para un emprendimiento de turismo patrimonial. Jenna Davis ha desarrollado un concepto que equilibra la preservación histórica con las demandas modernas de la hospitalidad, un desafío con el que muchos en esta industria luchan por navegar con éxito. Señorita Davis, cuando esté lista.

Respiro profundamente y doy un paso adelante, mi nerviosismo disolviéndose en el territorio familiar de mi plan de negocios. Este es mi elemento. Este es mi sueño.

—Gracias, profesora Winters e invitados de honor, por la oportunidad de presentar Wildflower Cottage Bed & Breakfast, un concepto de alojamiento boutique diseñado para preservar la arquitectura histórica de Evergreen Falls mientras satisface las necesidades evolutivas de los viajeros experienciales de hoy.

Al avanzar a mi primera diapositiva —un hermoso boceto arquitectónico de la casa victoriana restaurada— encuentro que mi voz gana fuerza. Las horas de preparación con Ben, las proyecciones financieras que refinamos juntos, el análisis de mercado que debatimos hasta altas horas de la noche... todo se une mientras avanzo con confianza a través de mi presentación.

Cuando llego a la sección financiera —anteriormente mi área más débil— noto que las cejas de la profesora Winters se levantan ligeramente mientras explico la sofisticada planificación de

contingencias y las proyecciones de ingresos variables. Estos eran conceptos que apenas entendía hace tres semanas, antes de que Ben comenzara a ayudarme a refinar mi enfoque.

—Como pueden ver en este análisis de sensibilidad —explico, indicando el gráfico que Ben me ayudó a desarrollar—, incluso con un 25% de aumento en los costos de renovación, el negocio mantiene su viabilidad, aunque con un plazo prolongado para alcanzar el punto de equilibrio de aproximadamente cuarenta y dos meses en lugar de treinta y seis.

Un hombre en la tercera fila —el señor Harrington del Grupo de Desarrollo Lonestar, según su etiqueta de identificación— se inclina hacia adelante con interés. —Ese es un modelo de contingencia inusualmente completo para una propiedad patrimonial. ¿Qué metodología utilizó para sus proyecciones de costos de renovación?

Es exactamente el tipo de pregunta que me habría desconcertado hace semanas. Ahora, tomo un respiro constante y me lanzo a la explicación que Ben practicó conmigo, detallando los promedios estadísticos para renovaciones de la era victoriana referenciados con estimaciones de contratistas locales y bases de datos de propiedades históricas.

El señor Harrington asiente apreciativamente, tomando notas en su tableta. Varios otros representantes intercambian miradas impresionadas.

Mientras avanzo por las secciones restantes —estrategia de diferenciación de marketing, programación operativa y modelos de personal— siento una confianza creciente. No solo en mis habilidades de presentación, sino en la sustancia detrás de ellas. Los refinamientos que Ben sugirió no han cambiado mi visión; han fortalecido sus cimientos.

Cuando concluyo y abro el turno de preguntas, me encuentro con consultas comprometidas y sustanciales en lugar de las respuestas corteses y desinteresadas que he recibido en presentaciones académicas anteriores. Estas personas están tomando mi concepto en serio, no como un ejercicio estudiantil, sino como una oportunidad de negocio viable.

Durante las preguntas y respuestas, noto que mi mirada ocasionalmente se desvía hacia Ben en la última fila. Su expresión permanece neutral, pero hay algo en sus ojos cuando respondo con éxito a una pregunta financiera compleja —un destello de lo que casi podría ser orgullo.

Cuando la sesión finalmente concluye, la profesora Winters despide a la clase con un entusiasmo poco característico. —Excelente trabajo hoy, particularmente el de la señorita Davis. Su presentación demuestra el nivel de preparación profesional que espero de todos los proyectos finales.

Mientras los estudiantes y visitantes salen, varios representantes de la industria se acercan para intercambiar tarjetas de visita y expresar interés en discutir más a fondo mi concepto. El propio señor Harrington menciona un posible programa de subvenciones para patrimonio al que podría calificar.

Cuando el último visitante se marcha, comienzo a reunir mis materiales con manos que tiemblan ligeramente por la adrenalina residual y una creciente sensación de logro.

—Señorita Davis, un momento —llama la profesora Winters, acercándose al podio con pasos medidos—. Fue un trabajo excepcional, particularmente el modelo financiero. Mostró una sofisticación que no he visto en proyectos de pregrado.

—Gracias, profesora.

Ella me estudia con esa mirada penetrante que hace que los estudiantes se sientan transparentes. —Sus borradores iniciales, aunque conceptualmente sólidos, no demostraban este nivel de rigor financiero. ¿Puedo preguntar si tuvo asistencia para desarrollar esos modelos?

Dudo, sin estar segura si admitir la ayuda disminuiría su evaluación de mi trabajo. —Yo... sí. Un huésped de la posada me ha estado ayudando a refinar ciertos aspectos.

—¿El caballero de la última fila?

Mi sorpresa debe mostrarse en mi rostro porque ella sonríe ligeramente. —He estado enseñando lo suficiente para reconocer cuando alguien está viendo una presentación con interés personal. Parecía bastante impresionado, aunque trataba de no demostrarlo.

Miro hacia la puerta donde Ben había estado sentado, pero ya no está allí. —Ha estado consultando sobre mi plan de negocios. Tiene experiencia en finanzas corporativas.

La profesora Winters asiente pensativamente. —Es una colaboración productiva —observa, con un tono neutral pero de alguna manera conocedor—. Los elementos personales —las prioridades de preservación histórica, el diseño experiencial, el modelo de servicio— claramente son tu visión. Pero el marco financiero que los respalda se ha fortalecido significativamente.

Hace una pausa, sus ojos estudiándome con tranquila consideración. —Es raro encontrar a alguien que complemente tus fortalezas de manera tan efectiva. En asociaciones comerciales, eso es invaluable.

La palabra "asociaciones" queda suspendida en el aire entre nosotras, llevando implicaciones que hacen que mis mejillas se calienten. Me concentro en organizar mis materiales de presentación, evitando su mirada demasiado perspicaz.

—Ha sido una colaboración profesional —digo, las palabras sonando huecas incluso para mis propios oídos—. Su experiencia ha sido valiosa.

Ella inclina ligeramente la cabeza, como si viera algo que aún no estoy lista para reconocer. —Por supuesto —dice, dejando misericordiosamente caer el tema—. En cualquier caso, su calificación final reflejará la calidad excepcional de este trabajo. Y enviaré su información de contacto a varios de nuestros visitantes de hoy que expresaron interés específico.

—Gracias, profesora.

Mientras ella se aleja, me tomo un momento para absorber lo que acaba de suceder. Mi presentación no solo fue exitosa, fue excepcional. Mi plan de negocios no es solo un proyecto estudiantil, está siendo tomado en serio por profesionales de la industria. La validación se siente a la vez estimulante y ligeramente abrumadora.

Una parte de mí quiere correr directamente hacia Ben y compartir este momento, lo cual es en sí mismo una realización que me toma por sorpresa. ¿Cuándo su opinión se volvió tan importante para mí? ¿Cuándo comencé a querer compartir mis triunfos específicamente con él?

Recojo mis materiales y me dirijo al pasillo, casi chocando con Ben, que está esperando justo fuera de la puerta.

—Fuiste excepcional —dice simplemente, su tono formal haciendo poco por ocultar la genuina aprobación en sus ojos.

La combinación de mi adrenalina persistente de la presentación, los elogios de la profesora Winters y la presencia inesperada de Ben me impulsa a la acción antes de que pueda pensarlo demasiado. Me adelanto y lo abrazo, un gesto impulsivo de pura euforia.

Por un momento, Ben se queda completamente inmóvil, su cuerpo rígido por la sorpresa. Luego, gradualmente, sus brazos me rodean, devolviendo el abrazo con presión tentativa.

El contacto dura solo segundos antes de que nos separemos, ambos ligeramente nerviosos por la intimidad espontánea.

—Lo siento —digo, colocando mi cabello detrás de la oreja—. Es solo que... nunca había recibido ese tipo de respuesta antes. La profesora Winters dijo que mis proyecciones financieras eran trabajo de nivel de posgrado.

Ben endereza su camisa ya impecable. —Eran tus proyecciones —insiste, su tono inesperadamente modesto—. Yo simplemente proporcioné orientación estructural.

El hecho de que me esté dando todo el crédito en lugar de enfatizar su contribución me conmueve más profundamente de lo que lo habría hecho un elogio directo.

—Aun así —digo—, no habría podido responder las preguntas del señor Harrington sin tu ayuda.

—Tu comprensión de los conceptos fue impresionante —contrarresta—. Has internalizado principios financieros complejos con una velocidad notable.

Permanecemos allí en el pasillo, rodeados de estudiantes que corren entre clases, atrapados en una burbuja de logro compartido que se siente extrañamente íntima.

—¿Te gustaría tomar un café? —pregunta Ben repentinamente—. Para... celebrar tu exitosa presentación.

Debería decir que no. Tengo un turno vespertino en la posada en dos horas, y pasar más tiempo con Ben fuera de nuestras sesiones de trabajo establecidas se siente como un territorio peligroso.

—Me gustaría —me escucho decir en cambio.

La cafetería del campus está ocupada con el tráfico entre clases, pero logramos encontrar una pequeña mesa junto a la ventana. La luz del sol fluye a través del cristal, capturándose en el cabello oscuro de Ben y destacando las tenues líneas en las comisuras de sus ojos que aparecen cuando casi sonríe. Sus dedos golpetean un ritmo sutil y preciso contra su taza, un pequeño indicio de energía que nunca había notado antes.

—Noté que la profesora Winters parecía particularmente impresionada con tu respuesta a las preguntas de planificación de contingencia —observa Ben, sorbiendo su Earl Grey.

—Lo estaba —confirmo, envolviendo mis manos alrededor de mi chai latte—. De hecho, me preguntó si había recibido ayuda con los modelos financieros. Se dio cuenta de que vinieron de ti.

Ben hace una pausa a medio sorbo. —Espero que eso no haya creado complicaciones para tu evaluación académica.

—En absoluto —le aseguro—. Dijo que era exactamente el tipo de colaboración que transforma conceptos prometedores en negocios viables.

Algo cambia en su expresión: un ablandamiento alrededor de los ojos, un ligero alivio de su postura perpetuamente perfecta. —Tu concepto de negocio siempre fue viable. El modelo financiero simplemente articuló su potencial con más precisión.

—¿Por qué haces eso? —pregunto antes de poder detenerme.

—¿Hacer qué?

—Minimizar tu contribución. La mayoría de las personas en tu posición tomarían crédito por "mentorear" o "guiarme" hacia el éxito.

Él considera esto, su ceño frunciéndose ligeramente. —Tomar crédito por tu logro sería factualmente inexacto. La visión, el desarrollo del concepto, la planificación operativa... esos elementos representan la innovación central. El modelo financiero es meramente una estructura de apoyo.

Lo estudio a través de la mesa, impactada por esta evaluación inesperadamente humilde. —No eres lo que esperaba, Ben Mitchell.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando llegaste por primera vez a la posada, pensé que eras solo otro robot corporativo que veía todo en términos de eficiencia y márgenes de beneficio.

Su boca se tuerce en lo que casi podría ser una sonrisa. —Tu evaluación inicial no carecía completamente de fundamento. Efectivamente priorizo la eficiencia y el retorno de la inversión.

—Pero hay más en ti que eso —continúo, sintiéndome inusualmente audaz—. Entiendes que algunas ineficiencias realmente agregan valor. Respetas la pasión y la visión, no solo los datos y las proyecciones.

Ben parece momentáneamente desconcertado, como si mi observación lo hubiera tomado por sorpresa. Cuando habla, su voz lleva una vacilación poco familiar. —Construía maquetas de edificios cuando era niño —dice inesperadamente.

—¿Qué?

—Modelos arquitectónicos. Construía edificios en miniatura con cualquier material que pudiera encontrar: cartón, palitos de helado, plastilina. Quería ser arquitecto antes de que mi padre sugiriera que los negocios proporcionarían perspectivas de carrera más estables.

Este vistazo a su infancia se siente como un regalo precioso, uno que no había buscado pero que de repente valoro inmensamente. Puedo imaginarlo claramente: un joven Ben con ojos serios, meticulosamente elaborando estructuras en miniatura con la misma precisión que aporta a las hojas de cálculo.

—¿Abandonaste la arquitectura por los negocios?

Él se encoge de hombros ligeramente, el gesto inesperadamente humano de alguien habitualmente tan compuesto. —Fue una decisión lógica. Mis habilidades analíticas eran adecuadas para la estrategia empresarial, y la trayectoria profesional ofrecía mayor seguridad financiera.

—Pero todavía piensas en ello —sugiero suavemente—. Los edificios que podrías haber diseñado.

Algo parpadea en su rostro, vulnerabilidad, quizás, o arrepentimiento. La ligera inclinación hacia abajo de su cabeza, la forma en que sus dedos se detienen en el asa de su taza... estos pequeños gestos revelan más que sus palabras cuidadosamente medidas.

—Ocasionalmente. Aunque no es práctico detenerse en trayectorias alternativas hipotéticas.

—¿Qué era lo que más te gustaba construir?

Parece sorprendido por la pregunta, como si nadie le hubiera preguntado nunca sobre esta parte de su vida. —Restauraciones históricas, de hecho. Investigaba períodos arquitectónicos e intentaba recrear edificios con detalles precisos de la época.

El paralelismo con mi propia pasión por la preservación histórica crea una conexión inesperada entre nosotros. La coincidencia —que el estratega corporativo abotonado secretamente albergara la misma pasión por la arquitectura histórica que impulsa mi propio sueño— se siente significativa de una manera que no puedo articular completamente.

—Habrías sido un gran arquitecto de preservación.

—Quizás —reconoce, luego redirige—. ¿Y tú? ¿Cuándo te interesaste por primera vez en la hospitalidad?

Sonrío, el recuerdo surgiendo fácilmente. —Tenía siete años. Mi abuela dirigía una pequeña casa de huéspedes, y me dejaba arreglar flores para las habitaciones. Me lo tomaba tan en serio... combinando colores con la decoración de las habitaciones, asegurándome de que cada arreglo fuera visible desde la cama. Me encantaba lo feliz que hacía a la gente entrar en una habitación y ver esos toques personales.

—Siempre has sabido lo que querías —observa Ben.

—No siempre —admito, pensando en nuestro casi beso bajo la lluvia y la confusión que siguió—. A veces lo que crees que quieres cambia cuando aprendes más.

Nuestras miradas se encuentran a través de la mesa, y algo en el aire entre nosotros cambia. La distancia profesional que hemos mantenido a través de nuestras sesiones de trabajo se siente de repente insuficiente, como una prenda que ya no ajusta bien.

El ruido ambiental de la cafetería —estudiantes charlando, máquinas de espresso silbando, sillas raspando contra las baldosas— parece desvanecerse mientras el espacio entre nosotros se carga con una conciencia no expresada. Sus ojos, generalmente tan reservados, sostienen los míos con una intensidad inesperada. Cada respiración compartida se siente significativa, como si ambos estuviéramos esperando algo que ninguno de nosotros ha nombrado.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Bajo la mirada para ver un mensaje de la profesora Winters: "Nota final publicada. A con mención especial por proyecciones financieras. Trabajo excepcional, Jenna".

—Obtuve una A —digo, mirando a Ben con creciente entusiasmo—. Con mención especial por las proyecciones financieras.

—Felicitaciones —dice, calidez genuina en su tono—. Es bien merecido.

Observo cómo su reserva habitual se suaviza en algo más genuino: la ligera curva de su boca, el calor en sus ojos, la forma en que sus hombros se relajan incrementalmente. Esta versión de Ben, la que apareció para apoyarme sin que se lo pidiera, que celebra mi éxito sin reclamar crédito, que comparte sueños infantiles de construir cosas hermosas... esta versión se está volviendo cada vez más difícil de resistir.

El momento se estira entre nosotros, cargado de posibilidad. Su mirada cae brevemente a mis labios, luego vuelve a mis ojos, una pregunta en el sutil cambio. Mi corazón se acelera cuando me doy cuenta de lo que estoy a punto de hacer, lo que quiero hacer.

La validación de semanas de trabajo, la adrenalina persistente de la presentación, la conexión inesperada de nuestras revelaciones personales... todo converge en un momento de pura euforia. Antes de poder cuestionarme, me inclino sobre la mesa y lo beso.

El contacto es breve pero inconfundible, nada como el momento casi culminado bajo la lluvia. Sus labios están cálidos y sorprendentemente suaves, y durante la fracción de segundo antes de retirarme, lo siento responder con suave presión.

La realidad regresa bruscamente cuando nos separamos. Ben parece tan aturdido como yo me siento, su habitual compostura completamente alterada. Mis límites profesionales se han disuelto, y su distancia cuidadosamente mantenida ha fallado visiblemente.

—Eso fue... —comienza Ben, su voz inusualmente incierta.

—Poco profesional —termino, aunque mi corazón acelerado sugiere otros descriptores.

—Quizás —está de acuerdo—, pero no indeseado.

La simple admisión envía una oleada de calidez a través de mí. Nos sentamos en un silencio cargado por un momento, ambos procesando este cambio fundamental en nuestra dinámica.

—Probablemente deberíamos discutir esto —digo finalmente, reuniendo mi coraje.

Ben asiente, siempre el analista incluso en territorio emocional. —Deberíamos establecer parámetros.

—¿Parámetros? —me río suavemente—. Diría que hemos ido mucho más allá de los parámetros a estas alturas.

—No obstante —insiste, aunque su tono carece de su certeza habitual—, deberíamos considerar las variables involucradas. Mi año sabático tiene una fecha de finalización definida. Tu plan de negocios tiene plazos de implementación. Hay consideraciones prácticas...

—Ben —interrumpo suavemente—, ¿se te ha ocurrido que tal vez esto no es algo que podamos analizar con hojas de cálculo y proyecciones?

Parpadea, genuinamente desconcertado por la sugerencia. —¿Cómo propondrías que lo abordemos, entonces?

Recojo mis materiales de presentación, de repente consciente de la hora. —Necesito ir a mi turno en la posada. ¿Por qué no continuamos esta conversación esta noche? ¿En la biblioteca a las ocho?

Él asiente, visiblemente recuperando su compostura. —Eso sería aceptable.

Mientras caminamos hacia la salida del campus, el espacio físico entre nosotros se siente cargado de una manera que nunca antes lo había estado. El sol es cálido en mi piel mientras salimos del edificio, capturándose en mi cabello y en la sutil sonrisa de Ben.

—Jenna —dice cuando llegamos al estacionamiento, mi nombre sonando diferente de alguna manera en su voz—. Tu presentación fue realmente excepcional. No solo las proyecciones financieras, sino todo el concepto. Wildflower Cottage será... especial.

La simple sinceridad de su evaluación, libre de sus habituales matices analíticos, crea un aleteo en mi pecho que no tiene nada que ver con la validación profesional.

—Gracias —digo suavemente.

Mientras lo veo caminar hacia su coche, me sorprende cuán completamente ha cambiado mi percepción de Benjamin Mitchell desde su llegada a Evergreen Falls. El robot corporativo que inicialmente descarté se ha convertido en alguien cuya opinión importa más de lo que estoy lista para admitir. Alguien cuya presencia en mi planificación de negocios se ha extendido mucho más allá de la consultoría profesional.

Alguien a quien acabo de besar impulsivamente después de mi presentación de negocios.

Toco mis labios brevemente con mis dedos, todavía sintiendo la suave presión del contacto. La conversación de esta noche determinará si intentamos volver a un terreno profesional más seguro o avanzamos hacia algo que ninguno de los dos planeó. Las apuestas se sienten repentinamente enormes, no solo para mi plan de negocios sino para mi corazón. El año sabático de Ben tiene una fecha de finalización definida. Mi futuro en Evergreen Falls apenas comienza a tomar forma. La parte racional de mí sabe que estos son obstáculos que no podemos ignorar.

Pero la parte de mí que acaba de besarlo a través de una mesa de café se pregunta si algunos riesgos valen la pena, incluso cuando las proyecciones financieras no garantizan un retorno de la inversión emocional.

Pase lo que pase esta noche, una cosa es cierta: los parámetros de nuestra relación han cambiado fundamentalmente, y no hay hoja de cálculo en el mundo que pueda predecir hacia dónde vamos desde aquí.

Capítulo 13
Ben

La Suite Hemingway se siente asfixiantemente pequeña esta noche, a pesar de sus generosas dimensiones. Recorro la habitación a lo largo, exactamente siete pasos, giro y repito. Mis pensamientos se niegan a organizarse en los patrones ordenados de los que dependo. En cambio, giran caóticamente, centrados en un evento disruptivo que desafía mi habitual categorización analítica:

Jenna Davis me besó.

Me detengo junto a la ventana, mirando el paisaje oscurecido de Evergreen Falls sin verlo realmente. Mi reflejo me devuelve la mirada—cabello ligeramente despeinado de tanto pasarme las manos por él, corbata aflojada, expresión excepcionalmente insegura.

Esto no formaba parte de mi plan de año sabático.

Intento imponer estructura a mis pensamientos, creando un marco de evaluación mental como lo haría para cualquier decisión empresarial. Beneficios potenciales frente a riesgos de iniciar una relación romántica con Jenna Davis:

Beneficios: Compatibilidad bioquímica innegable. Compromiso intelectual compartido. Enfoques analíticos complementarios. Su comprensión de la importancia arquitectónica histórica. La inexplicable ligereza que siento en su presencia.

Riesgos: Mi año sabático termina en tres semanas. Mi carrera requiere regresar a Boston. Su plan de negocio está geográficamente fijado a esta ubicación. Los límites profesionales han sido comprometidos. El enredo emocional podría perjudicar la toma de decisiones objetiva.

El análisis debería ser sencillo. Los riesgos claramente superan los beneficios. Cualquier evaluación racional concluiría que seguir con esta conexión es desaconsejable.

Sin embargo, por primera vez en mi vida profesional, me encuentro incapaz de seguir la conclusión lógica de mi propio análisis.

Aflojo aún más mi corbata, quitándomela por completo y colocándola con precisión sobre el respaldo de la silla del escritorio. Su presentación hoy fue excepcional—segura, articulada, minuciosamente preparada. La forma en que manejó las preguntas de esos representantes de la industria demostró tanto dominio técnico como pasión genuina por su concepto. Verla dominar esa sala creó un inesperado sentimiento de... ¿orgullo? No es que pueda atribuirme el mérito de sus capacidades, que claramente eran sustanciales antes de mi aportación.

Miro mi reloj. Siete y treinta y dos. Veintiocho minutos hasta nuestra reunión programada en la biblioteca.

Esto es meramente una inversión profesional en un proyecto al que he contribuido, me digo a mí mismo. Un interés natural en la ejecución exitosa de algo que he ayudado a desarrollar. La misma satisfacción que sentiría en cualquier consultoría empresarial exitosa.

Excepto que nunca antes había besado impulsivamente a un socio comercial.

El recuerdo se entromete con sorprendente claridad—sus labios presionados contra los míos en ese breve e inesperado momento. La sorpresa inicial seguida por algo completamente distinto. Algo que desafía la pulcra categorización que prefiero.

Reanudo el paso. Siete pasos. Giro. Repito.

Por primera vez en mi carrera—quizás en mi vida—no puedo compartimentar mis sentimientos ni crear un marco racional para la toma de decisiones. Mi pulso se acelera ante la idea, mi estómago se tensa con una sensación similar a cuando un modelo financiero muestra variables inesperadas. Es como si hubiera descubierto que un principio matemático fundamental

ya no se aplica.

He construido mi éxito profesional sobre el desapego emocional y el análisis objetivo. Sin embargo, aquí estoy, en una posada de un pueblo pequeño, incapaz de mantener ninguno de los dos cuando se trata de Jenna Davis.

Mi reflejo en la ventana muestra a un hombre que apenas reconozco—alguien inseguro, conflictivo y, lo más inquietante, vulnerable.

Siete pasos. Giro. Repito.

Esto no puede continuar. Debemos establecer parámetros claros esta noche. Restablecer los límites profesionales. Reconocer el error de juicio y avanzar con la distancia adecuada.

Me enderezo el cuello de la camisa, pasándome una mano por el pelo en un intento fútil de restaurar el orden. Lo que necesito es estructura, claridad y discurso racional.

Lo que temo es que nada de esto importará en el momento en que la vuelva a ver.

Llego a la biblioteca quince minutos antes, organizando mis notas en pilas precisas sobre la mesa—proyecciones financieras a la izquierda, análisis de marketing en el centro, evaluaciones de propiedades a la derecha. La organización metódica proporciona una reconfortante ilusión de control.

La biblioteca está vacía a esta hora, silenciosa excepto por el constante tictac del reloj de pie en la esquina. Un fuego crepita suavemente en la chimenea de piedra, proyectando sombras danzantes sobre los libros encuadernados en piel que cubren las estanterías de caoba. El aroma de papel viejo y pulimento de madera impregna el aire, creando una atmósfera de intimidad erudita. Fuera de las ventanas, la oscuridad se ha asentado por completo, transformando los cristales en espejos que reflejan la cálida iluminación ámbar del interior. La lluvia comienza a golpear contra los cristales, una suave percusión que de alguna manera intensifica la calidez de la habitación.

Escojo un asiento de cara a la puerta, luego reconsidero y me muevo a uno con la espalda hacia la entrada, y luego cambio de opinión nuevamente.

Esta indecisión es totalmente impropia de mí.

Finalmente me decido por un asiento que me permite ver la puerta sin parecer que estoy esperando su llegada. Mis dedos tamborilean un patrón preciso sobre la mesa—un hábito nervioso que no he practicado desde que defendí mi tesis de MBA.

A las siete cincuenta y ocho, oigo sus pasos en el pasillo. Mi ritmo cardíaco se acelera inmediatamente, una respuesta autónoma que no puedo controlar. Mis palmas se humedecen ligeramente—una reacción fisiológica que normalmente asocio con presentaciones a clientes de alto riesgo, no con reuniones de negocios casuales. Me concentro en mi respiración—cuatro tiempos para inhalar, cuatro para exhalar—una técnica que he utilizado antes de las reuniones trimestrales del consejo en Hartwell & Associates.

Esto no debería calificarse como de alto riesgo. Es simplemente una reunión de negocios.

La puerta se abre y Jenna está en la entrada. Se ha cambiado del atuendo de presentación a unos vaqueros y un suave suéter azul que combina con sus ojos. Su cabello cae suelto alrededor de sus hombros en lugar de su habitual estilo práctico. Duda momentáneamente cuando me ve, sus dedos apretándose casi imperceptiblemente sobre la carpeta que lleva.

—Hola —dice, con la voz ligeramente más alta de lo habitual.

—Buenas noches —respondo, mi propia voz sonando extrañamente formal a mis oídos.

Ella cruza hacia la mesa, manteniendo una distancia cuidadosa mientras toma asiento frente a

mí. —Traje la sección de marketing actualizada con los cambios que discutimos la semana pasada.

—Excelente. He preparado algunas notas adicionales sobre las proyecciones financieras basadas en los comentarios de la presentación de hoy.

Intercambiamos documentos con cuidado exagerado, evitando cualquier posibilidad de que nuestros dedos se toquen. La atmósfera entre nosotros se siente cargada de tensión no reconocida, como si el aire mismo se hubiera convertido en un conductor de la conciencia que ambos intentamos ignorar.

—Tu presentación fue extremadamente efectiva —digo, manteniendo una distancia profesional en mi tono—. Los representantes de la industria parecían adecuadamente impresionados.

—Gracias. —Abre su carpeta, sin encontrarse del todo con mis ojos—. La profesora Winters dijo que los modelos financieros eran trabajo de nivel de posgrado.

—Una evaluación justa. Tu comprensión del material es impresionante.

Caemos en silencio—no la tranquila comodidad de nuestras sesiones de trabajo anteriores, sino algo restringido y artificial. Jenna mira fijamente el documento frente a ella, aunque noto que no ha pasado realmente una página en setenta y cuatro segundos.

Esto no puede continuar. La incomodidad es contraproducente para una colaboración efectiva.

—Quizás deberíamos abordar lo que sucedió en la cafetería —digo, sorprendiéndome a mí mismo con lo directo de la declaración.

Jenna mira hacia arriba, con color subiendo a sus mejillas. —Lo siento por eso. Fue poco profesional. Estaba emocionada por la presentación y...

—No es necesaria ninguna disculpa —interrumpo, sintiendo una inesperada necesidad de evitar que descarte lo sucedido—. Simplemente sugería que reconocerlo podría permitirnos proceder de manera más efectiva.

Ella me estudia por un momento, su expresión cambiando de vergüenza a algo más contemplativo. —De acuerdo. Vamos a reconocerlo. Te besé. No parecías totalmente opuesto a ello.

—Eso es preciso.

—Y ahora las cosas se sienten raras entre nosotros.

—También es preciso.

Suspira, cerrando su carpeta y encontrándose directamente con mi mirada. —Mira, Ben, valoro nuestro trabajo juntos. Tu aporte ha fortalecido significativamente mi plan de negocios. Pero estaría mintiendo si dijera que no he empezado a sentir... algo más allá de la colaboración profesional.

La franqueza de su admisión crea una presión inesperada en mi pecho—algo entre alivio y ansiedad. —He experimentado un cambio similar en mi perspectiva —admito cuidadosamente.

—Pero —continúa—, te vas en tres semanas. Y yo estoy enfocada en lanzar Wildflower Cottage. Y esto comenzó como una relación profesional...

—Todas consideraciones válidas —concuerdo, encontrando comodidad en el retorno a la evaluación práctica—. El momento es problemático.

—Muy problemático.

Volvemos a quedarnos en silencio, pero la calidad del silencio ha cambiado—es más honesto, menos tenso. Jenna traza distraídamente un patrón en la mesa con su dedo, su expresión pensativa.

—No sé cuál es la respuesta —dice finalmente—. Fingir que no hay atracción parece inútil. Pero perseguirla seriamente dadas las circunstancias parece igualmente imprudente.

Considero su evaluación, encontrándola notablemente alineada con mi propio análisis. —Una conclusión lógica.

Ella levanta la mirada, estudiándome con una intensidad inesperada. —¿Es eso todo lo que es para ti? ¿Un problema lógico que resolver?

La pregunta me toma por sorpresa. —Abordo todas las situaciones analíticamente —digo cuidadosamente—. Es cómo proceso la información.

—Pero algunas cosas no pueden resolverse con hojas de cálculo y proyecciones —me desafía suavemente—. Algunas cosas simplemente tienes que sentirlas.

El concepto es tan ajeno a mi procedimiento operativo normal que lucho por formular una respuesta. —No estoy acostumbrado a priorizar datos emocionales sobre análisis objetivos.

Una pequeña sonrisa toca sus labios. —Me he dado cuenta.

Otro silencio cae entre nosotros, pero este se siente eléctrico con posibilidades. Afuera, la lluvia se intensifica, golpeando contra las ventanas en un ritmo creciente.

—¿Y si —dice Jenna lentamente—, reconocemos la atracción pero establecemos parámetros claros?

—¿Qué clase de parámetros propones?

Toma un respiro profundo, como si reuniera valor. —Un arreglo temporal. Mientras estés aquí en Evergreen Falls, exploramos lo que sea que haya entre nosotros, pero con el entendimiento de que tiene un final definido cuando termine tu año sabático.

—Una relación de vacaciones —aclaro, analizando el concepto como diseccionaría una propuesta de negocio con un ROI incierto.

—Exactamente. Sin expectativas más allá de tu tiempo aquí. Continuamos nuestra colaboración profesional en mi plan de negocios, pero no fingimos que no hay algo más sucediendo también.

Considero la propuesta, examinándola desde múltiples ángulos. Proporciona un enfoque estructurado a una situación emocional de otro modo caótica. Reconoce la realidad mientras impone limitaciones razonables. Repaso escenarios potenciales como lo haría con un análisis de mercado, sopesando posibles resultados contra objetivos predeterminados.

—Parece un compromiso racional —digo finalmente—. Una línea de tiempo predefinida con expectativas claras.

Jenna ríe suavemente, el sonido calentando algo en mi pecho. —Solo tú harías que una aventura de vacaciones sonara como un contrato comercial.

—Prefiero términos claros —digo, ligeramente a la defensiva.

—Lo sé. Y honestamente, eso es parte de lo que encuentro... —Hace una pausa, buscando la palabra correcta—. Entrañable en ti. Eres exactamente quien eres, sin pretensiones.

El cumplido crea una calidez inesperada que se extiende a través de mí. —¿Entonces estamos de acuerdo? ¿Una relación definida limitada a mi tiempo restante en Evergreen Falls?

—De acuerdo —confirma con un asentimiento—. Aunque debo advertirte, todavía planeo incorporar esos montantes históricos en mi presupuesto de restauración, a pesar de tus objeciones de eficiencia.

—Tu obstinada adherencia a la autenticidad arquitectónica a pesar de su impracticidad es... —busco la descripción correcta, encontrándome sonriendo ligeramente—. También entrañable.

Sus ojos se ensanchan en fingida sorpresa. —Benjamin Mitchell, ¿eso fue casi un sentimiento romántico?

—Una observación objetiva —corrijo, aunque no puedo reprimir del todo mi sonrisa.

Ella extiende la mano a través de la mesa, su mano descansando cerca de la mía—no del todo tocándose, pero lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor de su piel—. ¿Entonces a dónde vamos desde aquí?

La pregunta contiene múltiples capas de significado—próximos pasos inmediatos, cómo navegamos esta relación recién definida, qué sucede con su plan de negocios. Por una vez, no tengo una respuesta preparada o una respuesta estructurada.

En cambio, me encuentro haciendo algo completamente poco característico. Extiendo la mano y salvo la pequeña distancia entre nuestras manos, mis dedos cubriendo los suyos en un gesto que se siente simultáneamente simple y monumental.

—No lo sé —admito en voz baja—. Pero me encuentro inusualmente interesado en descubrir la respuesta.

La sonrisa que se extiende por su rostro crea una calidez correspondiente en mi pecho que desafía la explicación racional. Ella gira su mano bajo la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Creo —dice, su voz más suave ahora—, que deberíamos comenzar por revisar estas proyecciones de marketing.

Parpadeo sorprendido, y luego capto el destello de broma en sus ojos. —Ese sería el enfoque práctico.

—¿Y luego quizás podríamos continuar nuestra discusión durante la cena? El chef Mike mencionó que está probando una nueva receta de risotto esta noche.

—Me parecería aceptable —digo, nuestras manos unidas creando un extraño circuito de conexión que hace que mi habitual fraseología formal se sienta casi como una broma privada entre nosotros.

Jenna aprieta mi mano una vez antes de retirarla con reluctancia para abrir su carpeta. —Bien. Seamos prácticos primero, luego... menos prácticos.

Volvemos al plan de negocios, pero todo ha cambiado sutilmente. Cada mirada compartida lleva un nuevo significado. El roce accidental de hombros mientras nos inclinamos sobre el mismo documento envía una corriente inesperada a través de mí. Incluso sus correcciones a mis sugerencias se sienten diferentes—menos como debate y más como colaboración.

Mientras trabajamos, me encuentro experimentando una curiosa sensación—una ligereza que no he sentido en años, quizás nunca. La presión de la optimización constante, de posicionamiento estratégico de carrera, de mantener un control perfecto—todo se siente temporalmente suspendido en este momento con ella.

Me digo a mí mismo que esto es meramente la respuesta bioquímica a la atracción mutua—dopamina, serotonina, químicos naturales creando un estado temporal de humor elevado. Me digo que nuestro acuerdo es práctico y limitado en el tiempo, una forma responsable de abordar una situación imprevista.

Lo que no me permito considerar es la creciente certeza de que tres semanas no serán ni de cerca tiempo suficiente.

Una hora más tarde, nos hemos trasladado a la pequeña zona del comedor contigua a la cocina. El Chef Mike efectivamente ha preparado un risotto, una variedad de setas silvestres con rebozuelos recolectados localmente que sirve con evidente orgullo. El restaurante está casi vacío a esta hora, dándonos una privacidad que se siente tanto íntima como ligeramente peligrosa.

—¿Así que todo tu enfoque profesional está construido sobre la optimización? —pregunta

Jenna, dando un sorbo a su vino. La suave iluminación capta los tonos ámbar de su cabello, creando un efecto que me distrae momentáneamente de su pregunta.

Me concentro de nuevo. —Esencialmente, sí. En Hartwell & Associates, nos especializamos en identificar ineficiencias e implementar mejoras sistemáticas. Mi especialidad particular es la racionalización de operaciones mientras se mantienen las ventajas estratégicas.

—Eso suena... —Busca una palabra diplomática.

—¿Clínico? —sugiero, reconociendo su vacilación.

Sonríe. —Iba a decir integral. Pero sí, clínico también.

—El desapego clínico lleva a una evaluación objetiva —explico, cayendo en el ritmo familiar de los conceptos empresariales—. Las emociones nublan el juicio.

—Quizás en los negocios —gira pensativamente su tenedor en el risotto—. Pero en la restauración, el desapego clínico lleva a espacios sin alma. Los edificios necesitan ser entendidos como entidades vivas con historias y personalidades, no solo como activos para ser optimizados.

La pasión en su voz crea una resonancia inesperada. —A los ocho años, construía modelos a escala de casas victorianas —admito, sorprendiéndome a mí mismo con la revelación—. Completos con ventanas apropiadas para la época y molduras de pan de jengibre proporcionadas correctamente.

Sus ojos se ensanchan con interés. —¿En serio? Eso es fascinante. ¿Qué te atrajo específicamente de la arquitectura victoriana?

Considero la pregunta, buscando recuerdos que no he revisitado en décadas. —La precisión matemática subyacente a la aparente complejidad. La simetría deliberada. La forma en que los elementos ornamentales siguen patrones consistentes mientras parecen únicamente decorativos.

—Así que incluso de niño, estabas analizando sistemas y patrones —observa.

—Mi padre sugirió aplicaciones más prácticas para mis tendencias analíticas —digo, emergiendo las palabras antes de que pueda filtrarlas.

—Pero te encantaba —insiste, inclinándose ligeramente hacia adelante.

La palabra "encantar" suena excesivamente emocional, y sin embargo, me encuentro asintiendo. —Encontraba satisfacción en la integración de forma y función. La investigación histórica. La ejecución precisa de detalles intrincados.

—Y sin embargo te dedicaste a la estrategia corporativa —señala, con un tono más curioso que crítico.

—Era la elección lógica para mis aptitudes. —La explicación suena hueca incluso para mis oídos, como una respuesta ensayada en lugar de una respuesta genuina.

Jenna me estudia con una percepción inesperada. —Pero no necesariamente lo que te apasionaba.

Su observación golpea incómodamente cerca de pensamientos que he estado evitando desde que Timothy me dejó de lado. Mi tenedor se detiene a medio camino hacia mi boca mientras considero cómo responder. —La pasión es una base poco fiable para la planificación profesional.

—Quizás —concede—. Pero es lo que te ayuda a superar los días difíciles. Es por eso que he pasado tres años desarrollando Wildflower Cottage mientras trabajaba en recepción y asistía a clases. Cuando realmente crees en algo, los obstáculos se convierten en desafíos en lugar de barreras.

Su convicción es convincente, sus ojos brillan con auténtica fe. Considero lo que me impulsa en mi rol corporativo: la satisfacción de resolver problemas complejos, sí, pero cada vez más eclipsada por métricas y políticas desconectadas de un impacto significativo.

—Tu dedicación a tu visión es admirable —digo finalmente—. Pocas personas mantienen tal

enfoque durante años de planificación.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Cuál es tu visión más allá del año sabático? ¿Regresar a Boston, retomar tu posición, seguir escalando en la jerarquía corporativa?

La pregunta debería tener una respuesta simple. Hace tres semanas, la habría tenido. Sin embargo, me encuentro dudando, la certeza que una vez sentí sobre mi trayectoria profesional extrañamente disminuida.

—Esa es la progresión lógica —digo, consciente de que no estoy respondiendo directamente a su pregunta.

—¿Pero es lo que quieres? —insiste, dejando su tenedor y mirándome con una intensidad que me hace sentir inquietantemente transparente.

El reloj de pie del comedor da las nueve, salvándome de una respuesta que no estoy preparado para formular. Jenna lo mira, y luego vuelve a mí con un sutil cambio en su expresión.

—Probablemente deberíamos volver a la biblioteca si vamos a terminar de revisar esas proyecciones esta noche —sugiere.

Asiento, tanto aliviado como extrañamente decepcionado por la interrupción. —Un plan sensato.

Mientras caminamos de regreso a través de la posada silenciosa, nuestras manos se rozan accidentalmente. El breve contacto envía una corriente inesperada a través de mí, aumentando mi conciencia de su presencia.

La biblioteca se siente diferente cuando regresamos, de alguna manera más íntima, con el fuego reducido a brasas brillantes que bañan la habitación en una luz suave y cambiante. La lluvia continúa afuera, creando un capullo de sonido que parece separar este espacio del mundo exterior.

Reanudamos nuestro trabajo en su plan de negocios, pero una nueva conciencia colorea cada interacción. Cuando se inclina para señalar un detalle en la sección de marketing, noto la delicada curva donde su cuello se encuentra con su hombro. Cuando explico una proyección financiera, me distrae la forma en que coloca su cabello detrás de la oreja, revelando un pequeño pendiente plateado con forma de hoja.

Gradualmente, nuestra discusión profesional da paso a intercambios más personales. Me habla sobre su infancia en un pueblo cercano, sobre los veranos que pasó ayudando a su abuela a restaurar muebles antiguos, sobre el primer edificio histórico del que se enamoró: una biblioteca victoriana no muy diferente a esta.

Me encuentro compartiendo historias que rara vez discuto: mi fascinación por la arquitectura, mi primera pasantía en una firma consultora donde meticulosamente rediseñé su sistema de archivo sin que me lo pidieran, la satisfacción que encontré al crear orden a partir del caos.

—Así que siempre has sido así —dice, pero hay calidez en su tono en lugar de crítica.

—¿Como qué?

—Preciso. Metódico. Decidido a mejorar todo lo que te rodea.

Considero su evaluación. —Esos rasgos me han servido bien profesionalmente.

—Estoy segura de que sí. Pero, ¿te hacen feliz, Ben?

La pregunta me toma desprevenido, tan directa y fundamental que no tengo una respuesta preparada. La felicidad no ha sido una métrica que haya aplicado a mis elecciones profesionales; la eficiencia, el avance y el logro han sido mis principales medidas de éxito.

—Encuentro satisfacción en resolver problemas complejos —digo finalmente.

La expresión de Jenna sugiere que escucha lo que no estoy diciendo. —Eso no es lo mismo que la felicidad.

Han pasado horas sin que lo note, un fenómeno que rara vez experimento. El reloj de pie da las doce, sobresaltándonos a ambos.

—No puedo creer lo tarde que es —dice con una sonrisa—. Probablemente deberíamos terminar por esta noche.

Asiento, tanto aliviado como extrañamente decepcionado por la interrupción. —¿Tienes turno temprano mañana?

—No hasta las diez, en realidad. —Empieza a recoger sus materiales, organizándolos con una precisión cuidadosa que refleja mis propios hábitos—. Pero debería dejarte descansar. Hoy ha sido... un día movido.

—Ciertamente.

Nos ponemos de pie simultáneamente, el aire entre nosotros cargado con una nueva conciencia. Nuestros parámetros cuidadosamente negociados de repente parecen teóricos frente a la proximidad física.

—Entonces —dice, su voz ligeramente más baja que antes—. ¿Nuestro acuerdo comienza ahora?

—Ese era mi entendimiento —respondo, encontrando extrañamente difícil mantener mi habitual tono analítico.

Se acerca más, lo suficientemente cerca como para que pueda detectar el leve aroma de su perfume, algo floral con sutil complejidad que me hace querer identificar cada nota componente. —¿Y está estrictamente limitado a tu tiempo en Evergreen Falls?

—Esos fueron los términos acordados. —Soy consciente de que mi pulso se acelera, mi respiración se vuelve ligeramente más superficial.

Otro paso más cerca. —¿Y ambos tenemos claro que esto es temporal? ¿Sin expectativas irrealistas?

—Completamente claro. —Mi voz suena diferente a mis oídos, más profunda, menos controlada.

Sus ojos buscan los míos. —Entonces no hay razón para no aprovechar al máximo el tiempo que tenemos.

Algo cambia en la atmósfera entre nosotros, la energía potencial convirtiéndose en cinética mientras cierro la distancia restante. A diferencia de nuestro breve e impulsivo momento en la cafetería, esto es deliberado, una elección que ambos estamos haciendo conscientemente.

Mis manos encuentran su cintura mientras las suyas se deslizan hasta mis hombros. La parte analítica de mi mente cataloga datos sensoriales: la suavidad de su suéter bajo mis dedos, el ligero enganche en su respiración cuando la atraigo más cerca, la forma en que sus ojos se oscurecen cuando bajo mi cabeza hacia la suya.

Entonces sus labios se encuentran con los míos, y el análisis da paso a la experiencia.

Este beso es diferente del breve contacto en la cafetería, más profundo, más intencional. Sus labios son suaves contra los míos, tentativos al principio, luego más seguros. Una de sus manos se mueve a mi pelo, dedos pasando a través de él de una manera que normalmente perturbaría mi preferencia por el orden, pero ahora se siente inexplicablemente correcto. La atraigo más cerca, mis brazos apretándose alrededor de su cintura hasta que puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

El tiempo se vuelve extrañamente elástico, estirándose y comprimiéndose simultáneamente. No podría decir con certeza si pasan segundos o minutos antes de que finalmente nos separemos, ambos ligeramente sin aliento.

—Bueno —dice Jenna, con un ligero temblor en su voz—, creo que nuestro acuerdo está

teniendo un comienzo prometedor.

Me encuentro sin mi habitual vocabulario preciso, capaz solo de asentir mientras intento reconciliar la intensidad de mi respuesta con mi comportamiento típicamente controlado.

Sonríe, estirándose para alisar mi pelo donde sus dedos lo han desordenado. El gesto es inesperadamente íntimo, creando un tipo diferente de conexión que el beso mismo.

—Buenas noches, Ben —dice suavemente, recogiendo sus materiales.

—Buenas noches, Jenna. —Mi voz ha vuelto mayormente a la normalidad, aunque algo en mi tono aún suena diferente a mis propios oídos.

En la puerta, se detiene, mirando por encima de su hombro. —Tres semanas van a pasar muy rápido, ¿no?

La observación lleva un peso más allá de su significado superficial, un reconocimiento de la tensión inherente en nuestro acuerdo. Hemos acordado una relación con una fecha de finalización predeterminada, sin embargo, ya hay una sugerencia de que el marco de tiempo podría ser insuficiente.

—El tiempo es una constante —digo, recurriendo a los hechos frente a la incertidumbre emocional—. Aunque la percepción subjetiva puede crear la ilusión de un paso variable.

Su sonrisa se ensancha. —En ese caso, espero que se sienta subjetivamente más largo de lo que objetivamente es.

Después de que se va, permanezco en la biblioteca durante varios minutos, intentando procesar lo que acaba de suceder. El marco racional que hemos establecido —una relación vacacional con límites claros y expectativas— debería proporcionar una estructura adecuada para la situación.

Sin embargo, mientras reúno mis propios materiales para regresar a la Suite Hemingway, soy consciente de una posibilidad preocupante: que los parámetros que hemos negociado tan cuidadosamente podrían resultar tan ineficaces para contener nuestra creciente conexión como mi mente analítica lo ha sido para controlar mi respuesta a Jenna Davis.

Algunas ecuaciones, al parecer, desafían incluso los cálculos más cuidadosos.

Después de que se va, permanezco en la biblioteca, el silencio presionando contra mí como un peso físico. Sus palabras de despedida —"espero que se sienta subjetivamente más largo de lo que objetivamente es"— persisten, una ecuación que no puedo resolver con las herramientas a mi disposición. El fuego se ha reducido a brasas, la lluvia un murmullo constante contra las ventanas, sin embargo, la habitación se siente más cálida de lo que debería, cargada con el residuo de su presencia. Mis notas están en sus pilas precisas, pero mis dedos flotan sobre ellas, inusualmente vacilantes. El marco racional que hemos construido —tres semanas, términos claros, sin expectativas— debería anclarme. No lo hace.

Recojo mis materiales, movimientos mecánicos, y me dirijo hacia la Suite Hemingway. Siete pasos por el pasillo. Giro. Repito. El ritmo no logra estabilizarme. Mi pulso permanece elevado, una variable que no puedo normalizar, y mi mente reproduce el beso —la presión deliberada de sus labios, el calor inesperado de sus manos en mi pelo. Me digo a mí mismo que es bioquímica, una cascada predecible de dopamina y adrenalina. La explicación me parece inadecuada.

Llego a mi puerta, llave en mano, cuando escucho su voz detrás de mí.

—¿Ben?

Me giro, y ahí está —Jenna, de pie al final del pasillo, su carpeta apretada contra su pecho como un escudo. Su suéter se adhiere suavemente a su figura, su cabello captando la tenue luz de una manera que desafía mi capacidad para ignorarlo. Ella duda, luego se acerca, su expresión una mezcla de resolución e incertidumbre.

—Pensé que te dirigías a tu habitación —digo, mi voz más estable de lo que me siento.

—Así era. —Se detiene a unos pocos pies de distancia, lo suficientemente cerca como para que pueda ver el leve rubor que aún colorea sus mejillas—. Pero me di cuenta de que dejamos algo sin resolver.

—¿Sin resolver? —Mi mente corre para categorizar su significado: plan de negocios, parámetros, el beso... pero ella cierra la distancia antes de que pueda decidirme por una respuesta.

—Esto —dice, y su mano encuentra mi pecho, dedos extendiéndose sobre mi camisa. El contacto es una sacudida, inmediata y eléctrica, y mis pensamientos cuidadosamente ordenados se dispersan. Me mira, sus ojos buscando los míos—. Nuestro acuerdo. Ha comenzado, ¿verdad?

—Sí —logro decir, con la garganta apretada—. Ese fue el acuerdo.

—Entonces no perdamos el tiempo. —Su voz es baja, deliberada, y deshace algo en mí, una restricción a la que me he aferrado sin darme cuenta de lo frágil que se ha vuelto.

No planeo mi siguiente movimiento. Mi mano cubre la suya, presionándola con más fuerza contra mi pecho, y doy un paso atrás, llevándola conmigo hacia la suite. La puerta se cierra detrás de nosotros, un sonido definitivo que se siente como una línea cruzada. La habitación está tenue, iluminada solo por la lámpara de noche que dejé encendida, proyectando suaves sombras a través de la madera y la cama perfectamente hecha. Suelto su mano, pero ella no retrocede. En cambio, coloca su carpeta en el escritorio —precisa, reflejando mis propios hábitos— y se gira para enfrentarme.

—Jenna... —empiezo, con la intención de establecer algún parámetro, alguna estructura, pero ella entra en mi espacio, sus manos deslizándose por mis brazos hasta mis hombros. El calor de su toque se filtra a través de mi camisa, y mi respiración se entrecorta, el desapego analítico alejándose cada vez más.

—Quiero esto —dice, su voz firme a pesar del ligero temblor en ella—. ¿Tú quieres?

La pregunta exige una respuesta binaria —sí o no— pero mi mente se paraliza, atrapada entre la lógica y la atracción de su cercanía. Su aroma —floral, complejo— inunda mis sentidos, y asiento, con un movimiento único y decisivo. —Sí.

Sus dedos se tensan sobre mis hombros, y se eleva sobre las puntas de sus pies, su cuerpo rozando el mío. No la beso —quiero hacerlo, desesperadamente, la forma de su boca es una fijación que no puedo sacudir— pero nuestro acuerdo flota tácitamente, y me contengo. En cambio, mis manos encuentran su cintura, atrayéndola contra mí. La suavidad de su suéter contrasta con la firme curva de su cuerpo bajo él, y un sonido grave escapa de mí, sin calcular.

Exhala bruscamente, sus manos moviéndose hacia los botones de mi camisa. Sus dedos los desabrochan con una precisión que me sorprende, cada botón desabrochado exponiendo más de mi pecho al aire fresco y a su mirada. Me quito la camisa, dejándola caer, y sus palmas presionan contra mi piel desnuda, cálidas y deliberadas. Mi pulso se dispara, un aumento medible que no puedo ignorar, y agarro sus caderas, guiándola hacia atrás hacia la cama.

El borde del colchón presiona contra sus muslos, y se sienta, su mirada atravesándome con una intensidad que fractura mi habitual control. Me arrodillo frente a ella, con las rodillas hundiéndose en la alfombra, y mis manos encuentran el borde de su suéter. La tela es suave, una barrera fugaz, y deslizo mis palmas debajo, encontrando el plano cálido y suave de su estómago. Su respiración se entrecorta —un sonido agudo y perceptible— y levanto el suéter lentamente, revelándola de forma incremental: piel pálida brillando en la luz tenue, el sutil ascenso de sus costillas, el encaje negro de su sujetador enmarcando sus curvas. Lo paso por encima de su cabeza, cuidando su cabello —esas ondas doradas que caen libres— y lo dejo caer, mi precisión

fallando mientras cae torcido.

—Ben —murmura, su voz una anomalía suave que no puedo categorizar, y sus manos agarran mis brazos, atrayéndome hacia ella. Me sostengo sobre ella, una rodilla hundiéndose en el colchón, y mis dedos trazan el borde de su sujetador, sintiendo el áspero encaje contra su piel sedosa. Su pecho se eleva más rápido, un ritmo que puedo ver y sentir, y bajo mi cabeza, los labios flotando sobre su clavícula. Su calor irradia, tentándome a saborearla —el impulso de besarla pulsa, crudo e insistente— pero no lo hago. En cambio, deslizo mi aliento sobre su piel, una provocación de cercanía, y ella se arquea, un gemido silencioso escapando, desarmándome aún más.

Mis manos se deslizan por sus costados, mapeando sus contornos, y me muevo para arrodillarme completamente en la cama, acomodándome entre sus muslos. Sus vaqueros se adhieren a ella, y los desabotono con un enfoque que oculta el caos en mi pecho, desabrochando lentamente. Ella levanta sus caderas, ayudándome, y los quito, exponiendo bragas de encaje negro que hacen juego con su sujetador —una simetría que observo con fugaz satisfacción. Sus piernas, desnudas y temblando ligeramente, se extienden ante mí, fuertes pero delicadas. Me quito los pantalones, la urgencia superando al método, y se unen a su suéter en el suelo.

Me inclino sobre ella, mi peso presionándola suavemente contra la cama, y ella envuelve sus piernas alrededor de mí, sus muslos agarrando mis caderas. El contacto se enciende —piel contra piel, su calidez filtrándose en mí— y se siente como una revelación: firme donde me sostiene, suave donde nos presionamos juntos. Mis manos exploran sus muslos, trazando su longitud, y ella tiembla, su piel erizándose. Me detengo, dedos rozando el punto tierno detrás de sus rodillas, luego subo de nuevo, catalogando sus respuestas —cada temblor, cada suave jadeo, un punto de datos que anhelo.

—Jenna —digo, mi voz áspera, y ella inclina la cabeza, exponiendo su cuello. Me acerco más, nariz rozando su piel, inhalándola —floral, terrosa, embriagadora. Mis labios flotan sobre su pulso, la necesidad de besarla surgiendo nuevamente, pero me redirijo, desabrochando su sujetador con precisión temblorosa. El encaje cae, revelándola —pequeña, perfecta, sus pezones endureciéndose en el aire. Se siente delicada bajo mis manos, pero resistente, su piel como terciopelo mientras la sostengo, pulgares circulando suavemente, luego con más firmeza. Su respiración tropieza, un sonido que tensa mi centro, y la provoco solo con mi aliento, observándola arquearse, buscando más.

Sus manos recorren mi pecho, descendiendo a mi cintura, y tira de mis bóxers hacia abajo con impaciencia. La ayudo, quitándomelos de una patada, pero me detengo. —Espera —digo, alcanzando la mesita de noche. Mis dedos encuentran un paquete de condón —la practicidad se impone— y lo abro, colocándomelo con una firmeza que desmiente mi pulso acelerado. Ella observa, mirada firme, y me guía de vuelta, su toque ansioso pero suave.

Bajo sus bragas con cuidado, revelándola completamente, y se siente como seda bajo mis palmas —suave, cálida, viva. Mis manos separan sus muslos más ampliamente, y la exploro, dedos trazando su humedad con una reverencia que me sorprende. Está cálida, flexible, sus caderas moviéndose mientras trazo círculos, sintiéndola tensarse y relajarse. Sus respiraciones se agudizan, y presiono más profundo, encontrando un ritmo que arranca un gemido bajo de ella —un sonido que quiero amplificar.

—Ben, por favor —susurra, y es un catalizador. Me acerco más, pero aún no dentro de ella. En cambio, me concentro en su placer, mis dedos moviéndose con intención, acariciando y curvándose hasta que su espalda se arquea, sus manos aferrando las sábanas. Se siente exquisita —apretándose a mi alrededor, su calor intensificándose— y observo su rostro, rastreando cada

cambio. Sus ojos se cierran fuertemente, labios separándose, y se estremece, un suave grito escapando mientras alcanza el clímax, su cuerpo pulsando bajo mi contacto. No me detengo, guiándola a través de ello, prolongando las olas hasta que está sin aliento, temblando.

Me busca, atrayéndome más cerca, y me posiciono, entrando en ella lentamente, deliberadamente, el condón un escudo delgado. Se siente increíble —caliente, húmeda, envolviéndome— y me detengo, permitiéndole adaptarse, su calidez un agarre que pone a prueba mi control. Sus piernas se aprietan a mi alrededor, urgiéndome más profundo, y me muevo, estableciendo un ritmo —medido, controlado, centrado en ella. Se siente como una paradoja: suave pero insistente, su cuerpo cediendo y exigiendo a partes iguales. Mis manos agarran sus caderas, angulándola, y empujo más profundo, más lento, observando su reacción —ojos revoloteando, respiraciones acelerándose.

Sus manos se deslizan por mi espalda, uñas rozando ligeramente, y se siente viva debajo de mí —músculos flexionándose, piel sonrojándose de calor. Cambio mi ritmo, aumentándolo, y ella jadea, su cuerpo tensándose nuevamente. —Ben... —respira, y me concentro, penetrándola con propósito, sintiéndola ascender. Tiembla debajo de mí, un segundo clímax golpeándola, más fuerte esta vez —sus muslos temblando, su centro apretándose alrededor de mí en oleadas. Se siente como fuego, consumiendo y vital, y la sostengo a través de ello, mi propia necesidad enroscándose más fuerte.

Solo entonces me dejo ir, aumentando mi tempo, cada embestida alimentada por sus jadeos, la forma en que me ajusta —resbaladiza, perfecta, abrumadora. Mi control se fragmenta, el análisis ahogándose en sensación: su calor, su suavidad, la fricción construyéndose en mi vientre. Quiero besarla, probar esos sonidos, pero presiono mi rostro contra su cuello en su lugar, inhalándola mientras nos empujo a ambos al borde. Sus piernas se cierran a mi alrededor, su respiración entrecortándose al ritmo de la mía, y cuando susurra mi nombre otra vez —Ben— es suficiente. Me libero, la fuerza vaciando mi mente —sin lógica, sin estructura, solo ella, su marco tembloroso, su calidez arrastrándome.

Me derrumbo contra ella, sin aliento, nuestra piel brillante de sudor presionada juntos. Su pecho sube y baja debajo de mí, su latido un contrapunto rápido al mío, y se siente como todo —suave, fuerte, todavía pulsando débilmente a mi alrededor. Mi mano descansa en su cadera, trazando patrones ociosos, y me quedo allí, enredado con ella, reacio a romper la conexión.

Yacemos allí, enredados, la lluvia un zumbido distante más allá de las ventanas. Mi mano descansa en su cadera, trazando patrones ociosos, y ella gira su cabeza, su mejilla rozando la mía. Siento la forma de su sonrisa, y aunque no la veo, sé que está ahí. La necesidad de besarla persiste, insatisfecha pero potente, y aprieto mi agarre sobre ella, dejando que sea suficiente.

—Buenas noches, Jenna —digo finalmente, mi voz más áspera de lo habitual.

—Buenas noches, Ben —responde, sus dedos entrelazándose con los míos.

No me muevo para desenredarnos, y ella tampoco. Los parámetros de nuestro acuerdo se sienten intactos —tres semanas, sin expectativas— pero mientras me deslizo hacia el sueño, una parte silenciosa de mí se pregunta si algún marco puede realmente contener esto.

Capítulo 14
Jenna

La tarde transforma el Festival de la Cosecha en algo mágico. El crepúsculo se asienta sobre Evergreen Falls, trayendo consigo una nueva energía mientras las familias con niños pequeños comienzan a marcharse y las parejas y grupos de amigos llegan para las festividades nocturnas. Luces parpadeantes delinean los puestos y serpentean entre las ramas de los árboles. Las linternas proyectan cálidos charcos dorados de iluminación por toda la plaza, bañando todo con un suave resplandor. La temperatura ha bajado lo justo para justificar la sidra caliente y la hoguera comunitaria que marca la culminación del festival.

Me quedo al borde de la multitud, observando cómo los voluntarios completan la transformación del festival diurno en un escenario que parece casi encantado. Se ha instalado un pequeño escenario para la banda local, y las luces de cuerda atraviesan el área abierta frente a él, creando un dosel de estrellas justo sobre nuestras cabezas. El aroma de las manzanas acarameladas y el humo de leña llena el aire, combinándose con la fresca noche otoñal de una manera que se siente esencialmente provinciana.

—Has estado mirando el mismo punto durante cinco minutos —dice Tessa, apareciendo a mi lado con dos tazas de sidra de manzana humeante—. Te preguntaría en qué estás pensando, pero estoy bastante segura de que es alto, moreno y obsesionado con las hojas de cálculo.

Acepto la sidra, agradecida por tener algo que ocupe mis manos.

—No estoy pensando en Ben. Estoy... apreciando la decoración del festival.

—Claro —Tessa sigue mi mirada hasta donde Ben está conversando con Marcus junto al puesto de cerveza artesanal—. Por eso estás mirando directamente al robot corporativo más codiciado de Evergreen Falls.

—No es un robot —me encuentro diciendo. Las palabras salen más defensivas de lo que había pretendido.

Las cejas de Tessa se disparan hacia arriba.

—Vaya, vaya. Eso es un gran cambio respecto a "clínico y sin alma" de hace unas semanas.

Observo cómo Ben se inclina para examinar algo que Marcus le está mostrando, probablemente especificaciones de elaboración o planes de distribución. Su ceño se frunce de esa manera que lo hace cuando se concentra, pero hay algo diferente en él esta noche. Su postura parece menos rígida, sus gestos más animados. Lleva vaqueros oscuros y un suéter azul marino —casual según sus estándares— y su cabello está ligeramente despeinado por la brisa otoñal.

—Es... diferente de lo que pensaba —admito, mirando mi sidra para evitar la mirada conocedora de Tessa.

—¿Diferente cómo?

—Sigue siendo analítico y preciso, pero hay más en él. Realmente le importan las cosas, las personas, aunque lo exprese a través de mejoras de eficiencia y proyecciones financieras.

—Mmm-hmm —el tono de Tessa es peligrosamente divertido—. ¿Y el hecho de que destrozara públicamente al profesor Lambert en tu defensa no tiene nada que ver con esta reevaluación?

El calor sube a mis mejillas.

—Eso fue... inesperado.

—¿Y la forma en que te ha estado ayudando a perfeccionar tu plan de negocio? ¿El hecho de que se presentara a tu presentación sin que se lo pidieras? ¿La manera en que te mira cuando no estás observando?

—No me mira de ninguna manera en particular —protesto, pero incluso para mis propios oídos, la negación suena débil.

Tessa simplemente me mira fijamente hasta que me remuevo incómoda.

—Jenna Davis, eres muchas cosas —brillante, decidida, terroríficamente organizada—, pero eres una pésima mentirosa.

Suspiro, mi resistencia desmoronándose.

—Está bien. Puede que esté desarrollando... sentimientos. Pero no importa. Se va en unas semanas.

—¿Quién lo dice? —desafía Tessa—. La gente cambia de planes todo el tiempo.

—Ben Mitchell no cambia planes. Los optimiza —doy un sorbo a mi sidra, el calor especiado con canela hace poco para aliviar la opresión en mi pecho—. Su carrera está en Boston. Su vida está en Boston. No voy a engañarme pensando que tres semanas de colaboración en mi plan de negocio cambian eso.

La expresión de Tessa se suaviza.

—Tal vez no. Pero nunca te he visto conectar con alguien como lo haces con él. Ni siquiera con Sean.

La mención de mi ex me hace estremecer.

—Sean y yo éramos una mala combinación desde el principio. Simplemente no quería admitirlo.

—Y tú y el Chico Corporativo no son una mala combinación. Ese es mi punto —asiente hacia Ben, que ahora se ríe de algo que Marcus ha dicho—. Míralo. Hace dos semanas estaba criticando nuestras "ineficientes operaciones de pueblo pequeño". Ahora está ayudando a reconectar puestos del festival y defendiendo tu perspicacia empresarial ante profesores.

No puedo negar la transformación. El Ben que llegó a la posada con su equipaje meticuloso y su evaluación crítica de nuestro proceso de registro parece una persona diferente del hombre que se quedó bajo la lluvia conmigo, que reveló sueños infantiles de construir cosas hermosas, que mira mis planes de B&B con interés genuino en lugar de desaprobación.

—Solo va a doler más cuando se vaya —digo en voz baja—. Es mejor mantener cierta distancia.

—Dice la mujer que ha estado trabajando con él todas las noches durante la última semana —Tessa niega con la cabeza—. Acéptalo, Jenna. Ya estás demasiado involucrada. La única pregunta es si vas a disfrutar el tiempo que tienes o desperdiciarlo fingiendo que no te importa.

Antes de que pueda responder, las primeras notas de la banda flotan por la plaza. La gente comienza a gravitar hacia el área de baile, las luces de cuerda en lo alto crean una atmósfera cálida e íntima.

—Piénsalo —dice Tessa, apretándome el brazo antes de desaparecer entre la multitud.

Permanezco al borde de la reunión, bebiendo mi sidra y observando cómo las parejas se mueven hacia el centro del área de baile. La banda toca una versión de una canción popular, ralentizada y acústica, la voz de la vocalista femenina es inquietante y clara en el aire nocturno.

—Son bastante buenos.

Me giro para encontrar a Ben parado junto a mí, con su propia taza de sidra en la mano. Tan cerca, puedo detectar el leve aroma de su colonia, algo amaderado y sutil que me hace querer inclinarme más cerca.

—Grupo local —explico, esperando que mi voz suene normal—. Tocan en The Roasted Bean los fines de semana.

Ben asiente, desplazando su mirada de la banda a las parejas bailando.

—Los pueblos pequeños tienen sus ventajas. En Boston, no podría decirte el nombre de una sola banda local.

—¿No hay tiempo para la música entre proyectos de optimización? —bromeo.

Una pequeña sonrisa tira de sus labios.

—Algo así.

Nos quedamos en un silencio agradable, observando a los bailarines. La música cambia a algo más lento, más íntimo. Varias parejas mayores se unen a las más jóvenes, incluidos Eleanor Blackwood y su esposo de cuarenta años, moviéndose juntos con la fácil gracia de personas que han encontrado su ritmo perfecto.

—¿Te gustaría bailar?

La pregunta me toma tan desprevenida que por un momento no estoy segura de haber oído correctamente. ¿Ben Mitchell pidiéndome bailar? ¿El mismo hombre que una vez llamó a los festivales comunitarios "usos ineficientes de recursos municipales"?

Malinterpreta mi vacilación.

—Si prefieres no hacerlo...

—No, me gustaría —digo rápidamente—. Solo me sorprende que quieras.

—Contengo multitudes —dice con sequedad, dejando su taza en una mesa cercana y extendiendo su mano.

Coloco mi mano en la suya, tratando de ignorar el aleteo en mi estómago ante el contacto. Sus dedos están cálidos y firmes mientras se cierran alrededor de los míos, guiándome hacia el área de baile.

El espacio bajo las luces de cuerda está lo suficientemente lleno como para que tengamos que estar cerca, pero no tan abarrotado que no podamos movernos. La mano de Ben se posa en mi cintura, el calor de su palma evidente incluso a través de mi suéter. Apoyo mi mano en su hombro, agudamente consciente del sólido músculo bajo la suave tela.

—Debería advertirte —digo mientras comenzamos a mecernos al ritmo de la música—, no soy muy buena bailarina.

—Yo tampoco —admite—. Las funciones corporativas típicamente implican más networking que baile.

—¿Así que esto no forma parte de tu conjunto de habilidades de MBA? —Intento sonar ligera y bromista, pero mi voz sale más suave de lo que pretendía.

—Definitivamente no. Aunque la probabilidad estadística de pisarte los dedos parece desafortunadamente alta.

Me río, disipándose parte de la tensión.

—Correré el riesgo.

Mientras nos movemos juntos, me sorprende lo naturalmente que encontramos nuestro ritmo. Para alguien que dice no bailar, Ben lidera con una confianza inesperada, sus movimientos precisos sin ser rígidos. No estamos realizando pasos elaborados, solo meciéndonos juntos, girando ocasionalmente, pero hay algo íntimo en ello, sin embargo.

—Solía construir maquetas de edificios cuando era niño —dice Ben de repente, su voz baja cerca de mi oído.

El non sequitur me toma por sorpresa.

—¿Qué tipo de edificios?

—Restauraciones históricas, principalmente. Era victoriana. Me fascinaban los detalles arquitectónicos, la forma en que los elementos decorativos seguían proporciones matemáticas mientras parecían puramente estéticos.

Me echo un poco hacia atrás para mirar su rostro, encontrando su expresión inusualmente abierta.

—Eso suena como una mezcla perfecta de creatividad y precisión. ¿Qué pasó con ese interés?

Algo parpadea en sus ojos, quizás arrepentimiento.

—Mi padre sugirió aplicaciones más prácticas para mis tendencias analíticas.

—¿Así que elegiste estrategia corporativa en lugar de diseño arquitectónico?

Asiente, su mano moviéndose ligeramente en mi cintura mientras giramos.

—Era la elección lógica. Trayectoria profesional más estable, mejores perspectivas financieras.

—Pero no lo que amabas —digo suavemente.

La mirada de Ben encuentra la mía, algo vulnerable en su expresión.

—No había pensado en esas maquetas en años hasta que vi tus planes para Wildflower Cottage. La forma en que estás preservando los elementos históricos mientras creas algo sostenible para el futuro... me recordó lo que me atrajo inicialmente de la arquitectura.

Este vistazo a su infancia, al camino no tomado, se siente como un regalo precioso. Puedo imaginar a un joven Ben con ojos serios, meticulosamente elaborando estructuras en miniatura con la misma precisión que aporta a los modelos financieros.

—Nunca es demasiado tarde, ¿sabes? —digo—. Para redescubrir viejas pasiones.

Su mano se tensa casi imperceptiblemente en mi cintura.

—Quizás no.

La música cambia, pero continuamos bailando, nuestra conversación fluyendo con una facilidad sorprendente. Ben me cuenta sobre su hermana Emma, quien alentó sus intereses arquitectónicos a pesar de la redirección pragmática de su padre. Yo comparto historias sobre cómo ayudaba a mi abuela a restaurar muebles antiguos, aprendiendo a apreciar la calidad de la artesanía que falta en la mayoría de las piezas modernas.

—Eso explica tu insistencia en preservar la carpintería original en la casa victoriana —observa.

—Ya no hacen las cosas de la misma manera —explico—. Esas barandillas de arce fueron talladas a mano por artesanos que se enorgullecían de su trabajo. Reemplazarlas con imitaciones producidas en masa sería un insulto a la historia del edificio.

—Y sin embargo, no te opones a las comodidades modernas cuando es apropiado.

Asiento, complacida de que entienda.

—Se trata de equilibrio. Preservar lo que es hermoso e histórico mientras reconocemos que los huéspedes modernos quieren WiFi confiable y calefacción eficiente.

—Una integración reflexiva de pasado y presente —hay genuina admiración en su voz, calentando algo en mi pecho.

La canción termina, pero ninguno de los dos hace un movimiento para separarse. La banda transiciona sin problemas a otro número lento, y continuamos bailando, nuestros cuerpos acercándose gradualmente. Su mano se desliza desde mi cintura hasta la parte baja de mi espalda, un cambio sutil que acerca más nuestros cuerpos. Mis dedos se curvan ligeramente en la tela de su suéter, el sólido calor de su hombro bajo mi palma extrañamente reconfortante.

Cuando levanto la mirada, encuentro su mirada ya sobre mí, su expresión contiene algo que no he visto antes: una calidez e intensidad que hace que mi respiración se entrecorte. Por un momento, el festival a nuestro alrededor parece desvanecerse, la música se vuelve distante, los otros bailarines meras sombras en la periferia de mi conciencia.

—Jenna —dice, mi nombre de alguna manera diferente en su voz.

—¿Sí? —mi respuesta es apenas superior a un susurro.

Lo que sea que podría haber dicho se interrumpe cuando la canción termina y la banda anuncia que tomará un descanso. El hechizo se rompe, la realidad regresa precipitadamente con aplausos y conversación. La mano de Ben permanece en mi espalda por un momento antes de alejarse a regañadientes.

—¿Te gustaría tomar algo de aire? —pregunta.

Asiento, repentinamente desesperada por espacio para dar sentido a lo que sea que está sucediendo entre nosotros.

Nos encontramos cerca de la hoguera comunitaria al borde del festival. Las llamas saltan y bailan, proyectando largas sombras y proporcionando un cálido cobijo contra el creciente frío nocturno. La hoguera de Evergreen Falls es una tradición que se remonta a generaciones: troncos apilados dispuestos en un patrón espiral perfecto que, según la leyenda del pueblo, asegura buena fortuna para el invierno venidero. Varios ancianos se encuentran cerca, compartiendo historias con residentes más jóvenes sobre festivales pasados, cuando la hoguera ardería hasta el amanecer y las parejas harían deseos para su futuro arrojando ramitas de pino a las llamas.

La mayoría de los asistentes al festival han gravitado hacia los puestos de refrigerio durante el descanso de la banda, dejando el área alrededor del fuego relativamente tranquila. Algunos habitantes del pueblo nos saludan con la cabeza en reconocimiento; la alcaldesa Wilson le da a Ben una sonrisa de aprobación que me hace preguntarme qué ha oído sobre su defensa de mi plan de negocio.

Me envuelvo con mis brazos, tanto por la temperatura enfriándose como por una repentina incertidumbre sobre qué decir. Bailar con Ben se sintió de alguna manera significativo, cruzando una línea entre nuestra colaboración profesional y algo más personal.

—Toma —dice Ben, quitándose la chaqueta y poniéndola sobre mis hombros antes de que pueda protestar.

El gesto es inesperadamente galante de alguien a quien una vez descarté como fríamente eficiente. La chaqueta lleva su calor y aroma, envolviéndome de una manera que se siente tanto reconfortante como peligrosamente íntima.

—Gracias —digo, acercándola más—. Aunque ahora tú tendrás frío.

—Mi temperatura corporal es alta —dice simplemente, dirigiendo su atención al fuego.

Nos quedamos en un silencio cómodo, observando las llamas. Algo ha cambiado entre nosotros, aunque no estoy completamente segura de qué o cómo navegarlo. Los límites profesionales que establecimos al comienzo de su estancia se han erosionado gradualmente, dejando un territorio indefinido en su lugar.

—Tu pueblo tiene cierto encanto innegable —dice Ben después de un tiempo, su mirada recorriendo los terrenos del festival donde la gente ríe y habla, iluminados por las luces de cuerda y las hogueras.

—Eso podría ser lo más cercano a un cumplido que Evergreen Falls ha recibido de ti —bromeo.

—He estado reevaluando varias de mis evaluaciones iniciales —su tono es ligero, pero sus ojos son serios cuando encuentran los míos.

—¿Como cuáles?

—El valor de la conexión comunitaria. La importancia de la preservación histórica. Los

beneficios del emprendimiento de pequeñas empresas sobre la expansión corporativa —hace una pausa—. La importancia de la pasión junto a la practicidad.

Cada punto parece cargado de significado más allá de su superficie. Lo estudio a la luz del fuego: las fuertes líneas de su perfil, la pensativa configuración de su boca, la forma en que las llamas se reflejan en sus ojos.

—Bastante cambio respecto al hombre que llegó hace tres semanas —observo.

—Sí —acepta simplemente—. Aunque sospecho que el cambio ya estaba en marcha antes de que llegara. Timothy puede haber sido más perspicaz de lo que le reconocí.

—¿Tu jefe? ¿El que te envió de sabático? —Me sorprende escucharlo admitir que su superior podría haber tenido razón en algo.

Ben asiente.

—Identificó síntomas de agotamiento que yo no estaba dispuesto a reconocer.

—¿Sigues agotándote? —pregunto suavemente—. ¿O eso también ha cambiado?

Lo considera, su expresión pensativa.

—Me encuentro más involucrado aquí de lo que he estado en el trabajo durante algún tiempo. Los problemas pueden ser de menor escala, pero son más personalmente significativos.

Su admisión crea un aleteo de algo peligroso en mi pecho, tal vez esperanza. Intento sofocarlo.

—¿Entonces qué sucede cuando regreses?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, inevitable ahora que la he expresado. Ben se gira para encararme completamente, la luz del fuego proyecta la mitad de su rostro en cálida iluminación, la mitad en sombras.

—Eso depende de varias variables —dice lentamente.

—¿Como cuáles?

—Mi trayectoria profesional en Hartwell & Associates. La viabilidad del trabajo de consultoría remota. El potencial para oportunidades de desarrollo empresarial regional —hace una pausa, algo vulnerable parpadeando en sus rasgos—. Tu cronograma de implementación de negocio.

Mi corazón da un salto traicionero.

—¿Mi cronograma?

—La propiedad victoriana que estás buscando requiere una renovación significativa antes de abrir. Habiendo revisado tus proyecciones financieras, soy consciente de que la consultoría profesional durante esa fase podría ser beneficiosa —su tono formal no disfraza del todo la implicación personal—. Los acuerdos de consultoría remota son cada vez más comunes en mi campo.

Me toma un momento procesar lo que está sugiriendo.

—¿Querrías seguir asesorando a Wildflower Cottage? ¿Desde Boston?

—Es una posibilidad viable que vale la pena explorar —da un pequeño paso más cerca, el movimiento deliberado—. Me encuentro... reacio a terminar nuestra colaboración profesional simplemente debido a consideraciones geográficas.

Viniendo de Ben, esta sugerencia indirecta de mantener contacto se siente más significativa que las floridas declaraciones que vendrían de otra persona. Está considerando cambiar sus planes cuidadosamente estructurados, por mí, por Wildflower Cottage, por lo que sea que está creciendo entre nosotros.

—Se podría organizar una consultoría remota —digo cuidadosamente, no del todo lista para reconocer el significado más profundo—. Videollamadas, documentos compartidos. No sería lo

mismo que trabajar juntos en persona, pero...

—Boston está a solo tres horas de vuelo de Austin —interrumpe, su voz tranquila pero decidida—. Las consultas de fin de semana serían factibles. Al igual que tus visitas ocasionales para revisar operaciones de hospitalidad comparables en el noreste.

El enfoque práctico de lo que está sugiriendo —formas de vernos después de que se vaya— me hace sonreír a pesar de mí misma. Es tan quintaesencialmente Ben abordar el potencial romance con la misma precisión analítica que aplica a las soluciones empresariales.

—Eso suena muy... eficiente —digo, incapaz de mantener un toque de broma fuera de mi voz.

Una ligera sonrisa curva sus labios.

—Sobresalgo en la optimización de la eficiencia.

—Así lo he notado —me acerco, atraída por algo que no puedo nombrar del todo—. Pero algunas cosas no se pueden optimizar, Ben. Algunas cosas son desordenadas e impredecibles y no encajan ordenadamente en hojas de cálculo.

—Como el baile del festival —sugiere, su voz bajando de tono.

—Como el baile del festival —coincido—. Y las tormentas de lluvia. Y...

—Posibilidades —termina. Su mirada sostiene la mía, intensa e interrogante—. Me encuentro considerando posibilidades que no había incluido en mis proyecciones de año sabático.

Mi respiración se entrecorta ante la tranquila intensidad en su voz.

—¿Qué tipo de posibilidades?

Antes de que pueda responder, su teléfono vibra. Lo ignora al principio, pero cuando vibra de nuevo insistentemente, saca el teléfono de su bolsillo a regañadientes. Mientras lee el mensaje, noto que su mandíbula se tensa casi imperceptiblemente, la relajada apertura de momentos antes cediendo a una tensión sutil. Sus dedos se flexionan alrededor del teléfono una vez antes de guardarlo.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Timothy —dice, deslizando el teléfono de vuelta a su bolsillo—. Preguntas sobre la cuenta Westridge que estaba manejando antes de irme.

—¿Necesitas responder? —busco en su rostro, notando cómo la mención del trabajo ha causado que aparezca un ligero surco entre sus cejas.

Niega con la cabeza.

—Puede esperar hasta mañana.

Pero noto la ligera rigidez que ha regresado a sus hombros, un recordatorio del mundo que existe más allá de nuestra burbuja de Evergreen Falls. Su año sabático puede parecerme interminable —cada día acercándonos más—, pero para Ben, es una interrupción temporal en una carrera que eventualmente lo reclamará. Observo cómo relaja conscientemente su postura, visiblemente apartando la preocupación laboral para refocalizarse en nuestra conversación.

La banda reanuda su actuación, la música llegando hasta donde estamos. Otras parejas comienzan a merodear de regreso hacia el área de baile, dejándonos cada vez más solos junto al fuego. La chaqueta de Ben alrededor de mis hombros se siente simultáneamente como un escudo y una conexión entre nosotros.

—Las posibilidades que mencionaste —insisto, sin querer dejar que el momento se escape por completo—. Me gustaría saber más sobre ellas.

La expresión de Ben se suaviza mientras se vuelve hacia mí, la tensión del mensaje visiblemente retrocediendo. Sus ojos reflejan las llamas danzantes mientras estudia mi rostro con

una mezcla de evaluación analítica y algo más cálido, menos calculado.

—Todavía están desarrollándose. Proyecciones preliminares que requieren análisis adicional.

—Siempre el analista —digo con una sonrisa comprensiva.

—Es quien soy —reconoce—. Aunque quizás no todo lo que podría ser.

En esa simple admisión, escucho ecos de sus sueños infantiles, las maquetas arquitectónicas, caminos no tomados pero quizás no permanentemente cerrados. La luz del fuego juega sobre sus rasgos, destacando la sorprendente vulnerabilidad en su expresión.

Nuestros ojos se encuentran y se sostienen, y soy agudamente consciente de lo poco espacio que nos separa. La brisa nocturna lleva el aroma del humo de leña y otoño, el sonido distante de música y conversación creando un capullo alrededor de nuestro momento privado. Su mano encuentra la mía, nuestros dedos entrelazándose con una intimidad casual que se siente tanto nueva como de alguna manera familiar.

—Me alegro de que hayas venido a Evergreen Falls —digo suavemente—. Aunque no fuera por elección.

—Yo también —su pulgar traza un pequeño patrón en el dorso de mi mano—. Las condiciones iniciales raramente predicen los resultados finales con precisión. Surgen variables que cambian toda la ecuación.

Sonrío ante la forma quintaesencialmente Ben de expresar lo que otro hombre podría llamar destino o serendipia.

—¿Y han sido favorables las variables?

Su mirada cae brevemente a mis labios antes de regresar a mis ojos.

—Excepcionalmente.

El peso de la posibilidad cuelga entre nosotros: lo que podría suceder esta noche, mañana, en las semanas restantes de su año sabático. Lo que podría suceder después. Nada es seguro. Nada está prometido. Pero por este momento, de pie en el resplandor de la hoguera del Festival de la Cosecha con la chaqueta de Ben alrededor de mis hombros y su mano cálida en la mía, me permito imaginar que el tiempo podría estar de nuestro lado después de todo.

Su teléfono vibra de nuevo, rompiendo brevemente el hechizo. Aunque no lo revisa esta vez, noto cómo su mano libre se tensa ligeramente a su lado, un gesto pequeño pero revelador del conflicto entre el momento que estamos compartiendo y las responsabilidades que lo esperan. La interrupción sirve como un gentil recordatorio de que el mundo más allá de este momento todavía existe, todavía hace demandas, todavía presenta obstáculos que aún no hemos abordado.

Pero mientras los dedos de Ben se aprietan alrededor de los míos, su pulgar continuando su suave caricia, decido que ese es un problema para mañana. Esta noche pertenece a las posibilidades.

Capítulo 15
Ben

El resplandor de mi portátil proyecta sombras nítidas por toda la Suite Hemingway mientras reviso los informes del mercado de ayer. Afuera, las estrellas salpican el cielo nocturno despejado, un marcado contraste con el chaparrón inesperado de la tarde. A pesar de lo avanzado de la hora, mi mente permanece inusualmente activa, reproduciendo fragmentos del día que se niegan a organizarse en patrones lógicos.

Específicamente, lo que ocurrió —o casi ocurrió— en aquel cobertizo con Jenna.

Intento redirigir mis pensamientos hacia las métricas de productividad que tengo delante, pero encuentro mi concentración excepcionalmente comprometida. El recuerdo de la cercanía de Jenna durante ese momento cargado sigue interrumpiendo mi proceso analítico —el ligero entreabrir de sus labios, la calidez de su respiración contra mi rostro, la inexplicable atracción gravitatoria que sentí hacia ella antes de que nos interrumpieran.

Un comportamiento completamente inconsistente con los límites profesionales.

Mi teléfono vibra sobre el escritorio, la pantalla se ilumina con un nombre inesperado: Timothy Grant. Mi jefe. Llamando a las 10:38 de la noche de un sábado.

Contesto inmediatamente, adoptando inconscientemente una postura más formal a pesar de estar solo. —Benjamin Mitchell.

—Ben —la voz de Timothy porta su habitual autoridad precisa, aunque detecto la tensión subyacente que muestra durante emergencias corporativas—. Lamento interrumpir tu año sabático, pero tenemos una situación con Westridge.

Algo frío y familiar se asienta dentro de mí, una armadura profesional que he llevado durante tanto tiempo que se siente como una segunda piel. Mis hombros se cuadran, mi respiración se vuelve medida, regulada. —¿Qué clase de situación?

—Lawrence está amenazando con retirarse. Dice que el equipo de implementación ha malinterpretado componentes clave del acuerdo, y está perdiendo fe en nuestro compromiso con su visión.

Proceso esta información con eficiencia entrenada. Westridge es nuestra tercera cuenta más grande, representando aproximadamente 14,3 millones de dólares en ingresos anuales. Lawrence Westridge es notoriamente exigente respecto a la interpretación de contratos, habiendo terminado relaciones con tres consultoras anteriores por lo que consideraba "malentendidos creativos" de sus requisitos. Esta cuenta por sí sola representa casi el veinte por ciento de la cartera de mi equipo —y una porción significativa de mi evaluación anual de desempeño.

—¿Han iniciado procedimientos formales de retirada? —pregunto, ya abriendo un nuevo documento para tomar notas.

—Todavía no, pero Lawrence ha solicitado una reunión de emergencia con la junta directiva para el lunes por la mañana. El equipo legal está evaluando nuestra exposición si se retira —Timothy hace una pausa—. Eres el único que comprende completamente todos los matices del acuerdo Westridge. Tú construiste la relación.

La implicación es clara sin necesidad de ser expresada. Me escucho responder con una voz que parece desconectada de la persona que he sido estas últimas semanas. —¿Cuáles son los parámetros de la discrepancia de implementación?

Mientras Timothy detalla las especificaciones técnicas, me encuentro automáticamente formulando soluciones, identificando puntos de apalancamiento en el contrato y estrategias para salvar la relación. Es fluida, esta transición de regreso al modo corporativo de resolución de

problemas —mi hábitat natural.

—Te necesito de vuelta en Boston, Ben —dice Timothy finalmente—. Mañana, si es posible. El primer vuelo disponible.

La declaración queda suspendida en el aire. Debería sentir alivio ante este salvavidas profesional —una razón legítima para terminar este año sabático forzado y volver a un trabajo significativo. En cambio, experimento una resistencia inesperada, como un ancla que no me había dado cuenta que había echado.

—Necesitaré revisar la documentación antes de hacer recomendaciones específicas —digo, ganando tiempo—. Envíame todo lo que tengas sobre la disputa de implementación.

—Ya lo envié a tu correo personal. Pero Ben —su voz se endurece ligeramente—. No se trata solo de recomendaciones. Se trata de presencia. Lawrence confía en ti. La junta directiva espera que estés en esa reunión.

Calculo rápidamente: el vuelo más temprano desde Austin me pondría en Boston a media tarde del domingo, permitiéndome un tiempo mínimo de preparación antes de la reunión del lunes. Logísticamente factible. Profesionalmente necesario.

Y sin embargo.

Una imagen se entromete: Jenna en el refugio contra la lluvia, ojos brillantes con algo más que respeto profesional mientras nos inclinábamos el uno hacia el otro. La calidez de su mano contra la mía mientras señalaba fallos en su plan de negocio. La forma en que su risa parece disolver las rígidas estructuras que he construido alrededor de mis pensamientos.

—Revisaré la documentación esta noche y te llamaré por la mañana con mi decisión —digo finalmente.

Hay un breve silencio por parte de Timothy. —¿Decisión? Ben, no estoy seguro de que comprendas la gravedad...

—Comprendo perfectamente —interrumpo, sorprendido por mi propia firmeza—. Pero necesito evaluar si mi presencia física es realmente necesaria frente a una consulta remota. Te llamaré antes de las 9 de la mañana, hora tuya.

Después de terminar la llamada, permanezco brevemente inmóvil, procesando este desarrollo inesperado. La situación de Westridge representa exactamente el tipo de desafío corporativo de alto riesgo en el que sobresalgo. Es la razón por la que Timothy me reclutó, el fundamento de mi reputación profesional.

Abro mi correo y comienzo a revisar la documentación reenviada, deslizándome fácilmente en los patrones familiares del análisis estratégico. Implicaciones financieras. Obligaciones contractuales. Cronogramas de implementación. El lenguaje de mi vida profesional durante los últimos ocho años.

No es hasta que noto la hora —1:47 AM— que me doy cuenta de que he estado trabajando ininterrumpidamente durante más de tres horas, desplazando temporalmente todos los pensamientos sobre cobertizos y casi besos por la gestión de crisis corporativas.

Cierro el portátil y me dirijo a la ventana, mirando las calles tranquilas de Evergreen Falls. Incluso en la oscuridad, no se parece en nada a Boston —sin rascacielos relucientes, sin flujo constante de faros, sin sensación de movimiento perpetuo.

Por primera vez desde mi llegada, me encuentro sopesando activamente los méritos de irme versus quedarme, no como una inevitabilidad sino como una elección genuina con consecuencias más allá de mi trayectoria profesional.

La realización es tan inquietante como sin precedentes.

La sala de desayunos mantiene la energía tranquila de la mañana temprana, con la luz del sol

entrando oblicuamente por las ventanas para iluminar las superficies pulidas y los cubiertos cuidadosamente dispuestos. He seleccionado mi mesa habitual en la esquina, posicionada para una observación óptima mientras minimizo las interrupciones. Mi tercera taza de té se enfría junto a mi portátil abierto mientras continúo analizando la situación de Westridge.

—Estás despierto temprano. ¿No pudiste dormir?

Levanto la mirada para encontrar a Jenna acercándose, llevando una tetera con té fresco. Está vestida para su turno matutino, su atuendo profesional haciendo poco para disminuir el recuerdo de ella en aquel suéter empapado de lluvia ayer, su rostro inclinado hacia el mío.

—Asunto de trabajo —explico, señalando vagamente mi portátil.

Ella deja la tetera y me estudia con una perspicacia inesperada. —Debe ser importante si está interrumpiendo tu año sabático.

—Crisis potencial con un cliente importante. —Guardo el documento que estaba revisando, notando la precisión con la que ha servido el té fresco sin que se lo pidiera—. Nada que no pueda gestionarse.

—¿Desde Boston? —Hace la pregunta casualmente, pero detecto la cautela subyacente en su tono.

—Potencialmente, sí. —Cierro el portátil, prestándole toda mi atención—. Mi jefe llamó anoche. Hay una situación que puede requerir mi presencia física.

Algo cambia en su expresión —una sutil retirada que la mayoría de las personas no notarían, pero que mi observación entrenada no puede pasar por alto. Sus dedos se tensan alrededor del asa de la tetera, y da un paso casi imperceptible hacia atrás, alejándose de la mesa.

—¿Cuándo te irías?

—Si es necesario, hoy. Hay un vuelo a las 10:45 de la mañana desde Austin que me llevaría a Boston al final de la tarde. —La información sale clínicamente, como si estuviera discutiendo los arreglos de viaje de otra persona en lugar de mi propia partida inminente.

Las manos de Jenna se mueven hacia el borde de la mesa, con los dedos curvándose ligeramente alrededor de la madera pulida. Sus hombros se tensan, y la calidez que típicamente anima su rostro cuando hablamos retrocede como una marea alejándose de la orilla.

—Ya veo. Bueno, eso ciertamente acortaría tu año sabático.

—Por aproximadamente tres semanas, sí.

Ella asiente, con su compostura profesional firmemente en su lugar, aunque sus ojos revelan un destello de decepción que desaparece tan rápidamente que casi dudo haberlo visto. —¿Necesitarás ayuda para organizar el transporte al aeropuerto?

—No será necesario. Todavía no he decidido si se requiere presencia física frente a consulta remota. —Compruebo mi reloj automáticamente—. La situación puede ser resoluble sin regresar inmediatamente a Boston.

—Por supuesto. Muy eficiente. —Su tono lleva un ligero filo que no he escuchado desde mis primeros días en la posada. Da otro medio paso alejándose de mi mesa, creando espacio adicional entre nosotros—. No dejes que interrumpa tu trabajo. Solo pensé que podrías querer té fresco.

—Gracias. —Las palabras se sienten inadecuadas, aunque no estoy completamente seguro de por qué. Algo ha cambiado en nuestra interacción, un enfriamiento apenas perceptible que se registra como una corriente fría contra mi piel.

Ella se gira para marcharse, luego hace una pausa. —¿Qué pasa con tu trabajo en Wildflower Cottage? Si te vas antes, quiero decir.

La pregunta destaca un aspecto que no había considerado completamente —nuestra

colaboración inacabada en su plan de negocio—. Podríamos continuar de forma remota. Videollamadas, documentos compartidos. Es una práctica estándar en mi trabajo de consultoría.

—Claro. Cuando regreses a Boston, con todos tus proyectos importantes. —Intenta una sonrisa que no llega a sus ojos—. Estoy segura de que estarás ocupado una vez que vuelvas a tu vida real.

Antes de que pueda responder, Dave aparece desde la cocina, interrumpiendo cualquier aclaración que pudiera haber ofrecido. —Buenos días, Ben. ¿Empezando temprano otra vez?

—Necesidad profesional —respondo, ya alcanzando mi teléfono mientras vibra con otro mensaje de Timothy.

—Pensé que podrías estar durmiendo hasta tarde después de quedar atrapado en ese aguacero ayer —comenta Dave, mirando entre Jenna y yo con una sutil evaluación—. Ustedes dos desaparecieron durante bastante tiempo durante esa tormenta.

—Buscamos un refugio apropiado hasta que la precipitación amainó —digo, con un tono más formal de lo que pretendía.

Jenna cambia su peso, creando distancia física adicional de mi mesa. —Debería revisar la recepción. Tenemos tres registros de entrada esta mañana.

Mientras se aleja, noto la cuidadosa precisión en sus movimientos, la sutil rigidez en sus hombros que no estaba presente ayer. Dave la observa marcharse, luego vuelve hacia mí con una expresión pensativa.

—¿Todo bien? —pregunta en voz baja.

—Perfectamente bien —respondo automáticamente—. Aunque puede que tenga que acortar mi estancia. Situación empresarial en Boston que requiere atención.

Dave asiente lentamente. —Es una lástima. Parecía que apenas empezabas a adaptarte aquí.

La observación lleva más peso del que su simple formulación sugeriría. Me encuentro inesperadamente a la defensiva. —Mis principales responsabilidades profesionales siguen en Boston. Este año sabático siempre fue temporal.

—Por supuesto. —La expresión de Dave no revela nada más allá de un interés educado—. Bueno, háznoslo saber cuando decidas. Necesitaremos ajustar la reserva si te vas antes.

Mientras se aleja, vuelvo mi atención al teléfono, donde Timothy ha enviado cuatro mensajes adicionales solicitando confirmación inmediata de mis planes de viaje. La urgencia corporativa se siente a la vez familiar y extrañamente distante, como si estuviera viendo mi vida profesional a través de una lente que de alguna manera ha sido ajustada durante mi tiempo en Evergreen Falls.

Respondo con un breve mensaje: "Todavía analizando enfoque óptimo. Llamaré con decisión a la hora acordada".

Luego abro los archivos de Westridge nuevamente, forzando mi atención de vuelta al lenguaje contractual y los cronogramas de implementación que han sido la base de mi éxito profesional. Aquí es donde sobresalgo: en análisis de datos, en resolución estratégica de problemas, en optimización de resultados.

No en navegar el terreno emocional inesperadamente complejo que ha surgido entre Jenna Davis y yo.

La calidez familiar de la biblioteca me recibe al entrar a nuestra hora habitual de reunión, con el portátil y las notas dispuestos con precisión en la mesa junto a la ventana. Afuera, el anochecer se ha asentado sobre Evergreen Falls, el suave resplandor de las farolas iluminando a ocasionales peatones que regresan a casa.

Compruebo mi reloj por tercera vez en diez minutos. Jenna está inusualmente tarde para

nuestra sesión programada del plan de negocio, una desviación de su habitual puntualidad que encuentro tanto notable como preocupante.

Cuando finalmente aparece en la entrada, inmediatamente catalogo las diferencias en su comportamiento comparado con nuestras reuniones anteriores. Mantiene una distancia física adicional mientras se acerca a la mesa. Sus materiales los sostiene más cerca de su cuerpo, una sutil postura defensiva. Su expresión es cuidadosamente neutral en lugar de abiertamente comprometida.

—Siento llegar tarde —dice, colocando su carpeta en el extremo más alejado de la mesa—. El papeleo de fin de día tomó más tiempo del esperado.

—No es necesaria ninguna disculpa —respondo, notando cómo elige la silla frente a mí en lugar de la más cercana que típicamente ha preferido—. He preparado algunas notas adicionales sobre tus proyecciones de ingresos estacionales.

—Gracias. —Acepta los documentos sin que nuestros dedos se toquen, otro evitamiento deliberado del contacto casual que se había vuelto común entre nosotros—. Agradezco que hagas tiempo para esto, dada tu situación corporativa.

El ligero énfasis en la palabra "corporativa" no escapa a mi atención. Mi garganta se tensa inesperadamente. —El asunto de Westridge representa un desafío significativo, pero no uno que impida continuar nuestro trabajo conjunto.

Mi teléfono vibra sobre la mesa entre nosotros. El nombre de Timothy aparece en la pantalla, la quinta llamada desde la cena. Lo silencio sin contestar, pero no antes de que la mirada de Jenna caiga sobre la pantalla.

—Deberías contestar —dice—. Parece importante.

—Puede esperar. Hemos programado este tiempo para tu plan de negocio.

Ella casi sonríe, aunque la expresión contiene más resignación que humor. —Está bien, Ben. Entiendo las prioridades. Las emergencias corporativas no esperan precisamente momentos convenientes.

—No obstante, me he comprometido a esta sesión. —Empujo el teléfono a un lado deliberadamente, intentando demostrar mi concentración en nuestro trabajo.

Procedemos a través de las proyecciones de ingresos con precisión técnica pero sin el compromiso intelectual que ha caracterizado nuestras sesiones anteriores. El flujo fácil de ideas ha sido reemplazado por intercambios formales que se sienten más como un protocolo de reunión corporativa que un desarrollo colaborativo. Donde Jenna antes se inclinaba ansiosamente para señalar detalles en sus proyecciones, ahora se sienta erguida y distante, su entusiasmo reemplazado por un cuidadoso profesionalismo.

Cuando mi teléfono vibra nuevamente, esta vez con un mensaje de texto, la compostura de Jenna se desliza ligeramente. Su bolígrafo se detiene en mitad de un cálculo, sus nudillos blanqueándose alrededor de él. —En serio, Ben. Solo contesta. Claramente es urgente.

—He informado a Timothy que proporcionaré mi decisión por la mañana —explico, aunque reviso el mensaje de todos modos.

Necesito confirmación de planes de viaje. La junta te espera en reunión a las 9 AM. Último vuelo esta noche sale de Austin a las 8:45 PM. ¿Disponible?

La marca de tiempo muestra que tengo aproximadamente noventa minutos para llegar al aeropuerto si pretendo tomar ese vuelo. Un cronograma que requeriría salida inmediata de la posada. La realización crea una tensión inesperada en mi pecho, una constricción física que hace que respirar sea repentinamente consciente en lugar de automático.

—Necesitas irte —dice Jenna en voz baja, su observación cortando a través de mis cálculos

internos. No es una pregunta, sino una declaración de hecho entregada con neutralidad forzada.

—Hay un vuelo potencial esta noche —reconozco—. Timothy cree que mi presencia física sería óptima para resolver la situación.

Ella asiente una vez, comenzando a recoger sus materiales con cuidado metódico. —Entonces deberías irte. Claramente has estado distraído todo el día.

—No hemos terminado de revisar las proyecciones.

—No importa. —Cierra su carpeta con un movimiento decisivo—. Tienes preocupaciones más grandes que mi proyecto de B&B de pueblo pequeño.

La formulación despectiva me toma por sorpresa. Mi pecho se tensa aún más, una presión poco familiar aumentando. —Tu concepto de negocio es completamente viable. El trabajo que hemos hecho tiene un mérito significativo.

—Gracias por la validación profesional —dice, su tono suavizándose ligeramente—. Pero ambos sabemos que tu vida real está en Boston. Esto —gesticula hacia el espacio entre nosotros — siempre fue temporal.

—La ubicación física, sí —concedo—. Pero nuestra colaboración podría continuar de forma remota. Videollamadas, documentos compartidos...

—¿Con ocho horas de diferencia horaria y tus responsabilidades corporativas? Seamos realistas, Ben. —Se pone de pie, creando más distancia entre nosotros. Sus ojos evitan los míos ahora, enfocándose en cambio en ordenar sus papeles con una precisión innecesaria—. Agradezco todo lo que has hecho para fortalecer mi plan de negocio. De verdad. Pero nunca esperé que nuestro trabajo juntos continuara más allá de tu año sabático.

Algo en su formulación me parece deliberadamente impersonal, un retroceso a los límites profesionales formales que se siente como un borrado de lo que sea que se ha estado desarrollando entre nosotros. La calidez del casi beso de ayer parece imposiblemente distante ahora, reemplazada por esta desconexión cuidadosa y educada.

—Jenna... —comienzo, aunque no estoy completamente seguro de lo que pretendo decir.

Mi teléfono vibra nuevamente con otro mensaje de Timothy: Se acaba el tiempo. Necesito decisión YA.

Jenna mira la pantalla, luego vuelve a mirarme, su expresión cuidadosamente compuesta aunque sus ojos revelan un destello de dolor que no puede suprimir por completo. —Deberías irte. El mundo corporativo te espera.

El ligero énfasis hace que suene como un país extranjero en lugar de mi entorno profesional. Quizás, en cierto modo, se está convirtiendo exactamente en eso —un lugar que se siente cada vez más distante de la persona que he sido estas últimas semanas en Evergreen Falls.

—¿Continuaremos nuestra sesión mañana? —pregunto, consciente de cómo la pregunta se extiende más allá de la mera programación.

Ella duda. —Veamos cómo están las cosas. Puede que ya estés camino a Boston para entonces. —Se mueve hacia la puerta, deteniéndose brevemente—. Buena suerte con la situación de tu cliente. Estoy segura de que la manejarás con tu eficiencia habitual.

Las palabras son elogiosas, pero crean una sensación hueca en mi pecho en lugar de satisfacción profesional. La observo marcharse, notando la precisión cuidadosa en sus movimientos, el mantenimiento deliberado de la distancia emocional.

Solo en la biblioteca, miro fijamente mi teléfono, donde el último mensaje de Timothy espera respuesta:

¿Decisión? La junta se reúne mañana por la mañana.

La pregunta exige una respuesta binaria —quedarse o irse— sin embargo, me encuentro

inusualmente vacilante. La crisis corporativa requiere mi experiencia, mi conocimiento particular de la cuenta Westridge. Representa la carrera que he pasado años construyendo, la identidad profesional que he cuidadosamente forjado.

Sin embargo, la idea de irme mañana —de acortar no solo mi año sabático sino cualquier conexión indefinida que se ha estado desarrollando con Jenna— crea una resistencia que no había anticipado cuando Timothy llamó por primera vez.

Escribo una respuesta, la borro, luego escribo de nuevo, mi decisión habitual temporalmente comprometida por consideraciones que no tienen nada que ver con el avance profesional o la estrategia corporativa.

Por primera vez en mi carrera, la perspectiva de regresar a Boston se siente menos como volver a casa y más como dejar algo valioso atrás. Miro fijamente la silla vacía donde Jenna estuvo sentada momentos atrás, consciente de que cualquier decisión que tome para mañana remodelará más que solo mi trayectoria profesional.

Capítulo 16
Jenna

Las luces fluorescentes del pasillo de la universidad comunitaria zumban con la misma intensidad que mi dolor de cabeza inducido por el estrés. Acabo de terminar mi tercer examen final en dos días, y mi cerebro se siente como pasta sobrecocida: blando, pastoso y completamente incapaz de retener información adicional. Me apoyo contra la pared fuera del aula, desplazándome por mi lista de tareas cada vez más larga en mi teléfono: estudiar para el examen final de gestión hotelera de mañana, completar turno en la posada, revisar las notas de Ben sobre mis proyecciones presupuestarias revisadas, finalizar diapositivas de presentación, dormir... en algún momento.

—Señorita Davis.

Levanto la mirada para ver al profesor Lambert acercándose, su chaqueta de tweed impecable como siempre, con un maletín de cuero aferrado en una mano como si contuviera secretos de estado en lugar de trabajos de estudiantes. Mis hombros se tensan automáticamente.

—Profesor —reconozco, enderezando mi postura—. Estaba a punto de dirigirme a la biblioteca.

—Preparándose para el examen final de la profesora Winters, supongo —ajusta sus gafas de montura metálica, observándome con esa particular mezcla de condescendencia y cortesía forzada que me pone la piel de gallina—. Confío en que su... proyecto esté progresando.

La manera en que enfatiza "proyecto" dice mucho. A pesar de la impresionante defensa que Ben hizo de mi plan de negocios en el festival, Lambert sigue viendo Wildflower Cottage como un ejercicio académico en lugar de mi futuro sustento. Esto es solo lo último en su patrón de desaires, desde su ceja levantada con escepticismo cuando presenté mi concepto por primera vez el semestre pasado hasta su cumplido hipócrita sobre mi "pequeña empresa ambiciosa" en los parciales.

—Sí —digo, manteniendo mi voz nivelada—. El propietario de la casa victoriana ha aceptado mi oferta inicial, sujeta a financiación.

Sus cejas se elevan ligeramente. —¿En serio? Bueno, las negociaciones teóricas de propiedades son una excelente práctica para los estudiantes. Cuando eventualmente entre en la industria hotelera real, encontrará que las transacciones inmobiliarias son considerablemente más complejas.

El desaire duele, a pesar de mis intentos de blindarme contra ello. Antes de que pueda formular una respuesta que no ponga en peligro mi situación académica, la profesora Winters aparece junto a nosotros, su cabello corto gris acero perfectamente alineado con su personalidad igualmente precisa.

—Ah, Jenna. Justo la estudiante que estaba buscando —asiente hacia Lambert—. Edward, espero que no estés monopolizando a mi alumna estrella antes de su presentación final.

La boca de Lambert se tensa. —Meramente expresando interés en su progreso académico.

—Bueno, su progreso ha sido notable —la profesora Winters se vuelve hacia mí—. Particularmente el modelado financiero en tu plan de negocios. Trabajo de nivel de posgrado, diría yo —le da a Lambert una mirada significativa que me dan ganas de vitorear.

Lambert se aclara la garganta. —Sí, bueno. Le deseo la mejor de las suertes con su... empresa, señorita Davis —se aleja con la postura rígida de alguien que ha sido profesionalmente reprendido.

La profesora Winters lo observa marcharse, luego se vuelve hacia mí. —No dejes que te

afecte. Algunos profesores confunden experiencia con pericia.

—Está bien —digo automáticamente—. Estoy acostumbrada a que la gente me subestime.

Sus ojos astutos me evalúan. —La sección financiera de tu plan, esa colaboración con tu consultor la ha fortalecido considerablemente. Es el tipo de trabajo sustancial que silencia a los críticos.

Asiento, un calor inesperado extendiéndose dentro de mí ante el recordatorio de las horas que Ben y yo hemos pasado refinando esas proyecciones. —Ha sido... útil.

—Me lo imagino —algo en su tono me hace levantar la mirada bruscamente, pero su expresión no revela nada—. No lo olvides: las presentaciones finales son el lunes a las 9 AM en punto.

Mientras se aleja, me desplomo contra la pared, el agotamiento inundándome en oleadas. A pesar de la validación de la profesora Winters, la actitud despectiva de Lambert ha reabierto esa herida familiar: la constante batalla por ser tomada en serio a pesar de mi edad y apariencia.

Reviso mi reloj y gimo. Tengo exactamente cuarenta y cinco minutos para llegar a la posada para mi turno de la tarde, lo que significa que no habrá tiempo para estudiar en la biblioteca después de todo. La semana de exámenes finales es verdaderamente el equivalente académico de ser aplastado lentamente bajo una pila cada vez mayor de responsabilidades.

Al menos veré a Ben esta noche. El pensamiento me trae tanto consuelo como un aleteo de nervios que se ha vuelto cada vez más familiar cada vez que pienso en él. Para alguien que una vez representó todo lo que me desagradaba sobre la eficiencia corporativa, Benjamin Mitchell se ha convertido de alguna manera en la persona que más espero ver cada día.

¿Quién lo hubiera pensado?

—Estás mirando tu café como si te hubiera ofendido personalmente —dice mi hermano, deslizándose en el asiento frente a mí en la Pastelería Sweet Beginnings—. ¿Tan mala es la semana de exámenes?

Miro a Mark, su rostro familiar una distracción bienvenida de mis pensamientos arremolinados. Mi hermano mayor, con sus manos curtidas y su enfoque práctico de la vida, siempre ha sido mi ancla en las tormentas. Cinco años mayor que yo, eligió la agricultura sobre lo académico, trabajando la tierra de nuestra familia mientras yo perseguía títulos y sueños de restauración histórica.

—Exámenes, trabajo, plan de negocios... elige —digo, envolviendo mis manos alrededor de la taza caliente—. Pero lo estoy manejando.

—Mamá dice que apenas estás durmiendo —estira la mano y roba la mitad de mi muffin de arándanos con el casual derecho de hermanos mayores en todas partes—. Está preocupada.

—Mamá siempre está preocupada —acerco protectoramente la mitad restante de mi muffin —. Es su estado por defecto.

—Está especialmente preocupada por ese consultor que te está ayudando con tu plan de negocios —Mark me observa cuidadosamente mientras mastica—. El que se irá en unas pocas semanas.

Siento que mis hombros se tensan. —Ben. Y es una relación profesional.

—Ajá —me da esa mirada escéptica que ha perfeccionado desde la infancia—. Por eso Evelyn Blackwood le dijo a mamá que los vio bailando en el Festival de la Cosecha luciendo "positivamente embelesados". Sus palabras, no las mías.

Maldigo silenciosamente las redes de chismes de los pueblos pequeños. —Bailamos. La

gente baila en los festivales.

—Jenna —la voz de Mark se suaviza—. Solo no quiero verte sufrir cuando él se vaya. Estos tipos corporativos... viven en un mundo diferente.

Su protección me recuerda a cuando tenía doce años y me caí del roble en nuestro patio trasero. Mark me había llevado adentro, su rostro tenso de preocupación mientras me sermoneaba sobre trepar demasiado alto y simultáneamente prometía no decirle a mamá cómo me había lastimado. Incluso ahora, conmigo a los veinticuatro, ese mismo instinto protector da forma a su preocupación.

—Sé exactamente quién es Ben y dónde pertenece —digo con más certeza de la que siento —. No albergo ilusiones sobre que se quede en Evergreen Falls.

—Bien. Porque mamá ya está preocupada por cuánto has invertido en la propiedad victoriana. No necesita preocuparse por tu corazón también.

El comentario golpea más fuerte de lo que probablemente pretende. Mark siempre ha sido protector, pero su preocupación se siente asfixiante hoy, sumándose a mi nivel de estrés ya abrumador.

—Soy una mujer adulta, Mark. Puedo manejar mis decisiones comerciales y mi vida personal sin la supervisión familiar.

Levanta las manos en señal de rendición. —Solo cuido de ti, Jen —su expresión se suaviza, y empuja su galleta sin tocar hacia mí—. Ofrenda de paz. Sé que esta propiedad lo significa todo para ti. Solo quiero asegurarme de que también te estés cuidando.

El pequeño gesto, tan típico de Mark, que muestra amor a través de acciones más que palabras, alivia parte de mi irritación. —Lo sé. Gracias.

Después de que Mark se va para su cita de análisis de suelo de la tarde, Tessa se desliza en su asiento vacante, equilibrando un chai latte fresco y un plato con otro muffin.

—Refuerzos —anuncia—. Podía oír tu estómago gruñir desde detrás del mostrador.

—Eres mi salvadora —acepto ambos con gratitud—. Aunque no necesito que todo el pueblo se preocupe por mi vida personal.

—Ah. Mark mencionó la situación con Ben —se limpia la harina de las manos en su delantal —. Por lo que vale, creo que lo estás manejando notablemente bien.

—¿Manejando qué? No hay nada que manejar.

Tessa me da su característica mirada de "no me vengas con tonterías". —El hecho de que obviamente te has enamorado de un hombre que se va en, ¿qué, tres semanas ahora? Eso.

—No me he enamorado de nadie —protesto, aunque las palabras suenan huecas incluso para mis oídos.

—Claro. Y yo no sé la diferencia entre hojaldre y masa filo —se inclina hacia adelante—. Escucha, todos lo ven. La forma en que te iluminas cuando entra en una habitación. Cómo has incorporado sus sugerencias en tu plan de negocios cuando normalmente peleas con cualquiera que cuestione tu visión.

—Eso es porque sus sugerencias tienen sentido real —murmuro.

—¡Exactamente mi punto! Nunca has admitido eso sobre la aportación de nadie antes — Tessa toma un sorbo de su café—. Está bien tener sentimientos por él, ¿sabes? No te hace débil o ingenua.

Miro por la ventana hacia la posada al otro lado de la calle, donde Ben probablemente está trabajando en algún análisis financiero complejo en la biblioteca. —No importa lo que sienta. Él tiene una vida en Boston. Una carrera. Yo tengo una casa victoriana medio renovada y préstamos estudiantiles.

—Pero...

—Siempre supe que esto era temporal —interrumpo, haciendo eco de lo que me he estado diciendo cada noche—. Tomó un año sabático, no unas vacaciones permanentes. No soy lo suficientemente ilusa como para pensar que tres semanas de colaboración cambian eso.

Tessa me estudia por un momento, luego suspira. —De acuerdo. Solo recuerda que protegerte del dolor potencial a veces significa perderte la felicidad potencial también.

Termino mi chai y recojo mis cosas, necesitando escapar de esta conversación antes de que la perspicacia de Tessa rompa la cuidadosa compartimentación que he construido alrededor de mis sentimientos por Ben. —Tengo que irme a mi turno. Gracias por el muffin.

Mientras camino hacia la posada, reflexiono sobre cuán diferentemente todos perciben mi relación con Ben. Mark ve un potencial dolor de corazón. Tessa ve felicidad potencial. La profesora Winters ve una colaboración productiva.

Ya no estoy segura de lo que veo, excepto un reloj de cuenta regresiva marcando constantemente hacia su partida.

La biblioteca de la Posada Evergreen Falls se ha convertido en nuestra sala de trabajo no oficial, sus sillones de cuero e iluminación cálida creando un capullo de productividad que se siente separado del resto del mundo. Esta noche, sin embargo, la comodidad habitual del espacio se siente tensa. Ben ha estado revisando su teléfono regularmente, cada notificación atrayendo momentáneamente su atención antes de que vuelva a enfocarse en mis diapositivas de presentación.

—Tu análisis de segmentación de mercado es bastante minucioso —dice, desplazándose por el documento en su portátil—. Aunque todavía creo que deberías enfatizar más prominentemente el potencial de viajeros de negocios.

Tomo nota, tratando de no sentirme irritada por su atención dividida. —Los viajeros de negocios no son mi principal público objetivo. La ubicación victoriana atrae más a viajeros de ocio que buscan una experiencia auténtica.

—Cierto, pero diversificar tu mercado objetivo crea estabilidad de ingresos. Cuando regrese a Boston, puedo conectarte con varios organizadores de retiros corporativos que... —su teléfono vibra de nuevo, y lo revisa brevemente antes de continuar—, que se especializan en alojamientos únicos para escapadas ejecutivas.

Cuando regrese a Boston. La frase cae como una piedra en mi estómago, aunque no debería. Ha mencionado su regreso a la vida corporativa frecuentemente durante los últimos días, cada referencia sirviendo como un pequeño recordatorio de nuestro acuerdo temporal.

—Eso sería útil —digo neutralmente—. Aunque necesitaré completar la restauración antes de reservar cualquier retiro.

Su frente se arruga ligeramente mientras examina mi cronograma de implementación. —Este calendario de apertura parece agresivo dados tus estimados de renovación. Con tu carga de cursos el próximo semestre más la gestión de plazos de contratistas, podrías considerar extender tu proyección al menos un trimestre.

—Necesito abrir a mediados del verano para capturar los ingresos de la temporada alta —explico—. Los modelos financieros que me ayudaste a crear muestran que perder la temporada de verano pospondría el punto de equilibrio casi ocho meses.

Ben se recuesta, pasándose una mano por el cabello oscuro, un gesto que he llegado a reconocer como su postura de pensamiento. —Entiendo el razonamiento financiero, pero la

ejecución práctica requiere flexibilidad. Una vez que tengas más experiencia en el mundo real gestionando proyectos de renovación, encontrarás que los retrasos imprevistos son la regla más que la excepción.

La frase me golpea como un golpe físico. Una vez que tengas más experiencia en el mundo real.

De repente estoy dos años atrás, parada en mi apartamento mientras Sean empaca sus cosas. "Tu fantasía de un pequeño B&B es linda, Jenna", dice, ni siquiera mirándome mientras mete camisas en su bolsa de lona, "pero una vez que tengas algo de experiencia en el mundo real, entenderás por qué es poco práctica. Eres joven. Lo superarás".

Miro a Ben, viéndolo de repente a través de una lente diferente. ¿Ha sido esta su perspectiva todo el tiempo? ¿Que está complaciendo el proyecto de alguna estudiante ingenua en lugar de respetar mi perspicacia empresarial?

—¿Es eso lo que piensas? —pregunto, con la voz anormalmente tensa—. ¿Que me falta experiencia en el mundo real?

Ben levanta la mirada, su frente arrugándose con confusión. Sus manos se congelan sobre el teclado, y parpadea dos veces, claramente tomado por sorpresa por el cambio en mi tono. —Simplemente quise decir que los cronogramas de renovación típicamente requieren planificación de contingencia...

—No, específicamente dijiste "una vez que tengas más experiencia en el mundo real", como si mis tres años de investigación, evaluaciones de propiedades y planificación financiera no contaran para nada porque no he ejecutado una renovación completa antes.

Deja su portátil a un lado, volteándose para enfrentarme directamente. Su expresión es abierta, preocupada, sin rastro de la condescendencia que de repente siento rodeándome. —No es lo que pretendía transmitir. Simplemente estaba sugiriendo que la implementación por primera vez a menudo revela imprevistos...

—Lo entiendo —cierro mi portátil con más fuerza de la necesaria—. Soy joven, todavía estoy en la escuela, así que claramente necesito orientación de alguien con experiencia corporativa adecuada para entender cómo funciona el mundo real.

—Jenna, eso no es... —extiende ligeramente la mano hacia adelante, su mano flotando en el aire entre nosotros, pero ya me estoy retirando tanto física como emocionalmente.

—Está bien —me pongo de pie, recogiendo mis materiales con movimientos rápidos y eficientes—. Probablemente tienes razón. ¿Qué sabría yo sobre los desafíos del mundo real? Solo he estado trabajando a tiempo completo mientras me pago la universidad durante los últimos cinco años. Solo he estado ayudando a Dave a administrar esta posada desde que tenía diecinueve años. Solo he estado viviendo independientemente, manejando mis propias finanzas y desarrollando este plan de negocios durante tres años.

Ben también se pone de pie, su expresión pasando de la confusión a la preocupación. Da un paso hacia mí, pero inconscientemente me alejo, aumentando la distancia entre nosotros. —Creo que ha habido un malentendido. Tengo un tremendo respeto por tu ética de trabajo y concepto de negocio.

—Pero no por mi experiencia —termino por él—. Porque la experiencia en el mundo real solo viene en oficinas corporativas, ¿verdad? No en posadas de pueblos pequeños o universidades comunitarias o cualquier otro lugar donde he estado.

—Eso no es lo que dije —hay una nota de frustración en su voz ahora. Se pasa la mano por el pelo nuevamente, sus ojos buscando los míos como si tratara de entender dónde se torció esto—. Estás atribuyendo un significado a mis palabras que no fue intencionado.

Por un momento fugaz, casi le cuento sobre Sean, sobre cómo esas exactas palabras me han perseguido durante años. Casi le explico cómo ser constantemente subestimada me ha hecho hipersensible a cualquier indicio de que mis sueños no están siendo tomados en serio. Las palabras suben a mi garganta, pero el orgullo las empuja de vuelta.

—Debería irme —digo, retirándome tanto física como emocionalmente. Evito encontrarme con sus ojos, concentrándome en cambio en recoger mis papeles—. Tengo otro examen final mañana, y se está haciendo tarde.

—Jenna, por favor —da un paso hacia mí, pero ya me estoy moviendo hacia la puerta—. Creo que deberíamos aclarar este malentendido.

—No hay nada que aclarar. Quisiste decir lo que dijiste, y yo lo escuché exactamente como lo pretendías —hago una pausa en la puerta, sin mirarlo del todo, mi mano apretada en el marco de la puerta—. Buenas noches, Ben. Estoy segura de que tienes importantes asuntos de Boston que atender.

Me alejo antes de que pueda responder, cada paso añadiendo distancia entre nosotros, no solo físicamente sino emocionalmente. La parte racional de mí sabe que estoy exagerando, confundiendo el comentario de Ben con el desprecio de Sean, pero el dolor se siente demasiado crudo para procesarlo lógicamente.

Mientras conduzco a casa, la condescendencia del profesor Lambert, las advertencias protectoras de Mark y el eco involuntario de Ben de las palabras de mi ex se arremolinan juntos en un brebaje tóxico de inseguridad. Después de años luchando por ser tomada en serio, todavía me siento como esa chica universitaria a la que dan palmaditas en la cabeza por sus sueños lindos pero poco prácticos.

En mi cabaña, dejo caer mi bolso junto a la puerta y me hundo en el sofá, el peso de la semana de exámenes finales, las preocupaciones familiares y esta nueva tensión con Ben finalmente abrumándome. Durante semanas, he estado cayendo más profundamente en lo que sea que esto es con Ben, permitiéndome imaginar posibilidades a pesar de saber que se irá. La conversación de esta noche se siente como un frío recordatorio de la realidad: incluso si respeta mi plan de negocios, todavía me ve como inexperta. Igual que todos los demás.

Me envuelvo en una manta, mirando la pila de planos de Wildflower Cottage en mi mesa de café. La propiedad victoriana que representa todo por lo que he trabajado. El sueño que la gente sigue sugiriendo que soy demasiado joven, demasiado inexperta para lograr.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Ben: Creo que hemos tenido un malentendido. Nunca desestimaria tu experiencia o capacidades. ¿Podemos discutir esto mañana?

Lógico, directo, perfectamente Ben. Una parte de mí quiere responder inmediatamente, aclarar el aire y volver a la fácil colaboración que hemos desarrollado. Pero otra parte, la que ha sido herida antes, que está cansada de estar constantemente demostrándome a mí misma, necesita distancia para reconstruir mis muros emocionales antes de que se vaya.

Dejo el teléfono sin responder. Tres semanas más hasta que Ben regrese a Boston. Tres semanas para reenfocarme en mi plan de negocios, sobresalir en mis exámenes finales y recordar que Wildflower Cottage es mi prioridad, no una conexión con alguien cuyo "mundo real" existe a cientos de kilómetros de distancia.

El teléfono vibra de nuevo, pero no lo reviso. En su lugar, acerco mis proyecciones financieras, perdiéndome en los números y planes que se han convertido en mi ancla. Esto, al menos, es algo que puedo controlar.

Lo que más me aterroriza no es que Ben no crea en mí. Es que por un breve y hermoso momento, había empezado a creer que lo hacía, que me veía como una igual, una empresaria

capaz en lugar de una estudiante con un sueño. Que esa ilusión se haga añicos se siente como el corte más cruel de todos.

Capítulo 17
Ben

La Suite Hemingway se siente simultáneamente demasiado grande y sofocantemente pequeña mientras recorro su perímetro: siete pasos precisos a lo largo de cada pared, giro, repito. Mis pensamientos se niegan a organizarse en los patrones ordenados en los que he confiado durante toda mi carrera profesional. En cambio, giran en remolinos caóticos alrededor de un solo punto focal: la expresión herida de Jenna cuando mencioné la "experiencia en el mundo real".

Mi portátil está abierto sobre el escritorio, con los urgentes correos electrónicos de Timothy exigiendo atención inmediata. La situación de Westridge continúa escalando—las pérdidas proyectadas de ingresos ahora exceden los ocho dígitos si no se puede salvar la relación. En circunstancias normales, esto exigiría toda mi concentración. Sin embargo, me encuentro incapaz de formular una respuesta coherente, mis capacidades analíticas comprometidas por la persistente imagen de Jenna alejándose de mí, con muros visiblemente reconstruyéndose entre nosotros.

Intento segmentar el problema, como haría con cualquier desafío empresarial. El comentario desencadenante: "Cuando tengas más experiencia en el mundo real gestionando proyectos de renovación, descubrirás que los retrasos imprevistos son la regla más que la excepción". Declaración fácticamente precisa, entregada sin intención maliciosa. El resultado inesperado: retirada inmediata, postura defensiva, referencia explícita a la percepción de menosprecio de sus capacidades.

La conclusión lógica sugiere una interpretación contextual errónea. Mi declaración abordaba específicamente la gestión de proyectos de renovación, no su competencia general o perspicacia empresarial, que he llegado a respetar cada vez más. Sin embargo, la intensidad de su reacción implica una asociación más profunda—quizás experiencias pasadas donde frases similares llevaban una intención más despectiva.

Reviso mi teléfono de nuevo. El mensaje que envié hace treinta y siete minutos sigue sin leer: Creo que hemos tenido un malentendido. Nunca fue mi intención menospreciar tu experiencia o capacidades. ¿Podemos hablar?

La continua ausencia de respuesta crea una incomodidad desconocida en mi pecho—una opresión que desafía la categorización lógica. Mi cuello se siente repentinamente oprimido, a pesar de haberlo aflojado hace una hora.

Regreso a mi portátil, forzando mi atención a la documentación de Westridge. Discrepancias en el cronograma de implementación. Ambigüedades en el lenguaje contractual. Disputas sobre umbrales de autorización. El familiar desafío técnico debería proporcionar una distracción bienvenida, pero encuentro que mis pensamientos derivan continuamente hacia un problema más complejo: la mirada herida en los ojos de Jenna. La forma en que sus hombros se tensaron, su barbilla elevándose ligeramente en esa postura defensiva que he llegado a reconocer cuando se siente subestimada.

El correo electrónico más reciente de Timothy exige atención: El consejo espera estrategia de resolución para mañana. Último vuelo a Boston mañana a las 2 PM. ¿Confirmas asistencia?

La pregunta requiere una respuesta binaria—sí o no—pero me encuentro inusualmente vacilante. Regresar a Boston significa retomar mi trayectoria profesional cuidadosamente construida, abordando la crisis de Westridge a través de metodologías estratégicas probadas. Significa volver a mi vida real.

Excepto que ya no se siente como regresar a mi vida real. De alguna manera, durante estas

semanas en Evergreen Falls, la definición de "real" ha cambiado bajo mis pies. Pienso en la sonrisa de Jenna cuando la profesora Winters elogió su plan de negocios, cómo inconscientemente buscó mi mano bajo la mesa. El recuerdo crea una calidez inesperada que ninguna sala de juntas de Boston ha proporcionado jamás.

Cierro mi portátil sin responder a Timothy y reviso mi teléfono nuevamente. Sigue sin haber respuesta de Jenna.

Por primera vez en mi vida profesional, me encuentro sin un plan de acción claro—una sensación desconocida y claramente incómoda.

El sueño resulta esquivo a pesar de seguir mi rutina nocturna estándar con un tiempo preciso. A las 11:42 PM, abandono el intento y me visto nuevamente con ropa casual—jeans oscuros y un suéter azul marino. Quizás revisar una vez más las proyecciones de Wildflower Cottage restaurará algún tipo de enfoque productivo.

Los pasillos de la posada están tranquilos, la mayoría de los huéspedes se retiraron hace horas. La suave alfombra absorbe mis pasos mientras me dirijo hacia la biblioteca, sus puertas de roble parcialmente cerradas con luz cálida derramándose por la abertura. Dave debe haber olvidado apagar las lámparas—una ineficiencia que he notado varias veces durante mi estancia.

Empujo la puerta y me quedo inmóvil. Jenna está sentada en nuestra mesa habitual, rodeada de materiales de presentación, su cabello castaño rojizo cayendo en ondas sueltas alrededor de su rostro mientras se inclina sobre su portátil. Levanta la mirada al oír mi entrada, su expresión cambiando de sorpresa a neutralidad cautelosa. Círculos oscuros sombrean sus ojos, y sus dedos giran nerviosamente alrededor de un lápiz.

—No esperaba que hubiera alguien aquí —digo, permaneciendo en la entrada—. Me disculpo por la intrusión.

—Es un área común —señala, con tono cuidadosamente medido—. No hay intrusión.

Nos estudiamos mutuamente a través de la habitación, el silencio extendiéndose entre nosotros como una entidad física con peso y sustancia. Noto cómo se endereza en mi presencia, cuadrando los hombros como si se preparara para una negociación difícil.

—Te envié un mensaje —digo finalmente.

—Lo sé. Solo... —Baja la mirada hacia sus papeles, reorganizándolos con movimientos precisos—. Necesitaba algo de espacio para procesarlo.

Permanezco en el umbral, consciente de respetar sus límites. —¿Puedo entrar? ¿O preferirías que te deje trabajar?

Ella duda, luego señala la silla frente a ella—no la inmediatamente adyacente que ha preferido durante nuestras sesiones de trabajo, sino una que mantiene una distancia más significativa. —Puedes quedarte. Solo estoy finalizando mi presentación para la profesora Winters.

Me dirijo a la silla indicada, notando cómo ella sutilmente mueve sus materiales para crear una barrera entre nosotros. La organización eficiente de sus notas refleja su enfoque metódico del plan de negocios—un rasgo que he llegado a respetar profundamente durante nuestra colaboración.

—Jenna, me gustaría abordar nuestro malentendido de antes —comienzo, seleccionando mis palabras con una cautela atípica.

—No hubo ningún malentendido —dice, manteniendo la mirada en sus papeles—. Fuiste muy claro.

—Creo que sí lo hubo —contradigo suavemente—. Cuando me referí a la "experiencia en el mundo real", estaba hablando específicamente sobre la gestión de proyectos de renovación, no

menospreciando tus capacidades generales o perspicacia empresarial, que he llegado a respetar enormemente.

Sus manos se detienen sobre sus documentos, y finalmente encuentra mis ojos. Noto el ligero temblor en sus dedos, la forma en que se muerde el interior de la mejilla—sutiles señales de angustia emocional a las que me he sintonizado durante nuestro tiempo juntos.

—¿Sabes qué me dijo mi ex cuando decidió que no valía la pena quedarse conmigo? —pregunta, con voz apenas por encima de un susurro—. Me dijo que mi "pequeña fantasía del B&B" era linda, pero una vez que obtuviera algo de "experiencia en el mundo real", entendería por qué era poco práctica.

La comprensión me inunda con una claridad incómoda. Mi estómago se tensa con arrepentimiento. —Inadvertidamente hice eco de una frase que conlleva asociaciones dolorosas para ti.

—Exactamente las mismas palabras. —Su voz contiene un toque de vulnerabilidad bajo su superficie controlada—. Y sé, lógicamente, que no lo dijiste de la misma manera. Pero escuchar esas palabras exactas de alguien cuya opinión he llegado a valorar... —Niega con la cabeza, dejando la frase sin terminar.

—Me disculpo sinceramente —digo, inclinándome hacia adelante sobre la mesa—. Mi comentario reflejó pobremente mi comunicación, no tus capacidades. Tu concepto de negocio es excepcionalmente sólido, y tu comprensión de la industria de la hospitalidad supera la de muchos profesionales con décadas más de experiencia.

La rigidez de sus hombros disminuye ligeramente. —Gracias por decir eso.

—No es adulación; es una evaluación precisa. —Mantengo su mirada, esperando transmitir mi sinceridad—. He trabajado con numerosos ejecutivos corporativos que demuestran mucha menos visión y conocimiento práctico que los que has mostrado al desarrollar Wildflower Cottage.

Un fantasma de sonrisa toca sus labios. —Un gran elogio desde Boston.

—Observación factual —corrijo, aunque devuelvo su casi sonrisa con una propia.

Me estudia por un momento, su expresión suavizándose. —Aprecio que hayas venido a buscarme para aclarar esto. La mayoría de las personas no se molestarían.

—La mayoría de las personas no han visto de lo que eres capaz —respondo—. Te he visto impresionar a la profesora Winters, navegar por las preocupaciones sobre códigos de construcción de Dave, y desarrollar soluciones innovadoras para cada obstáculo. Tus planes para Wildflower Cottage muestran una notable previsión.

La tensión entre nosotros se disipa gradualmente, como la niebla matutina que se desvanece bajo la suave luz del sol. Jenna cierra su portátil, dándome toda su atención por primera vez desde que entré.

—Reaccioné exageradamente —admite—. Es solo que... a veces siento que estoy constantemente luchando para que me tomen en serio. Entre mi edad y —hace un gesto vago hacia sí misma— esto, la gente asume que solo estoy jugando a los negocios hasta que aparezca algo mejor.

—Su subestimación es su desventaja, no la tuya —digo simplemente.

Algo cambia en su expresión—un ablandamiento, una bajada de defensas. Sus dedos detienen su movimiento nervioso, y toma una respiración más profunda de lo que he visto desde que entré en la habitación.

—¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué?

—Decir exactamente lo correcto sin parecer que lo intentas.

Considero esta evaluación inesperada. —Simplemente expreso lo que me parece evidente. Tus capacidades son objetivamente impresionantes. El fracaso de otros en reconocer eso refleja una limitación perceptiva, no la realidad.

Ríe suavemente, el sonido creando una calidez inesperada en mi pecho. —Y ahí vas de nuevo.

Hemos abandonado nuestros lados opuestos de la mesa, migrando a los sillones de cuero cerca de la chimenea donde las brasas moribundas proyectan un cálido resplandor a través de la habitación. El reloj de pie en la esquina da una campanada para la media noche y media, pero ninguno de los dos reconoce lo tarde de la hora.

—Mi padre quería que estudiara administración de empresas —me encuentro diciendo, sorprendiéndome con esta revelación personal—. La arquitectura era considerada demasiado impredecible, demasiado dependiente de evaluaciones subjetivas en lugar de resultados medibles.

—Pero te encantaba —observa Jenna perceptivamente, metiendo una pierna debajo de ella en el sillón, su postura más relajada de lo que he visto en toda la noche.

—Encontraba satisfacción en la integración de forma y función —reconozco, la admisión más fácil en la íntima tranquilidad de la hora tardía. Mis dedos trazan el reposabrazos de cuero, recordando las herramientas de dibujo que una vez manejé con tanto cuidado—. El equilibrio entre el atractivo estético y la utilidad práctica.

—Eso es exactamente lo que estoy tratando de lograr con Wildflower Cottage —dice, inclinándose hacia adelante en su sillón, ojos brillantes de pasión—. Preservar elementos históricos que dan carácter a la propiedad mientras incorporo comodidades modernas que la hacen financieramente viable. Es el mismo principio.

Su perspicacia me golpea con una fuerza inesperada. Tiene razón—el principio fundamental que me atrajo a la arquitectura cuando era niño es precisamente lo que me ha atraído a su concepto de negocio. El elegante equilibrio entre preservación y progreso, tradición e innovación.

—Habrías sido un excelente arquitecto —añade, su mirada suavizándose mientras sostiene la mía.

—Quizás en una línea de tiempo alternativa. —Me encuentro estudiándola en la tenue luz—las curvas y ángulos de su rostro, la forma en que la luz del fuego se refleja en su cabello, convirtiéndolo en oro bruñido. El ligero hoyuelo que aparece cuando sonríe genuinamente—. Serás una propietaria de negocio excepcional.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo—otro mensaje de Timothy, sin duda. Lo ignoro, reacio a romper este momento de conexión inesperada. Mi mano se contrae con el impulso de alcanzar la suya, recordando cómo nuestros dedos se habían entrelazado cuando nos refugiamos de la lluvia en el cobertizo del jardín la semana pasada.

—Boston te llama —observa Jenna en voz baja, notando mi ligero movimiento.

—Puede esperar.

—¿Puede? —Su expresión se vuelve seria—. Tu año sabático casi termina, Ben. El mundo corporativo no se detiene porque estés ayudando a una recepcionista de un pueblo pequeño con su plan de negocios.

—Eres significativamente más que una "recepcionista de un pueblo pequeño" —contradigo, encontrando la descripción terriblemente inadecuada—. Eres una emprendedora visionaria con instintos excepcionales y una determinación notable.

Ella sonríe pero persiste, colocando un mechón de cabello detrás de su oreja. —El punto sigue en pie. Tienes responsabilidades allí. Una carrera que has construido. Una vida a la que necesitas regresar.

Las palabras deberían sentirse validadoras—un reconocimiento de la identidad profesional que he construido cuidadosamente. En cambio, crean un curioso vacío en mi pecho, una sensación de pérdida que no había anticipado.

—He estado considerando arreglos alternativos —me encuentro diciendo, la admisión sorprendiéndome incluso mientras las palabras salen de mi boca.

Sus cejas se elevan. —¿Arreglos alternativos?

—Posibilidades de consultoría remota. Visitas de fin de semana cuando las demandas del proyecto requieran reuniones en persona. —Hago una pausa, sorprendido por lo minuciosamente que he estado contemplando esto sin reconocimiento consciente—. De Boston a Austin es un vuelo relativamente corto.

Algo parpadea en su expresión—esperanza, quizás, rápidamente moderada por la cautela. El pulso en su garganta se acelera visiblemente. —Eso es... mucho esfuerzo para una consulta de plan de negocios.

—Quizás el plan de negocios no sea la única consideración.

La declaración queda suspendida entre nosotros, sus implicaciones inconfundibles. La respiración de Jenna se entrecorta audiblemente, sus dedos apretándose en el brazo de su sillón. El espacio entre nosotros parece contraerse, cargado de posibilidades no expresadas.

—Ben... —comienza, su voz más suave que antes.

Mi teléfono vibra nuevamente, más insistentemente esta vez. Con reluctancia, lo saco de mi bolsillo, la luz azul áspera en el cálido resplandor ámbar de la biblioteca. El mensaje de Timothy es inequívoco: Necesito tu decisión AHORA. El consejo necesita confirmación de tu asistencia mañana. El equipo está trabajando toda la noche en la presentación de Westridge.

La urgencia corporativa se siente simultáneamente familiar y extrañamente distante, como ver mi vida anterior a través de un cristal. Miro de la pantalla al rostro expectante de Jenna, recordando cómo se veía bajo la lluvia aquel día—mechones de cabello húmedo enmarcando su rostro, risa en sus ojos mientras casi cerrábamos la distancia entre nosotros.

Devuelvo el teléfono a mi bolsillo sin responder.

—¿Importante? —pregunta Jenna, su expresión cuidadosamente neutral.

—La situación de Westridge continúa escalando. El consejo espera mi presencia mañana.

Ella asiente, un sutil retroceso visible en su expresión. —Deberías ir. Tu vida real te está esperando.

La frase me golpea con una fuerza inesperada. —Mi vida real —repito lentamente.

—En Boston. Con tu carrera y tus desafíos corporativos y tu... todo. —Se levanta, recogiendo sus materiales con movimientos cuidadosos—. Es tarde. Debería irme a casa.

Yo también me levanto, repentinamente reacio a terminar nuestra conversación. —Te acompañaré afuera.

Nos movemos a través de la tranquila posada en un silencio amistoso, nuestros pasos amortiguados en el pasillo alfombrado. Afuera, el aire nocturno lleva el aroma fresco del invierno que se aproxima, estrellas dispersas por el cielo claro como diamantes sobre terciopelo. Soy agudamente consciente de ella a mi lado, el ligero espacio entre nuestros hombros mientras caminamos, el aroma de su champú de lavanda llevado por la brisa.

—Gracias —dice Jenna al llegar a su coche—, por explicar lo de antes. Lo aprecio.

—Por supuesto.

Ella vacila, llaves en mano, su expresión atrapada entre algo que quiere decir y algo que la detiene. Me encuentro igualmente conflictuado, palabras formándose y disolviéndose antes de poder expresarlas.

—Me equivoqué al reaccionar tan defensivamente —admite de repente—. Tu consejo sobre el cronograma de renovación era completamente válido. Solo... traje mi propio bagaje a la conversación.

—Al igual que yo —reconozco—. Cuando mi padre descartó la arquitectura como poco práctica, interioricé la idea de que ciertos sueños no valían la pena perseguirse. Nunca querría imponer esa limitación a otra persona, especialmente a ti.

Su expresión se suaviza ante esta vulnerabilidad compartida. —Eso significa mucho.

—Cualquiera que sea tu decisión sobre Boston —dice después de un momento—, quiero que sepas que tu aportación a Wildflower Cottage ha sido invaluable. Has ayudado a hacer mi sueño más realizable, y siempre estaré agradecida por eso.

La formalidad en su tono crea un dolor inesperado. —Jenna...

Ella se acerca y, por un momento impresionante, creo que podría cerrar la distancia entre nosotros, recreando ese momento-casi bajo la lluvia del cobertizo del jardín. En cambio, brevemente toca mi antebrazo, una suave presión que persiste incluso después de que retira su mano.

—Buenas noches, Ben. —Abre la puerta de su coche, creando una barrera física entre nosotros—. Hazme saber lo que decides.

La observo mientras se aleja, las luces traseras desapareciendo por la tranquila calle. La noche parece más vacía por su ausencia, las estrellas menos brillantes. Todavía puedo sentir la presión fantasma de sus dedos en mi brazo, una conexión que parece trascender lo físico.

Mi teléfono vibra una vez más en mi bolsillo—Timothy, exigiendo una respuesta que estoy cada vez más inseguro de cómo proporcionar. Por primera vez en mi carrera meticulosamente planificada, me encuentro parado en una encrucijada sin una dirección estratégica clara.

Boston representa todo por lo que he trabajado—logro profesional, seguridad financiera, el camino que he seguido sin cuestionar durante años. Sin embargo, mientras regreso hacia la posada, me sorprende la inquietante realización de que el pensamiento de regresar se siente menos como ir a casa y más como dejarla atrás.

La crisis corporativa espera mi respuesta. El consejo espera mi presencia. Timothy necesita mi decisión.

Y por primera vez en mi vida profesional, no sé cuál será esa decisión. La imagen de la expresión esperanzada de Jenna cuando mencioné arreglos alternativos persiste en mi mente, una posibilidad tan inesperada como convincente—un camino no marcado en ningún mapa profesional que jamás haya seguido, pero uno que de repente parece valer la pena explorar.

Capítulo 18
Jenna

La impresora detrás del mostrador de recepción zumba, escupiendo otra versión revisada de mi solicitud de préstamo. Agarro el papel aún caliente, examinando las proyecciones financieras actualizadas que Ben me ayudó a reforzar anoche. Los números se ven sólidos —mejores que sólidos, en realidad— pero mi confianza vacila al recordar el mensaje de voz del propietario de esta mañana.

—...otro comprador interesado ha presentado una consulta... necesitaré tu oferta final antes del fin de semana...

No debería sorprenderme. La propiedad victoriana ha sido infravalorada debido a su estatus histórico y necesidades de renovación, precisamente lo que la hace perfecta para mi visión de Wildflower Cottage. Era inevitable que alguien más reconociera su potencial eventualmente. Pero el momento no podría ser peor, con los exámenes finales recién terminados y mi cita para el préstamo en dos horas.

—Vas a hacer un agujero en ese papel.

Levanto la mirada para encontrar a Dave apoyado en el mostrador, con una taza de café en la mano, observándome con esa preocupación paternal que intenta disfrazar como interés casual. Su cabello entrecano está ligeramente despeinado, y hay una mancha de pintura en su muñeca por los retoques que ha estado haciendo en las habitaciones.

—Solo estoy revisando las proyecciones —explico, metiendo los papeles en mi carpeta—. Tengo esa reunión en First National hoy.

Dave asiente, tomando un sorbo pensativo de su taza. —¿Con Richardson?

—Sí. Finalmente accedió a revisar mi solicitud.

—Bien. Es minucioso pero justo. —Dave me estudia cuidadosamente—. Aunque pareces un poco distraída para alguien que está a punto de presentar un proyecto a un banquero. ¿Está todo bien?

Me mantengo ocupada organizando carpetas de registro, evitando su mirada perspicaz. —Bien. Solo estoy nerviosa por la reunión.

—Hmm. —La única sílaba transmite una gran dosis de escepticismo—. ¿Y no tiene nada que ver con nuestro huésped en la Suite Hemingway?

Las tarjetas de registro se deslizan, esparciéndose por el escritorio. Las recojo rápidamente, sintiendo un calor que sube por mi cuello. —Ben ha sido útil con las proyecciones financieras. Eso es todo.

—¿De verdad? —Dave deja su taza, suavizando su expresión—. Jenna, te conozco desde que tenías diecinueve años. Nunca te he visto mirar una hoja de cálculo como lo miras a él.

La observación aterriza con una incómoda precisión. He estado tratando tanto de compartimentar —manteniendo mis crecientes sentimientos por Ben separados de mis planes para Wildflower Cottage— pero aparentemente estoy fracasando espectacularmente si Dave lo ha notado.

—No importa —digo finalmente—. Se va en dos semanas. De vuelta a Boston, de vuelta a su vida corporativa.

—¿Y eso es un problema?

Levanto la mirada, sorprendida por la pregunta. —Por supuesto que lo es. Las relaciones a distancia fracasan. Personas enfocadas en su carrera como Ben no cambian sus trayectorias de vida por aventuras de verano.

—¿Es eso lo que es esto? ¿Una aventura?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, exigiendo una honestidad para la que no estoy preparada. Lo que comenzó como un acuerdo vacacional ha evolucionado a algo que no puedo definir claramente —algo que hace que mi pecho duela cuando pienso en su partida.

—Necesito concentrarme en Wildflower Cottage —digo en cambio—. Esta oportunidad de propiedad no esperará.

Dave asiente, pero sus ojos reflejan un conocimiento amable. —Sabes, una vez pensé que tenía que elegir entre la posada y Maggie. Me convencí de que no podría equilibrar ambas cosas.

Parpadeo sorprendida. Dave rara vez habla de su difunta esposa. —¿Qué pasó?

—Maggie me convenció de que estaba siendo un idiota —dice con una suave risa—. Dijo que la persona correcta no desvía tus sueños, los mejora. Los hace más amplios, más profundos, a veces diferentes, pero siempre mejores.

Las palabras resuenan incómodamente mientras pienso en cómo la aportación de Ben ya ha fortalecido mi plan de negocio, cómo sus preguntas me han ayudado a clarificar mi visión.

—Ben no se va a quedar —le recuerdo a Dave, y a mí misma—. Tiene su vida en Boston.

—Quizás. —Dave se aleja del escritorio—. Pero la gente cambia de planes todo el tiempo. Especialmente cuando encuentra algo —o alguien— que vale la pena el cambio.

Se gira para irse, luego hace una pausa. —Solo recuerda, ser ferozmente independiente no significa que tengas que hacer todo sola. A veces, aceptar ayuda de la persona adecuada es su propio tipo de fortaleza.

Mientras se aleja, miro mis papeles del préstamo, donde el trabajo de Ben está entretejido por todas partes. La ironía no se me escapa: ya estoy dependiendo de su experiencia, solo que no me permito depender de su presencia.

Mi teléfono vibra con un mensaje de él: Esperando con ansias la cena de esta noche. Encontré un lugar en Austin que supuestamente tiene el mejor risotto de trufa fuera de Italia.

El mensaje envía un revoloteo a través de mi pecho —emoción entrelazada con ansiedad. Nos he permitido caer en un patrón de relación sin reconocer lo que estamos construyendo. Cenas, sesiones de trabajo compartidas que se extienden hasta la noche, despertando en su habitación con el sol temprano calentando sus estúpidamente perfectos pómulos...

Por un fugaz momento, considero enviarle un mensaje sobre mi cita con Richardson. Ben sabría exactamente qué decir, cómo posicionar mi plan de negocio para lograr el máximo impacto. Su experiencia corporativa sería invaluable.

Mis dedos se ciernen sobre el teclado, pero me retiro. No. Este es mi sueño, mi desafío a superar. No puedo empezar a apoyarme en él para todo, no cuando ya está contando los días hasta Boston.

Pero esta noche, necesito centrarme en mi reunión con Richardson. Todo lo demás —incluidos apuestos consultores corporativos con manos sorprendentemente gentiles— tendrá que esperar.

El First National Bank of Evergreen Falls tiene toda la calidez de un mausoleo. Los suelos de mármol y las imponentes columnas parecen diseñados para hacer que personas como yo se sientan pequeñas e insignificantes. Aliso mi blazer, agradecida de haberme vestido profesionalmente a pesar de que la asistente de Richardson inicialmente trató de programarme durante el "viernes casual".

Los suelos pulidos resuenan bajo mis tacones, cada clic amplificando mi latido. El aire huele

a pulidor de limón y dinero antiguo, una combinación intimidante que humedece mis palmas.

—¿Señorita Davis? —Una voz me saca de mis pensamientos—. El señor Richardson la recibirá ahora.

Sigo a la asistente por un pasillo flanqueado por retratos de hombres de expresión severa que presumiblemente han negado préstamos a generaciones de esperanzados emprendedores. La oficina de Richardson continúa con el tema de intimidación: gran escritorio de caoba, impresionantes títulos en la pared, ventana con vistas a la plaza del pueblo que lo posiciona literalmente por encima de la comunidad.

—Señorita Davis. —Se pone de pie brevemente, señalando la silla frente a su escritorio. Su apretón de manos es rápido y frío, su expresión ya escéptica antes de que yo haya dicho una palabra—. He revisado sus materiales preliminares.

Tomo asiento, acomodando mi carpeta en mi regazo. —Gracias por hacer tiempo para reunirse conmigo.

—Seré directo. Su concepto de negocio es interesante, pero arriesgado. —Hojea mi solicitud, golpeando con una uña bien cuidada contra mis proyecciones financieras—. El mercado de la hospitalidad es notoriamente volátil, y las propiedades patrimoniales conllevan gastos inesperados. Sus proyecciones parecen excesivamente optimistas.

Mi estómago se hunde, pero mantengo mi compostura. —En realidad, he incluido un contingente del veinticinco por ciento para costos de renovación, que excede los estándares de la industria. Los modelos financieros tienen en cuenta las fluctuaciones estacionales, y la investigación de mercado indica una fuerte demanda de experiencias de alojamiento en patrimonio auténtico.

Richardson levanta una ceja, claramente no esperaba una refutación tan detallada. Se recuesta en su silla de cuero, que cruje suavemente bajo su peso.

—Sí, bueno, también está el asunto de su garantía limitada y... —Hace una pausa, su mirada pasando a mi cara, sus ojos estrechándose ligeramente—. Experiencia. Es usted bastante joven para asumir un proyecto de esta magnitud.

El familiar desprecio enciende una chispa de ira, pero la canalizo hacia la determinación. —He estado trabajando en gestión de hospitalidad durante ocho años, señor. He ayudado a aumentar las reservas de Evergreen Falls Inn en un treinta y siete por ciento desde la implementación de mi estrategia de marketing. Mi plan de negocio ha recibido elogios de profesionales de la industria durante mi presentación final.

—Los elogios no pagan a los contratistas cuando descubren moho negro detrás de esas encantadoras paredes victorianas —dice, cerrando mi archivo con un decidido chasquido—. O compensan la escasez de ingresos durante su primera temporada baja.

—Precisamente por eso mis proyecciones incluyen tanto fondos de contingencia como un período de adaptación realista —respondo, sacando un documento complementario—. Si mira la página dieciséis...

Levanta una mano. —Señorita Davis, aprecio su minuciosidad. Pero el entusiasmo no es un sustituto de la seguridad financiera establecida.

—No estoy ofreciendo entusiasmo como garantía —respondo, esforzándome por mantener la frustración fuera de mi voz—. Estoy ofreciendo un plan de negocio meticulosamente investigado con proyecciones conservadoras.

Richardson suspira, juntando las manos sobre el escritorio. —El banco requeriría garantías adicionales. ¿Quizás un cofirmante con activos más sustanciales? ¿O un socio comercial con experiencia establecida en hospitalidad?

—Estoy persiguiendo esto independientemente —digo con firmeza—. Todo el concepto de Wildflower Cottage se basa en preservar el toque personal que la propiedad corporativa a menudo elimina.

—Admirable, pero quizás poco práctico. —Cierra mi expediente con una finalidad que hace que mi corazón se hunda—. No puedo aprobar la cantidad completa que está solicitando sin medidas de seguridad adicionales. Quizás un monto de préstamo reducido, con la expectativa de que obtendrá financiación adicional en otro lugar.

—El propietario tiene otro comprador interesado —digo, luchando por mantener la desesperación fuera de mi voz—. Necesito moverme rápido.

—Entonces le sugiero que considere alternativas. Un socio comercial, tal vez, o un inversor. —Se pone de pie, señalando el fin de nuestra reunión—. Presente una solicitud revisada si sus circunstancias cambian.

El rechazo duele, pero mantengo mi sonrisa profesional mientras le agradezco por su tiempo. Afuera, llego a mi coche antes de permitir que mi compostura se quiebre. Lágrimas de frustración arden detrás de mis ojos, pero me niego a dejarlas caer.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Ben: Acabo de terminar la reunión con Dave sobre la mejora del sistema de reservas de la posada. Disponible para revisar resultados del préstamo si es útil. Cruzo los dedos por buenas noticias.

La amabilidad en su mensaje solo hace que el dolor en mi pecho empeore. Miro la pantalla, con el dedo suspendido sobre el botón de respuesta. Por un momento, imagino llamarlo —escuchar su voz, tomar prestada su confianza, dejar que me ayude a idear un nuevo enfoque. La tentación es tan fuerte que realmente presiono su foto de contacto antes de contenerme.

No. Necesito resolver esto yo misma. Apoyarme en la experiencia de Ben ahora solo haría que su eventual partida fuera más devastadora. Además, ¿qué podría hacer? ¿Entrar en la oficina de Richardson y transformar mágicamente la opinión del banquero? ¿Coavalar el préstamo él mismo?

Ese pensamiento —completamente involuntario e irracional— me produce un escalofrío. ¿Es eso lo que realmente quiero? ¿Enredarme financieramente con alguien que ya está contando hasta su partida?

Envío una breve respuesta: La reunión se alargó. Hablamos en la cena.

Antes de poder cambiar de opinión, arranco mi coche y me dirijo hacia la universidad comunitaria. La profesora Winters mencionó una opción de financiación alternativa después de mi presentación final, una que esperaba evitar, pero ahora podría ser mi única opción.

—Un inversor cambiaría la dinámica de tu negocio —dice la profesora Winters, reclinándose en su silla—. Pero no tiene por qué cambiar la esencia.

Su oficina es un santuario de calma en medio del caos de fin de semestre: estanterías alineadas con investigaciones de la industria hotelera, paredes que muestran fotografías de hoteles históricos que ha ayudado a restaurar. El suave zumbido de su difusor de aceites esenciales llena el aire con lavanda, una elección deliberada que explicó una vez que ayuda a los estudiantes a relajarse durante consultas estresantes. La mujer misma encarna la quietud, su corte bob gris acero y su postura impecable irradiando una confianza que desearía desesperadamente poder tomar prestada.

—Siempre he imaginado mantener el control creativo completo —admito, girando entre mis dedos la tarjeta de visita que me ha dado. Hammond Hospitality Group. La inversora que asistió

a mi presentación. La tarjeta es pesada, grabada con letras doradas que se sienten caras bajo mis dedos.

—Victoria Hammond no microgestiona sus inversiones —me asegura la profesora Winters. Toma su té, la taza de cerámica tintineando suavemente contra su platillo—. Proporciona capital y conexiones en la industria, pero deja los detalles operativos a sus socios. Tu visión permanecería intacta.

—¿Pero necesitaría proporcionar capital propio?

—Treinta por ciento, normalmente. Mantendrías la propiedad mayoritaria y la autoridad en la toma de decisiones. —Me estudia cuidadosamente, sus ojos azules no se pierden nada—. Esto es un negocio, Jenna. No hay vergüenza en asociaciones estratégicas.

Asiento con la cabeza, metiendo la tarjeta en mi carpeta. —Agradezco que facilites la conexión.

—Te lo ganaste con tu presentación. Hammond no pierde tiempo en conceptos sin potencial. —Endereza una pila de papeles en su escritorio—. Espera tu llamada mañana.

Al salir de su oficina, la luz del sol fluye a través de las ventanas del pasillo, calentando mi rostro mientras camino. El campus bulle con estudiantes de sesión de verano, su energía un fuerte contraste con mi incertidumbre. Mi teléfono vibra de nuevo. Ben, confirmando nuestra reserva para cenar. La idea de enfrentarlo con mi rechazo de préstamo se siente como admitir una derrota, pero la alternativa —cancelar para sumirme en la decepción— parece peor.

Por impulso, decido conducir por la propiedad victoriana. Tal vez verla aclarará mis pensamientos, me ayudará a decidir si la inversión de Hammond vale la pena el compromiso.

El sol de la tarde tardía proyecta largas sombras a través de la propiedad mientras aparco al otro lado de la calle. La casa victoriana se alza orgullosa a pesar de su desgaste: tres pisos de artesanía histórica con un porche envolvente y elaborados adornos de pan de jengibre. La pintura se descascara de las ornamentadas columnas y varias contraventanas cuelgan torcidas, pero estos defectos solo enfatizan su potencial.

Cierro los ojos por un momento, dejándome imaginar: el aroma del café recién hecho en el solárium de la mañana, muebles antiguos restaurados a una belleza reluciente, huéspedes disfrutando del vino local en el porche mientras las luciérnagas bailan en el crepúsculo. Puedo escuchar el chirrido de las mecedoras, saborear los pasteles caseros que serviré en el desayuno, sentir la satisfacción de preservar esta pieza de historia mientras creo algo uniquamente mío.

Estoy tan absorta en mi visualización que casi me pierdo la figura familiar de pie cerca del jardín trasero de la propiedad. Ben, con el teléfono pegado a la oreja, caminando de esa manera controlada que hace durante las llamadas importantes. Su postura formal y la tensión en sus hombros indican que esta no es una conversación casual.

No debería escuchar a escondidas, pero me acerco, curiosa sobre qué lo trae a mi futura propiedad. El viento transporta fragmentos de su lado de la conversación.

—...entiendo las limitaciones de tiempo, Timothy... la situación de Westridge requiere un manejo cuidadoso... posibilidad de reestructurar el contrato...

Mi corazón se detiene, un frío rubor extendiéndose por mis extremidades. Timothy, su jefe en Boston. Westridge, la cuenta que mencionó de pasada, la que causa problemas para su empresa.

—...el regreso tendría que coordinarse con... compromisos actuales aquí... —Hace una pausa, escuchando atentamente—. Necesitaré revisar mi agenda y responderte. La fecha de finalización original de mi año sabático sigue siendo mi preferencia.

Fecha de finalización original. Dos semanas más. Debería sentirme aliviada de que no esté

planeando irse antes, pero en cambio, sus palabras refuerzan la naturaleza temporal de nuestra relación. Mientras yo sueño con renovaciones victorianas, él está coordinando su regreso a la vida real.

Mi pecho se contrae, un dolor físico extendiéndose bajo mis costillas. Presiono mi mano contra mi esternón, tratando de contener el repentino vacío. No debería doler tanto escucharlo planear su partida —ambos sabíamos que esto era temporal— pero la casual certeza en su voz se siente como una confirmación de todo lo que he temido.

—...compromiso razonable, pero necesitaré confirmar... —Se gira ligeramente, y me escondo detrás de un gran roble, su corteza áspera presionando contra mi palma—. Llamaré mañana con mi decisión.

¿Decisión sobre qué? ¿Regresar antes? ¿Asumir esta cuenta Westridge de forma remota? La incertidumbre me carcome mientras regreso a mi coche, teniendo cuidado de no ser vista. Mis piernas se sienten inestables, traicionando el impacto emocional que han tenido sus palabras.

Por un momento salvaje e irracional, considero acercarme para confrontarlo: ¿Por qué estás en mi propiedad? ¿Qué decisiones estás tomando sobre nosotros? ¿Te quedarías si te lo pidiera? El impulso es tan fuerte que realmente doy dos pasos en su dirección antes de que regrese la cordura.

Esto es exactamente por lo que he mantenido mi guardia. Esta devastación que siento —después de escuchar a escondidas una llamada de trabajo perfectamente normal— demuestra lo peligroso que es dejarme esperar más que nuestro acuerdo pactado.

El contraste entre nuestras situaciones no podría ser más claro. Estoy luchando por un lugar permanente en Evergreen Falls, mientras él está negociando su partida. Estoy buscando inversión para construir algo duradero, mientras nuestra relación sigue siendo intencionadamente temporal.

En la luz menguante, miro otra vez la casa victoriana. Su presencia sólida contra el cielo oscurecido me recuerda por qué estoy aquí, por qué he trabajado tan duro. Wildflower Cottage representa todo lo que he soñado con construir —un negocio que es mío, un futuro que controlo.

Saco de nuevo la tarjeta de Hammond, dándole vueltas entre mis dedos. Si asociarme con un inversor es lo que se necesita para asegurar la propiedad, tal vez sea un compromiso que valga la pena hacer. Puedo contactar a Hammond mañana, explorar la posibilidad mientras mantengo tanta independencia como sea posible.

En cuanto a Ben... disfrutaré nuestra cena esta noche, atesoraré estos momentos prestados. Pero necesito prepararme para no esperar más que el acuerdo vacacional que acordamos. Boston lo está llamando a casa, y mi futuro está aquí, con o sin la aprobación de First National.

Arranco mi coche, con la resolución endureciéndose en mi pecho. De una forma u otra, haré realidad Wildflower Cottage. Ese es el sueño que no puedo permitirme perder, incluso mientras siento que estoy perdiendo mi corazón por un hombre que ya está planeando su partida.

Capítulo 19
Ben

El brillo de la pantalla de mi portátil proyecta sombras nítidas por toda la Suite Hemingway mientras reviso la última documentación de Westridge que Timothy me ha enviado. Afuera, las estrellas salpican el cielo despejado de la noche, un marcado contraste con el chaparrón inesperado de la tarde. A pesar de lo avanzado de la hora, mi mente permanece inusualmente activa, reproduciendo fragmentos del día que se niegan a organizarse en patrones lógicos.

Mi teléfono vibra sobre el escritorio, la pantalla se ilumina con un nombre que he estado esperando: Timothy Grant. Mi jefe. Llamando a las 10:38 de un sábado por la noche.

Contesto inmediatamente, adoptando inconscientemente una postura más formal a pesar de estar solo. —Benjamin Mitchell.

—Ben —la voz de Timothy transmite su habitual autoridad precisa, aunque detecto la tensión subyacente que muestra durante las emergencias corporativas—. Siento interrumpir tu año sabático, pero tenemos una situación con Westridge.

Algo frío y familiar se instala dentro de mí, una armadura profesional que he llevado tanto tiempo que se siente como una segunda piel. Mis hombros se cuadran, mi respiración se vuelve medida, regulada. —¿Qué tipo de situación?

—Lawrence está amenazando con retirarse. Dice que el equipo de implementación ha malinterpretado el calendario de despliegue por fases y ha alterado los parámetros de su algoritmo propietario. Afirma que hemos comprometido fundamentalmente su ventaja competitiva en el mercado.

Proceso esta información con una eficiencia practicada. Westridge es nuestra tercera cuenta más grande, representando aproximadamente $14.3 millones en ingresos anuales. Lawrence Westridge es notoriamente exigente con la interpretación de contratos, habiendo terminado relaciones con tres consultoras anteriores por lo que él consideró "malentendidos creativos" de sus requisitos. Solo esta cuenta representa casi el veinte por ciento de la cartera de mi equipo y una porción significativa de mi evaluación anual de desempeño.

—¿Han iniciado procedimientos formales de retirada? —pregunto, ya abriendo un nuevo documento para tomar notas.

—Todavía no, pero Lawrence ha solicitado una reunión de emergencia con el consejo el lunes por la mañana. El equipo legal está revisando nuestra exposición si él se va —Timothy hace una pausa—. Eres el único que entiende completamente todos los matices del acuerdo Westridge. Tú construiste la relación.

La implicación es clara sin necesidad de ser expresada. Me escucho respondiendo con una voz que parece desconectada de la persona que he sido estas últimas semanas. —¿Cuáles son los parámetros de la discrepancia de implementación?

Mientras Timothy describe los detalles técnicos, me encuentro automáticamente formulando soluciones, identificando puntos de influencia en el contrato y estrategias para salvar la relación. Es una transición perfecta de regreso al modo de resolución de problemas corporativos, mi hábitat natural.

—Te necesito de vuelta en Boston, Ben —dice Timothy finalmente—. Mañana, si es posible. En el primer vuelo disponible.

La declaración queda suspendida en el aire. Debería sentir alivio ante este salvavidas profesional, una razón legítima para terminar este año sabático forzado y volver a un trabajo significativo. En cambio, experimento una resistencia inesperada, como un ancla que no me

había dado cuenta de que había arrojado.

—Necesitaré revisar la documentación antes de hacer recomendaciones específicas —digo, ganando tiempo—. Envíame todo lo que tengas sobre la disputa de implementación.

—Ya lo envié a tu correo personal. Pero Ben... —su voz se endurece ligeramente—. Esto no se trata solo de recomendaciones. Se trata de presencia. Lawrence confía en ti. El consejo espera que estés en esa reunión.

Calculo rápidamente: el vuelo más temprano desde Austin me pondría en Boston a media tarde del domingo, permitiendo un tiempo mínimo de preparación antes de la reunión del lunes. Logísticamente factible. Profesionalmente necesario.

Y sin embargo.

Una imagen se entromete: Jenna en el refugio de la lluvia, ojos brillantes con algo más que respeto profesional mientras nos inclinábamos el uno hacia el otro. El calor de su mano contra la mía mientras señalaba defectos en su plan de negocios. La forma en que su risa parece disolver las estructuras rígidas que he construido alrededor de mis pensamientos.

—Revisaré la documentación esta noche y te llamaré por la mañana con mi decisión —digo finalmente.

Hay un breve silencio de Timothy. —¿Decisión? Ben, no estoy seguro de que estés entendiendo la gravedad...

—Entiendo perfectamente —interrumpo, sorprendido por mi propia firmeza—. Pero necesito evaluar si mi presencia física es realmente requerida frente a una consulta remota. Te llamaré antes de las 9 AM de tu hora.

Termino la llamada, momentáneamente inmóvil, procesando este desarrollo inesperado. La situación de Westridge representa exactamente el tipo de desafío corporativo de alto riesgo en cuya resolución sobresalgo. Es la razón por la que Timothy me reclutó, el fundamento de mi reputación profesional.

Sin embargo, algo me impide reservar inmediatamente el próximo vuelo a Boston, una vacilación tan poco característica que exige análisis.

Los pasillos del Evergreen Falls Inn están silenciosos mientras me dirijo a la oficina de Dave a la mañana siguiente. He pasado la mayor parte de la noche revisando la documentación de Westridge, formulando múltiples enfoques para abordar las preocupaciones de Lawrence sobre los parámetros del algoritmo y el cronograma de implementación. Las soluciones son sólidas, implementables, y no requieren estrictamente mi presencia física en Boston. Si Timothy aceptará esta evaluación es otro asunto completamente distinto.

La puerta de la oficina de Dave está entreabierta, la luz se derrama en el corredor junto con el sonido de un suave jazz sonando de fondo. Llamo a la puerta, y su voz me invita: —Adelante.

A diferencia de mi minimalista espacio corporativo en Boston, la oficina de Dave es una colección ecléctica de recuerdos, muebles vintage y herramientas prácticas. Una caña de pescar con mosca se apoya en una esquina, fotografías de huéspedes cubren una pared, y su escritorio —un antiguo escritorio de tambor que debe ser profundamente ineficiente— está cubierto de notas escritas a mano y libros de contabilidad.

—Ben —dice Dave, levantando la vista con leve sorpresa—. ¿Todo bien con la habitación?

—El alojamiento es excelente —permanezco cerca de la entrada, con las manos juntas detrás de la espalda—. Necesitaba discutir un posible cambio en mi reserva.

Dave se reclina en su silla, su expresión neutral pero atenta. —Ah. ¿Vas a marcharte antes?

—Posiblemente. Ha surgido una situación en mi empresa que puede requerir mi regreso a Boston.

—¿Puede requerir? —el énfasis de Dave en esas palabras sugiere que ha captado mi indecisión poco característica.

Me encuentro explicando más de lo que había planeado. —Es un problema con un cliente. Significativo, pero potencialmente manejable de forma remota.

Dave señala la silla frente a su escritorio, y la tomo, notando la forma en que me observa con atención cuidadosa. —El mundo corporativo tiene una manera de hacer que todo parezca urgente —dice, con un tono conversacional más que crítico—. Pero a veces lo que parece una crisis es solo una prueba de prioridades.

La observación toca más cerca de casa de lo que me siento cómodo reconociendo. —Esta situación particular involucra a nuestra tercera cuenta más grande. Las implicaciones financieras son sustanciales.

Dave asiente, enderezando distraídamente una pila de tarjetas de comentarios de huéspedes en su escritorio. —Y sin embargo estás aquí discutiendo posibilidades en lugar de estar ya camino al aeropuerto.

La simple observación crea una presión inesperada en mi pecho. —Estoy siendo minucioso en mi evaluación.

—Por supuesto —la sonrisa de Dave sugiere que ve más de lo que estoy diciendo—. La minuciosidad es importante. Hablando de eso, te vi examinando la casa victoriana de Jenna ayer.

La digresión me toma por sorpresa. Había visitado la propiedad durante un hueco en mi horario, curioso por ver la manifestación física del plan de negocios en el que habíamos pasado tantas horas refinando. No le había contado a nadie sobre mis planes.

—¿Cómo supiste...?

—Pueblos pequeños —explica Dave con una sonrisa conocedora—. Las noticias viajan rápido, especialmente cuando involucran la propiedad soñada de nuestra recepcionista favorita.

Me muevo ligeramente en mi silla, incómodo tanto con la revelación como con la mirada perspicaz de Dave. —Tenía curiosidad sobre el sitio. Ver la ubicación física ayuda a contextualizar las variables del plan de negocios.

—Por supuesto —el tono de Dave sigue siendo neutral, aunque sus ojos contienen un toque de diversión—. ¿Visitar el lugar cambió tu perspectiva sobre su proyecto?

Considero la pregunta honestamente. —Confirmó la viabilidad de su visión. La propiedad tiene un potencial sustancial a pesar de su condición actual.

—Como las personas a veces —observa Dave, con la mirada firme—. El potencial no siempre es obvio a primera vista.

Tengo la clara impresión de que ya no estamos hablando de bienes raíces. —Las personas y las propiedades son categorías de evaluación fundamentalmente diferentes.

—¿Lo son? —Dave se inclina hacia adelante, apoyando los codos en su escritorio—. Ambas requieren inversión. Atención. A veces, renovación. Y ambas pueden sorprenderte con lo que se convierten cuando se les da el cuidado adecuado.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, otro mensaje de Timothy, sin duda. Lo dejo sin responder, encontrándome inesperadamente involucrado en esta conversación.

—He notado algo estas últimas semanas —continúa Dave cuando no respondo—. Llegaste aquí con cierta... rigidez. No es inusual para los tipos corporativos. Pero has comenzado a adaptarte. A ver posibilidades en lugar de solo ineficiencias.

—La adaptación es una respuesta lógica a los entornos cambiantes —digo, aunque la

justificación suena hueca incluso para mis propios oídos.

Dave se ríe. —Bastante cierto. Pero hay adaptación porque es lógico, y hay adaptación porque algo genuino ha cambiado dentro de ti —hace una pausa, estudiándome—. A veces la vida presenta encrucijadas donde la elección lógica y la elección correcta no son necesariamente la misma.

Mi teléfono vibra de nuevo, más insistente esta vez. Lo saco, el mensaje de Timothy aparece en la pantalla: "Necesito tu decisión YA. El último vuelo con alguna posibilidad de llegar a la reunión sale de Austin a las 6:40 AM de mañana. Confirmación requerida ESTA NOCHE."

Dave nota mi expresión. —¿El deber llama?

—Algo así —me levanto, enderezando mi chaqueta automáticamente—. Gracias por tu flexibilidad respecto a mi reserva.

—Todavía no he escuchado una decisión —señala Dave suavemente.

—Te lo haré saber esta noche.

Cuando llego a la puerta, la voz de Dave me detiene. —¿Ben?

Me vuelvo.

—Solo recuerda: las crisis corporativas van y vienen. Pero algunas oportunidades solo se presentan una vez.

Asiento, sin saber cómo responder a la suave sabiduría en su tono, y salgo al pasillo, con el mensaje de Timothy aún sin responder en mi teléfono.

La tarde pasa en un borrón de análisis y consideración. Camino por los terrenos de la posada, teléfono en mano, sopesando opciones que una vez habrían parecido impensables. Cuando llega la noche, me dirijo a la biblioteca, mi espacio de trabajo no oficial durante este año sabático. Sus libros encuadernados en piel y cálida iluminación crean un ambiente propicio para el análisis enfocado que he llegado a preferir sobre el estéril modernismo de mi oficina en Boston.

El rítmico tictac del reloj de pie en la esquina marca el tiempo mientras reviso mi documentación. En la mesa frente a mí, he creado dos columnas de notas perfectamente organizadas —una matriz de decisión sopesando las implicaciones profesionales de regresar a Boston frente a permanecer en Evergreen Falls—. La columna izquierda contiene argumentos convincentes: avance profesional, seguridad financiera, reputación profesional. La columna derecha es menos cuantificable: el valor de completar el año sabático, los beneficios de la distancia de la política corporativa, el potencial de ayudar con el desarrollo de Wildflower Cottage.

Una variable se resiste a la categorización lógica: la propia Jenna.

El suave sonido de la puerta abriéndose atrae mi atención. Jenna está en la entrada, una carpeta apretada contra su pecho, sorpresa evidente en su expresión cuando me ve. El tenue aroma de su perfume de lavanda se extiende por la habitación, un sutil contrapunto al olor más rancio de los libros viejos.

—Lo siento —dice rápidamente—. No me di cuenta de que estarías aquí tan tarde. Puedo volver...

—No es necesario —respondo, señalando la silla frente a la mía—. Por favor.

Ella duda brevemente antes de entrar, eligiendo un asiento más alejado que su posición habitual. La distancia se siente simbólica, una manifestación física del distanciamiento emocional que he observado desde nuestro malentendido.

—¿Trabajando hasta tarde? —pregunta, asintiendo hacia mi portátil.

—Ha surgido una situación con un cliente. Westridge —hago una pausa, observando cuidadosamente su expresión—. Timothy ha solicitado mi regreso a Boston. Inmediatamente.

Observo los sutiles cambios en su postura: hombros tensándose ligeramente, dedos apretándose alrededor de su carpeta, la apenas perceptible inhalación. Su rostro permanece compuesto, pero estos indicios físicos comunican un impacto emocional al que mi mente analítica se ha vuelto cada vez más sensible.

—Ya veo —dice, con voz deliberadamente neutral—. Eso suena serio.

—El consejo ha convocado una reunión de emergencia. Lawrence Westridge está amenazando con terminar nuestro contrato debido a discrepancias de implementación con sus parámetros algorítmicos. Él cree que hemos comprometido elementos propietarios de su tecnología.

Ella asiente, colocándose un mechón de cabello detrás de la oreja —un gesto que he llegado a reconocer como un mecanismo de autoconsuelo—. —Tu cliente Westridge parece importante. Entiendo por qué necesitarías volver.

La razonabilidad de su respuesta crea una presión inesperada en mi pecho. —Todavía estoy evaluando si la presencia física es necesaria frente a la consulta remota.

Sus cejas se elevan ligeramente. —¿Estás considerando no ir?

—Estoy analizando todas las opciones —aclaro, aunque la distinción se siente insignificante —. La situación es manejable remotamente, aunque Timothy insiste en mi presencia física.

Ella me estudia por un momento, algo cambiando en su expresión. —Hace tres semanas no habrías dudado.

La observación es inesperadamente perspicaz. —Hace tres semanas, tenía diferentes variables que considerar.

Sus ojos se encuentran brevemente con los míos, luego se enfocan en su carpeta, que coloca cuidadosamente sobre la mesa. —¿Cómo fue tu reunión con Richardson? —pregunto, notando el logotipo del First National Bank en el documento.

El ligero hundimiento de sus hombros me lo dice todo antes de que hable. —No muy bien. Ofreció solo financiamiento parcial, menos de la mitad de lo que necesito. Dijo que requeriría garantías adicionales o un socio comercial con "experiencia establecida en hostelería" —la frustración en su voz es evidente a pesar de su intento por ocultarla.

Por un momento, su fachada profesional se agrieta. —Tres años de planificación, y se reduce a la evaluación arbitraria de riesgo de algún banquero —susurra, sus dedos agarrando tensamente el borde de su carpeta. Se controla rápidamente, enderezando su postura—. Lo siento. Eso fue poco profesional.

—¿Cuáles son tus alternativas? —pregunto, cerrando mi portátil para prestarle toda mi atención.

—He contactado a Victoria Hammond. Es una inversora que asistió a mi presentación, especializada en renovaciones de propiedades históricas. Está interesada pero querría un treinta por ciento de participación —los dedos de Jenna trazan el borde de su carpeta—. El propietario necesita mi decisión antes de fin de semana. Otro comprador ha hecho una oferta.

Absorbo esta información, calculando mentalmente las implicaciones. —Treinta por ciento es una concesión significativa, pero no irrazonable dados los requisitos de capital y las conexiones de Hammond en la industria.

—Lo sé —acepta Jenna, aunque su tono carece de convicción—. Es un compromiso lógico. Mantendría el interés mayoritario mientras accedo a la financiación necesaria.

—Pero no es lo que habías imaginado —observo.

Ella levanta la mirada, con sorpresa evidente en su expresión. —No. Quería construir algo que fuera completamente mío. Cada decisión, cada detalle —sacude ligeramente la cabeza—. Suena infantil cuando lo digo en voz alta.

—No infantil. Visionario —las palabras emergen antes de que las haya procesado completamente—. La mayoría de los logros significativos comienzan con una visión singular antes de que los compromisos prácticos se vuelvan necesarios.

Una pequeña sonrisa toca sus labios. —Eso es sorprendentemente optimista viniendo de ti.

—Prefiero considerarlo como una evaluación basada en evidencia más que optimismo.

Su sonrisa se ensancha ligeramente, la primera expresión genuina que he visto de ella desde nuestro malentendido. La visión crea una curiosa calidez en mi pecho que desafía la categorización lógica.

—Sea lo que sea que decidas sobre Boston —dice después de un momento, recogiendo sus materiales—, quiero que sepas que tu aportación a Wildflower Cottage ha sido invaluable. Has ayudado a hacer mi sueño más alcanzable, y siempre estaré agradecida por eso.

La formalidad en su tono crea un dolor inesperado. —Jenna...

—Buenas noches, Ben —se pone de pie, sujetando su carpeta como un escudo—. Hazme saber lo que decides.

Mientras se aleja, mi teléfono vibra una vez más con el último mensaje de Timothy: "AVISO FINAL: Decisión requerida. Reunión del consejo 9AM lunes. Todos los proyectos reasignados si no confirmas asistencia."

El ultimátum debería sentirse significativo —un posible descarrilamiento de mi trayectoria profesional cuidadosamente construida—. En cambio, me encuentro mirando la puerta por donde Jenna desapareció, consciente de que la decisión verdaderamente consecuente tiene poco que ver con Lawrence Westridge o reuniones del consejo.

Tomo mi teléfono, sintiendo su peso en mi mano —la conexión tangible con mi vida corporativa—. El mensaje de Timothy exige una respuesta binaria —sí o no— mientras mi mente se llena de imágenes de la propiedad victoriana de Jenna, su elegancia desgastada y potencial sin explotar. Pienso en la propia Jenna, su apasionada visión para Wildflower Cottage, su determinación para crear algo significativo en este pequeño pueblo.

Pienso en la persona que era hace tres semanas cuando llegué, y en la persona que he comenzado a descubrir bajo esas capas corporativas. La trayectoria que he seguido sin cuestionar durante tanto tiempo de repente parece menos inevitable, menos esencial.

Por primera vez en mi vida profesional, me encuentro tomando una decisión no basada en un cuidadoso análisis de resultados probables, sino en algo menos cuantificable pero de alguna manera más cierto.

Mis dedos se mueven decididamente sobre la pantalla, escribiendo una respuesta que alterará irreversiblemente múltiples trayectorias. Mientras presiono enviar, experimento una sensación desconocida que me toma un momento identificar.

Alivio.

Capítulo 20
Jenna

El mostrador de recepción de la posada se siente como lo único sólido en un mundo convertido en arenas movedizas bajo mis pies. Enderezo la fila ya perfecta de tarjetas llave, ajusto los folletos de bienvenida que no necesitan ajustarse, y reviso el sistema de reservas por quinta vez en quince minutos. Mis movimientos son precisos, controlados—lo opuesto al caos que gira dentro de mí.

Ben se marcha hoy. Dos semanas antes de lo previsto.

He sabido que esto venía desde ayer, cuando me contó sobre la situación de Westridge. Asentí, sonreí y dije todas las cosas correctas. Por supuesto que necesita irse. Su vida real está esperando. Esto siempre fue temporal.

Pero saberlo no hace más fácil respirar alrededor de la opresión que aprieta mi pecho.

—Buenos días, Jenna —la voz de Dave irrumpe en mis pensamientos. Coloca una taza de café junto a mí, mi favorita de cerámica extragrande con pequeñas flores silvestres pintadas alrededor del borde—. Pensé que podrías necesitar esto.

—Gracias —envuelvo mis manos alrededor de la taza caliente, agradecida por tener algo a lo que aferrarme.

Dave me observa por un momento, su expresión amable pero perspicaz.

—¿Estás bien?

—Bien —digo automáticamente—. Solo es una mañana ocupada. Tres registros antes del mediodía.

No me llama la atención por la evidente evasiva, solo asiente y mira hacia la escalera.

—Ben mencionó que se iría temprano. Algo sobre una emergencia con un cliente en Boston.

Mis dedos se tensan imperceptiblemente alrededor de la taza.

—Sí, lo mencionó ayer. La cuenta Westridge.

Dave hace un sonido ambiguo.

—Qué curioso cómo las emergencias corporativas siempre parecen perfectamente sincronizadas para interferir con las cosas importantes.

Antes de que pueda responder a esa observación cargada de significado, escucho pasos en las escaleras. Mi columna se endereza automáticamente, cuadrando los hombros mientras me deslizo en mi personalidad profesional—la armadura que he usado durante años para enfrentar situaciones difíciles.

Ben aparece en el vestíbulo, arrastrando una elegante maleta negra. Está vestido con lo que he llegado a considerar su ropa de Boston: pantalones de vestir gris carbón, camisa de botones impecable, zapatos de cuero que probablemente cuestan más que la mensualidad de mi coche. Su cabello está pulcramente peinado, su postura perfecta. El Ben informal, ligeramente desaliñado que ayudó a reconectar las luces del festival y bailó conmigo bajo las estrellas ha desaparecido por completo.

—Buenos días —dice, acercándose al mostrador. Su voz es formal, distante. Cualquier rastro de la calidez que había vislumbrado durante las últimas semanas ha sido cuidadosamente guardado.

—Buenos días, señor Mitchell —igualo su tono, abriendo su reserva en el ordenador—. ¿Se marcha temprano hoy?

Un destello de algo —¿dolor?, ¿sorpresa?— cruza su rostro ante el trato formal, pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Sí. Una situación urgente con un cliente requiere mi regreso inmediato a Boston.

—Por supuesto —tecleo varias veces, procesando su salida con eficiencia mecánica. Mi garganta se tensa al darme cuenta de que esta es la última vez que le ayudaré con algo—. ¿Utilizó algún servicio del minibar esta mañana?

—No.

—¿Y desea utilizar la misma tarjeta de crédito registrada para los cargos finales?

—Está bien.

El intercambio mundano continúa, cada pregunta y respuesta otro ladrillo en el muro que se construye entre nosotros. Dave se mantiene cerca, fingiendo organizar folletos mientras obviamente escucha cada palabra. Soy extremadamente consciente de mi respiración—deliberadamente lenta y medida, como si el simple acto de inhalar y exhalar requiriera concentración.

—Su recibo será enviado por correo electrónico —deslizo una copia en papel a través del mostrador, mis dedos temblando ligeramente—. Gracias por hospedarse en Evergreen Falls Inn. Esperamos que haya disfrutado su tiempo con nosotros.

Ben toma el recibo, cuidando de no dejar que nuestros dedos se toquen.

—El alojamiento fue excelente.

—Me alegra oírlo —mi sonrisa de servicio al cliente se siente frágil en mi rostro—. Buen viaje de regreso a Boston.

Él vacila, como si quisiera decir algo más, pero simplemente asiente.

—Gracias.

Cuando se dispone a marcharse, siento que algo se quiebra dentro de mí—una fisura en el barniz profesional que he estado manteniendo. Antes de poder detenerme, le llamo.

—¿Ben?

Él se vuelve, algo parecido a la esperanza titilando en sus facciones.

—¿Sí?

—¿Qué hay de las proyecciones de Wildflower Cottage? Todavía no hemos finalizado las previsiones de ingresos estacionales —mi voz se quiebra ligeramente en "hemos", la palabra cargando más peso del que debería.

Su expresión se suaviza, la máscara corporativa resbalando ligeramente.

—Podríamos continuar a distancia, si te parece bien. Videollamadas, documentos compartidos. Estaría encantado de revisar tu progreso.

—Eso sería... útil —la palabra se siente inadecuada para todo lo que estoy tratando de no decir.

—Tu concepto de negocio es sólido —dice, y ahora hay genuina calidez en su voz—. Una vez que adquieras más experiencia en el mundo real implementando el plan, desarrollarás un mejor sentido de qué aspectos requieren ajustes.

Las palabras me golpean como un impacto físico. Una vez que adquieras más experiencia en el mundo real. Mi estómago se desploma, un escalofrío frío extendiéndose por mis extremidades. Es exactamente —casi palabra por palabra— lo que Sean dijo cuando desestimó mis sueños como fantasías ingenuas. La misma condescendencia que he enfrentado con profesores como Lambert, banqueros como Richardson, cada persona que me ha mirado y ha visto mi edad antes que mis capacidades.

Siento que la sangre se drena de mi rostro, mis dedos entumecidos donde presionan contra el mostrador.

—¿Qué has dicho?

Ben parpadea, claramente confundido por mi reacción.

—Simplemente quería decir que la implementación práctica a menudo revela...

—Que necesito más "experiencia en el mundo real" —mi voz suena plana, toda emoción cuidadosamente contenida. Mis hombros se encorvan ligeramente, una manifestación física del golpe que acabo de recibir.

—Sí, exactamente —asiente, ajeno a la mina terrestre que ha pisado—. Incluso los proyectos mejor planificados requieren ajustes durante la ejecución. No es un reflejo de tus habilidades de planificación.

Cada palabra clava el cuchillo más profundo. Todo este tiempo, me ha estado siguiendo la corriente, viendo nuestra colaboración como tutoría en lugar de asociación. Tres semanas trabajando juntos, compartiendo ideas, construyendo lo que creía que era respeto mutuo, y por debajo de todo, todavía me ve como inexperta. Joven. Ingenua.

—Gracias por la perspectiva —mi voz es fría ahora, cortesía profesional estirada sobre un dolor crudo—. Me aseguraré de tenerlo en cuenta mientras adquiero más experiencia en el mundo real.

Frunce el ceño, finalmente registrando el cambio en mi tono.

—Jenna, no estoy seguro de entender...

—Su servicio de coche está esperando, señor Mitchell —le interrumpo, señalando hacia las ventanas delanteras donde efectivamente se ha detenido un sedán negro—. No quisiera que perdiera su vuelo.

Algo como dolor destella en sus ojos ante mi despedida.

—Me gustaría explicar...

—No hay nada que explicar. Buen viaje de regreso a Boston —me doy la vuelta, ocupándome con papeles que no necesitan mi atención. Mi respiración se vuelve superficial; tengo que esforzarme conscientemente para no jadear buscando aire.

Dave se aclara la garganta.

—Te ayudaré con tu equipaje, Ben.

No los veo irse. Me concentro en la pantalla del ordenador, escribiendo tonterías en un documento solo para tener algo que hacer con mis manos. Mi pecho se siente apretado, cada respiración un esfuerzo consciente. No lloraré. No aquí, no ahora, no por otro hombre que ha dejado claro que mis sueños son solo aspiraciones lindas que necesitan la validación de "experiencia en el mundo real".

El vestíbulo se ha despejado, la hora de salida pasó sin incidentes, cuando Ben reaparece. Había pensado —esperado— que ya se habría ido, pero aquí está, de pie ante mí con determinación grabada en cada línea de su rostro. El sol de media mañana se filtra por las ventanas del vestíbulo, proyectándolo en nítido relieve contra los paneles de madera rústica. El aroma a pino y café permanece en el aire, un telón sensorial para la tensión entre nosotros.

—Creo que hemos tenido un malentendido —dice sin preámbulos—. Mi comentario sobre la experiencia de implementación no pretendía desestimar tus capacidades o intuición empresarial.

Levanto la mirada del ordenador, encontrando su mirada directamente. Mi mandíbula se tensa, un músculo palpitando en mi sien.

—Interesante interpretación.

—No es una interpretación; es una aclaración de intención —coloca sus manos sobre el mostrador, inclinándose ligeramente hacia adelante—. He desarrollado un tremendo respeto por

tu visión y habilidades de planificación durante estas semanas.

—Sin embargo, todavía piensas que necesito "experiencia en el mundo real" para entender verdaderamente —presiono las yemas de mis dedos con fuerza contra el mostrador de madera, buscando algo sólido que me ancle mientras las emociones amenazan con desbordar mi compostura cuidadosamente construida.

—No es... —se detiene, recalibrando visiblemente—. Todos necesitan experiencia de implementación, independientemente de la edad o los antecedentes. No fue un comentario sobre tus capacidades.

Quiero creerle. Parte de mí reconoce la lógica de su explicación. Pero he escuchado variaciones de esto demasiadas veces, de demasiadas personas que pensaban que estaban siendo útiles mientras en realidad eran despectivas.

—¿Sabes lo que dijo mi ex cuando se fue? —las palabras escapan antes de que pueda detenerlas, mi voz lo suficientemente baja para que solo Ben pueda oír—. Me dijo que mi "pequeña fantasía de B&B" era linda, pero una vez que obtuviera algo de "experiencia en el mundo real", entendería por qué no era práctica —mi voz se quiebra en las últimas palabras, el eco del desprecio de Sean todavía lo suficientemente agudo como para hacer sangrar.

La expresión de Ben cambia a una de genuino arrepentimiento.

—No tenía idea. Fue una desafortunada coincidencia de fraseología.

—¿Lo fue? —salgo de detrás del mostrador, necesitando enfrentarlo directamente para esta conversación. Sin la protección del mostrador, cruzo mis brazos firmemente sobre mi pecho—. ¿O es así como has visto esto todo el tiempo? ¿El experimentado consultor corporativo ayudando a la recepcionista del pueblo pequeño con su lindo pequeño plan de negocios?

—No es así como te veo en absoluto —su voz lleva ahora un borde de frustración—. He expresado repetidamente mi respeto por tu concepto de negocio y habilidades.

—Mientras sigues pensando que me falta la experiencia para implementarlo adecuadamente —mi corazón golpea contra mis costillas, una manifestación física de mi angustia. El familiar peso de ser subestimada se asienta sobre mis hombros.

—Eso no es lo que dije —su mandíbula se tensa—. Estás atribuyendo un significado a mis palabras que no estaba previsto.

Nos hemos movido al pequeño nicho junto a las ventanas delanteras, lejos del vestíbulo principal donde acaba de entrar una familia con niños pequeños. El reloj de pie en la esquina hace tictac sonoramente en el tenso silencio entre nuestros intercambios. Nuestras voces permanecen controladas, pero la tensión entre nosotros crepita como electricidad.

—Tal vez lo estoy haciendo —admito—. Pero cuando has escuchado el mismo desprecio durante años —de profesores, de banqueros, de ex novios— te vuelves bastante buena reconociendo el patrón.

—No te estoy despreciando —cada palabra es enunciada con cuidadosa precisión—. Valoro tremendamente tu visión y capacidades.

—Pero no lo suficiente como para considerar quedarte —en el momento en que las palabras salen de mi boca, las lamento. Esto no se trata de que él se quede o se vaya. Ambos sabíamos que esto era temporal. Mis mejillas se ruborizan de vergüenza al revelar más de lo que pretendía.

La expresión de Ben cambia, algo vulnerable rompiendo su compostura profesional.

—Mis responsabilidades profesionales...

—Están en Boston. Lo sé —doy un paso atrás, retrocediendo física y emocionalmente—. Y está bien. Ese siempre fue el acuerdo.

—Jenna...

—Tu coche está esperando —digo, mirando significativamente hacia el sedán negro que todavía está en ralentí afuera—. Y tengo huéspedes que registrar.

Por un momento, pienso que podría discutir, podría traspasar mis defensas y decir lo que sea que claramente le pesa. En cambio, se endereza, su máscara profesional volviendo a su lugar.

—Debería irme —recoge su maletín, ajustando su agarre con cuidada precisión—. Antes de hacerlo, quiero decir que trabajar contigo ha sido... inesperadamente valioso. No solo profesionalmente.

La sinceridad en su voz hace esto más difícil, no más fácil. Mi garganta se contrae, dificultándome responder.

—Gracias por tu opinión sobre mi plan de negocios —digo formalmente—. Ha sido útil.

—Si necesitas cualquier consulta adicional mientras avanzas con Wildflower Cottage, por favor no dudes en contactarme —mete la mano en su bolsillo y saca una tarjeta de presentación, que coloca cuidadosamente en el mostrador—. Mi correo electrónico personal y número de móvil están en el reverso.

No toco la tarjeta.

—Buen viaje, Ben.

Algo destella en sus ojos —arrepentimiento, quizás— pero simplemente asiente y se dirige hacia la puerta. Lo veo alejarse, su postura recta, sus movimientos controlados, cada centímetro el ejecutivo corporativo regresando a su vida real.

Solo cuando el sedán negro se aleja de la acera me permito respirar de nuevo. Recojo su tarjeta de presentación, pasando mi pulgar sobre las letras en relieve. Por un breve e irracional momento, considero romperla. En cambio, la guardo en mi bolsillo.

Lo que fuera que estuviéramos construyendo estas últimas semanas —colaboración profesional, amistad, algo más complicado— ahora ha terminado. De vuelta a la realidad. De vuelta a mi plan de negocios, mis sueños, mi vida en Evergreen Falls.

De vuelta a ser solo Jenna Davis, la recepcionista de pueblo pequeño con grandes ambiciones que siguen chocando con las dudas de otras personas.

—Parece que necesitas algo más fuerte que café —dice Tessa mientras me deslizo en nuestro reservado habitual en The Roasted Bean. Sus ojos oscuros me estudian con el tipo de intenso escrutinio que hace inútil mentir—. ¿Qué pasó?

—Ben se fue —envuelvo mis manos alrededor de la taza que ya ha pedido para mí: chai latte, canela extra. La cerámica caliente no puede disipar el frío que se ha asentado en mis huesos—. De vuelta a Boston. Emergencia corporativa.

—¿Y?

Miro fijamente mi taza, observando cómo el vapor se eleva en perezosos rizos.

—Y nada. Se ha ido. De vuelta a su vida real.

—Déjate de tonterías, Jenna —Tessa se inclina hacia adelante, su voz suave a pesar de las palabras directas—. Tus ojos están hinchados, llevas puesto tu cárdigan de armadura emocional, y has estado revisando tu teléfono cada treinta segundos desde que te sentaste.

Miro mi atuendo: cárdigan azul marino sobre una simple blusa blanca, mi combinación habitual cuando necesito sentirme protegida. Tessa me conoce demasiado bien.

—Tuvimos una pelea —admito finalmente—. O... un desacuerdo. No lo sé.

—¿Sobre?

—Dijo algo sobre que yo necesitaba más "experiencia en el mundo real" para implementar

mi plan de negocios correctamente, y yo... —me detengo, de repente insegura de cómo explicar mi reacción—. Exageré. Tal vez.

La expresión de Tessa se suaviza con comprensión.

—La frase desencadenante de Sean.

Asiento, agradecida de no tener que explicar más. Tessa estaba allí cuando Sean se fue, cuando su desprecio por mis sueños cortó más profundo que la ruptura misma. Ella sabe cómo esas palabras se convirtieron en una púa alojada bajo mi piel.

—Literalmente las mismas palabras que Sean usó cuando me dijo que mi sueño de B&B era solo una fantasía linda —añado, trazando el borde de mi taza con un dedo—. Como si estuviera escuchando la voz de Sean saliendo de la boca de Ben.

—¿Le dijiste a Ben por qué te molestó?

—Eventualmente. Después de que ya me había puesto a la defensiva y lo había alejado —mis hombros se hunden mientras reproduzco nuestra conversación en mi mente.

—¿Y?

—Dijo que fue una desafortunada elección de palabras, que no lo dijo de la manera en que Sean lo hizo —tomo un sorbo de chai, dejando que la calidez y las especias me anclen—. Que respeta mi visión y capacidades.

—¿Le crees?

La pregunta me hace reflexionar. ¿Lo creo?

—Quiero hacerlo —digo honestamente—. Pero no estoy segura de que importe ahora. Se ha ido.

—Se ha ido porque tiene un trabajo y responsabilidades —señala Tessa—. No porque quisiera irse. Hay una diferencia.

Me encojo de hombros, incómoda con la dirección que está tomando esta conversación.

—El resultado es el mismo.

—¿Lo es? —Tessa rompe un trozo de su muffin de arándanos, estudiándome de cerca—. Porque me parece que estás usando este malentendido como una excusa para alejarlo antes de que él pudiera irse por su cuenta.

La observación se acerca tanto a la verdad que me estremezco, mi columna vertebral tensándose defensivamente.

—Eso no es...

—¿No lo es? —su tono es suave pero firme—. De esta manera puedes estar enojada en lugar de triste. Puedes ser la que termina las cosas en lugar de la que vuelve a ser abandonada.

—No se iba a quedar de todos modos —señalo, a la defensiva a pesar de reconocer la verdad en sus palabras—. Todo esto siempre fue temporal.

—Tal vez —Tessa empuja el plato con la mitad de su muffin hacia mí, una ofrenda de paz—. Pero temporal no tiene por qué significar sin sentido. Y definitivamente no tiene que terminar con ustedes dos haciéndose daño.

Tomo un pequeño trozo de muffin, más para apaciguarla que por cualquier apetito real.

—No sé si él estaba equivocado o si yo exageré —admito en voz baja—. Solo sé que duele más de lo que debería para alguien que siempre iba a irse de todos modos.

Tessa extiende su mano por encima de la mesa, apretando la mía.

—Eso justo ahí te dice todo lo que necesitas saber.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos, el suave zumbido de conversación y el moler del café de la cafetería llenando el espacio entre nosotras. El rico aroma de granos recién molidos se mezcla con la dulzura de los pasteles en la vitrina cercana. Afuera, las hojas caídas

bailan a través de la acera, un recordatorio de que las estaciones cambian—todo cambia. Mi teléfono permanece obstinadamente silencioso. Sin llamadas. Sin mensajes. Sin darse cuenta de último momento que ha cometido un error y debería quedarse.

—¿Y ahora qué? —pregunta Tessa eventualmente.

—Ahora me enfoco en lo que importa —enderezo mis hombros, con voz más firme de lo que me siento—. Conseguir que aprueben mi préstamo, asegurar la propiedad victoriana, hacer de Wildflower Cottage una realidad.

—¿Y Ben?

—Volverá a su vida corporativa en Boston —digo con finalidad—. Y yo me quedaré aquí, construyendo la mía.

Tessa no parece convencida, pero no insiste.

—Si eso es lo que quieres.

¿Es eso lo que quiero? La pregunta me sigue mientras salgo de The Roasted Bean, mientras camino de regreso a mi cabaña en la desvaneciente luz de la tarde. El aire crujiente de otoño lleva el aroma de humo de leña y hojas caídas, recordándome el Festival de la Cosecha—de bailar con Ben bajo las luces de cuerda, su mano cálida contra mi espalda, la posibilidad desplegándose entre nosotros como la primera página de una historia.

Pero las historias terminan. Algunas abruptamente, algunas con cuidadosos epílogos, pero todas terminan eventualmente.

Dentro de mi cabaña, dejo caer mi bolso junto a la puerta y me hundo en el sofá. La mesa de café está cubierta con materiales de Wildflower Cottage —evaluaciones de propiedades, proyecciones financieras, ideas de diseño, todas llevando la marca de la influencia de Ben. Su pulcra escritura llena los márgenes con sugerencias. Sus meticulosos cálculos fortalecen mi sección financiera. Sus preguntas y desafíos han dado forma a cada aspecto de mi visión.

Recojo una página de estimaciones de costos de renovación, reconociendo su anotación precisa en la parte inferior: "Considerar 25% de contingencia para sobrecostos de restauración histórica". El consejo es sólido. Práctico. Dado sin condescendencia o duda, solo experiencia profesional ofrecida para fortalecer mi sueño.

¿Malinterpreté su comentario hoy? ¿Fui demasiado rápida en escuchar el desprecio de Sean en las palabras de Ben? La posibilidad se asienta pesadamente en mi estómago—que podría haber alejado a alguien que genuinamente respetaba mi visión, todo porque heridas pasadas me hicieron escuchar desprecio donde no existía.

O tal vez solo necesitaba una razón para que su partida doliera menos. Para transformar la tristeza en ira, el abandono en elección.

Reúno los papeles, devolviéndolos a su carpeta. Sea cual sea la verdad, no cambia la realidad. Ben se ha ido, de vuelta a Boston y su vida corporativa. Yo estoy aquí, con mis sueños y planes y la propiedad victoriana aún esperando convertirse en Wildflower Cottage. Nuestros caminos se alinearon brevemente—inesperadamente, intensamente—pero siempre estuvieron destinados a divergir de nuevo.

Ese fue el acuerdo. Ese fue el plan. Eso era lo que ambos dijimos que queríamos.

Entonces, ¿por qué se siente como si hubiera perdido algo irremplazable?

Me encuentro tocando mi bolsillo, sintiendo el borde duro de su tarjeta de presentación a través de la tela. Una tenue conexión a lo que fuera que estuviéramos construyendo, ahora tan insustancial como el vapor de mi chai.

Saco la carpeta con mi solicitud de préstamo, mirando los números que determinarán si Wildflower Cottage se convierte en realidad o permanece como solo otro sueño. Sin la

experiencia de Ben, ciertos aspectos de las proyecciones financieras de repente se sienten inestables. La estrategia de marketing estacional permanece incompleta. El cronograma de construcción necesita refinamiento. Todas cosas con las que Ben me estaba ayudando—asistencia profesional que todavía necesito desesperadamente si quiero que el banco me tome en serio.

Pero contactarlo ahora se siente imposible. Estaría admitiendo que todavía necesito su ayuda mientras intento mantener que no necesito su presencia. Es una contradicción que no estoy lista para enfrentar.

Miro mi teléfono, todavía silencioso sobre la mesa de café. La parte más difícil no es que se haya ido. Es que por un breve y maravilloso momento, había comenzado a creer que tal vez—solo tal vez—él podría tener una razón para quedarse.

Pero cada uno tenemos nuestros caminos separados. El suyo lo lleva de regreso a Boston, a la estrategia corporativa y reuniones ejecutivas. El mío permanece aquí en Evergreen Falls, donde Wildflower Cottage espera nacer de algo más que solo hojas de cálculo cuidadosamente organizadas y planes de renovación.

He hecho cosas difíciles antes. Haré esta cosa difícil también.

Respirando profundamente, tomo mi bolígrafo y vuelvo mi atención a la solicitud de préstamo. Mi dedo traza sobre una anotación en la distintiva escritura de Ben—una sugerencia que hace las proyecciones financieras más sólidas, más creíbles. Evidencia de que él vio mi sueño claramente y quería ayudarme a lograrlo.

Quizás eso no fue tutoría. Quizás fue asociación después de todo.

De cualquier manera, tengo trabajo que hacer.

Capítulo 21
Ben

El brillo del monitor de mi ordenador es la única iluminación en mi oficina de Boston, proyectando duras sombras sobre el escritorio de cristal. Afuera, la lluvia se desliza por los ventanales que van del suelo al techo, difuminando el horizonte de la ciudad en una mancha de luz gris y artificial. Han pasado exactamente setenta y dos horas desde que dejé Evergreen Falls, y a pesar de haber pasado la mayor parte de mi carrera profesional en este edificio, todo se siente inesperadamente extraño.

El elegante mobiliario minimalista que alguna vez representó la eficiencia simplificada ahora parece estéril. El esquema monocromático que eliminaba distracciones ahora se siente desprovisto de personalidad. Incluso el zumbido preciso del sistema de climatización —que mantiene la oficina a una temperatura óptima de 22,4 grados— parece intrusivo comparado con el suave crujido de la calefacción centenaria de la posada.

Me ajusto la corbata, la seda de repente me oprime la garganta. ¿Cuándo se volvieron tan incómodas las corbatas?

La puerta de mi oficina se abre sin que nadie llame: es Timothy, que ya está hablando antes de entrar completamente.

—¡Ben! El equipo de Westridge está reunido en la Sala de Conferencias A. Lawrence ha accedido a retrasar los procedimientos formales de retirada cuarenta y ocho horas basándose únicamente en su regreso —aplaude, su alivio es palpable—. Sabía que traerle de vuelta era la decisión correcta.

Asiento, reuniendo mis materiales con precisión practicada.

—He revisado las discrepancias de implementación y preparado varios enfoques de remediación.

—Excelente. Los miembros de la junta están particularmente preocupados por el problema de los parámetros del algoritmo. Si perdemos a Westridge... —No termina la frase, pero la implicación es clara. Las carreras sufrirán. La mía incluida.

Debería sentir la familiar descarga de adrenalina que acompaña a las crisis corporativas de alto riesgo. En su lugar, me encuentro calculando cuántos negocios locales en Evergreen Falls podría sostener el ingreso anual de Westridge. Aproximadamente sesenta y cuatro Wildflower Cottages, asumiendo las proyecciones de ingresos de Jenna.

Jenna.

Su nombre crea una inesperada opresión en mi pecho. Miro mi teléfono, decepcionado al no ver mensajes suyos. Aparto ese pensamiento, centrándome en la tarea inmediata.

—El lenguaje contractual sobre modificaciones de algoritmos propietarios contiene suficiente ambigüedad para respaldar nuestro enfoque de implementación —digo, cayendo en los patrones familiares de estrategia corporativa—. La disputa parece más arraigada en fallos de comunicación que en violaciones contractuales reales.

Timothy me mira por un momento, inclinando ligeramente la cabeza.

—Bueno... sí. Entremos y defendamos ese argumento, ¿de acuerdo?

Lo sigo por los pasillos de Hartwell & Associates, pasando filas de oficinas idénticas de cristal donde los asociados se inclinan sobre sus teclados. Nadie levanta la mirada. Nadie nota a un colega que pasa. No hay Dave deteniéndose para preguntar cómo va mi día. No hay Chef Mike ofreciendo muestras experimentales de risotto. Solo la ejecución silenciosa y eficiente de tareas facturables.

La sala de conferencias contiene seis miembros del equipo y tres representantes de Westridge que se unen a través de videollamada. Sus rostros llenan la enorme pantalla al final de la mesa, con expresiones tensas y posturas defensivas. El propio Lawrence Westridge se sienta en el centro de la pantalla, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

—Señor Westridge —comienzo, deslizándome en modo presentación—. Agradezco su disposición para discutir estas preocupaciones de implementación. Creo que podemos encontrar una resolución que proteja su enfoque propietario mientras mantenemos los beneficios de integración que nuestros equipos han desarrollado.

Durante los siguientes cuarenta y siete minutos, navego por los detalles técnicos de la disputa, identificando puntos de acuerdo, reconociendo preocupaciones legítimas y sugiriendo diplomáticamente enfoques de compromiso. Es un terreno familiar: el lenguaje de la mediación corporativa, el cuidadoso equilibrio de intereses en competencia, el despliegue estratégico de experiencia técnica.

—Aunque entiendo sus preocupaciones sobre la exposición del algoritmo —continúo, abordando lo que sé que es el tema central—, nuestra implementación preserva los elementos propietarios fundamentales mientras permite las mejoras de eficiencia que usted especificó como objetivos primarios.

—Las mejoras de eficiencia nunca pretendieron comprometer la integridad algorítmica —contraataca Lawrence, inclinándose hacia adelante—. Su equipo parece más enfocado en la simplificación por la simplificación que en preservar lo que hace único a nuestro enfoque.

Algo en su fraseo desencadena un recuerdo: la voz de Jenna, apasionada en la biblioteca de la posada: "Algunas ineficiencias no son defectos, son características. Los toques personales que podrían parecer excesivos para un analista corporativo son exactamente lo que distinguirá a Wildflower Cottage de los hoteles en cadena".

Hago una pausa, considerando la perspectiva de Lawrence a través de este inesperado prisma.

—Tiene usted toda la razón —digo, sorprendiéndolo tanto a él como a mi equipo—. Las características distintivas de su algoritmo, lo que algunos podrían ver como ineficiencias, son precisamente lo que crea su ventaja competitiva. Nuestro enfoque de implementación debería mejorar, no homogeneizar, esos elementos únicos.

Lawrence parpadea, claramente tomado por sorpresa ante mi acuerdo. Timothy me lanza una mirada confusa.

—Eso es... exactamente correcto —dice Lawrence con cautela.

—Propongo que reestructuremos la implementación para preservar estos elementos distintivos más completamente, incluso a costa de algunos beneficios de estandarización —continúo—. El valor de su enfoque único supera las ganancias marginales de eficiencia.

La postura de Lawrence se relaja visiblemente.

—Es lo más sensato que he escuchado desde que comenzó esta disputa.

A medida que la reunión continúa, noto que mis colegas intercambian miradas desconcertadas. Este no es mi enfoque habitual. Benjamin Mitchell, experto en eficiencia, siempre ha abogado por la estandarización, la simplificación, la optimización. Sin embargo, aquí estoy, defendiendo el valor de la diferenciación sobre la uniformidad, del carácter sobre la convención.

Cuando la llamada termina con un acuerdo tentativo para continuar nuestra asociación bajo parámetros de implementación revisados, Timothy me mira con curiosidad no disimulada.

—Bueno —dice mientras el equipo sale—, eso fue... inesperado. Pero efectivo. —Se aclara

la garganta—. Parece que ese año sabático le dio algunas nuevas perspectivas.

—Quizás —reconozco, recogiendo mis notas con precisión metódica.

Lo que no le digo es que la perspectiva no es nueva en absoluto. Es la voz de Jenna la que escuché en esa sala de reuniones. Los valores de Jenna los que defendí. El enfoque de Jenna hacia los negocios que de alguna manera se infiltró en mi armadura corporativa cuando no estaba mirando.

Y lo que más me perturba es que se sintió completamente correcto.

—Tome asiento, Ben. —Timothy señala la silla frente a su escritorio, su expresión inusualmente solemne. El sol de la tarde se cuela por las ventanas de su oficina esquinera, destacando el horizonte de Boston más allá: torres de vidrio y estructuras de acero, organizadas y predecibles.

Tomo el asiento ofrecido, notando la carpeta centrada con precisión en el escritorio de Timothy. El logotipo de Hartwell & Associates grabado en su cubierta brilla bajo la luz del sol.

—Primero, permítame decir que la situación de Westridge fue manejada brillantemente —comienza, juntando las manos sobre el escritorio—. Lawrence me llamó personalmente para expresar su satisfacción con el enfoque revisado. La junta está extremadamente complacida.

—La solución abordó las preocupaciones fundamentales de ambas partes —digo.

—En efecto. —Timothy me estudia por un momento—. Lo que me lleva a por qué le llamé. —Desliza la carpeta hacia mí—. Como sabe, la jubilación de Harrison ha dejado vacante el puesto de Director de Estrategia. La junta me ha autorizado a ofrecérselo, con efecto inmediato.

Abro la carpeta para encontrar una carta formal de oferta con términos que exceden mis proyecciones más optimistas. Oficina en esquina. Paquete de compensación ejecutiva. Asignación para viajes internacionales. El puesto por el que he trabajado toda mi carrera. El ascenso que desencadenó mi año sabático cuando inicialmente fui pasado por alto.

—Esto es... generoso —digo.

—Se lo ha ganado. Su trabajo con Westridge confirmó lo que siempre he sabido: usted es la mejor mente estratégica de esta empresa. —Timothy se recuesta, con satisfacción evidente en su expresión—. Esto le pondrá en camino para ser Director de Operaciones en cinco años, posiblemente antes.

El camino a seguir está claro, trazado con precisión. Director de Estrategia. Director de Operaciones. Quizás eventualmente Director Ejecutivo. La trayectoria que he seguido incuestionablemente desde la escuela de negocios.

Sin embargo, mientras reviso los detalles de la oferta, encuentro que mi atención se desvía repetidamente hacia las ventanas rayadas por la lluvia, hacia la ciudad gris más allá, hacia pensamientos de una propiedad victoriana suavizada por la niebla matutina y la mujer cuyos ojos se iluminan cuando habla de preservación histórica.

—Necesitaré tiempo para revisar los términos —me escucho decir.

Las cejas de Timothy se elevan ligeramente.

—Por supuesto. Tómese el fin de semana para revisarlo. —Hace una pausa—. Aunque debo mencionar que hay cierta sensibilidad temporal. Anunciaremos el reemplazo de Harrison en la reunión trimestral del lunes.

—Entiendo —digo, cerrando la carpeta y poniéndome de pie—. Tendrá mi decisión el lunes por la mañana.

Regreso a mi oficina, colocando la carta de oferta en mi escritorio. Durante las siguientes tres

horas, intento concentrarme en finalizar los detalles de la resolución de Westridge, pero mi productividad es sin precedentes, una preocupación seria para alguien que rastrea las métricas de rendimiento tan rigurosamente como yo.

A las 6:47 PM, finalmente reconozco la futilidad del esfuerzo continuo y empaco mi maletín. La oficina se ha vaciado mayormente, los asociados restantes demasiado enfocados en sus pantallas para notar mi partida. Nadie se despide. Nadie me desea una agradable noche. El contraste con las cálidas despedidas de la posada Evergreen Falls es marcado.

Afuera, la lluvia continúa cayendo, volviendo las aceras brillantes y reflectantes. Paro un taxi en lugar de esperar mi servicio de automóviles habitual, dándole al conductor mi dirección con precisión mecánica.

Mi apartamento ocupa el decimocuarto piso de un edificio de lujo con vistas al río Charles. El portero asiente cuando entro, su saludo profesional pero impersonal. El ascensor sube con eficiencia suave, dejándome en mi puerta exactamente nueve minutos después de salir de la oficina.

Dentro, me recibe un minimalismo prístino. Paredes blancas. Muebles negros. Acentos cromados. Todo dispuesto con precisión matemática: los muebles posicionados en ángulos rectos perfectos, las encimeras de la cocina completamente desnudas salvo por una cafetera de alta gama, las estanterías organizadas por tema y luego alfabéticamente por autor.

Dejo mi maletín y me aflojo la corbata, impactado por el eco hueco de mis movimientos en el espacio. ¿Mi apartamento siempre se ha sentido tan vacío? ¿Tan impersonal? ¿O es simplemente el contraste con la madera cálida y el mobiliario cómodo de la Suite Hemingway?

La oferta de promoción pesa en mi maletín, exigiendo atención. Debería estar analizando el paquete de compensación, calculando las implicaciones financieras a largo plazo, planificando mi discurso de aceptación. En cambio, me encuentro revisando mi teléfono, irracionalmente decepcionado al no encontrar mensajes de Evergreen Falls.

Sin actualizaciones de Dave sobre las mejoras del sistema de reservas de la posada que habíamos discutido. Sin preguntas de Jenna sobre su plan de negocios. Sin fotografías del follaje otoñal o preparativos para el festival del pequeño pueblo.

Accedo a mi portátil y abro mi correo electrónico, diciéndome a mí mismo que estoy verificando actualizaciones sobre la situación de Westridge. En cambio, me encuentro haciendo clic a través de fotografías que tomé en Evergreen Falls: la propiedad victoriana que Jenna espera transformar, la plaza del pueblo durante el Festival de la Cosecha, la vista desde Lookout Point donde casi nos besamos bajo la lluvia.

Casi inconscientemente, abro una nueva hoja de cálculo y comienzo a introducir cifras. Costos de renovación para la victoriana. Ingresos proyectados para un negocio de hostelería patrimonial. Cronogramas de retorno de inversión. Opciones de financiamiento. Mis dedos se mueven por el teclado con la precisión familiar, pero el contenido es completamente desconocido. No estoy analizando adquisiciones corporativas o estrategias de optimización. Estoy calculando cómo hacer que Wildflower Cottage sea financieramente viable.

La realización me detiene a mitad del cálculo. ¿Qué estoy haciendo?

Mi teléfono suena, mostrando el nombre de Emma. Contesto inmediatamente, agradecido por la interrupción de mi confuso tren de pensamiento.

—Benjamin —la voz de mi hermana se escucha claramente—. Has estado de vuelta en la civilización durante tres días y no has llamado ni una vez. Estoy herida.

—Disculpas —respondo, incapaz de reprimir una ligera sonrisa ante su familiar tono dramático—. La situación de Westridge requería atención inmediata.

—Ah sí, la gran crisis corporativa que te arrastró lejos de tus vacaciones forzadas. ¿Todo resuelto?

—Esencialmente, sí.

Hay una pausa, luego:

—Suenas raro.

—Creo que mis patrones vocales son consistentes con nuestras conversaciones anteriores.

—Y eso justo ahí es exactamente a lo que me refiero —dice Emma—. Has vuelto a ser el Robot Ben. Frases completas con sílabas innecesarias y cero emoción. ¿Qué pasó con el hermano casi humano que me llamó desde Texas?

Frunzo ligeramente el ceño.

—No estoy seguro de a qué te refieres.

—Cuando llamaste desde Evergreen Falls, usabas contracciones. Hiciste una broma real. Sonabas como una persona en lugar de un comunicado de prensa corporativo. —Hace una pausa —. ¿Es realmente tan malo estar de vuelta?

La pregunta me toma desprevenido.

—Me han ofrecido el puesto de Director de Estrategia —digo en lugar de responder directamente.

—¿Felicidades? —La entonación de Emma convierte la afirmación en una pregunta—. Eso es lo que querías, ¿verdad? ¿La razón por la que estabas tan molesto por ser enviado al año sabático en primer lugar?

—Correcto.

—Entonces, ¿por qué suenas como si alguien te hubiera dicho que tu perro murió?

Me muevo hacia la ventana, observando cómo las gotas de lluvia trazan patrones en el cristal.

—No tengo perro.

—Es una expresión, Ben. Vamos. ¿Qué está pasando realmente? ¿Ocurrió algo en Texas?

Considero desviar la pregunta, proporcionando una respuesta técnicamente precisa pero emocionalmente engañosa como lo haría en una desafiante reunión con clientes. Pero esta es Emma, quien me ha conocido desde que construíamos fuertes de mantas y edificios modelo juntos cuando éramos niños. Emma, quien me vio dibujando diseños de edificios y coleccionando revistas de arquitectura mucho antes de que me rindiera ante la insistencia de mi padre en una carrera "práctica" en los negocios.

—Conocí a alguien —admito finalmente.

Su brusca inhalación es audible.

—¿En serio? ¿Tú, Benjamin "Las Relaciones Son Ineficientes" Mitchell, conociste a alguien?

—Se llama Jenna. Está desarrollando un plan de negocios para un concepto de hostelería patrimonial. Una renovación de propiedad victoriana con significado histórico y arquitectónico sustancial.

—¿Y? —insiste Emma.

—¿Y qué?

—¡Detalles, Ben! ¿Cómo es ella? ¿La invitaste a salir? ¿Realmente expresaste emoción humana en su presencia?

Me encuentro luchando por formular una respuesta que capture la complejidad de mis interacciones con Jenna: la fricción inicial que evolucionó hacia respeto profesional, los momentos inesperados de conexión, la creciente conciencia de que su presencia de alguna manera hacía todo más vibrante.

—Es determinada. Perspicaz. Apasionada por la preservación histórica. Su concepto de

negocio es innovador pero práctico. —Hago una pausa—. Trabajamos juntos en sus proyecciones financieras. Proporcioné apoyo analítico para su solicitud de préstamo.

Emma gime audiblemente.

—Trabajaron en hojas de cálculo juntos. Qué romántico.

—No fue... —Me detengo, inseguro de cómo explicar que esas noches en la biblioteca, revisando modelos financieros y estrategias de marketing, de alguna manera se sintieron más significativas que cualquier cita convencional que haya experimentado.

—¿Qué pasó, Ben? —pregunta Emma, su voz suavizándose—. ¿Por qué estás de vuelta en Boston sonando miserable en lugar de en Texas con esta hechicera de las hojas de cálculo?

La pregunta crea una presión inesperada en mi pecho.

—Tuvimos un malentendido. Sobre su plan de negocios. Hice un comentario sobre experiencia en implementación que ella interpretó como desdeñoso de sus capacidades.

—¿Lo fue?

—No. Al menos, esa no fue mi intención. Pero hizo eco de algo que su ex había dicho cuando desestimó sus sueños de negocio como poco prácticos.

—Ay. —Emma guarda silencio por un momento—. ¿Te disculpaste?

—Intenté explicar la mala interpretación.

—Eso no es lo mismo, Ben. ¿Le dijiste que lamentabas haber herido sus sentimientos?

Dudo, revisando nuestra conversación final.

—Le expliqué que no había tenido la intención de descartar sus capacidades. Que respeto tremendamente su agudeza empresarial.

—Así que eso es un no. —Emma suspira—. Para alguien tan brillante, puedes ser asombrosamente denso sobre las emociones humanas.

—La situación es más complicada que una simple falta de comunicación —digo, a la defensiva a pesar de mí mismo—. Su negocio está en Evergreen Falls. Mi carrera está en Boston.

—¿Lo está? —pregunta Emma en voz baja—. Porque el hermano que conozco, el que construía intrincados modelos arquitectónicos por diversión y pasaba horas investigando métodos de construcción históricos, podría haber encontrado más significado en un proyecto de renovación victoriana que en optimizar la eficiencia corporativa.

Sus palabras golpean con una fuerza inesperada. Miro la pantalla de mi portátil, donde las proyecciones financieras de Wildflower Cottage aún esperan, medio completadas. Casi había olvidado cómo solía perderme durante horas en dibujos arquitectónicos y técnicas de restauración, estudiando la artesanía de edificios históricos con genuina pasión antes de que las preocupaciones prácticas me llevaran a la escuela de negocios.

—La promoción me pondría en camino para ser Director de Operaciones —digo, aunque la declaración suena hueca incluso para mis propios oídos.

—¿Y eso te haría feliz? ¿Verdaderamente feliz?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, simple pero profunda. ¿Avanzar más en mi carrera predeterminada traería una realización genuina? ¿O simplemente proporcionaría más de lo que ya tengo: éxito profesional, seguridad financiera y un apartamento que se siente cada vez más como una habitación de hotel que un hogar?

—Necesito considerar todas las variables antes de tomar una decisión —digo finalmente.

—Por supuesto que sí —responde Emma, con afecto evidente a pesar de su exasperación—. Solo no olvides incluir tu propia felicidad en ese análisis, ¿de acuerdo? Y tal vez llama a tu chica de las hojas de cálculo. Aunque sea solo para disculparte adecuadamente.

Después de colgar, vuelvo a mi portátil. La oferta de promoción exige atención. La

implementación de Westridge requiere refinamiento. Numerosas responsabilidades profesionales esperan mi enfoque.

En cambio, abro un nuevo documento. Lo titulo "Wildflower Cottage: Análisis de Inversión" y comienzo a escribir, imaginando el porche elegante de la victoriana restaurado a su grandeza original, la vidriera en el vestíbulo revelando una vez más sus colores ocultos, y la escalera sinuosa brillando con pasamanos de roble pulido que Jenna describió con tanta pasión.

Capítulo 22
Ben

La oferta de promoción descansa sobre mi escritorio, su nítida cabecera reluciendo bajo la dura iluminación fluorescente de mi oficina en Boston. Director de Estrategia. La oficina de la esquina con vista al río. El paquete de compensación ejecutiva que supera incluso mis proyecciones más optimistas. Todo por lo que he trabajado durante los últimos ocho años, presentado en letra Garamond de doce puntos sobre papelería premium.

Debería sentirme triunfante. En cambio, no siento nada que se asemeje a la satisfacción.

Me giro hacia mi portátil donde un documento completamente diferente exige mi atención: "Análisis de Inversión para Wildflower Cottage". Durante las últimas tres noches, he trabajado hasta el amanecer en esta propuesta, aplicando el mismo rigor analítico que aplicaría a cualquier adquisición corporativa. La diferencia, sin embargo, es profunda. Cada cálculo, cada proyección, cada recomendación cuidadosamente considerada se siente significativa de una manera que la estrategia corporativa no ha tenido en años.

Fuera de mi oficina de paredes de cristal, Hartwell & Associates zumba de actividad. Asociados inclinados sobre teclados, socios junior apresurándose entre reuniones, todos moviéndose con la perpetua urgencia de la ambición corporativa. Nadie establece contacto visual. Nadie se detiene para preguntar sobre planes de fin de semana o actualizaciones familiares. La eficiencia es admirable. La humanidad está ausente.

Me ajusto la corbata, la seda de repente sintiéndose como una soga alrededor de mi cuello. ¿Cuándo se convirtió el simple acto de respirar en un esfuerzo consciente?

—¡Ben! Aquí estás —Timothy entra en mi oficina sin llamar, su energía llenando el espacio antes de que físicamente entre en él—. La reunión con Hammond está confirmada para mañana. Victoria en persona, no uno de sus subordinados. Esto podría ser enorme para nosotros.

Parpadeo, el nombre desencadenando un reconocimiento inmediato.

—¿Victoria Hammond? ¿La inversora en hospitalidad patrimonial?

Timothy parece sorprendido.

—¿Conoces su trabajo?

—Ella asistió a la de Jenna... —me detengo—. Me encontré con su portafolio durante mi sabático. Se especializa en renovaciones de propiedades históricas.

—Exactamente —Timothy se sienta en el borde de mi escritorio, algo que nunca ha hecho antes. La postura casual parece forzada, como si estuviera intentando parecer más accesible de lo que realmente es—. Aparentemente está buscando expandir su cartera hacia mercados de pueblos pequeños. Piensa en alojamientos boutique con significado histórico. Justo lo que necesitamos para la nueva iniciativa de desarrollo regional.

Mi pulso se acelera. Esta coincidencia es demasiado precisa para ignorarla. Hammond es exactamente la inversora que Jenna mencionó, la que ofrece capital pero exige un 30% de participación. Mi mente corre con posibilidades, conexiones formándose como constelaciones que se revelan en el cielo nocturno.

—Pareces diferente desde que regresaste —observa Timothy, estudiándome con una perspicacia poco característica—. La forma en que manejaste la situación de Westridge, priorizando sus elementos distintivos sobre la estandarización. Ese no es tu enfoque habitual.

—Quizás mi sabático proporcionó una perspectiva inesperada —respondo cuidadosamente.

—Bueno, sea lo que sea que pasó en ese pueblo pequeño, trata de volver a enfocarte aquí ahora —se levanta, enderezando su impecable traje—. La junta espera tu carta de aceptación

para el puesto de Director de Estrategia hoy. He programado el anuncio para la reunión de la empresa de mañana.

Después de que se va, me quedo inmóvil, mirando los dos documentos que representan futuros marcadamente diferentes. La carta de promoción promete un avance continuo a lo largo de mi trayectoria profesional cuidadosamente trazada. La propuesta de Wildflower Cottage ofrece algo mucho menos seguro pero infinitamente más convincente.

Alcanzo mi teléfono y hago una llamada que alterará irreversiblemente mi camino.

—Oficina de Victoria Hammond —responde una voz profesional y nítida.

—Soy Benjamin Mitchell de Hartwell & Associates —digo con confianza practicada—. Tengo entendido que la Sra. Hammond tiene una reunión programada con nuestra empresa mañana. Me gustaría solicitar una reunión privada para cenar esta noche para discutir una oportunidad de inversión específica que podría interesarle.

Hay una breve pausa.

—Un momento, Sr. Mitchell.

Espero, mi decisión cristalizándose con cada segundo que pasa. No soy la misma persona que se fue de sabático hace seis semanas. La realización es a la vez aterradora y estimulante.

—La Sra. Hammond tiene un espacio a las 7 PM en Maison —llega la respuesta—. Dice que le diga que recuerda sus ideas de la presentación de negocios del mes pasado y espera escuchar lo que tiene que decir.

Después de terminar la llamada, abro un cajón y saco la carta formal que redacté anteriormente. Mi renuncia a Hartwell & Associates es concisa, profesional y absolutamente irrevocable. La coloco centrada precisamente sobre el teclado de Timothy, luego recojo la propuesta de Wildflower Cottage y mis efectos personales.

No miro atrás mientras camino a través de la oficina que he ocupado durante ocho años. Algo me dice que no la extrañaré en absoluto.

Maison exuda la elegancia sofisticada que la élite financiera de Boston espera de sus establecimientos gastronómicos. Candelabros de cristal proyectan precisos charcos de luz sobre manteles blancos. Las conversaciones se llevan a cabo en tonos cuidadosamente modulados. El sommelier se acerca a las mesas con la gravedad de un cirujano preparándose para un procedimiento complejo.

Victoria Hammond está sentada frente a mí, su melena plateada brillando bajo la sutil iluminación, su expresión penetrantemente inteligente mientras estudia la propuesta que he presentado. Ha construido su reputación reconociendo potencial donde otros solo ven riesgo, particularmente en propiedades históricas que los inversores más grandes pasan por alto.

—Así que —dice finalmente, cerrando la carpeta y fijándome con una mirada evaluativa—, Benjamin Mitchell, el experto en eficiencia de Hartwell & Associates, quiere que invierta en un bed and breakfast de un pueblo pequeño —su tono es neutral, sin revelar nada de sus pensamientos—. Eso es inesperado.

—Ex experto en eficiencia —corrijo—. Renuncié a Hartwell esta tarde.

Sus cejas se elevan fraccionalmente, la única indicación de sorpresa de alguien conocida por su comportamiento imperturbable.

—Aún más inesperado. Quizás debería empezar por el principio.

Tomo un respiro medido.

—Wildflower Cottage representa una oportunidad de inversión excepcionalmente

prometedora. La estructura victoriana tiene una integridad histórica excepcional, elementos arquitectónicos originales que simplemente no se pueden replicar en la construcción moderna, y una ubicación privilegiada en un emergente mercado de turismo patrimonial.

—Soy muy consciente de los atributos de la propiedad —interrumpe Hammond—. Asistí a la presentación de la Srta. Davis en su universidad. Bastante impresionante, aunque su modelado financiero necesitaba refinamiento —inclina ligeramente la cabeza—. Lo cual parece haber sido abordado en esta propuesta.

—Proporcioné consultoría sobre las proyecciones financieras durante mi sabático.

—Y ahora ha desarrollado una propuesta completamente separada, sin la participación de la Srta. Davis, sugiriendo una estructura de asociación en lugar de mi oferta original de capital —su tono se agudiza—. Eso es bastante presuntuoso, ¿no le parece?

—La estructura que estoy proponiendo beneficiaría a todas las partes —respondo, manteniendo la compostura a pesar de la crítica—. Jenna mantiene el interés de control y la dirección creativa. Usted recibe rendimientos preferentes sobre la inversión con responsabilidades de gestión reducidas. Y yo contribuyo tanto con capital como con optimización operativa continua sin interrumpir la experiencia auténtica que diferencia a Wildflower Cottage en el mercado.

—¿Y cuál es precisamente su interés en este acuerdo, Sr. Mitchell? —Hammond toma un sorbo de vino, sus ojos nunca dejando los míos—. Porque no estoy detectando el enfoque analítico frío por el que es conocido. Esta presentación tiene pasión detrás.

La observación me habría incomodado hace seis semanas. Ahora, la reconozco como una percepción más que una crítica.

—Mi interés es tanto profesional como personal —admito—. Creo que Wildflower Cottage representa una excelente oportunidad de inversión. También creo en la visión y capacidad de Jenna Davis para ejecutarla. Y sí, también tengo motivaciones personales.

—Ah —una sonrisa conocedora toca los labios de Hammond—. Ahora estamos llegando a alguna parte. Usted se preocupa por la Srta. Davis.

—Sí.

—¿Y ella sabe que está aquí, abogando en su nombre?

—No —la miro directamente—. Desconoce esta reunión o mi propuesta. Nos separamos en... términos complicados.

Hammond me estudia pensativamente.

—Háble me sobre la propiedad victoriana en sí. ¿Qué la hace valer este dramático cambio de carrera? Necesito entender qué ve más allá de los números.

Me encuentro hablando con pasión inesperada sobre la importancia histórica de la propiedad: la artesanía original de 1890, la barandilla tallada a mano en la escalera principal, la forma en que la luz se filtra a través de los montantes de vidrio coloreado en la tarde. Describo las reparaciones críticas necesarias para los cimientos y el techo, pero también cómo estos desafíos son superados por el carácter inherente del edificio y la oportunidad turística única en Evergreen Falls.

—¿Y la visión de la Srta. Davis para la propiedad? —pregunta Hammond, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Ella quiere crear una experiencia que honre la historia del edificio mientras proporciona comodidades modernas. Cada habitación temática alrededor de figuras literarias de Texas, desayunos con ingredientes de origen local, eventos comunitarios en el espacio del jardín —las palabras fluyen fácilmente mientras describo los planes de Jenna—. Ella entiende que los

huéspedes no solo están pagando por alojamiento, están buscando conexión con el lugar y la historia.

Hammond asiente pensativamente.

—Hace dos semanas, la Srta. Davis me contactó sobre mi oferta original. Estaba considerando aceptar mis términos, a pesar de su clara reticencia a ceder cualquier control creativo —toca la propuesta con una uña manicurada—. Y ahora aquí está usted, ofreciéndome mejores términos financieros mientras asegura que ella mantiene su autonomía. Interesante coincidencia.

—¿Todavía está considerando su oferta? —intento mantener un tono neutral, pero me encuentro inclinándome ligeramente hacia adelante.

—Tenemos una reunión programada para la próxima semana —Hammond reabre la propuesta, escaneando los números con eficiencia practicada—. Sus proyecciones financieras son más conservadoras que las de ella, pero muestran mejor estabilidad a largo plazo. La planificación de contingencia es particularmente exhaustiva.

Continúa su evaluación metódica, haciendo preguntas precisas sobre las estimaciones de flujo de efectivo, los cronogramas de renovación y las estrategias de marketing. Respondo con respuestas detalladas, basándome tanto en mi experiencia analítica como en el conocimiento íntimo de Wildflower Cottage que adquirí durante esas semanas trabajando junto a Jenna.

—Su enfoque ha cambiado —observa Hammond después de casi treinta minutos de preguntas—. He tratado con consultores de Hartwell antes. Hablan en absolutos, con una devoción casi religiosa a la estandarización. Usted está abogando por la preservación de la singularidad, por invertir en atributos distintivos en lugar de eliminarlos en aras de la eficiencia.

—Mi perspectiva ha evolucionado —reconozco—. He llegado a reconocer que los elementos más valiosos en la hospitalidad no siempre pueden cuantificarse en una hoja de cálculo.

—Una revelación que parece haberle costado una oficina en la esquina —hay un tono de respeto en su voz.

—Un precio que vale la pena pagar.

Finalmente, Hammond cierra la carpeta de nuevo.

—Estoy interesada, pero con una condición. Necesito reunirme con ambos juntos, en el sitio, para evaluar su dinámica de trabajo. Las inversiones en asociación requieren socios compatibles.

—Entiendo.

—¿De verdad? —Levanta una ceja escéptica—. Cualquier complicación personal que exista entre usted y la Srta. Davis deberá resolverse antes de que yo comprometa capital. No invierto en volatilidad emocional.

—Es justo.

—¿Puede organizar esta reunión dentro de los próximos tres días? Mi agenda está apretada antes de las vacaciones.

—Puedo hacerlo.

Al concluir nuestra cena, Hammond ofrece una observación de despedida que perdura mucho después de que nos hayamos despedido.

—Diez años en este negocio me han enseñado a reconocer cuando alguien ha encontrado su verdadera vocación, Sr. Mitchell. Su trabajo en eficiencia corporativa fue impresionante, pero esto —toca la propuesta de Wildflower Cottage— tiene un propósito detrás. Eso es mucho más valioso a largo plazo.

Camino por la fría noche de Boston considerando sus palabras. Propósito. No ambición, no logro, sino propósito. La distinción se siente significativa en formas que apenas estoy

comenzando a entender.

La propiedad victoriana se ve diferente a la luz temprana de la mañana, su elegancia desgastada suavizada por la niebla del amanecer. Aparco al otro lado de la calle, permitiéndome un momento para absorber tanto el potencial del edificio como la importancia de lo que estoy a punto de hacer.

Después de mi cena con Hammond, llamé a Emma, le expliqué mi renuncia y planes inmediatos, luego reservé el primer vuelo a Austin. Conduje durante toda la noche para llegar a Evergreen Falls, impulsado por café de gasolinera y una convicción que se fortalece con cada milla.

Ahora, viendo a Jenna caminar por el perímetro de su futuro bed and breakfast, cuaderno en mano, esa convicción se cristaliza en certeza. Se mueve con propósito, deteniéndose ocasionalmente para tomar notas o examinar un elemento arquitectónico particular. Su cabello castaño rojizo está recogido en una coleta práctica, e incluso desde esta distancia, puedo ver el enfoque en su expresión mientras planifica su sueño hacia la existencia.

En los tres días desde que dejé Evergreen Falls para regresar a Boston, tanto ha cambiado, sin embargo, la casa victoriana permanece inmutable, su elaborado adorno de pan de jengibre y porche envolvente todavía necesitando la amorosa restauración que Jenna prevé. Las canaletas todavía se hunden en la esquina noroeste. Las contraventanas originales todavía necesitan una cuidadosa rehabilitación. El espacio del jardín donde Jenna planea organizar eventos al aire libre todavía requiere un extenso paisajismo. Sin embargo, incluso en su estado actual, la propiedad exuda un potencial que ni siquiera mi mente anteriormente analítica podría negar.

Ella aún no me ha notado. Uso el momento para reunir mis pensamientos, aunque el discurso cuidadosamente compuesto que ensayé en el avión de repente parece inadecuado. ¿Cómo le explico que seis semanas en su pueblo, en su presencia, alteraron fundamentalmente mi comprensión de lo que importa? ¿Que el éxito corporativo que he perseguido tenazmente durante años ahora se siente hueco en comparación con la posibilidad de construir algo significativo aquí?

Salgo de mi auto de alquiler, la carpeta que contiene tanto el interés condicional de Hammond como mi propia propuesta detallada de inversión bajo el brazo. Jenna levanta la vista al escuchar mi aproximación, su expresión pasando rápidamente por sorpresa, cautela y confusión.

—¿Ben? —se queda perfectamente quieta, su cuaderno apretado contra su pecho como un escudo—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que estabas en Boston.

—Lo estaba —respondo, deteniéndome a una distancia respetuosa—. Pero resulta que lo que realmente quería no estaba allí después de todo.

Su expresión sigue siendo cautelosa, pero no retrocede cuando doy un paso más cerca.

—Me reuní con Victoria Hammond anoche —continúo cuando ella no responde—. Está interesada en invertir en Wildflower Cottage, pero con una estructura diferente a su oferta original.

Extiendo la carpeta. Jenna duda antes de aceptarla, sus dedos cuidando de no tocar los míos durante el intercambio. La evitación deliberada crea un dolor que no anticipé.

—¿Te reuniste con mi posible inversora? —su tono combina incredulidad y el más leve rastro de enojo—. ¿Sin decírmelo?

—Sí —no intento desviar o justificar—. La reunión no estaba planeada. Timothy, mi antiguo

jefe, la había programado para negocios de Hartwell. Yo la redirigí.

—¿Antiguo jefe? —mira hacia arriba desde la carpeta, frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres decir con antiguo?

—Renuncié ayer. Con efecto inmediato.

Sus labios se separan en sorpresa, y por primera vez desde que me acerqué, su expresión se suaviza de la cautela a la genuina curiosidad.

—¿Renunciaste a tu trabajo? ¿Qué hay de la promoción? ¿La cuenta Westridge?

—Todo rechazado —me encuentro queriendo cerrar la distancia restante entre nosotros, pero resisto el impulso—. La promoción habría avanzado mi trayectoria profesional según lo planeado. Pero no habría proporcionado lo que me he dado cuenta que realmente quiero.

—¿Que es? —su pregunta es tranquila pero directa.

—Propósito. Trabajo significativo. Construir algo de valor real —hago una pausa, reuniendo coraje para la verdad más importante—. Y a ti, Jenna. Volví por ti.

Ella me mira fijamente, su expresión una mezcla compleja de esperanza y vacilación. Luego abre la carpeta, su ojo experimentado escaneando la propuesta de inversión.

—Esta es una estructura de asociación. Estás proponiendo invertir personalmente junto con Hammond, no solo organizando su financiamiento.

—Sí. Mi contribución de capital sería aproximadamente el 20% del financiamiento total requerido. Hammond proporcionaría el 30%, con términos más favorables que su oferta original. Tú mantendrías el 51% de la propiedad y el control creativo completo.

—¿Estás sugiriendo que nos convirtamos en socios comerciales? —su voz contiene una nota de incredulidad—. ¿Después de todo lo que ha pasado?

—Socios comerciales, sí. Pero espero más que eso —doy un paso cuidadoso hacia adelante —. He pasado ocho años ayudando a las corporaciones a optimizar la eficiencia sin preocuparme por el costo humano. He sobresalido en un trabajo que en última instancia me dejó sintiéndome vacío. Y luego vine aquí.

El sol de la mañana ha salido completamente ahora, proyectando un cálido resplandor a través del porche envolvente de la casa victoriana. Se me presenta una metáfora, y por una vez, no la analizo hasta la muerte antes de hablar.

—Trabajar contigo en Wildflower Cottage me mostró cómo se siente construir algo significativo, algo con corazón detrás. Me gustaría continuar ese trabajo, Jenna. No solo como tu consultor financiero, sino como tu socio, en cualquier capacidad que me permitas.

Ella cierra la carpeta, abrazándola contra su pecho.

—Esto es mucho para procesar, Ben. Te estabas yendo. De vuelta a Boston, de vuelta a tu vida real. Eso es lo que dijiste.

—Me equivoqué —la admisión viene fácilmente, sorprendiéndome con su simplicidad—. Esta es la vida real. Lo que encontré aquí, el trabajo, la comunidad, tú, es más auténtico que cualquier cosa que experimenté en Boston.

Jenna se aleja ligeramente, mirando hacia la casa victoriana. De perfil, puedo ver la tensión en su mandíbula, el ligero temblor de su labio inferior mientras lucha con emociones conflictivas.

—Hace tres días me dijiste que esto era un sueño imposible —dice en voz baja—. Dijiste que mis planes eran poco realistas, que necesitaba más experiencia antes de intentar algo de esta escala. Te fuiste, Ben.

El recuerdo duele, como debe ser.

—Tenía miedo —admito—. No de tus capacidades, sino de mis propios sentimientos. De

cuánto había llegado a importarme, sobre ti, sobre este lugar, sobre un futuro que ninguno de nosotros había planeado. Era más fácil desestimarlo todo que reconocer cuánto había cambiado todo para mí.

Ella se vuelve hacia mí, ojos brillantes con lágrimas no derramadas.

—¿Sabes lo que hice después de que te fuiste? Llamé a Hammond. Estaba lista para aceptar sus términos, para renunciar al interés de control en mi sueño, porque tus dudas se habían convertido en mis dudas.

La revelación me golpea como un golpe físico.

—Jenna, lo siento mucho.

—¿Por qué debería creer que esto no es solo otra decisión impulsiva de la que te arrepentirás una vez que la realidad se asiente? —hay dolor real en su pregunta—. ¿Cómo sé que no te irás de nuevo cuando las cosas se compliquen?

—Porque nunca he tomado una decisión menos impulsiva en mi vida —respondo con absoluta convicción—. Pasé tres días analizando cada aspecto de esta elección. Creé planes de contingencia para planes de contingencia. Evalué costos de oportunidad y resultados proyectados. Y cada análisis llevó a la misma conclusión: que pertenezco aquí, trabajando junto a ti, construyendo algo que importa.

Jenna me estudia, la incertidumbre mezclándose con algo más suave en su expresión.

—¿Hammond realmente aceptó estos términos?

—Condicionalmente. Quiere reunirse con ambos, en el sitio, dentro de los próximos tres días. Para evaluar nuestra... —vacilo, buscando la frase correcta— compatibilidad laboral.

Una ligera sonrisa toca sus labios.

—Nuestra compatibilidad laboral. Ya veo —mira hacia la casa victoriana, luego de vuelta a mí—. ¿Y si no estoy interesada en una asociación? ¿Con ninguno de ustedes?

—Entonces respetaré tu decisión —mantengo mi voz firme a pesar del dolor que la posibilidad crea—. La propuesta incluye opciones alternativas de financiamiento que no me involucran directamente, si esa fuera tu preferencia. Tu sueño viene primero, Jenna. Con o sin mi participación.

Ella toma una respiración profunda, su mirada intensificándose.

—¿Por qué, Ben? ¿Por qué abandonarías todo por lo que has trabajado? Una sociedad en un pequeño B&B de pueblo difícilmente equivale a Director de Estrategia en Hartwell & Associates.

La pregunta merece completa honestidad.

—Porque me he dado cuenta de que el éxito sin propósito es insignificante. Porque la idea de regresar a esa oficina todos los días me llena de temor en lugar de satisfacción. Porque ayudarte a crear Wildflower Cottage se siente más significativo que cualquier estrategia corporativa que haya desarrollado jamás.

Hago una pausa, luego agrego la razón más importante.

—Y porque estas últimas seis semanas contigo han sido las más significativas de mi vida. No quiero que terminen.

La expresión de Jenna se suaviza aún más, pero la cautela permanece en sus ojos.

—Dijiste que mi concepto de negocio era demasiado optimista. Que necesitaba más "experiencia del mundo real" para implementarlo adecuadamente.

—Dije que tu cronograma era agresivo dados los estimados de renovación —corrijo suavemente—. Y lo es. Pero nunca dudé de tu visión o capacidad para ejecutarla. Creo en ti, Jenna. Creo en Wildflower Cottage. Creo en nosotros.

Ella cierra los ojos brevemente, como absorbiendo mis palabras. Cuando los abre, la determinación ha reemplazado la incertidumbre.

—Estoy dispuesta a reunirme con Hammond. Para discutir el potencial de asociación.

El alivio me inunda, seguido rápidamente por una cauta esperanza.

—Gracias.

—Esto no significa que esté de acuerdo con nada todavía —aclara—. La asociación comercial o... cualquier otra cosa.

—Entiendo.

Permanecemos en silencio por un momento, la brisa matutina agitando hojas caídas alrededor de nuestros pies. La casa victoriana se eleva detrás de ella, desgastada pero orgullosa, esperando transformación, al igual que la relación entre nosotros.

—Me lastimaste, Ben —dice en voz baja, su vulnerabilidad finalmente mostrándose—. Cuando te fuiste, cuando descartaste lo que estábamos construyendo juntos, no solo el negocio, sino nosotros, se sintió como una confirmación de cada duda que he tenido sobre mí misma.

La admisión desgarra mi corazón.

—Lo sé. Y no puedo deshacer ese dolor.

Ella asiente, apartando una lágrima que escapa a pesar de su esfuerzo por contenerla.

—Necesito tiempo. Y pruebas de que esto no es solo otra convicción pasajera.

—Tendrás ambos —prometo—. Por el tiempo que sea necesario.

—Debería llamar a la oficina de Hammond —dice finalmente—. Para confirmar la reunión.

—Por supuesto —doy un paso atrás, dándole espacio—. Estaré en la posada si me necesitas. Dave me está dejando quedarme en la Suite Hemingway otra vez.

Una sonrisa genuina toca sus labios.

—¿Ni siquiera intentaste otra habitación? ¿Después de todas tus quejas sobre la distribución ineficiente y el sistema de calefacción obsoleto?

—Me encariñé —admito—. Como con muchas cosas en Evergreen Falls.

Mientras me doy vuelta para irme, Jenna me llama.

—¿Ben?

Me detengo, mirando hacia atrás.

—Me alegro de que hayas vuelto —dice, con una calidez en su voz que he extrañado desesperadamente—. Incluso si todavía estoy tratando de entender lo que eso significa para nosotros.

—Yo también —respondo honestamente—. Y tenemos tiempo para resolverlo juntos. Si eso es lo que quieres.

Ella no responde directamente, pero la pequeña sonrisa que permanece en sus labios mientras vuelve a su cuaderno se siente como el primer rayo de sol después de un largo invierno de Boston: inesperado, cálido y lleno de promesas.

Capítulo 23
Ben

El sol de la mañana proyecta largas sombras a través del porche envolvente de la casa victoriana cuando llego treinta minutos antes de nuestra reunión con Victoria Hammond. Ya he revisado mis notas cuatro veces, pero me encuentro comprobándolas compulsivamente otra vez, asegurándome de que cada proyección sea precisa, cada contingencia contemplada. Los viejos hábitos persisten, incluso cuando mis objetivos han cambiado fundamentalmente.

El elegante Mercedes negro de Hammond llega puntualmente. Ella emerge vistiendo un traje gris marengo a medida que encajaría perfectamente en cualquier sala de juntas de Boston, con su corte bob plateado resplandeciente mientras examina la propiedad con la evaluación calculada de alguien que ve tanto la realidad presente como el potencial futuro.

—Señor Mitchell —reconoce, extendiendo su mano. Su apretón es firme, seguro—. Menudo giro profesional está dando.

—Una recalibración necesaria —respondo mientras caminamos hacia la casa—. Esta propiedad representa un potencial de inversión excepcional que se alinea con mi enfoque profesional en evolución.

La ceja de Hammond se eleva ligeramente. —¿Y sus intereses personales?

Antes de que pueda formular una respuesta, Jenna aparece en la puerta. Está vestida más formalmente de lo habitual: un vestido azul marino estructurado que transmite profesionalidad mientras mantiene su estilo distintivo. Lleva el pelo recogido en una coleta elegante y sostiene un portafolio de cuero que reconozco como el que contiene su documentación comercial.

—Señora Hammond —saluda con calidez ensayada, extendiendo su mano—. Gracias por reunirse con nosotros aquí. Pensé que ver la propiedad de primera mano proporcionaría un mejor contexto para nuestra discusión.

—Una decisión sabia —coincide Hammond—. Los edificios hablan mucho cuando sabes cómo escuchar.

Noto el espacio deliberado que Jenna mantiene entre nosotros al comenzar la visita. La cortesía profesional guía nuestra interacción, pero la distancia personal sigue siendo palpable. La tensión entre nosotros crea una corriente subyacente que Hammond —con sus décadas de experiencia empresarial— sin duda detecta.

—Los suelos originales de madera dura en toda la planta principal pueden restaurarse en lugar de reemplazarse —explica Jenna mientras avanzamos por el vestíbulo—. La artesanía es irreemplazable: roble aserrado en cuartos que ha estado protegido por alfombras durante décadas.

Hammond se inclina para examinar una sección de esquina. —¿Daño por agua aquí?

—Superficial —intervengo—. La evaluación estructural confirmó que el contrapiso sigue en buen estado. El especialista en restauración que Jenna consultó proporcionó un plan detallado de remediación que preserva los materiales originales.

Jenna me mira, con un destello de sorpresa cruzando brevemente sus facciones. Había revisado el informe del especialista sin su conocimiento, confirmando su evaluación de forma independiente.

—La cocina requerirá la modernización más significativa —continúa Jenna mientras entramos en el espacio anticuado—. Sin embargo, planeo incorporar elementos apropiados de la época mientras instalo equipos de calidad comercial que cumplan con los requisitos del código sanitario.

—¿Proyecciones de costos? —pregunta Hammond, con sus dedos recorriendo la encimera

envejecida.

—Detallados en la sección cuatro de nuestra propuesta —respondo con fluidez—. Hemos incluido un contingente del veinticinco por ciento específicamente para la renovación de la cocina, dada la probabilidad de descubrir problemas adicionales una vez que se abran las paredes.

Hammond asiente con aprobación. —Prudente.

Al llegar a la suite principal, Hammond se detiene para examinar las molduras originales del techo, con expresión pensativa. —Una conservación notable —murmura, luego se vuelve para enfrentarnos directamente—. Saben, comencé en el desarrollo inmobiliario hace treinta años restaurando una casa victoriana muy parecida a esta en Nantucket. La convertí en mi primer negocio exitoso de B&B antes de pasar a la inversión.

Esta revelación personal nos sorprende a ambos. Hammond rara vez divulga información personal durante discusiones de negocios.

—¿Qué le hizo transitar de la operación a la inversión? —pregunta Jenna.

Una breve sonrisa cruza el rostro de Hammond. —Descubrí que disfrutaba más del proceso de creación que de la gestión diaria. Al igual que ustedes dos, encontré que las habilidades complementarias eran esenciales. —Su penetrante mirada se desplaza entre nosotros—. Trabajan bien juntos, a pesar de cualquier complicación personal que exista.

El comentario aterriza con precisión, creando una tensión momentánea que flota en el aire entre nosotros. Jenna se recupera primero.

—Las diferentes perspectivas pueden fortalecer un plan de negocio —dice cuidadosamente —. Ben aporta un rigor analítico que complementa mi visión.

—Y Jenna proporciona el propósito que eleva los simples datos a una dirección significativa —añado, encontrando brevemente sus ojos.

Hammond nos estudia a ambos. —He visto innumerables asociaciones comerciales fracasar porque los elementos personales no fueron abordados. No estoy interesada en invertir en un acuerdo inestable.

—Nuestra colaboración profesional sigue siendo efectiva independientemente de factores personales —afirmo.

La risa de Hammond no contiene humor. —En treinta años de negocios, nunca he visto que eso sea cierto. Las personas no son hojas de cálculo, señor Mitchell. No pueden compartimentarse tan ordenadamente.

Antes de que pueda responder, Jenna interviene. —¿Quizás deberíamos discutir la estructura financiera durante el almuerzo? He reservado una mesa en Harvest Table.

Hammond comprueba su reloj. —Guíe el camino.

El comedor privado de Harvest Table proporciona un respiro bienvenido de la tensión de la mañana. El encanto rústico del restaurante —vigas expuestas y mesas elaboradas con madera local— crea una atmósfera que representa perfectamente la mezcla de patrimonio y funcionalidad de Evergreen Falls. Hammond revisa nuestra propuesta metódicamente mientras esperamos nuestras comidas, ocasionalmente haciendo anotaciones en los márgenes con una pluma estilográfica de platino que parece una reliquia familiar.

—Sus proyecciones financieras son refrescantemente realistas —dice finalmente, cerrando la carpeta—. La mayoría de los proyectos de patrimonio que veo están construidos sobre el optimismo más que sobre un análisis sólido.

—Creemos en la evaluación honesta —respondo.

—¿Qué sucede si mi cronograma de renovación se extiende más allá de la proyección? —pregunta Jenna, abordando una de las preocupaciones anteriores de Hammond—. La planificación de contingencia considera los excesos financieros, pero no necesariamente los retrasos en el cronograma.

—La sección 7.3 describe las posibilidades de apertura por fases —explico, alcanzando la propuesta y pasando a la página relevante—. La planta principal y tres habitaciones de huéspedes podrían operar mientras continúan las renovaciones del piso superior, proporcionando un flujo de ingresos inicial para compensar los costos de la línea de tiempo extendida.

Jenna parece sorprendida. —No había considerado ese enfoque.

—Es una estrategia común en la restauración patrimonial —explico—. Mantener el flujo de efectivo reduce la presión financiera durante los retrasos inevitables.

—Vean, esto es precisamente lo que me interesa —dice Hammond, gesticulando entre nosotros—. Diferentes bases de conocimiento que mejoran la estrategia general. —Se inclina hacia adelante, juntando sus manos sobre la mesa—. Pero todavía cuestiono la estabilidad de su asociación.

Nuestro camarero llega con nuestras comidas, creando un respiro temporal de la penetrante evaluación de Hammond. Mientras comenzamos a comer, ella redirige.

—Dígame, señorita Davis, ¿qué sucede cuando el señor Mitchell discrepa de sus decisiones creativas? Él ha construido su carrera en mejoras de eficiencia que a menudo eliminan precisamente las 'ineficiencias encantadoras' que usted valora.

Jenna considera esto, tomando un sorbo cuidadoso de agua. —Ben ya ha demostrado respeto por los elementos históricos que diferencian a Wildflower Cottage de los alojamientos estandarizados. Sus sugerencias fortalecen en lugar de disminuir el concepto central.

Hammond se vuelve hacia mí. —¿Y usted, señor Mitchell? ¿Qué sucede cuando la señorita Davis toma decisiones que usted considera financieramente insensatas?

—Mi papel es proporcionar análisis y recomendación, no control —respondo—. Jenna mantiene la dirección creativa y la autoridad de decisión final en nuestra estructura propuesta. Eso es deliberado, no coincidente.

—¿Incluso cuando contradice su formación corporativa?

—Mi experiencia corporativa me enseñó a optimizar sistemas. Lo que no reconoció es que algunos elementos resistentes a la estandarización crean el valor más significativo. —Encuentro directamente la mirada penetrante de Hammond—. La visión de Jenna para Wildflower Cottage encarna ese principio. Mi contribución es apoyar esa visión, no reformularla.

Hammond se recuesta, su expresión pensativa. —Ambos claramente han dado considerable reflexión a esto. —Golpea ligeramente sus uñas perfectamente manicuradas contra la carpeta de la propuesta—. Estoy preparada para seguir adelante con la estructura de inversión que han propuesto, con una condición.

—¿Cuál es? —pregunta Jenna.

—Lo que sea que no esté resuelto entre ustedes... —Hammond gesticula vagamente—, arreglenlo. No voy a invertir en una asociación de negocios socavada por complicaciones personales. Necesito su respuesta para mañana por la mañana.

Con ese ultimátum entregado, Hammond pasa suavemente a discutir los plazos de implementación como si no acabara de exigir la resolución de nuestra compleja relación personal en veinticuatro horas.

Cuando el almuerzo concluye, Hammond se despide con apretones de manos eficientes y

promesas de documentación formal si se cumple su condición. En el momento en que su coche desaparece por la calle, la fachada profesional cuidadosamente mantenida entre Jenna y yo comienza a agrietarse.

—Así que —dice Jenna, cruzando los brazos defensivamente—, tenemos hasta mañana para 'arreglar' lo que no está resuelto entre nosotros. Bastante simple.

—La franqueza de Hammond generalmente es una ventaja en contextos de negocios —observo—, aunque ocasionalmente inconveniente en asuntos personales.

Jenna casi sonríe. —Eso es quedarse corto.

Nos quedamos en la acera fuera de Harvest Table, el incómodo silencio extendiéndose entre nosotros hasta que finalmente lo rompo. —Tengo algo que mostrarte, si tienes tiempo.

La curiosidad supera su vacilación. —¿Qué es?

—Mi nuevo espacio de oficina. Está relacionado con nuestra discusión con Hammond.

Ella me estudia por un momento antes de asentir. —De acuerdo.

El local que he alquilado está a dos manzanas de la plaza del pueblo: un espacio modesto con grandes ventanales y paredes de ladrillo original expuestas en el interior. El mobiliario temporal crea un ambiente funcional aunque escaso, pero los planos arquitectónicos y planes de negocio ya cubren la pared detrás de lo que se convertirá en mi escritorio.

Jenna lo observa todo, su expresión cuidadosa. —Esto no es solo sobre Wildflower Cottage, ¿verdad?

—No. —Señalo los planes de negocio—. Estoy estableciendo una consultoría enfocada específicamente en el desarrollo de pequeñas empresas en comunidades rurales. La consultoría corporativa tradicional a menudo impone modelos estandarizados que eliminan las características distintivas que hacen valiosas a las pequeñas empresas.

Observo cuidadosamente su expresión mientras continúo. —Mi experiencia con tu plan de negocio me ayudó a reconocer que los elementos más significativos a menudo no pueden cuantificarse en métricas de eficiencia estándar.

Se acerca a la pared, examinando los documentos con interés. —¿Cuándo desarrollaste todo esto?

—El concepto fundamental surgió durante nuestro trabajo en Wildflower Cottage —explico —. La estructura específica del negocio tomó forma durante los últimos tres días. La entidad legal se estableció ayer.

—Has estado ocupado —observa, volviéndose para mirarme—. ¿Qué hay de tu posición en Hartwell? ¿El ascenso?

—Rechazado y renunciado, respectivamente.

Sus cejas se elevan. —Eso es... un cambio significativo.

—Sí. —Doy un paso cuidadoso hacia ella—. Jenna, necesito disculparme adecuadamente. No solo explicar, sino disculparme.

Ella se congela, claramente sorprendida por mi franqueza.

—Cuando dije que necesitabas más 'experiencia del mundo real', estaba equivocado, no solo en la formulación, sino en la evaluación. Tu enfoque de la planificación empresarial demuestra una comprensión más auténtica de la hospitalidad que la mayoría de los ejecutivos corporativos que he encontrado. —Mantengo un contacto visual constante, forzándome a atravesar la incomodidad de la vulnerabilidad emocional—. Te herí con ese comentario, y lo siento sinceramente.

Ella parpadea rápidamente, su compostura momentáneamente sacudida. —Gracias por decir eso.

—Hay más —continúo, mi ritmo cardíaco aumentando notablemente—. Me gustaría que te reunieras conmigo en Lookout Point a las seis de esta tarde. Hay algo importante que quiero mostrarte.

La cautela regresa a su expresión. —¿Qué tipo de algo?

—Algo que podría abordar la condición de Hammond —digo cuidadosamente—. Si estás dispuesta.

Ella me estudia, con conflicto evidente en sus rasgos. —No puedo hacer promesas, Ben.

—No te pido promesas. Solo una oportunidad para mostrarte en lo que he estado trabajando.

Después de un largo momento, asiente. —De acuerdo. A las seis.

Mientras se vuelve para irse, resisto el impulso de decir más. Algunas presentaciones requieren una cuidadosa preparación, y esta importa más que cualquier presentación corporativa que haya realizado.

Lookout Point ofrece la vista más amplia en Evergreen Falls: una meseta natural donde antiguos pinos enmarcan una vista panorámica del valle de abajo. La luz del sol de la tarde tardía baña el paisaje en luz dorada, resaltando el río que serpentea por el pueblo como una cinta plateada y proyectando las montañas circundantes en nítido relieve contra el cielo azul profundo. Es una vista que captura tanto el presente como la historia del pueblo, al igual que el proyecto que nos ha traído aquí.

He llegado treinta minutos antes para preparar, disponiendo las representaciones arquitectónicas en los caballetes de exhibición de madera que compré específicamente para este propósito.

Cuando el coche de Jenna se detiene en la pequeña zona de estacionamiento, enderezó automáticamente mi postura, alisándome la camisa en un gesto inconsciente que delata mi nerviosismo. Ella se acerca cautelosamente, su expresión curiosa pero reservada, la brisa levantando suavemente mechones de su cabello mientras camina hacia mí.

—¿Qué es todo esto? —pregunta, señalando los caballetes cubiertos.

—Una proposición —respondo—. Profesional y personal.

Retiro la cubierta del primer caballete, revelando representaciones arquitectónicas detalladas de Wildflower Cottage completamente restaurada. Los dibujos muestran tanto elevaciones exteriores como espacios interiores, cada uno meticulosamente detallado para preservar elementos históricos mientras incorpora funcionalidad moderna.

—Estos son... —Jenna se acerca más, sus dedos flotando sobre los dibujos—. Son increíbles. Tan detallados.

—Trabajé con un arquitecto de conservación patrimonial para desarrollarlos —explico—. Incorporan cada elemento que describiste en tu plan de negocio, con mejoras estructurales que realzan en lugar de comprometer la integridad histórica.

Descubro el segundo caballete, revelando planos de planta con anotaciones operativas. —Las modificaciones de diseño crean un flujo de tráfico un veintiséis por ciento más eficiente mientras mantienen todas las características arquitectónicas originales que identificaste como esenciales.

—¿Hiciste esto en tres días? —pregunta, con asombro evidente en su voz.

—Comencé los bocetos preliminares durante mi primera semana en la posada —admito—. Las representaciones detalladas se completaron ayer.

Ella se vuelve hacia mí, con confusión clara en su expresión. —¿Por qué? ¿Incluso antes de la oportunidad de inversión de Hammond, estabas planeando esto?

—Porque creo en tu visión para Wildflower Cottage —digo simplemente—. Inicialmente como un concepto de negocio viable, pero cada vez más como algo más significativo: un proyecto que preserva la historia mientras crea nuevas experiencias que importan.

Descubro el caballete final, que muestra un nuevo logotipo empresarial: "Mitchell Consulting Partners: Preservando el Carácter, Mejorando el Rendimiento".

—Mi nueva empresa se enfocará exclusivamente en negocios como el tuyo: operaciones donde el carácter único crea valor que la estandarización destruiría. El enfoque que he desarrollado trabajando en Wildflower Cottage forma la base de esta metodología.

Jenna estudia los materiales, sus barreras emocionales visiblemente tambaleándose. —Esto es ciertamente exhaustivo, pero...

—Esto no es solo sobre negocios —interrumpo, forzándome a mantener el impulso—. Cuando llegué a Evergreen Falls, medía todo según métricas de eficiencia sin considerar el valor intangible de la conexión comunitaria, la preservación histórica o la realización personal.

Mi corazón late fuertemente en mi pecho mientras continúo. La parte analítica de mí reconoce los signos fisiológicos de una inversión emocional significativa: pulso elevado, respiración aumentada, mayor conciencia de mi entorno. La parte de mí que ha cambiado desde que llegué a Evergreen Falls simplemente reconoce lo que estoy sintiendo: esperanza, miedo y algo más profundo que apenas estoy comenzando a entender.

Doy un paso cuidadoso hacia ella. —Tú cambiaste eso, Jenna. A través de tu compromiso inquebrantable de preservar lo que importa mientras creas algo sostenible, me mostraste lo que me estaba perdiendo, no solo en la evaluación de negocios, sino en la valoración de la vida.

Sus ojos se ensanchan ligeramente. —Ben...

—Me quedo en Evergreen Falls —continúo, mi voz firme a pesar de mi acelerado corazón—. No temporalmente. No como compromiso. Me quedo porque aquí es donde mi trabajo tiene propósito, donde puedo construir algo significativo en lugar de solo rentable.

La brisa vespertina alborota su cabello mientras procesa mis palabras. Detrás de ella, el valle se extiende hacia el horizonte, las luces del pueblo comenzando a brillar mientras cae el crepúsculo.

—Esta nueva dirección no es una reacción a nosotros —aclaro—. Es un reconocimiento de valores que había olvidado hasta mi tiempo aquí, trabajando contigo. Ya sea que decidas seguir adelante con nuestra asociación profesional o explorar cualquier conexión personal, esta es la dirección a la que estoy comprometido.

Alcanzo una pequeña caja en la mesa junto a los caballetes, abriéndola para revelar dos tarjetas de visita: una para Mitchell Consulting Partners, la otra para Wildflower Cottage.

—Mandé hacer estas —explico—. Identidades separadas, enfoques complementarios. Sea lo que sea que Hammond decida, sea lo que sea que tú decidas, creo que nuestras visiones son compatibles incluso si se mantienen independientemente.

Jenna toma las tarjetas, estudiándolas con una expresión ilegible. —Claramente has pensado bien en esto.

—Minuciosamente.

Ella encuentra mi mirada directamente, con vulnerabilidad y esperanza luchando en su expresión. —¿Qué propones exactamente, Ben? ¿Profesional y... de otra manera?

—Profesionalmente, estoy proponiendo una asociación donde tu visión creativa y mi enfoque analítico se mejoren mutuamente en lugar de competir. Una estructura donde tu interés controlador asegure que Wildflower Cottage siga siendo auténticamente tuyo, mientras mi inversión proporciona el capital necesario para realizar tu visión sin la significativa demanda de

capital de Hammond.

Tomo un respiro profundo antes de continuar. —Personalmente, estoy proponiendo la oportunidad de descubrir lo que podría existir entre nosotros sin las restricciones de plazos predeterminados o separaciones geográficas. Estoy proponiendo la oportunidad de construir algo significativo, no solo en los negocios, sino en la vida.

La brisa se intensifica ligeramente, trayendo el aroma de pino del bosque circundante. La expresión de Jenna se suaviza, su máscara profesional deslizándose para revelar emoción genuina.

—Te fuiste —dice en voz baja, la simple afirmación conteniendo volúmenes de dolor e incertidumbre.

—Lo hice —reconozco—. Me retiré a lo que era familiar en lugar de enfrentar la posibilidad de que todo en lo que había construido mi vida pudiera ser insuficiente. No cometeré ese error de nuevo.

Ella da un paso adelante, lo suficientemente cerca para que pueda ver los diversos tonos ámbar en sus ojos. —¿Cómo puedo confiar en eso? ¿Cómo puedo saber que esto no es otro entusiasmo temporal que se desvanecerá cuando la realidad se asiente?

En lugar de responder inmediatamente, saco un pequeño cuaderno encuadernado en cuero de mi bolsillo y se lo entrego. —Esto podría ayudar.

Ella lo abre con cautela. Dentro, entradas fechadas abarcan la duración de mi estancia en Evergreen Falls: observaciones, cálculos y, cada vez más, reflexiones personales sobre el pueblo, la posada, Wildflower Cottage y, más significativamente, la propia Jenna.

—He documentado cada realización significativa, cada perspectiva cambiante —explico mientras ella lo hojea—. Un registro empírico de transformación que ni siquiera yo puedo racionalizar.

Su dedo se detiene en una entrada de hace tres semanas:

La insistencia de Jenna en preservar la carpintería original a pesar de las implicaciones de costos inicialmente parecía financieramente insensata. Habiendo investigado ahora propiedades comparables, reconozco que el carácter distintivo crea valor que la estandarización eliminaría. Lección de negocios: Algunas ineficiencias no son defectos sino características.

Y otra, de apenas días antes de que me fuera a Boston:

Por primera vez en mi carrera profesional, me encuentro evaluando decisiones basadas en consideraciones más allá de la optimización financiera. La idea de dejar Evergreen Falls crea una respuesta emocional que desafía la categorización lógica. Específicamente, la idea de dejar a Jenna.

Ella cierra el cuaderno lentamente, encontrando mi mirada con nueva comprensión. —Has estado documentando tus sentimientos.

—Intentándolo —reconozco—. Aunque estoy descubriendo que algunas experiencias resisten la formulación precisa.

Una sonrisa toca sus labios, pequeña pero genuina. —¿Como qué?

—Como cómo verte reconocer el potencial en una casa victoriana desgastada me hace reconocer posibilidades que nunca había considerado para mí mismo. Como cómo tu determinación de preservar lo que importa mientras construyes algo nuevo me inspira a reevaluar mis propios cimientos.

Doy un paso final más cerca, eliminando la distancia restante entre nosotros. —Como cómo conocerte ha alterado fundamentalmente lo que considero valioso, en los negocios y más allá.

La tensión entre nosotros cambia, transformándose de incertidumbre a algo eléctrico con

posibilidad. La expresión de Jenna se suaviza aún más, la cautela gradualmente reemplazada por esperanza cautelosa.

—Te das cuenta de que esta transición no será simple —dice ella—. Tu trasfondo corporativo, mi experiencia de pueblo pequeño... venimos de mundos diferentes.

—Perspectivas complementarias —contrarresto—. No opuestas.

Ella me estudia cuidadosamente, buscando en mi expresión cualquier signo de vacilación. —¿Y estás seguro? ¿Sobre quedarte en Evergreen Falls, sobre esta nueva dirección de negocio?

—Nunca he estado más seguro de ninguna decisión —digo con absoluta convicción—. El análisis es concluyente.

Una sonrisa se extiende por su rostro, brillante, genuina, transformadora. —Solo tú analizarías tu camino hacia una vida completamente nueva —dice, sacudiendo la cabeza con incredulidad divertida.

—Algunos métodos siguen siendo efectivos en diferentes contextos —respondo, devolviendo su sonrisa con una mía—. Aunque estoy descubriendo que nuevos enfoques tienen un mérito considerable.

Mientras la luz del atardecer se desvanece a nuestro alrededor, estamos en Lookout Point, literal y figurativamente en un punto de vista que domina múltiples futuros posibles. Las representaciones arquitectónicas de Wildflower Cottage nos rodean, representaciones visuales del potencial esperando ser realizado. Como la propia casa victoriana, nuestra conexión tiene fundamentos sólidos que requieren inversión, cuidado y compromiso para alcanzar su pleno potencial.

—Entonces —dice Jenna, su voz suave pero firme—, ¿qué le decimos a Hammond por la mañana?

—Eso es enteramente tu decisión —respondo—. Mi compromiso permanece independientemente de su elección de inversión.

Ella considera esto, luego alcanza mi mano, sus dedos entrelazándose con los míos en un gesto que se siente simultáneamente simple y monumental.

—Creo —dice, sus ojos encontrando los míos con nueva certeza—, que le decimos que nuestra asociación tiene un excelente potencial a largo plazo. Tanto profesional como personalmente.

El calor de su mano en la mía y el sutil cambio en su expresión me dicen más de lo que podrían las palabras. Actuando por un impulso que se siente tanto extraño como completamente correcto, la acerco más.

—Jenna —digo en voz baja—, ¿puedo besarte?

Su suave risa no contiene burla, solo afecto. —Para alguien que analiza todo, Ben Mitchell, puedes ser notablemente lento para reconocer la respuesta obvia.

Y entonces está en mis brazos, sus labios encontrando los míos en un beso que se siente tanto como un comienzo como una culminación. Cuando finalmente nos separamos, la mantengo cerca, su cabeza descansando contra mi hombro mientras miramos juntos sobre Evergreen Falls.

—Hammond estará complacida con nuestra resolución —murmura Jenna, un toque de diversión en su voz.

—Una solución eficiente a su condición —estoy de acuerdo, incapaz de mantener la sonrisa fuera de mi voz.

Las representaciones arquitectónicas de Wildflower Cottage nos rodean mientras permanecemos juntos contemplando el pueblo que de alguna manera se ha convertido en hogar. No el destino final que había planeado, sino el que importa más que cualquiera que pudiera haber

calculado. Mientras el crepúsculo se asienta sobre el valle, me encuentro esperando no solo la reunión de mañana, sino cada día más allá: días de construir algo duradero juntos.

Capítulo 24
Jenna

La sala de presentaciones del departamento de hospitalidad zumba con la energía de final de semestre. Estudiantes con camisas planchadas y zapatos sensatos organizan sus tableros de exposición, ajustan presentaciones digitales y repasan notas con la energía frenética de personas cuyas calificaciones penden de un hilo. Me quedo en la parte trasera, aferrando mi portafolio de cuero con nudillos blancos, intentando calmar la tormenta en mi pecho.

Este debería ser mi momento de triunfo—la culminación de tres años de planificación y un semestre entero de perfeccionamiento. El tablero de presentación de Wildflower Cottage se yergue orgulloso en mi mesa asignada, mis notas cuidadosamente organizadas descansan en orden preciso junto a mi portátil. Todo está en su lugar para una presentación perfecta.

Todo excepto mi entusiasmo.

Desde que Ben partió a Boston, un sentimiento hueco se ha instalado bajo mis costillas. No es solo su ausencia—es la duda persistente que su partida creó. ¿Era mi plan de negocio realmente viable? ¿Estaba siendo ingenua sobre los elementos de preservación? Las preguntas circulan como buitres, a pesar de mis intentos por desterrarlas.

—Señorita Davis —la profesora Winters se materializa a mi lado, su corte bob gris acero perfectamente alineado con su personalidad igualmente precisa—. Su exposición luce excepcional.

—Gracias, profesora —fuerzo una sonrisa que se siente mecánica—. Solo estoy haciendo algunos preparativos mentales finales.

Ella asiente, su expresión profesional pero cálida. —Ha mostrado una mejora notable desde los exámenes de medio término. Estoy particularmente impresionada con sus proyecciones financieras.

La mención de las finanzas envía un nuevo dolor a través de mí, recordándome todas esas noches tardías trabajando con Ben. —Sí, puse mucho trabajo en esa sección.

Ella mira su reloj. —Usted presenta en tercer lugar. Le recomendaría que busque su asiento cerca del frente.

Asiento, reuniendo mis materiales con cuidadosa precisión. La sala se ha llenado no solo de estudiantes y profesores, sino también de un grupo considerable de representantes de la industria —desarrolladores hoteleros, inversores, incluso Victoria Hammond en persona, sentada regalmente en la segunda fila. Su presencia añade otra capa de presión a un día ya de por sí tenso.

Mientras me dirijo hacia el frente, una onda de conciencia pasa por la sala—ese peculiar cambio en la energía cuando alguien nuevo entra en un espacio. Mirando hacia atrás, me quedo paralizada a medio paso.

Ben.

Está de pie en la entrada, vestido más casualmente que su guardarropa de Boston pero aún meticuloso con vaqueros oscuros y una camisa abotonada azul marino. Nuestros ojos se encuentran a través de la sala llena, y algo eléctrico pasa entre nosotros. Las preguntas inundan mi mente: ¿Por qué está aquí? ¿Cuándo regresó? ¿Por qué no llamó?

Me obligo a seguir adelante, tomando mi asiento asignado con precisión mecánica. Mi corazón martillea contra mis costillas mientras organizo mis notas, hiperconsciente de que Ben encuentra un asiento en la última fila. Su presencia es como un campo magnético, atrayendo mi atención sin importar cuán firmemente intente enfocarme en otro lugar.

Dos presentaciones pasan en un borrón antes de que llamen mi nombre. Mientras me dirijo al podio, siento la mirada de Ben siguiéndome, y algo sobre su presencia inesperadamente calma mis nervios. Pase lo que pase entre nosotros, su fe en Wildflower Cottage nunca vaciló. Puedo hacer esto—con o sin él.

—Buenas tardes —comienzo, mi voz más fuerte de lo esperado—. Estoy aquí para presentar Wildflower Cottage Bed & Breakfast—un concepto de hospitalidad patrimonial diseñado para preservar la historia arquitectónica de Evergreen Falls mientras satisface las necesidades cambiantes de los viajeros experienciales de hoy.

A medida que avanzo por mis diapositivas—el exterior restaurado de la casa victoriana, las renovaciones apropiadas al período, la estrategia de marketing dirigida a viajeros que buscan conexiones auténticas—encuentro que mi entusiasmo se reaviva. Este no es solo un plan de negocios; es mi visión, mi futuro, mi sueño hecho concreto.

Se acerca la sección financiera—una vez mi área más débil, ahora fortificada con la precisión analítica de Ben. Me sorprendo mirando hacia atrás donde él está sentado, su expresión una mezcla de orgullo y algo más suave que no puedo nombrar del todo.

—Como pueden ver en este análisis de sensibilidad —continúo, indicando mi gráfico—, incluso con un aumento del 25% en los costos de renovación, Wildflower Cottage mantiene la viabilidad financiera con un plazo extendido para alcanzar el punto de equilibrio de cuarenta y dos meses en lugar de treinta y seis.

Victoria Hammond se inclina hacia adelante, su expresión cambiando de interés educado a compromiso genuino.

Durante las preguntas y respuestas, un desarrollador pregunta sobre la planificación de contingencia para sorpresas de preservación histórica—una pregunta que antes me habría desconcertado. En cambio, esbozo el enfoque de renovación por fases que Ben sugirió, explicando cómo podríamos operar parcialmente mientras continuamos el trabajo de restauración. La palabra "podríamos" se me escapa naturalmente, aunque rápidamente corrijo a "podría".

Cuando concluye mi presentación, el aplauso se siente genuinamente entusiasta. Los representantes de la industria toman notas, Hammond da un gesto de aprobación, y la profesora Winters parece positivamente satisfecha. Solo la reacción de Ben me elude—ya no está en su asiento.

La decepción me golpea más fuerte de lo que debería.

—Trabajo excepcional, Jenna —la profesora Winters me intercepta mientras recojo mis materiales después de la sesión—. Su calificación final refleja la destacada calidad de su plan de negocios. A con mención especial por el modelado financiero.

—Gracias, profesora —guardo mi portátil en su funda, tratando de parecer concentrada a pesar de que escaneo la multitud menguante buscando a Ben.

—Varios representantes expresaron interés en su concepto —añade, con tono mesurado—. Su presentación causó una gran impresión.

Debería sentirme eufórica. Esta validación profesional es exactamente por lo que he trabajado—reconocimiento de la industria de que Wildflower Cottage es más que solo un proyecto estudiantil. En cambio, siento un extraño vacío, como alcanzar una meta solo para descubrir que no es suficiente.

—¿Señorita Davis? —Una voz interrumpe mis pensamientos.

Me giro para encontrar al Sr. Harrington, el desarrollador que cuestionó mis contingencias de renovación. —Su presentación demostró una minuciosidad notable para un proyecto de pregrado —dice, extendiéndome una tarjeta de visita—. Me interesaría discutir oportunidades de propiedades patrimoniales con usted cuando esté lista para seguir adelante.

—Gracias, Sr. Harrington. Es muy amable —acepto su tarjeta, añadiéndola a la pequeña colección que he acumulado en los últimos treinta minutos.

A medida que la multitud se dispersa, me encuentro rezagándome, esperando irracionalmente que Ben pueda reaparecer. La frustración se acumula en mi pecho—conmigo misma por preocuparme, con él por aparecer solo para desaparecer de nuevo.

Estoy empacando los últimos de mis materiales cuando Dave aparece, su presencia familiar una distracción bienvenida. —Tu presentación la sacó del estadio —dice, ayudándome a doblar mi tablero de exposición.

—Gracias. No estaba segura de lograrlo, para ser honesta.

—Dudar de ti misma no es propio de ti —me estudia con la mirada perceptiva que no se pierde nada—. ¿Esto no tendría nada que ver con nuestro antiguo huésped, verdad?

El calor se desliza en mis mejillas. —Lo vi. Durante la presentación. ¿Sabías que había vuelto?

—Se registró esta mañana. Suite Hemingway de nuevo —la expresión de Dave permanece neutral, pero sus ojos son amables—. Dijo que tenía algunos asuntos que terminar en Evergreen Falls.

La frase duele más de lo que debería. Negocios. Por supuesto. Probablemente esté aquí para atar cabos sueltos, quizás reunirse con Hammond sobre otras oportunidades de inversión. Nada que ver conmigo.

—Bueno, me alegro por él —cierro mi portafolio con más fuerza de la necesaria.

—Preguntó por ti.

Mis manos se congelan. —¿Qué dijo?

—Preguntó si todavía planeabas presentar hoy. Parecía muy interesado en tu propiedad victoriana también.

Antes de que pueda procesar esta información, una voz familiar habla detrás de mí.

—Jenna.

Me giro para encontrar a Ben parado a unos metros de distancia, un portafolio de cuero bajo el brazo. La visión de él—realmente aquí, realmente real—envía una sacudida a través de mi sistema que ninguna cantidad de compostura profesional puede disimular.

—Os dejaré hablar —dice Dave, haciendo una retirada táctica.

Por un momento, simplemente nos quedamos allí, la sala llena pareciendo desvanecerse a nuestro alrededor. Ben se ve diferente de alguna manera—su postura menos rígida, su expresión más abierta de lo que recuerdo. Pero sus ojos son los mismos, observándome con esa intensa atención que siempre me hizo sentir verdaderamente vista.

—Estuviste excepcional —dice simplemente.

—Gracias —mantengo una distancia profesional, incierta de lo que significa su presencia—. No esperaba verte de regreso en Evergreen Falls tan pronto.

—Tenía que volver —da un paso más cerca—. Hay cosas que necesitaba tratar. En persona.

—¿La cuenta Westridge se resolvió tan rápido? —intento mantener un tono ligero, conversacional.

—La situación de Westridge se resolvió, sí. Pero no es por eso que estoy aquí —mira alrededor a los asistentes que aún quedan—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar? ¿En

privado?

La curiosidad guerrea con la autoprotección. La parte racional de mí sabe que debería mantener la distancia—su regreso a Boston demostró lo que más le importa. Pero otra parte, la parte que pasó noches mirando hojas de cálculo con su escritura pulcra en los márgenes, quiere escuchar lo que sea que haya venido a decir.

—Tengo que terminar de empacar —me cubro, señalando mis materiales restantes.

—Entiendo —no presiona, solo espera pacientemente mientras recojo mis cosas, ocasionalmente ayudando sin que se lo pida. El silencio entre nosotros se siente cargado, lleno de preguntas no expresadas.

Una vez que nos hemos movido al corredor más tranquilo, Ben parece reunirse, cuadrando los hombros de esa manera familiar que precede a declaraciones importantes.

—He estado trabajando en algo —dice, abriendo su portafolio—. Una propuesta integral de mentoría empresarial para Wildflower Cottage.

No es lo que esperaba. —¿Una propuesta?

Asiente, entregándome varios documentos encuadernados profesionalmente. —He establecido una nueva firma de consultoría especializada en desarrollo de pequeñas empresas en comunidades rurales. La consultoría corporativa tradicional a menudo impone modelos estandarizados que eliminan las características distintivas que hacen valiosas a las pequeñas empresas.

Paso las páginas, y me llega el reconocimiento. —Esto es... ¿te estás alejando de la eficiencia corporativa?

—No me alejo de la eficiencia —aclara—. La redefino para preservar lo que más importa en cada contexto empresarial —vacila, luego añade suavemente—: Trabajar contigo me mostró que los elementos más significativos a menudo no pueden cuantificarse en métricas estándar.

El documento en mis manos describe una transformación empresarial completa—Mitchell Consulting Partners, centrada en ayudar a pequeñas empresas a mantener su carácter único mientras desarrollan modelos financieros sostenibles. Y anidado dentro, un plan de implementación específico para Wildflower Cottage.

—No entiendo —digo, luchando por procesar lo que esto significa—. ¿Qué hay de tu ascenso? ¿Tu carrera en Hartwell?

—Rechacé el ascenso y renuncié a Hartwell & Associates hace tres días.

La declaración cae como un golpe físico. —¿Dejaste tu trabajo?

—Sí —sin vacilación, sin incertidumbre.

—¿Por Wildflower Cottage?

—Por lo que Wildflower Cottage me ayudó a reconocer sobre mí mismo —su mirada sostiene la mía firmemente—. He pasado ocho años ayudando a corporaciones a optimizar la eficiencia sin preocuparme por el costo humano. Sobresalí en un trabajo que en última instancia me dejó sintiéndome vacío.

Algo cambia en su expresión—una vulnerabilidad que rara vez he visto. —Trabajar contigo en tu plan de negocios fue la primera vez en años que sentí un propósito genuino en mi trabajo. No solo satisfacción profesional, sino la sensación de que estaba construyendo algo significativo.

Miro fijamente los documentos, tratando de procesar la magnitud de lo que está diciendo. —Este es un cambio masivo, Ben. ¿Cómo puedes estar seguro de que no es solo... no sé, ¿alguna especie de euforia sabática o algo así?

Una pequeña sonrisa toca sus labios. —Una pregunta justa. De hecho, he estado documentando esta progresión sistemáticamente. Si te reúnes conmigo en Lookout Point a las

seis de esta tarde, puedo mostrarte la evidencia que llevó a esta decisión.

—¿Evidencia?

—Documentación empírica de mi cambio de perspectiva. El tipo de evidencia que incluso tú encontrarías convincente.

A pesar de todo, me encuentro sonriendo ante su enfoque característicamente metódico. —¿Has estado llevando un diario de tus sentimientos?

—No lo llamaría exactamente así —dice, luciendo ligeramente incómodo—. Más bien un registro sistemático de prioridades en evolución.

El Ben Mitchell que conocí primero nunca habría admitido ningún tipo de documentación emocional. Este pequeño cambio habla volúmenes.

—No estoy pidiendo una decisión inmediata sobre la propuesta de negocio —aclara—. Solo una oportunidad para presentar mi análisis completo. En Lookout Point. A las seis en punto.

Debería decir que no. Debería protegerme de lo que sea esto—otro entusiasmo temporal que se desvanecerá cuando la realidad se asiente. Pero la cuidadosa esperanza en sus ojos y los planes integrales en mis manos sugieren que esto es cualquier cosa menos impulsivo.

—De acuerdo —me encuentro diciendo—. Lookout Point a las seis.

Mientras Ben se aleja, me quedo preguntándome qué tipo de evidencia podría explicar la transformación de un experto en eficiencia corporativa en alguien que valora las mismas "ineficiencias" que hacen único a Wildflower Cottage. Y más importante, lo que podría significar para nosotros.

El viaje a Lookout Point me da demasiado tiempo para pensar. ¿Y si esto es solo una transacción comercial para Ben? ¿Y si estoy interpretando demasiado su regreso? Aparco junto a su coche de alquiler y me siento un momento, reuniendo valor. El aire fresco de otoño lleva el aroma de pino y hojas caídas mientras finalmente salgo, mis pasos crujiendo en el sendero de grava.

El sol de la tarde baña Lookout Point en luz dorada. El otoño ha pintado el bosque circundante en naranjas ardientes y rojos profundos, las hojas caídas crujiendo bajo mis botas mientras sigo el corto sendero hasta la meseta. El mirador ofrece la mejor vista de Evergreen Falls—el pueblo extendido abajo como un modelo en miniatura, con la propiedad victoriana visible en la distancia, su elegancia desgastada suavizada por el sol poniente.

Una ráfaga de viento trae el aroma terroso del otoño, y acerco mi chaqueta, el aire fresco agudizando mis sentidos. La barandilla metálica en el borde del mirador todavía conserva el calor del día contra mis palmas mientras hago una pausa para estabilizarme.

Ben ya está allí, habiendo dispuesto varios caballetes de exposición y una pequeña mesa con materiales. Su meticulosa preparación es tan quintaesencialmente Ben que me encuentro sonriendo a pesar de mi nerviosismo.

—Viniste —dice, enderezándose mientras me acerco.

—Dije que lo haría.

Asiente, señalando la disposición. —He preparado una presentación.

—Puedo ver eso —intento no reírme de la disposición formal en este entorno natural—. Muy minucioso.

—La minuciosidad es importante cuando se toman decisiones significativas —alcanza el primer caballete, quitando su cubierta con precisión cuidadosa—. Especialmente decisiones sobre el futuro.

La imagen revelada me quita el aliento—un detallado diseño arquitectónico de Wildflower Cottage completamente restaurado. El dibujo captura todo lo que he imaginado: el porche envolvente con su moldura de pan de jengibre restaurada, las contraventanas apropiadas al período, el espacio de jardín diseñado para reuniones al aire libre. Cada elemento que describí en mi plan de negocios ha sido meticulosamente traducido a forma visual.

—Estos son increíbles —respiro, acercándome para examinar los detalles—. Tan precisos.

—Trabajé con un arquitecto de conservación patrimonial para desarrollarlos —explica Ben, quitando las cubiertas de caballetes adicionales para revelar dibujos interiores y planos—. Incorporan cada elemento que describiste en tu plan de negocios, con mejoras estructurales que realzan en lugar de comprometer la integridad histórica.

Me muevo entre las muestras, notando cómo ha logrado mejorar el flujo de tráfico mientras preserva las características arquitectónicas únicas de la casa victoriana. Los dibujos muestran un equilibrio perfecto entre preservación histórica y funcionalidad práctica—exactamente lo que he estado tratando de lograr.

—¿Hiciste todo esto en tres días? —pregunto, asombrada por el nivel de detalle.

—Comencé los bocetos preliminares durante mi primera semana en la posada —admite—. Los diseños detallados se completaron ayer.

Esta revelación me detiene en seco. —¿Tu primera semana? ¿Antes de la oportunidad de inversión de Hammond?

—Sí —su mirada se encuentra con la mía directamente—. Creo en tu visión para Wildflower Cottage. Lo que comenzó como interés profesional en un concepto de negocio viable evolucionó a algo más significativo—reconocimiento de que preservar la historia mientras se crean nuevas experiencias importa profundamente. Es lo que inicialmente me atrajo a tu proyecto, y en última instancia lo que me ayudó a reconocer lo que faltaba en mi propia carrera.

El sol desciende más, proyectando largas sombras a través de los planos mientras una brisa fría agita las hojas a nuestro alrededor. Ben señala el último caballete, que muestra un logotipo empresarial: "Mitchell Consulting Partners: Preservando el Carácter, Mejorando el Rendimiento".

—Esta nueva empresa se centrará en negocios donde el carácter único crea un valor que la estandarización destruiría —explica—. Wildflower Cottage no es solo un proyecto en el que trabajé—es la inspiración para un enfoque completamente nuevo de consultoría empresarial.

Miro los materiales que nos rodean, tratando de procesar la magnitud de lo que me está mostrando. —Ben, esto es... ni siquiera sé qué decir.

—Hay más —alcanza el bolsillo de su chaqueta, sacando una pequeña libreta encuadernada en cuero—. Esto podría ayudar a abordar tus preocupaciones sobre la permanencia de mi decisión.

La tomo vacilante, abriéndola para encontrar entradas fechadas que abarcan toda su estancia en Evergreen Falls. Las primeras páginas contienen observaciones técnicas sobre las operaciones de la posada, pero a medida que avanzo, las entradas evolucionan para incluir reflexiones sobre el pueblo, Wildflower Cottage y, cada vez más, sobre mí.

Mi dedo traza una entrada de hace tres semanas:

La insistencia de Jenna en preservar la carpintería original a pesar de las implicaciones de costo inicialmente parecía financieramente insensata. Habiendo investigado propiedades comparables, reconozco que el carácter distintivo crea un valor que la estandarización eliminaría. Lección de negocios: algunas ineficiencias no son defectos sino características.

Y otra, justo antes de que partiera a Boston:

Por primera vez en mi carrera profesional, me encuentro evaluando decisiones basadas en consideraciones más allá de la optimización financiera. La idea de dejar Evergreen Falls crea una respuesta emocional que desafía la categorización lógica. Específicamente, la idea de dejar a Jenna.

Cierro la libreta, encontrando su mirada con una nueva comprensión. —Has estado documentando tus sentimientos.

—Intentándolo —reconoce—. Aunque estoy descubriendo que algunas experiencias resisten la formulación precisa.

—¿Como cuáles? —le incito, algo cálido desplegándose en mi pecho.

—Como observar cómo luchabas por cada detalle original de esa casa victoriana me hizo cuestionar qué he estado preservando en mi propia vida. O cómo tu negativa a comprometer la calidad por la eficiencia me hizo darme cuenta de cuántas cosas significativas he sacrificado por métricas corporativas.

El viento aumenta, agitando los papeles sobre la mesa. Ben los asegura con un movimiento practicado antes de continuar.

—Trabajar contigo me mostró que romper con los patrones esperados no solo es aceptable—puede conducir a algo mucho más valioso de lo que la estandarización podría.

Da un paso más cerca, eliminando la distancia restante entre nosotros. —Como el hecho de que conocerte ha alterado fundamentalmente lo que considero valioso, en los negocios y más allá.

La tensión entre nosotros cambia, transformándose de incertidumbre a algo eléctrico con posibilidades. Pero una duda persistente aún permanece en mi mente. Si confío en esta transformación y él cambia de opinión más tarde, la caída será devastadora.

—Quiero creerte —digo, envolviéndome con mis brazos mientras el frío de la tarde se profundiza—. Pero esto es todo por lo que has trabajado, Ben. Toda tu carrera ha sido sobre eficiencia corporativa. ¿Qué pasa si despiertas en tres meses y te das cuenta de que has cometido un terrible error? ¿Qué pasa si Evergreen Falls empieza a sentirse demasiado pequeño, demasiado pintoresco, demasiado... ineficiente?

—He considerado esa posibilidad —dice, su expresión seria—. Y la he analizado minuciosamente.

—Por supuesto que lo has hecho —digo, incapaz de suprimir una pequeña sonrisa.

—Los datos son concluyentes. Mis métricas de satisfacción en Hartwell han estado disminuyendo durante años, mientras que mi trabajo en Wildflower Cottage produjo niveles sin precedentes de realización profesional —se acerca, su voz suavizándose—. Pero más allá de los análisis, hay algo más que he llegado a entender. Algo sobre Wildflower Cottage—sobre ti—que no puede ser cuantificado.

Los árboles a nuestro alrededor susurran en la brisa de la tarde mientras los últimos rayos de sol pintan el cielo en naranjas profundos y púrpuras. Debajo de nosotros, las luces comienzan a parpadear en Evergreen Falls, pequeños puntos de calidez en el anochecer.

—¿Y qué sería eso? —pregunto, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Que algunas cosas que vale la pena preservar no pueden justificarse en un balance. Que las experiencias más valiosas a menudo provienen de los procesos menos eficientes —sus ojos sostienen los míos, inquebrantables—. Que romper el molde de lo que se espera puede llevar a crear algo mucho más significativo que lo que vino antes.

La referencia a romper moldes—salir de patrones y expectativas prescritos—resuena profundamente. Eso es exactamente lo que Wildflower Cottage representa para mí: romper el

molde de la hospitalidad estandarizada para crear algo auténtico, algo con corazón.

Y quizás eso es lo que Ben también está haciendo—romper el molde del consultor corporativo para convertirse en algo más alineado con sus verdaderos valores.

—Te das cuenta de que esta transición no será simple —digo, todavía necesitando expresar mis preocupaciones—. Tu experiencia corporativa, mi experiencia de pueblo pequeño—venimos de mundos diferentes.

—Perspectivas complementarias —contrarresta—. No opuestas.

Lo estudio cuidadosamente, buscando cualquier signo de vacilación. —¿Y estás seguro? ¿Sobre quedarte en Evergreen Falls, sobre esta nueva dirección empresarial?

—Nunca he estado más seguro de ninguna decisión —dice con convicción absoluta—. El análisis es concluyente.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro—no puedo evitarlo. —Solo tú analizarías tu camino hacia una vida completamente nueva —digo, sacudiendo la cabeza con divertida incredulidad.

—Algunos métodos siguen siendo efectivos en diferentes contextos —responde, devolviendo mi sonrisa con una propia—. Aunque estoy descubriendo que nuevos enfoques tienen un mérito considerable.

—¿Entonces qué propones exactamente? —pregunto, señalando los diseños arquitectónicos que nos rodean—. Profesionalmente hablando.

—Una asociación estructurada donde proporciono servicios de desarrollo empresarial e inversión de capital a cambio de una posición minoritaria de capital —explica—. Mantendrías el interés controlador y la dirección creativa. Yo me centraría en la optimización financiera que preserva en lugar de socavar el carácter distintivo de la propiedad.

—¿Y qué sucede cuando no estemos de acuerdo sobre la preservación versus la practicidad?

—Encontramos soluciones que sirvan a ambos imperativos, como ya hemos demostrado que podemos hacer —su expresión se vuelve más sincera—. La casa victoriana es muy parecida a nosotros, Jenna—necesita tanto la preservación de lo que importa como la adaptación a nuevos propósitos. Ninguno por sí solo es suficiente.

Mientras la luz de la tarde se desvanece a nuestro alrededor, nos encontramos en Lookout Point—literal y figurativamente en un punto de vista que domina múltiples futuros posibles. Los diseños arquitectónicos de Wildflower Cottage nos rodean, representaciones visuales de potencial esperando ser realizado. Como la propia casa victoriana, nuestra conexión tiene cimientos sólidos que requieren inversión, cuidado y compromiso para alcanzar todo su potencial.

—Entonces —digo, mi voz suave pero firme—, ¿qué le decimos a Hammond por la mañana?

—Esa es enteramente tu decisión —responde—. Mi compromiso permanece independientemente de su elección de inversión.

Considero esto, luego alcanzo su mano, mis dedos entrelazándose con los suyos en un gesto que se siente simultáneamente simple y monumental.

—Creo —digo, mis ojos encontrándose con los suyos con nueva certeza—, que le diremos que nuestra asociación tiene un excelente potencial a largo plazo. Tanto profesional como personalmente.

El calor de su mano en la mía y el sutil cambio en su expresión me dicen más de lo que las palabras podrían.

—Jenna —dice quedamente—, ¿puedo besarte?

Río suavemente, el afecto fluyendo a través de mí. —Para alguien que analiza todo, Ben Mitchell, puedes ser notablemente lento para reconocer la respuesta obvia.

Y entonces estoy en sus brazos, sus labios encontrándose con los míos en un beso que se siente tanto como un comienzo como una culminación—un equilibrio perfecto de preservación y nueva creación, muy parecido a Wildflower Cottage. Cuando finalmente nos separamos, me quedo cerca, mi cabeza descansando contra su hombro mientras miramos juntos sobre Evergreen Falls, las estrellas comenzando a emerger sobre nosotros.

—Hammond estará complacida con nuestra resolución —murmuro, incapaz de mantener la sonrisa fuera de mi voz.

—Una solución eficiente a su condición —está de acuerdo, su brazo apretándose alrededor de mi cintura.

Los diseños arquitectónicos de Wildflower Cottage nos rodean mientras permanecemos juntos contemplando el pueblo que se ha convertido en hogar para ambos. La propiedad victoriana es visible en la distancia, desgastada pero orgullosa, esperando la transformación—un futuro lleno de posibilidades que construiremos juntos, preservando lo que importa mientras creamos algo completamente nuevo.

En ese momento, me doy cuenta de que ambos hemos roto los moldes que una vez nos definieron—su persona de experto en eficiencia corporativa, mi mentalidad de limitación de pueblo pequeño. Como la propia casa victoriana, estamos preservando nuestros cimientos mientras creamos algo que ninguno de nosotros podría haber construido solo.

Capítulo 25
Ben

El sol de la mañana proyecta largas sombras sobre el porche recién pintado de Wildflower Cottage, destacando los intrincados adornos de madera que pasamos tres semanas restaurando a su gloria original. Un año desde que regresé a Evergreen Falls. Un año de restauración, renovación y reconstrucción, no solo de este emblemático edificio victoriano, sino de algo mucho más valioso entre Jenna y yo.

Me ajusto la corbata mientras examino la propiedad desde la entrada circular donde el personal y los encargados del catering se mueven con eficiencia practicada. La transformación es notable. Lo que una vez estuvo deteriorado y abandonado ahora se alza orgulloso contra el cielo de Texas, su porche envolvente brillando con pintura fresca, cada detalle arquitectónico preservado pero renovado. Las ventanas que estaban agrietadas y empañadas ahora resplandecen bajo la luz matutina, reflejando los jardines paisajísticos donde flores silvestres nativas florecen en una profusión cuidadosamente planificada pero aparentemente natural.

—El pedido de Sweet Beginnings acaba de llegar —anuncia Marcus desde la entrada lateral, cargando una caja de pasteles—. Tessa envió bollos extra, dijo algo sobre "alimentar a los anfitriones nerviosos".

—No estamos nerviosos —respondo automáticamente, aunque me descubro enderezando mi corbata ya recta otra vez—. Todo procede según lo programado con las contingencias apropiadas en su lugar.

Marcus sonríe, sacudiendo la cabeza mientras se dirige al interior.

—Claro, hombre. Por eso has mirado tu reloj ocho veces en los últimos cinco minutos.

Frunzo el ceño, mirando mi muñeca. Tiene razón, por supuesto. A pesar de la planificación exhaustiva, las listas de verificación detalladas y los procedimientos de apertura ensayados, siento un aleteo inusual de anticipación en mi pecho, no precisamente ansiedad, sino algo más complejo y significativo.

La puerta principal se abre y Jenna emerge al porche. Su cabello castaño rojizo está peinado en un elegante moño, complementando el vestido esmeralda que resalta las motas ámbar de sus ojos. Se detiene en lo alto de los escalones, portapapeles en mano, examinando la propiedad con la misma mezcla de orgullo y evaluación crítica que he llegado a admirar durante nuestros meses de colaboración.

—La florista añadió arreglos adicionales en el comedor —dice, tachando algo de su lista—. Y Dave acaba de llamar; traerá a los miembros de la sociedad histórica un poco antes para una visita privada antes del evento principal.

—He indicado al personal de catering que tenga refrescos listos en la sala para su llegada —respondo, subiendo los escalones para unirme a ella—. Y reubiqué la demostración de registro para permitir un mejor flujo de tráfico durante los momentos de mayor afluencia.

Sonríe, una sutil curvatura de labios que aún crea ese curioso calor en mi pecho que ningún marco analítico puede categorizar adecuadamente.

—Siempre optimizando, señor Mitchell.

—Solo donde mejora la experiencia —corrijo, devolviéndole la sonrisa—. La autenticidad histórica sigue siendo primordial, según nuestro acuerdo.

Nuestras miradas se encuentran en silencioso reconocimiento de lo lejos que hemos llegado: de adversarios que debatían sobre preservación versus eficiencia a socios que han encontrado fortaleza en nuestros enfoques complementarios. La asociación comercial que formamos ha

superado incluso mis proyecciones más optimistas, pero la relación personal que ha crecido junto a ella desafía cualquier cuantificación.

—Una hora hasta que llegue la sociedad de patrimonio —observa Jenna, consultando su reloj —. Debería revisar las tarjetas de mesa para el servicio de té de la tarde.

—Ya verificadas y dispuestas según el plano de asientos que finalizamos ayer —le aseguro —. Aunque creo que la señora Blackwood solicitó un asiento lejos del señor Lambert, dada su continua discrepancia sobre las regulaciones de zonificación del pueblo.

La expresión de Jenna se ilumina.

—Recordaste una dinámica social sin que te lo recordara.

—He descubierto que las variables interpersonales, aunque resistentes a la estandarización, son componentes críticos de las operaciones exitosas de hospitalidad —respondo, incapaz de ocultar un toque de picardía en mi tono, otro cambio respecto al hombre que llegó a Evergreen Falls hace un año.

Ella ríe, un sonido tan cautivador como cuando lo escuché por primera vez en la biblioteca de la posada durante aquellas revisiones iniciales del plan de negocios.

—Y lograste que sonara casi humano.

—¿Casi?

—Te actualizaré a "completamente humano" después de inspeccionar la disposición de la sala —negocia, con los ojos brillantes—. Prerrogativa de socia.

Cuando se gira para entrar, suavemente tomo su mano.

—La sala puede esperar un momento. Ven a ver algo primero.

La guío hasta la esquina más alejada del porche donde la luz matutina ilumina la propiedad desde su ángulo más ventajoso. Desde aquí, podemos ver todos los terrenos: la cochera restaurada que ahora sirve como mi oficina de consultoría, el pabellón del jardín con su recién construido quiosco y el sinuoso sendero de piedra que conecta todo.

—¿Qué ves? —pregunto.

Jenna se apoya en la barandilla, su hombro cálido contra el mío.

—Veo Wildflower Cottage exactamente como lo imaginé, pero de alguna manera aún mejor.

—Veo la integración más exitosa de preservación e innovación en el condado —ofrezco—. Pero más importante, veo la prueba de que perspectivas opuestas, cuando se alinean adecuadamente hacia un objetivo común, crean algo mayor que lo que cualquiera podría lograr independientemente.

Ella se vuelve hacia mí, esos ojos expresivos escrutando los míos.

—¿Seguimos hablando del B&B?

—Parcialmente —reconozco, mi ritmo cardíaco aumentando aproximadamente doce latidos por minuto, una respuesta fisiológica a la que me he acostumbrado en su presencia—. Aunque encuentro que se ha convertido en una metáfora adecuada para otros aspectos de nuestra colaboración también.

Su mano encuentra la mía en la barandilla, nuestros dedos entrelazándose con familiar facilidad.

—Deberíamos volver a los preparativos —dice suavemente, aunque no hace ningún movimiento para irse.

—El cronograma incluye un margen del 4,7% de tiempo para retrasos imprevistos —le recuerdo—. Actualmente estamos operando dentro de parámetros aceptables.

Su risa resuena por el porche.

—Sabes, hace un año habría encontrado esa respuesta insoportablemente corporativa. Ahora

la encuentro extrañamente reconfortante.

—Crecimiento y adaptación —murmuro—. Por parte de ambos.

Mientras hablo, mis dedos rozan brevemente la pequeña caja de terciopelo en el bolsillo de mi chaqueta, un peso reconfortante que he estado llevando durante la última semana, esperando el momento perfecto. Esta noche, después de la celebración, cuando tengamos Wildflower Cottage para nosotros solos.

Los encargados del catering salen por la entrada lateral, llevando bandejas hacia el jardín donde se celebrará la recepción de la tarde. Nos separamos con reluctancia, volviendo a nuestras respectivas tareas mientras Wildflower Cottage se prepara para recibir a la comunidad que, de manera algo inesperada, se ha convertido en mi hogar.

La gran inauguración transita de la preparación a la celebración con notable fluidez. Los invitados comienzan a llegar puntualmente a las dos en punto, recibidos por el personal posicionado según nuestro cuidadosamente diseñado protocolo de bienvenida. Los miembros de la sociedad histórica llegan primero, liderados por Dave, sus rostros transformándose del interés académico al deleite genuino mientras cruzan el umbral hacia el vestíbulo restaurado.

—Benjamin, la restauración de la carpintería es simplemente extraordinaria —exclama la señora Henderson de la sociedad histórica, pasando sus dedos reverentemente por la barandilla —. Nunca pensé que vería este lugar devuelto a su gloria original en mi vida.

—Jenna insistió en usar técnicas tradicionales —explico, guiando al grupo hacia la sala donde les esperan refrescos—. Aunque la convencí de incorporar métodos modernos de refuerzo que no serán visibles para los huéspedes pero asegurarán que la escalera permanezca estructuralmente sólida por otro siglo.

—Se trata de equilibrio —añade Jenna, apareciendo a mi lado con perfecta sincronización—. Preservar lo que es hermoso e histórico mientras reconocemos que los huéspedes modernos quieren Wi-Fi confiable y calefacción eficiente.

Dave me mira por encima del grupo, dándome un gesto aprobatorio que de alguna manera comunica más que las palabras. Ha sido testigo de nuestro viaje desde aquel primer encuentro polémico hasta una asociación perfecta, y su silenciosa aprobación lleva un peso inesperado.

A medida que avanza la tarde, Wildflower Cottage se llena con una muestra representativa de Evergreen Falls, desde residentes de toda la vida que recuerdan la propiedad en su apogeo hasta recién llegados curiosos sobre el revuelo que rodea el proyecto de restauración. La alcaldesa Blackwood llega con los miembros del consejo municipal, todos los cuales inicialmente habían expresado escepticismo sobre nuestro modelo de negocio.

—La auténtica paleta de colores victorianos realmente da vida a los detalles de época — observa la profesora Winters, examinando las molduras minuciosamente restauradas de la sala —. Raramente he visto una integración tan reflexiva de autenticidad histórica con funcionalidad moderna.

Los ojos de Jenna se iluminan mientras explica la investigación que informó cada decisión de diseño.

—Encontramos evidencia de los colores originales debajo de cinco capas de aplicaciones posteriores. El verde en esta habitación habría sido considerado muy de moda en 1890.

—Y sin embargo, has incorporado sistemas de iluminación contemporáneos que complementan en lugar de restar valor a los elementos históricos —observa Victoria Hammond, su perspicaz mirada midiendo todo con la experiencia que ha construido su imperio hotelero—. Muy impresionante.

La celebración de inauguración ha superado todas las proyecciones operativas, con una

asistencia aproximadamente veintitrés por ciento por encima de nuestras estimaciones más optimistas. Las elegantes habitaciones de la casa victoriana fluyen con invitados: profesionales de la industria que Hammond ha presentado a Jenna, habitantes locales que han apoyado el proyecto desde su inicio, incluso escépticos como el profesor Lambert y el banquero Richardson, que ahora observan la exitosa implementación con admiración reticente.

—Mitchell —Richardson se acerca mientras superviso el servicio de refrigerios en el salón principal—. Tengo que admitirlo, cuando propusiste por primera vez esta estructura de inversión, tenía mis dudas. No veía cómo un experto en eficiencia corporativa y una entusiasta de la preservación podrían colaborar sin conflictos constantes.

—Es precisamente esa tensión la que crea valor —explico, observando a Jenna guiar a un grupo de turistas por el comedor—. La fricción entre diferentes enfoques, cuando se canaliza adecuadamente, genera innovación en lugar de obstrucción.

Él asiente, siguiendo mi mirada hacia donde Jenna está demostrando el servicio de desayuno.

—Ella es realmente extraordinaria. La juzgué mal, lo admito. Pensé que era solo otra joven soñadora sin experiencia práctica.

—Un error común —reconozco—. Aunque he descubierto que la visión y la practicidad no son atributos mutuamente excluyentes.

—Claramente —está de acuerdo, probando un canapé de una bandeja que pasa—. La junta del Primer Nacional ha aprobado un reportaje sobre Wildflower Cottage para nuestro destacado empresarial trimestral. Destacando restauraciones históricas innovadoras con modelos de negocio sostenibles.

—Jenna estará complacida —digo, haciendo una nota mental para incorporar esta oportunidad en nuestra estrategia de marketing—. Aunque creo que ya está programada para un segmento en la Red de Turismo Patrimonial el próximo mes.

Richardson levanta las cejas, impresionado a pesar de sí mismo.

—Bien por ella. Y por ti, supongo. La asociación parece estar funcionando.

—Más allá de las proyecciones iniciales —confirmo, incapaz de suprimir una leve sonrisa mientras Jenna me mira a través de la habitación, su expresión iluminándose momentáneamente antes de volver a su conversación.

A lo largo de la tarde, circulo metódicamente, monitoreando la eficiencia operativa mientras me relaciono con los invitados según la estrategia de socialización que Jenna y yo desarrollamos. La diferencia entre este evento y las funciones corporativas que una vez navegué es profunda: aquí, las conversaciones se sienten significativas en lugar de transaccionales, las conexiones genuinas en lugar de estratégicas.

—Has transformado más que solo esta propiedad —comenta Dave mientras estamos cerca de la mesa de refrigerios—. Nunca pensé que vería a Ben Mitchell tan a gusto en una reunión social.

—Adaptación ambiental —respondo, aunque ambos reconocemos que la explicación es insuficiente—. Aunque debo reconocer que ciertas habilidades sociales que Jenna ha estado intentando cultivar en mí parecen estar echando raíces.

Dave ríe.

—Una forma de decirlo. —Observa la habitación pensativamente—. Sabes, cuando te registraste por primera vez en la Suite Hemingway, no habría dado ni un centavo por tus posibilidades de encontrar algo valioso en Evergreen Falls.

Sigo su mirada hacia donde Jenna está mostrando al chef Mike la estufa vintage restaurada de la cocina que mantuvimos a pesar de mis preocupaciones iniciales sobre la eficiencia.

—Los datos sugerían lo contrario.

—¿Datos, eh? —Su sonrisa conocedora sugiere que entiende que estoy hablando de algo mucho más significativo que análisis de negocios—. Bueno, cualesquiera que sean los cálculos que te trajeron aquí, diría que han resultado notablemente precisos.

La celebración se extiende hasta la calle principal de Evergreen Falls, donde la alcaldesa Blackwood ha organizado una feria callejera improvisada para conmemorar la ocasión. Hileras de luces cruzan el centro histórico, y los vendedores locales han instalado puestos vendiendo productos artesanales y comida tradicional de Texas.

—Esto no estaba en nuestro plan del evento —observo mientras Jenna y yo salimos para ver la celebración comunitaria espontánea.

—Así es Evergreen Falls —responde, deslizando su brazo a través del mío—. Algunas cosas no pueden programarse en una hoja de cálculo.

—Un hecho que estoy apreciando gradualmente —admito, observando cómo los habitantes del pueblo que inicialmente me veían con sospecha ahora saludan en señal de saludo.

Mabel, de la cafetería, se acerca con una bandeja de sus famosas tartas de manzana con caramelo.

—Felicidades a los dos. La casa se ve simplemente magnífica.

—Mabel ha estado diciéndole a todo el mundo que sabía desde el principio que esta asociación funcionaría —añade su esposo Charlie con un guiño—. Dice que lo vio venir el día en que ustedes dos discutieron por primera vez en la cafetería sobre los sistemas de inventario adecuados.

—Tengo ojo para estas cosas —insiste Mabel, dirigiendo su sonrisa conocedora hacia nosotros—. Algunas personas solo necesitan el compañero adecuado para sacar lo mejor de sí mismos, en los negocios y en todo lo demás.

A medida que avanza la noche, me sorprende lo completamente que Evergreen Falls ha abrazado no solo a Wildflower Cottage, sino a Jenna y a mí como equipo. El pueblo inicialmente escéptico se ha transformado en nuestros partidarios más entusiastas, tomando orgullo en el emblemático lugar revitalizado como si perteneciera a todos ellos, lo que, en cierto sentido, es así.

Victoria Hammond me encuentra mientras reviso la cronología operativa de la noche.

—Mitchell, estoy impresionada. Cuando te conocí por primera vez en mi oficina de Austin, nunca habría predicho este resultado.

—Confieso que yo tampoco —respondo honestamente.

—Han logrado lo que pocas asociaciones consiguen —nos dice mientras Jenna se une a nuestra conversación—. Sinergia genuina en lugar de mero compromiso. Estaré observando para ver qué logran a continuación.

Mientras reviso cada habitación después de que los invitados comienzan a marcharse, asegurándome de que todo permanezca en orden, me encuentro reflexionando sobre esa palabra: siguiente. Hace un año, mi concepción de "siguiente" había sido lineal y predecible: la siguiente promoción, la siguiente cuenta, la siguiente mejora de eficiencia. Ahora, "siguiente" representa algo mucho menos predecible pero infinitamente más significativo.

En la biblioteca, me detengo ante las estanterías de caoba que Jenna insistió en restaurar en lugar de reemplazar. Mi sugerencia para la iluminación integrada se ha incorporado a la perfección, iluminando los volúmenes antiguos que ella ha recopilado. En la mesa central descansa un libro de visitas encuadernado en piel (mi contribución) junto a un jarrón de flores silvestres frescas (la suya). Diferentes enfoques, armoniosamente combinados.

Justo como nosotros.

Mi mano encuentra la pequeña caja en el bolsillo de mi chaqueta una vez más. Pronto.

El aire del crepúsculo trae el aroma de flores de tardía floración mientras guío a Jenna por el sendero de piedra hacia el quiosco del jardín. Los últimos invitados partieron hace treinta minutos, dejando Wildflower Cottage en las capaces manos del personal para la limpieza final. Las protestas iniciales de Jenna sobre irse antes de que todo estuviera perfectamente arreglado cedieron cuando le aseguré que todos los procedimientos operativos se estaban ejecutando de acuerdo con nuestros protocolos establecidos.

—No puedo creer que realmente lo hiciéramos —dice, su voz suave de asombro mientras mira hacia la iluminada casa victoriana. Las luces de cuerda trazan sus detalles arquitectónicos, creando un cálido resplandor contra el azul profundo del anochecer—. Hace un año solo eran dibujos y hojas de cálculo.

—Y ahora es el alojamiento patrimonial mejor valorado del condado, con reservas anticipadas que se extienden nueve meses hacia el futuro —añado, con satisfacción evidente en mi tono—. Las proyecciones financieras sugieren que alcanzaremos la rentabilidad aproximadamente setenta y tres días antes de lo programado.

Ella ríe, apretando mi mano.

—Sabes, cualquier otra persona diciendo eso sonaría insoportablemente corporativa, pero viniendo de ti, es prácticamente poesía.

El sendero serpentea a través de jardines diseñados según la documentación histórica de paisajismo victoriano, aunque hemos incorporado especies nativas de Texas para la sostenibilidad. Faroles iluminan nuestro camino hacia el quiosco, la estructura final que completamos, combinando técnicas de construcción auténticas de la época con refuerzos modernos sutiles para la longevidad.

Al acercarnos, Jenna desacelera, notando la iluminación adicional que había instalado mientras ella estaba ocupada con la visita de la sociedad histórica. Las luces de cuerda crean un dosel de suave iluminación, y faroles con velas operadas por baterías alinean los escalones, proyectando un cálido resplandor que realza en lugar de abrumar el entorno natural.

—Ben —exhala, absorbiendo la escena—. Esto no estaba en nuestro plan de cierre.

—Implementé una ligera modificación al procedimiento estándar —reconozco, guiándola por los escalones hacia el quiosco.

En el interior, flores silvestres del jardín han sido dispuestas en botellas vintage recolectadas durante la renovación, objetos que Jenna había insistido en preservar cuando inicialmente sugerí desecharlos. El efecto es histórico e íntimo a la vez, elegante en su simplicidad.

—El quiosco fue el elemento final que completamos —comienzo, mi voz firme a pesar del acelerado ritmo cardíaco que estoy experimentando—. Lo que parece apropiado, ya que representa la integración más perfecta de nuestros diferentes enfoques.

Jenna gira lentamente, absorbiendo los detalles.

—La carpintería histórica con las juntas reforzadas. La fórmula de pintura auténtica con la técnica de aplicación resistente a la intemperie.

—Precisamente. —Me paro en el centro del quiosco, manos entrelazadas detrás de mi espalda para evitar que su leve temblor sea visible—. He estado realizando un análisis exhaustivo recientemente, con respecto a nuestra asociación.

Sus labios se curvan divertidos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Los datos son bastante convincentes. —Tomo un respiro medido, organizando mis

pensamientos—. Cuando llegué a Evergreen Falls, mi marco de evaluación estaba completamente orientado hacia la eficiencia, la estandarización y las métricas cuantificables. Veía elementos que resistían estos marcos como problemáticos en lugar de valiosos.

Me acerco más a ella, la brisa vespertina trayendo el aroma de su perfume, algo floral con sutil complejidad que me hace querer identificar cada nota componente.

—Trabajar contigo —en Wildflower Cottage, en nuestros respectivos negocios, en nuestra relación— ha alterado fundamentalmente mi marco de evaluación. He desarrollado una apreciación por elementos que no pueden estandarizarse, cualidades que derivan su valor precisamente de su singularidad.

Su expresión se suaviza, esos ojos expresivos sosteniendo los míos con un calor que aún crea un curioso aleteo en mi pecho, una respuesta fisiológica que ninguna cantidad de procesamiento analítico ha logrado normalizar.

—¿Me estás presentando una evaluación de desempeño, Ben? —pregunta, aunque su tono sugiere que entiende que me estoy dirigiendo hacia algo más significativo.

—No una evaluación. Una propuesta. —Saco la pequeña caja de mi bolsillo, abriéndola para revelar un anillo, un engaste vintage que había descubierto en una tienda de antigüedades en Austin, reinstalado con una piedra moderna de excepcional claridad—. Como el propio Wildflower Cottage, combina elementos históricos con mejoras contemporáneas.

El aliento de Jenna se entrecorta, sus manos elevándose para cubrir su boca momentáneamente antes de alcanzar el anillo. La luz vespertina se refleja en la piedra, enviando reflejos prismáticos a través del suelo de madera del quiosco.

—Jenna Davis —continúo, mi voz más firme de lo que anticipaba—, nuestra asociación ha probado ser excepcionalmente exitosa en todas las métricas medibles. Más importante aún, me ha brindado un tipo de satisfacción que ningún logro corporativo jamás proporcionó. Me gustaría proponer una expansión de nuestro acuerdo actual hacia una asociación permanente y legalmente reconocida.

Ella ríe, el sonido brillante de alegría más que de burla.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo o que fusionemos nuestras SL?

—Ambas, idealmente —admito, formándose una sonrisa a pesar de mi intento de entrega formal—. Aunque reconozco que el aspecto personal tiene mayor significado emocional que la consideración comercial.

Jenna se acerca, deslizando sus manos hasta mis hombros en un gesto que se ha vuelto maravillosamente familiar durante el último año.

—Benjamin Mitchell, eres el hombre más peculiar y maravilloso que he conocido. Tu cerebro analítico y tu corazón secretamente romántico son las dos mitades que te hacen perfectamente completo.

—¿Es esa una respuesta favorable a mi propuesta? —pregunto, aunque estoy bastante seguro de la respuesta por su expresión.

—Sí —dice simplemente, poniéndose de puntillas para presionar sus labios contra los míos —. Tanto a la fusión como al matrimonio.

Deslizo el anillo en su dedo, experimentando una satisfacción que desafía la cuantificación. Cuando nos separamos, la mantengo cerca, nuestras frentes tocándose mientras nos paramos rodeados por las flores silvestres que inspiraron no solo el nombre del B&B sino nuestro viaje hacia algo que ninguno de nosotros había planeado pero que ambos ahora consideramos esencial.

—Te amo —le digo, las palabras que una vez parecieron inadecuadamente precisas ahora se sienten perfectamente correctas.

—Yo también te amo —responde, sus ojos brillantes de emoción—. Incluso cuando describes nuestro compromiso como una "expansión de asociación legalmente reconocida".

—Especialmente entonces —corrijo, sintiendo la curva de su sonrisa contra la mía mientras ella ríe.

Más tarde, nos paramos en el porche delantero de Wildflower Cottage, la cabeza de Jenna descansando contra mi hombro mientras contemplamos la propiedad que hemos creado juntos. La casa victoriana se alza detrás de nosotros, un testimonio de lo que puede construirse cuando perspectivas diferentes encuentran armonía en lugar de conflicto.

—¿Qué sigue? —pregunta Jenna, su anillo captando la luz del farol del porche mientras gesticula hacia el futuro que se extiende ante nosotros.

Hace un año, una pregunta tan abierta habría creado incomodidad inmediata, una necesidad de definir y estructurar las variables en parámetros controlables. Ahora, me encuentro abrazando la posibilidad indefinida, el potencial estimulante de crear algo nuevo sin un plano predeterminado.

—Creo —digo, acercándola más—, que es algo que descubriremos juntos.

La noche se asienta a nuestro alrededor, las estrellas apareciendo en el cielo de Texas mientras Wildflower Cottage permanece como nuestro logro pasado y fundamento futuro, un equilibrio perfecto de preservación y progreso, tradición e innovación. Al igual que nosotros, representa algo que ninguno de los dos podría haber creado solo, pero juntos hemos construido en algo extraordinario.

No siguiendo patrones establecidos, sino rompiendo el molde por completo.